

CRIMEN & CIA.

**Harry
Kemelman**
**DETECTIVE EN
JERUSALÉN**



En «Detective en Jerusalén», el rabino Small, pese a los problemas crónicos que agitan la vida de su sinagoga, se las arregla para pasar unas vacaciones en Israel. Sin embargo, éstas distan de ser relajantes, pues aparte de que en Jerusalén se encuentra a muchos miembros de la comunidad de su ciudad, uno de sus feligreses, un profesor sospechoso de simpatías proárabes, desaparece, y la policía se lanza tras la pista de un joven judío profundamente creyente al que acusan de asesinato... El paciente y tenaz rabino Small deberá recurrir de nuevo a su gran capacidad lógica para esclarecer el caso.



Harry Kemelman

Detective en Jerusalén

Crimen & Cia. - 31

ePub r1.5

Titivilius 28.06.16

Título original: *One Fine Day the Rabbi Bought a Cross*

Harry Kemelman, 1987

Traducción: Celia Filipetto

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2



*En celebración de los siguientes aniversarios:
el veinticinco de Ruth y George,
el quince de Arthur y Ziona,
el décimo de Diane y Murray
y el cincuenta de nosotros dos.*

1

CUANDO BARNEY BERKOWITZ decidió jubilarse al cumplir los sesenta y cinco años, —¿por qué habrían de retirarse solamente los asalariados?— vendió su pequeña cadena de tres tiendas de la Armada y la Marina y confió el dinero, algo más de dos millones de dólares, a una empresa de gestión de capitales. Y como a sus empleados no se les había ocurrido, se compró un reloj de oro y le hizo grabar la siguiente inscripción: «A nuestro querido B.B., en su jubilación, de sus agradecidos empleados».

Como persona de recursos, siempre había sido miembro en el templo de Barnard's Crossing; durante años había sido miembro de la junta directiva, pero jamás había desempeñado cargo alguno. Cuando se sugería que su nombre debía incluirse en la lista de candidatos, él sacudía la cabeza, inclinada y vuelta hacia un lado, y al mismo tiempo hacía señas con la mano para indicar una total negación.

—No, muchachos, no. Nada de honores para el viejo B.B. Prefiero mantenerme al margen.

El aceptar un cargo implicaría decantarse por una facción o la otra, mientras que él gustaba de considerarse independiente, una especie de anciano estadista que aconsejaba a todas las facciones.

Era un hombre de vientre protuberante y cabeza redonda, algo calva y bordeada de ralos cabellos color ratón, y se esmeraba en asistir a la ceremonia matutina del sábado, simplemente para demostrar que podía hacerlo, aunque sus tiendas estuvieran abiertas ese día. Sin embargo, después de jubilarse, solía aparecer a veces en

el *minyan*^{[1][*]} diario. Pero de lo que verdaderamente disfrutaba era de los servicios sabatinos, sobre todo cuando se celebraba una *bar mitzvah*. Le encantaba mezclarse entre las grandes multitudes, entre los amigos y parientes del muchacho que atestaban el santuario en aquellas ocasiones, y que luego se retiraban a la sacristía para el inevitable refrigerio. Fue en una de tales ocasiones, especialmente suntuosa, cuando se puso a pensar en su propia *bar mitzvah*. Su padre lo había llevado a la casa que hacía las veces de templo y una vez concluida la ceremonia, había ido al colegio. Su padre había susurrado al *shammes*^[*] encargado del acto religioso, y cuando pronunció su nombre durante la lectura de la Tora, había subido al púlpito y recitado las bendiciones que un rabino itinerante le había enseñado. El pasaje de las Escrituras lo leyó el lector oficial, y acto seguido él ofreció las segundas bendiciones. Y eso fue todo. No le habían enseñado a leer el pasaje, ni tampoco leyó el apartado de los Profetas. Después no hubo fiesta alguna. Ninguna celebración. Su padre, inquieto, no dejó de mirar el reloj en repetidas ocasiones, y en cuanto la ceremonia hubo acabado, le urgió a que saliera, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza a las dos o tres personas que le desearon *mazel tov*, buena suerte. Luego, había marchado a la escuela y su padre al trabajo.

Esa había sido su *bar mitzvah*, y nunca había estado muy seguro de haber pasado por el rito. ¿Se había iniciado de verdad en la tribu? Pues bien, ahora podría solucionar ese punto de una vez por todas. Tendría una verdadera *bar mitzvah*. Llegó a pensar en ella como su gran idea. Una *bar mitzvah* sobre la que no se podía poner reparos. En Jerusalén. En el Muro.

Normalmente, no acudía a David Small, el rabino de la congregación, sino a Alvin Bergson, el presidente.

—¿Por qué no lo consultas con el rabino? —inquirió Bergson.

—Es que pensaba hacerlo en Jerusalén, en el Muro, y dado que estás en una agencia de viajes...

—Ya entiendo. —Bergson se puso de inmediato en guardia. Aquello le olía a negocio—. ¿Cuándo pensabas ir?

—Tal vez en julio.

—Julio es buena época —convino Bergson—. Y podrás viajar por El Al directamente desde Boston. O sea que un billete para Israel. ¿Y Mollie?

—También irá, claro está.

—Entonces serán dos billetes ida y vuelta a Israel.

—Y el rabino; me gustaría que oficiara la ceremonia. Incluso estoy dispuesto a pagarle el billete a su mujer si no quiere dejarla aquí.

Mentalmente, Bergson se frotó las manos.

—¿Y el *minyan*? Te harán falta ocho además del rabino y tú.

—No. B.B. no es tonto. No va por ahí despilfarrando el dinero como un marinero borracho. Estoy seguro de que en Jerusalén podré encontrar un *minyan*. Y después pienso dar una fiesta, y todos los que viajen desde aquí estarán invitados, pero no estoy dispuesto a financiarles las vacaciones.

—No tendrás ningún problema en reunir un *minyan*, de eso estoy seguro. Es que pensé que te gustaría que te acompañasen tus amigos. Te diré una cosa; quizá logre organizar un chárter, y así se reducirán los gastos para todos y...

—Es una buena idea. ¿Lo hablarás con el rabino?

—Déjamelo a mí.

—¿Te gustaría viajar gratis a Israel, David?

Así fue como Bergson le expuso al rabino el plan de Barney Berkowitz. Bergson llamaba al rabino por su nombre de pila, era uno de los pocos presidentes del templo que lo hacían, en parte porque tenían la misma edad, pero más que nada porque le caía francamente bien.

Aunque llevaba los doctos hombros un poco cargados, el cabello le comenzaba a ralear y empezaba a salirle la barriguita típica de la mediana edad, el rabino David Small no aparentaba los cuarenta y tantos que tenía. No tenía arrugas y los ojos, detrás de las gruesas gafas, eran inocentes y cándidos.

Mientras escuchaba el plan de Berkowitz, su rostro se relajó con una amplia sonrisa.

—¿Y qué se supone que debo hacer, Alvin? ¿Pronunciar un discurso más o menos como éste: «Barney Berkowitz, hoy te has convertido en hombre»? ¿No le dijiste que no era necesario, que su *bar mitzvah* se celebró cuando cumplió trece años, le hicieran ceremonia o no? Significa solamente que ya es mayor de edad y que

es responsable de sus pecados, del mismo modo en que nuestra sociedad seglar la mayoría de edad se produce a los dieciocho.

—Es que yo vendo billetes —adujo Bergson con una sonrisa—. Viene un tipo que está dispuesto a pagar cuatro billetes ida y vuelta a Israel. ¿Cómo iba a disuadirlo? Incluso le sugerí que le haría falta un *minyan*, pero prevaleció la astucia que hizo de él un tipo tan genial en los círculos de tiendas del Ejército y la Marina, y se negó. Mira, David, es un hombre que trabajó toda la vida, y ahora, por primera vez tiene dinero y tiempo libre y quiere divertirse, pero no sabe cómo. Quiere viajar, pero es incapaz de levantarse e irse. Tiene que contar con un motivo, una misión. Él es así. Para justificarse, está dispuesto a regalaros un billete a Miriam y a ti. ¿Qué me dices?

—Me encantaría ir a Israel —dijo el rabino sin dejar de sonreír y negando con la cabeza—. Me gustaría vivir allí durante un tiempo, pero no puedo hacerlo ahora y tampoco puedo aceptar su ofrecimiento. Mi conciencia no me lo permitiría. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Si Barney cree que ha de dedicarse más a su religión, ¿por qué no le dices que se convirtió en parte de nuestro contrato con Dios cuando lo circuncidaron, y que lo que de veras debería hacer, para que estuviese más en consonancia con sus planes, es volver a circuncidarse?

Bergson se echó a reír a carcajadas.

—De acuerdo, se lo diré. Pero ten en cuenta que pienso reunir un *chárter* para la ocasión. ¿Qué te parece si vas como guía de turismo? De ese modo, Miriam y tú sacaríais el viaje gratis.

—No, gracias. No conozco el país tan bien. Pero aunque lo conociera, no me subyuga la idea de dormir en un hotel diferente cada noche durante un par de semanas, y pasarme el día viajando en un autocar.

Cuando Bergson le refirió la conversación a Berkowitz, éste se tomó la negativa del rabino con filosofía.

—Bueno, no quiere, por lo tanto no tiene que ir. Estoy seguro de que lograremos encontrar un rabino en Jerusalén que oficiará la ceremonia.

Y cuando, con cara muy seria, le sugirió que se volviera a circuncidar, Berkowitz le contestó:

—¿Cómo podría? Las señoras... —Y al ver que Bergson se reía, agregó—: Ah, ya entiendo. Era una broma. Ja, ja.

No obstante, se sintió molesto. Tal como le explicó a Mollie, su esposa:

—Le ofrezco un viaje gratis a Israel a él y a su mujer. Si no podía ir por algún motivo, ¿por qué no me telefoneó para explicármelo y agradecermelo?

—Pero, Barney, no fuiste tú mismo a ofrecérselo. Enviaste a Al Bergson. ¿Cómo iba a saber que no se trataba de una de las típicas bromas de Al?

—Vamos, lo sabía. Pero no le caigo bien, por eso no me acepta favores.

2

EL SHACHRIS^[*] O CEREMONIA MATUTINA, estaba programado para las siete y por una vez, quizá porque era un día brillante y soleado de junio, había diez hombres, el número requerido para formar un *minyan*^[*], y lograron comenzar a tiempo. Media hora más tarde, el rabino David Small había regresado a casa para desayunar, mientras Miriam, su mujer, estaba en la cocina envolviendo unos bocadillos y llenando el termo para el almuerzo que se llevarían en el viaje, puesto que no podrían comer en un restaurante y ya sería bien entrada la tarde cuando regresaran. Miriam era pequeña, de movimientos rápidos; toda ella rezumaba un aire de veloz eficacia. Llevaba el cabello rubio (de vez en cuando arreglado en la peluquería) recogido en lo alto de la cabeza, como si se lo hubiera atado rápidamente para salir del paso. Vestida con blusa, jersey y tejanos, habría podido muy bien pasar por una universitaria de los últimos cursos, salvo por las arrugas que tenía debajo de los ojos y por el hecho de que su piel firme no sólo mostraba determinación sino también madurez.

Arriba, en su cuarto, Hepsibah, su hija de catorce años, de rostro cuadrangular y, para desesperación de su madre y en contra de los dictados de la moda, bastante regordeta, no había decidido aún si se pondría los tejanos relativamente nuevos y metería en la maleta los viejos, con un desgarró en la rodilla, o si empacaría los nuevos y se pondría los viejos. Tampoco sabía si llevar las zapatillas gastadas o los mocasines nuevos. Iban a ir a Nueva Hampshire para dejarla en el campamento de verano, y era importante que causara buena

impresión. Finalmente, se decidió por los tejanos rotos y las zapatillas, y bajó para anunciar que estaba lista.

—¿Vas a ir con esa pinta? —inquirió su padre mirándola con aire ausente—. ¿Con ese agujero en los pantalones?

—Papá, es un campamento en el bosque. ¿Qué pretendes, que me ponga un traje de noche?

—Puede cambiarse cuando lleguemos —sugirió Miriam con tono apaciguador—. Anda, lleva tu bolso al coche, Siba. Papá no debe levantar pesos por lo de la espalda. Hemos de salir de inmediato.

Al rabino no le gustaba conducir y sentía temor cada vez que tenía que recorrer distancias que superaran los quince o treinta kilómetros. Viajaba con la preocupación constante de pinchar una rueda, que le fallara el arranque o que se saliera de la carretera. Malhumorado, al sentarse detrás del volante, reflexionó que si hubiera atinado, Hepsibah hubiera podido coger un autocar hasta una ciudad cercana al campamento, adonde habrían pasado a recogerla. O incluso lo podrían haber organizado para que Jonathon, su hijo, que trabajaba como asesor legal de un campamento de Nueva York, hubiera demorado su partida unos días para llevar personalmente a Hepsibah hasta Nueva Hampshire.

Condujo aferrando el volante con ambas manos y mirando al frente. A su lado, Miriam no intentó darle conversación; se limitaba a hablarle solamente para indicarle, con el mapa en el regazo, dónde tenía que girar y aproximadamente cuánto tendrían que recorrer antes de llegar al siguiente punto con problemas. Hepsibah iba en el asiento trasero y después de mirar un buen rato por la ventanilla, se quedó dormida.

Llegaron al campamento bastante antes del mediodía. Realizaron una inspección sumaria de los edificios principales y de la choza a la que habían asignado a Hepsibah —ya conocía el lugar del año anterior—, no aceptaron la invitación del director para quedarse a almorzar, aduciendo que era demasiado temprano y luego se despidieron de Hepsibah. Esta había encontrado a un niña que había estado allí el año anterior, y para su desilusión no le supo mal que se marchasen.

En el viaje de regreso, el rabino se mostró mucho más tranquilo. Había concluido su misión y le quedaba un largo día de verano por delante para regresar a casa. Poco después de mediodía,

encontraron un sitio para hacer *picnic*, junto al camino, y se detuvieron a tomar los bocadillos y el café.

—Ahora tenemos todo el verano libre —dijo, estirándose a sus anchas.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Miriam.

—¿Hacer? No haremos nada. Simplemente descansar. No habrá niños. Ni escuela religiosa que atender. Ni sermones que pronunciar.

—Y estarás tan ocupado como el verano pasado, cuando enviamos a Hepsibah y a Jonathon al campamento. Vendrá a verte la gente con sus problemas. Y tendrás que ir a los hospitales a visitar a los enfermos, y a las casas de los acongojados parientes del difunto para acompañarlos en el *shiva*^[*]. No, David, si de veras quieres descansar y tomarte las cosas con calma, tienes que salir de Barnard's Crossing. Porque mientras estés allí, la gente no dejará de molestarte.

—Sí, y cuando nos fuimos a la montaña, la gente seguía acudiendo a mí. En cuanto se enteran de que soy rabino, vienen a contarme sus problemas.

—Podríamos viajar —sugirió ella.

—¿Cruzar el país en coche?

—O irnos al extranjero.

—¿En uno de esos viajes organizados de veintiún días? No, gracias. Acabaríamos exhaustos. Incluso los que hicimos a Israel me resultaron más cansados que agradables.

—Pero cuando tomaste un período sabático y nos pasamos todo el invierno allí...

—Ah, aquello fue distinto. Pero pudimos hacerlo sólo porque tu tía Gittel logró conseguirnos un apartamento. Tú llevabas la casa y no tuvimos que gastar en hoteles, ni restaurantes.

—Tal vez tía Gittel podría conseguirnos otro apartamento.

—Lo dudo. Aquello fue en invierno, pero ahora vamos hacia el verano y estamos en temporada alta.

—Podríamos intentarlo.

El rabino se encogió de hombros.

Cuando regresaron a casa, entre la docena de cartas que había en el suelo, debajo de la ranura del buzón, encontraron una de Gittel. Miriam abrió el sobre y la leyó rápidamente, pasándole las

hojas a su marido a medida que iba terminando. El rabino se colocó las gruesas gafas sobre la frente y con ojos miopes leyó la letra menuda. Era una carta típica de Gittel.

Daba noticias de su familia, de su hijo que se había casado con una chica muy creyente y de lo meticulosa que era su nuera en la observancia de las normas religiosas; les hablaba del nieto que asistía a una escuela religiosa en vez de ir a una seglar, a pesar de todos sus argumentos y protestas —«y, por supuesto, él siempre está de parte de su mujer»—; de la precocidad del niño —«y no lo digo porque sea su abuela»—. Hablaba de las condiciones económicas existentes desde que «la nueva administración» se había hecho cargo, a pesar de que habían pasado ya seis años de eso.

«La gran noticia (aparecía en la página tres) es que ahora soy jerosolimitana. Su Señoría (obviamente se refería al primer ministro, que no le caía nada bien) ha decretado que nuestra oficina debe trasladarse de Tel Aviv a Jerusalén. No importa que la mayor parte de nuestro trabajo esté relacionada con la zona de Tel Aviv. ¡Hemos de establecer nuestra presencia con hechos! Es una ciudad hermosa, lo reconozco, pero es para judíos, mientras que Tel Aviv es para israelitas. Si no te interesan las ceremonias de las sinagogas, ¿qué te queda para hacer?

»Logré alquilar por un año mi apartamento a un profesor norteamericano que enseña en la Universidad de Tel Aviv. ¿Pero qué haré el año que viene?». De modo que había ido a Jerusalén y había alquilado un piso. Los de la inmobiliaria le habían sugerido que vendiera el piso de Tel Aviv y utilizara el dinero para comprarse otro en Jerusalén. «¿Pero qué haré cuando caiga el gobierno y se restablezca el gobierno normal (o sea el Partido Laborista), y decida trasladar mi oficina otra vez a Tel Aviv? Habrá que volver a vender y comprar otra cosa, con lo que tendré que pagar más comisiones a la inmobiliaria, que es lo que a ellos verdaderamente les interesa».

El piso no era lo que esperaba. Era demasiado grande. Ella buscaba un apartamento moderno, pequeño, del que pudiera encargarse fácilmente, pero había hecho un buen negocio —«a través de un amigo»— por lo que lo había alquilado durante un año. «Y el año que viene, se verá».

«O sea, que si queréis venir a visitarme durante unas semanas o

unos meses, o todo el tiempo que queráis, podríais quedaros en mi casa y no tendríais que pagar los altos precios de esos hoteles de lujo. Y os aseguro que todo es estrictamente *kosher*^[*]; de modo que tu David no tendría que preocuparse, porque si mi nuera se conforma, créeme, él también lo hará. Soporto todas estas tonterías porque estoy sola, y si quiero que mi hijo y su familia vengan a comer a mi casa de vez en cuando, no me queda otra salida. Si fuera sólo por mi hijo y su mujer, créeme, no me importaría que tomaran té o una taza de café y un poco de fruta. Pero ¿cómo puedo dejar que mi nieto crezca con la sensación de que no ha de comer en casa de su abuela?»

Cuando terminó de leer, Miriam dijo:

—Oh, David, es como si... como si estuviera predestinado.

—¿Predestinado? —repitió él mirándole burlonamente—. ¿Por el cielo? ¿No habrás tenido nada que ver en ello?

Miriam se sonrojó y repuso:

—Le escribí hace unas semanas. Ya sabes, una carta contándole las novedades, cómo estábamos y esas cosas. Creo haberle mencionado que Jonathon y Hepsibah se irían de campamento y que nosotros...

—De acuerdo, ya entiendo —la interrumpió él con una carcajada.

—¿Entonces puedo escribirle y decirle que quizá vayamos?

—Claro que sí mujer, si quieres hasta podrías telefonarle.

3

HASSAN EL DHAMOURI, profesor adjunto de Bellas Artes de Harvard y curador de la Colección Islámica del Museo de Arte Fogg, era un hombre alto, de impresionante figura. El cabello abundante, peinado hacia atrás, tenía pinceladas de gris, pero sus cejas pobladas, curvadas hacia arriba en los extremos, y el bigote y la perilla eran de color negro azabache. A pesar de su aspecto mefistofélico, caía bien a sus estudiantes; además, ponía buenas notas y en sus cursos no era muy exigente.

Se hallaba sentado ante el escritorio en el cuarto interior de sus oficinas del museo, se columpiaba sobre la silla basculante de cuero al tiempo que le daba instrucciones a la señora Mills, su secretaria, una mujer de unos treinta años que sólo iba por las mañanas.

El profesor El Dhamouri le acercó un papel por encima del escritorio.

—Dígales que no podré asistir, que tengo todo el mes ocupado, pero que si me es posible iré el mes próximo...

—Sí, de acuerdo. ¿El mes próximo o el siguiente?

—Mejor todavía. Consulte mi agenda y sugiérales unas cuantas fechas.

—Muy bien.

Miró de reojo otra carta y lanzándola por encima del escritorio dijo:

—En ésta, ponga lo de costumbre. Y en ésta también. Lo mismo que ésta, pero un poco más adornada.

—¿Adornos de la mejor calidad? —inquirió al tiempo que sus

finos labios dibujaban una sonrisa.

—Pues diría que sí. Este hombre es profesor. Redacte la carta para que suene como si lo conociera, o al menos como si estuviera familiarizado con su trabajo, si es que ha hecho algo. Compruébelo, por favor. En ésta... no, espere. Hablaré con él dentro de un par de días. A ver, a ver... creo que es todo. ¿Me tendrá mecanografiada la grabación de mi última conferencia, verdad?

—La terminaré mañana y le prepararé esta correspondencia para que me la firme también mañana. Ya me marcho.

Cuando abrió la carta, un joven que había estado esperando en la oficina exterior se puso de pie y dijo:

—Soy Albert Houseman. Tengo una cita con el profesor El Dhamouri.

La señora Mills se volvió hacia el profesor y preguntó:

—¿Tenía usted una cita con un tal Houseman?

—Ah, sí, hágalo pasar.

La mujer se hizo a un lado para permitirle pasar y luego se despidió:

—Hasta mañana.

Houseman aparentaba unos treinta y cinco años, era bajo y delgado, y tenía los ojos tan negros que parecían formados sólo de pupila. La nariz era larga y afilada, parecida al pico de un papagayo y partía en dos el bigote negro. El profesor se dirigió a la puerta exterior, asomó la cabeza, y vio alejarse por el corredor la figura de su secretaria. Después, cerró la puerta, echó el cerrojo y volvió a su sitio, detrás del escritorio. Estudió a su visitante y tomó nota de la chaqueta de *tweed*, los pantalones de franela, los mocasines lustrados de color marrón y le comentó:

—Habría sido mejor que te hubieras puesto tejanos y zapatillas.

—Creí que en el este, especialmente en Harvard, pasaría más inadvertido si iba bien vestido.

—Estamos mejorando un poco, pero la mayoría de los estudiantes graduados siguen llevando tejanos. ¿Cuál es tu nombre?

—Abdul Ibn Hosni, pero lo americanicé... oficialmente.

—Es el nombre que Ibrahim utilizó cuando telefoneó para avisarme de que venías. Probablemente olvidó que lo habías cambiado... oficialmente.

—Es el nombre que siempre utiliza él.

—¿En qué hotel estás?

—En el Holiday Inn, como me sugeriste.

—¿Por cuánto tiempo?

—Depende de ti. Si puedes ayudarnos, regresaré en cuanto todo esté dispuesto. Si no puedes, lo notificaré a Ibrahim, quien tendrá un plan alternativo que podré implementar.

—Ya veo. Ibrahim me comentó muy poco. Dijo que tú me darías los detalles. Lo único que sé es que quiere transmitir algo a su hermano Mahmoud, de Jerusalén. Sugirió que si íbamos a estar juntos durante un tiempo, podía hacerte pasar por estudiante de mi departamento. Normalmente, te habría ofrecido mi casa para que te quedaras como mi invitado, pero intuí más por su tono que por lo que me dijo, que se trata de una cuestión, ¿cómo decirte?, de extrema importancia. Por eso sugerí que te quedaras en un hotel, y que vinieras a verme aquí en vez de ir a mi casa. Probablemente, mi casa esté vigilada.

—¿Por quién? —inquirió Ibn Hosni rápidamente.

—Por el FBI, el Mossad, la OLP, cualquiera sabe —repuso El Dhamouri encogiéndose de hombros con una sonrisa—. Todo árabe que logre un puesto de importancia en los Estados Unidos y que siga siendo árabe suele recibir la visita de una de las decenas de organizaciones árabes que le piden su ayuda para algún proyecto especial, o una contribución, o el permiso para utilizar su nombre en una petición, o simplemente una limosna. Por ello supongo que de tanto en tanto, mi casa está vigilada y tengo mucho cuidado con las personas que invito. Pero mi oficina es semipública. Cualquiera puede venir, y de hecho aparecen decenas de personas. Tal vez sea un poco paranoico. Si un judío se apunta a uno de mis cursos, sospecho que es agente del Mossad. Y si es árabe, me pregunto si es realmente árabe y de qué facción, si está con los muchachos de Arafat o con los sirios. Me pregunto si será libanés o jordano o incluso libio. Esto no es vida, Abdul.

El hombre más joven se encogió de hombros y con el brazo hizo un ademán como para restarle importancia al asunto.

—Así están las cosas, profesor, y así han estado desde que los judíos se metieron en medio y montaron su maldito estado.

—¿Tú crees? No lo sé. Los árabes siempre nos hemos peleado entre nosotros. Al parecer, cuando dos árabes se juntan es para

conspirar contra un tercero. Entonces surgió Israel, y por primera vez nos unimos porque tuvimos a alguien a quien odiar más de lo que nos odiábamos entre nosotros. Todos los hermanos contra nuestros primos. Ya sabes, así nos llaman los israelitas, sus primos. Pero la pura verdad es que Israel logró más o menos que durante treinta años hubiera paz entre nosotros. Por desgracia, en los últimos años el efecto disminuyó, supongo porque en cierta medida hemos llegado a aceptarlos, a aceptar el hecho de que existen y ya no creemos que podemos arrojarlos al mar. Así que tenemos a Irak en guerra con Irán, y Siria contra Jordania, y a los musulmanes contra los cristianos de Líbano y a la OLP siria contra la OLP de Arafat, y a Libia contra Egipto y al Chad contra todo el resto. Si no hubieran llegado los judíos, tendríamos que haberlos inventado para no acabar matándonos entre nosotros.

Abdul se lo quedó mirando con aire dubitativo y luego sonrió y le dijo:

—No puedo precisar si estás hablando en broma o en serio.

—Muy en serio. Verás, Abdul, somos drusos, Ibrahim y yo somos drusos.

—Y yo también, del Líbano.

—Pues muy bien. Los drusos hemos seguido el principio de fidelidad al país en donde residimos. De modo que tu gente es leal al Líbano, cuando existía Líbano, porque allí viven, y yo soy leal a los Estados Unidos porque ahora soy estadounidense. Pero mi familia viene de Galilea, de Israel, y es leal a Israel. Si yo no hubiera venido aquí de pequeño, podría haber luchado en el ejército israelí junto a otros miembros de nuestro clan. Sin embargo, con todo mi respeto hacia el resto del mundo árabe, mi lealtad se la debo principalmente a los drusos, vivan en el país que vivan. En estos momentos, de lo último que tenemos que preocuparnos es de los israelitas. Han salido del Líbano y no es probable que regresen. Podríamos hacernos amigos.

Abdul lo miró con expresión dubitativa y le dijo:

—Es una forma extraña de hablar.

—¿Por qué? —Sonrió dejando al descubierto, entre el bigote y la perilla, unos dientes blancos y uniformes.

—¿Sabe Ibrahim que piensas así?

—Ibrahim y yo somos como hermanos. De cuando en cuando

tenemos nuestras diferencias, pero entre los dos no hay secretos. Y está de acuerdo conmigo en que habría sido fantástico si los israelitas se hubieran aliado a los drusos en vez de aliarse a los cristianos cuando invadieron el Líbano. Fue un error por su parte, y ahora lo han descubierto. Habían tenido tanto éxito con el ejército cristiano de Haddad, que creyeron que podrían repetir la jugada con Jemayel. Pero los hombres de Haddad eran agricultores, mientras que los de Jemayel son comerciantes que venderían hasta a su abuela si con ello sacaran algún beneficio. La cosa no les funcionó. —Meneó la cabeza tristemente—. Y eso fue negativo para los drusos. Estamos desarmados y sujetos a las presiones de todos los signos, de los sirios y de los cristianos, de los sunnitas y de los shíes. Cualquiera que nos suministre armas espera que las utilicemos como nos digan, en contra de los enemigos de ellos.

—Esa es la cuestión —asintió Abdul—. Necesitamos armas para protegernos, y tenemos la oportunidad de conseguirlas sin condiciones. —Bajó la voz hasta que apenas fue un murmullo—. La OLP ocultó un gran suministro de armas en el valle de la Bekaa, equipo suficiente para montar un ejército. Un escuadrón del grupo descargó toneladas de rifles, morteros, incluso artillería ligera y municiones en una cueva. Después minaron toda la zona.

—¿Y entonces?

—Entonces asesinaron a todo el escuadrón.

—No me sorprende —comentó El Dhamouri asintiendo con la cabeza—, sobre todo si consideramos quiénes forman la OLP. Los piratas hacían lo mismo cuando enterraban un tesoro.

—Pero un hombre logró escapar. Se lo olía, por eso tomó precauciones. No sólo logró huir de allí, sino que salió del país. Hizo un mapa somero del lugar donde está ubicado el escondite de armas y de las minas que colocaron. Se trata más bien de un conjunto de indicaciones que de un mapa propiamente dicho. Este hombre acabó aterrizando en San Francisco y fue a ver a Ibrahim.

—¿Le ha dado el mapa, las instrucciones? ¿Las tiene Ibrahim?

—Se las ha vendido a Ibrahim. Y le pagarán en cuanto consigamos la reserva de armamento.

—¿Qué pasa si le hace la misma oferta a algún otro?

—No podrá hacerlo —repuso Ibn Hosni sonriendo—. Hasta que no la encontremos, será... esto... huésped de Ibrahim. Dice que lo

hace por venganza y nos inclinamos a creerle. Pero además, necesita el dinero para una empresa.

—Ya veo. Pudo haber entrado en contacto con algún otro antes de acudir a Ibrahim.

—Dice que no, pero puede que esté mintiendo.

—En cuyo caso, a ti quizá te hayan seguido.

—Lo dudo. Tengo... experiencia en estos asuntos.

—¿Llevas contigo el mapa, las instrucciones?

—Están en la caja fuerte del hotel.

—Supongo que es un sitio suficientemente seguro. ¿Te quedarás allí hasta que las despaches?

—Efectivamente.

—¿Por qué no las llevaste tú mismo a Mahmoud, en Jerusalén? ¿No podías conseguir el visado?

—Probablemente lo hubiera conseguido. Pero me conocen, y también conocen a los otros profesionales. En cuanto aterrizara en Tel Aviv me registrarían y me harían vigilar por el Shin Bet cada minuto de mi estancia en Israel.

—¿Y por qué no se las envías por correo a Mahmoud?

—A él lo conocen. Seguramente le tienen intervenida la correspondencia. Por eso Ibrahim pensó en ti. Tú eres profesor de Harvard. Hay montones de arqueólogos y antropólogos que van y vienen a media docena de sitios del Cercano Oriente. Pensó que podrías convencer a uno de ellos para que entregara una carta a tu primo de Jerusalén, sin mayores problemas. Podrías decirle que se trata de un asunto familiar.

—¿Y por qué no le puedo escribir directamente?

—Ya sabes cómo se burla todo el mundo del correo. Podrías decirle que se trata de algo importante y que no te fías de los servicios postales.

El Dhamouri inclinó la cabeza hacia un lado y reflexionó.

—Sí, creo que lograría que sonara convincente. El profesor Wilson no tardará en viajar a Jordania y también visitará Israel. Pero ¿no lo estaré metiendo en algún peligro?

—¿Y a quién se le ocurriría fastidiar a un profesor Wilson de Harvard?

—Supongo que a nadie. De todo modos... Mira, hablaré con él. Mañana por la noche lo veré en el Club de la Facultad. ¿Por qué no

te pasas por aquí mañana, más o menos a esta hora? Te comentaré los resultados. Si no saco nada, hay otra posibilidad. Te veré mañana.

Al día siguiente, cuando Ibn Hosni apareció, vestía unos tejanos desteñidos, una camiseta de tenis y zapatillas gastadas. El profesor El Dhamouri asintió con aprobación mientras lo conducía hasta la oficina del interior. Una vez más volvió a echar el cerrojo de la puerta exterior. En cuanto hubo ocupado su sitio, detrás del escritorio, le dijo:

—Me temo que el profesor Wilson queda descartado. Por problemas de fondos. Quizá en el otoño.

—No podemos esperar tanto.

—Bueno, hay otra posibilidad. El profesor Grenish del Northhaven College, una facultad pequeña ubicada a unos cuarenta kilómetros al norte de Boston, viajara a Medio Oriente, Grecia, Israel y Egipto. Pero piensa quedarse en Jerusalén durante un tiempo.

—¿Y antes irá a Grecia?

—Eso tengo entendido.

—Mahmoud jamás aprobaría a nadie que anduviera por ahí dando vueltas durante un par de semanas con un mapa en el bolsillo de la americana o en una maleta que luego dejará en la habitación del hotel —arguyó Ibn Hosni negando vigorosamente con la cabeza—. Podrían robarle...

—Mi idea no era dárselo a él para que se lo llevara. Se lo enviaríamos al hotel de Jerusalén. Cuando se registrara en el hotel, la carta estaría esperándolo. O llegaría al cabo de uno o dos días. Estaría dirigida a él y se la enviaría yo, o mejor aún uno de sus estudiantes, preferentemente judío. Al recibir la carta, va a la Ciudad Antigua, pasea por ahí como cualquier turista hasta que llega a la Mideast Trading Corporation. Echa un vistazo a las chucherías del escaparate y Mahmoud lo invita a pasar, para que vea mercancías más interesantes. Cuando están a solas, le da la carta.

—Bueno, no lo sé.

—Es más seguro que hacerle llevar la carta encima. Y en cierto

aspecto, este hombre es mejor que Wilson. Wilson sabe árabe. Picado por la curiosidad, podría sentirse tentado de abrir mi carta. Grenish no sabe ni una palabra de árabe.

—Grenish, Grenish, ¿cuál es su nombre de pila?

—Abraham.

—Abraham Grenish, suena...

—¿Judío? Es judío. Eso significa que nos ofrece una excelente tapadera.

—Pero... pero ¿cómo... es que sois amigos?

—Bueno, es una especie de amigo —repuso con una sonrisa afable—. Algunos de mis mejores amigos son judíos. —Se carcajeó al ver la consternación reflejada en el rostro de Hosni—. Es un chiste típicamente judío. Pero no te preocupes por Abe Grenish. Lo conocí en una reunión de la Liga de Amigos Proárabes.

—¿Y qué hacía allí?

—Demostrar su apoyo y su simpatía por la causa árabe. Es liberal. Ya sabes cómo son los liberales. Originariamente apoyaron la causa de la Rusia comunista. Y cuando quedó de manifiesto incluso para el más benevolente de los creyentes que Rusia no era el paraíso de los trabajadores, trasladaron sus esperanzas a la China comunista. Y cuando el presidente Mao resultó ser una figura con pies de barro, se pasaron a Castro y luego a Ho Chi Minh, y así sucesivamente. Se trata de una búsqueda constante de una víctima que apoyar y glorificar. El apoyo de Grenish a la causa árabe contra Israel manifiesta incluso un idealismo mayor, porque él mismo es judío, aunque supongo que hacía lo mismo cuando glorificaba a Stalin. No es un fenómeno infrecuente.

—¿Y es un buen amigo tuyo?

—Bueno, digamos que me he mantenido en contacto con él.

—¿Por qué?

—Por si algún día me servía de algo tener un amigo judío. Como ahora, por ejemplo.

—¿Y qué te propones hacer?

—Creo que le telefonearé para invitarlo a cenar en el Club de la Facultad. Disfruta cenando conmigo en el Club de la Facultad de Harvard. Y después de cenar, quizá cuando estemos tomando coñac, le preguntaré si puede llevarle una carta a un primo que tengo en Jerusalén.

4

AUNQUE EL CARTEL ubicado encima del escaparate ponía Supermercado de Barnard's Crossing, la gente lo conocía como la tienda de Goodman. Y aunque estaba dispuesto como un supermercado, con los precios indicados en la mercancía colocada en los estantes y funcionaba como tal, con carritos y un mostrador a la salida, era una tienda pequeña y sus clientes la utilizaban principalmente para comprar a última hora las cosas que se habían olvidado de adquirir en las grandes cadenas de supermercados. Era una tienda familiar en la que los clientes podían quedarse a charlar mientras esperaban el turno en el mostrador de la charcutería, y de la que esperaban mucho servicio personalizado, como por ejemplo: «Oye, Louis, ¿te quedan botes de melocotón en almíbar de esos que a mí me gustan? No los veo en el estante». O: «Louis, ¿podrías enviarme al chico para que me meta la compra en el coche? Tengo que ir a la tienda de aquí al lado».

Y aunque como propietario, Louis Goodman realizaba unas funciones puramente directivas, solía llevar él mismo la bolsa de comestibles y cargarla en el coche, en vez de dar instrucciones al chico. Era un hombre alto, de aspecto descuidado, con una cara flexible permanentemente sonriente. Tal como él solía decir: «En este negocio, tener mal genio es peor que tener precios poco competitivos». Rose, su esposa, regordeta y de mejillas redondeadas, que ocupaba el mostrador de la caja, a la salida, solía bajar de su taburete para agacharse detrás del mostrador y recoger una lata de un estante y gritar: «Están aquí, señora Sachs. ¿Cuántas

le pongo, una o dos?».

Por los comentarios casuales realizados en la tienda, supieron que los Small tenían intenciones de viajar a Israel. Y durante la cena y hasta que se fueron a la cama, no comentaron otra cosa.

—¿Cómo voy a ir a verles? Ni siquiera pertenezco a su templo.

—¿Y qué tiene que ver? ¿Significa acaso que no puedas pedirle un favor?

—¿Y cómo sé yo si va a ir a Jerusalén? Tal vez vaya a Haifa o a Tel Aviv. Me parece que oí comentar que tenía una tía en Tel Aviv. Tal vez vaya a Tel Aviv.

—Puede ser, Louis, pero siendo rabino, seguramente irá a Jerusalén, aunque sea a visitar la ciudad.

—Pongamos por ejemplo que vaya por un día, ¿crees que le quedará tiempo de ver a nuestro Jordan?

—Puedes preguntárselo. Si estará ocupado, te lo dirá, o te dirá que lo intentará pero que no te promete nada. Lo máximo que puede ocurrir es que te diga que no.

—Los Levinson van a Israel. Se lo podría pedir a ellos.

—¿Los Levinson? ¿Y qué sabrían ellos de la situación en la que está nuestro Jordan?

—Podrían ir a visitarlo y hablar con él. Podrían echar un vistazo y ver en qué sitio se ha metido. Al fin y al cabo, él trabaja en una inmobiliaria y sabe juzgar un barrio.

—Louis, ¿es eso lo que nos interesa saber, si Jordan vive en un buen barrio? Dime una cosa, ¿por qué te muestras tan hostil con el rabino Small? El otro día cuando vino a comprar un cartón de leche, al cobrarle ni siquiera lo miraste a la cara.

—Me muestro hostil con él porque mis clientes también se muestran hostiles con él, ni más ni menos.

—Ah, las señoras elegantonas.

—Para que sepas, nos ganamos la vida con las señoras elegantonas, Rose, y que no se te olvide. Además, tengo mis propios motivos. Cuando preparé los bocadillos para la reunión de la señora Seltzer hace un par de semanas, el rabino no los comió porque dijo que no eran *kosher*^[*].

—¿Y qué esperabas? No son *kosher*. Los llamamos tipo *kosher*, pero...

—Ya lo sé, pero no tenía por qué decirlo. ¿Acaso no podía decir

que no tenía apetito o que estaba haciendo un régimen especial? No, tenía que salir diciendo abiertamente que tipo *kosher* no es *kosher*. Todo el mundo sabía que eran de nuestra tienda.

—¿Y porque el rabino dice la verdad, que es la misma verdad que tú dices si alguien pregunta, no vas a pedirle que indague sobre el bienestar de nuestro hijo, sobre su futuro, teniendo en cuenta que él es un especialista en el tema?

—Está bien, ya vale. Si viniera por la tienda...

—¿Cuántas veces viene a la tienda? No, telefonéale y pídele una cita.

—No pienso llamar a ningún rabino para pedirle nada.

—Entonces, llamaré yo. Llamaré a la señora Small. Es un sol. Cuando viene a la tienda es amable y simpática. No se da aires, ni se comporta como si nos estuviera haciendo un favor. La llamaré y le pediré si podemos verlos.

Estaban sentados, bebiendo a pequeños sorbos el té que Miriam había servido, hablando del tiempo y de política, de los turistas que empezaban a llegar y de los problemas que planteaban a los residentes, sobre todo a los propietarios de tiendas.

—Seremos turistas en Jerusalén —comentó Miriam—, de modo que tendré en cuenta lo que acaba de decirnos.

—Eh... tengo... tenemos un hijo en Jerusalén —dijo Louis.

—¿De veras? ¿Y vive allí? ¿Trabaja allí? ¿Ha hecho *aliyah*? —inquirió el rabino.

—No sé si se puede llamarlo trabajo. Es algo más acorde con su oficio, rabino. Está en una *yeshiva*^[*]. Vive allí. Me imagino que le dan alojamiento y comida mientras estudia. Pensamos que quizá usted podría ir a verle.

—¿Quiere saber si...?

—Todo —le interrumpió Rose Goodman—. Si come suficiente. Si es un sitio decente. Qué clase de gente son. Qué esperan de él. Qué futuro tiene allí.

—Verá, rabino —dijo el esposo de Rose—, no sabemos nada de ese lugar. Todas las noticias que tenemos nos las dio él en una carta. Así nos enteramos de que estaba en Israel. Nos escribió para decirnos que estaba en Jerusalén, y que había decidido volver a sus

raíces y a su religión...

—Un *Baal Tshuvah*^[*] —murmuró el rabino.

—Sí, es la misma expresión que utilizó él. Y por lo que nos escribió... tendría que haberle traído la carta... me dio por pensar que quizá estuviera en un sitio como los que tienen los cristianos. Ya sabe, donde rezan todo el día...

—¿Un monasterio?

—Sí, algo por el estilo. Comprendo que desde su punto de vista, es para bien. Y quizá si llegara a ser rabino, estaría muy bien. Pero usted no conoce a mi Jordan. Empieza las cosas y nunca las acaba. ¿Qué pasa si después de unos años se cansa? ¿En qué situación se encontrará? Un hombre ha de tener una profesión, un oficio...

Rose continuó con el argumento:

—Somos gente corriente, rabino. Queremos que se case, que se gane la vida y forme una familia.

—Ellos se encargarán de que se case y forme una familia —les informó el rabino—. En estos aspectos son muy estrictos y suelen arreglarlo todo. No tema por eso. Hábleme de él. ¿Qué edad tiene? ¿Qué estudios realizó anteriormente?

—Tiene veinticuatro años. De pequeño era muy bueno, nunca nos dio preocupación alguna, y sacaba buenas notas. Incluso se ganó una beca para ir a la universidad, a Northhaven; imagínese, aquí cerca de casa, no tuvo que irse a vivir solo. Naturalmente, estábamos orgullosos. Podía haber sido médico, abogado o científico. En fin, todo marchaba bien y de repente, cuando cursaba tercero, la cosa se vino abajo. Se metió en problemas en la universidad y de buenas a primeras, lo planta todo y se va al oeste, donde un amigo de la facultad, mejor dicho los padres de ese amigo, tienen una mina de oro que en esa época valía un Perú, puesto que el oro estaba a ochocientos dólares la onza.

»Y por increíble que parezca, hace todo tipo de cálculos y estadísticas y, ¿cómo se puede detener a un muchacho de veinte años si quiere marcharse de casa? Pues bien, el oro no siguió valiendo ochocientos dólares la onza, y entre nosotros, y aunque el oro hubiera valido mil dólares la onza, no habrían podido explotar esa mina. Después de aquella aventura, nos enteramos de que se marchó a Utah, y luego a California. Nos escribía muy de vez en cuando, cada cuatro o cinco meses. Después se metió en un grupo

que predicaba que había que volver a la tierra. Luego, se metió con otro grupo que se hacía llamar Hijos del Sol, porque todo viene del astro rey. Y nos envió una foto en la que iba vestido con una túnica larga de color blanco con un sol amarillo lleno de rayos en el pecho. Después se fue a otro sitio donde viven de conformidad con la sabiduría del este. Y por este no se refería a Nueva Inglaterra, sino a la India o el Japón. Al menos eso imagino yo. Al cabo de un tiempo nos enteramos de que esperaba que le hicieran el pasaporte para partir a Sudamérica.

»De haber podido, habría ido a verle. Pero nunca nos dio ni su dirección ni su teléfono. ¿Y cómo iba a dejar a Rose que se hiciera cargo ella sola de la tienda? ¿Y cómo saber que estaría en ese sitio cuando llegara yo?

—¿Y si iba yo a verlo, cómo iba a dejar solo a Louis? —inquirió Rose.

—Y después, nos llegó una carta de Israel, comunicándonos que está en una *yeshiva*. —Se interrumpió abruptamente y miró al rabino con aire expectante.

—¿Sabe dónde está la *yeshiva*? ¿Cómo se llama?

—Se llama *Yeshiva* Norteamericana, y está en la zona de Abu Tor de Jerusalén.

—¿Cuánta educación judía recibió su hijo?

—Cuando vivíamos en Salem asistió a la Escuela Hebrea hasta que se celebró su *bar mitzvah* —repuso Rose—. No sabría decirle cuánto aprendió, ni cuánto recuerda.

—No somos religiosos, rabino. —Louis se sintió en la necesidad de explicar este particular—. Quiero decir que no somos piadosos. Mi esposa lleva una casa *kosher*; porque así la criaron. Cuando vamos a un restaurante, no tenemos tanto cuidado. Asistimos a la sinagoga ortodoxa de Salem porque siempre fuimos allí. Y allí es donde vamos para el *rosh hashonah*^[*] y el *yom kippur*^[*], y para algunas de las otras fiestas, pero no a todas, lo reconozco.

—Comprendo.

—Cuando voy, suelo *daven*^[*], porque así me criaron. No sé qué significan las palabras, pero las digo de todos modos, porque se supone que así lo debo hacer. De niño tuve un *rebbe*^[*] que venía un par de días a la semana a enseñarme a leer y a prepararme para el *bar mitzvah*. Habría hecho lo mismo por mi Jordan, pero todos los

vecinos enviaban a sus hijos a la Escuela Hebrea, de modo que yo también. Pero por lo que pude advertir, no aprendió demasiado hebreo. Le enseñaron algunas historias de la Biblia y de las festividades y a leer en hebreo. Pero eso fue todo. A los trece años, cuando quiso abandonar la escuela, no me opuse. ¿De qué le habría servido si no estaba interesado?

—Ya comprendo el panorama —dijo el rabino asintiendo con la cabeza—. Está bien, iré a visitarlo y hablaré con él.

—Pregúntele si es feliz, rabino —le urgió Rose—. Y si quiere volver a casa. Si necesita dinero para el avión, dígame que se lo enviaremos.

En el mostrador de la charcutería, mientras esperaba su turno, Mollie Berkowitz se enteró de que el rabino tenía intenciones de viajar a Israel. Cuando se lo mencionó a su marido, éste se enfureció. Sacudió la cabeza sin poder creérselo.

—¿Estás segura? ¿Seguro que van él y la mujer? Pero no quiso aceptar que yo le regalara los dos billetes y le pagara todos los gastos. ¿Es que temía que le pidiera que me lo devolviera con intereses?

—Barney, estoy segura de que no es nada de eso. Oí decir que piensan quedarse todo el verano.

—¿Y?

—Pues que tú le ofrecías un viaje de diez días, a lo sumo dos semanas. De modo que, obviamente, no le interesó.

—¿Y no podía hablar conmigo? ¿No podía decirme: «Señor Berkowitz tengo pensado quedarme todo el verano, preferiría cambiar su billete por otro para poder regresar en septiembre. Yo pagaré la diferencia»? ¿Crees que le hubiera dicho que no, que tenía que volver al mismo tiempo que yo? Durante cuarenta y dos años, cuarenta y dos, he sido un hombre de negocios de éxito. Venía uno a venderme un montón de mercancía. Entonces me decía que valía quinientos dólares la gruesa. ¿Crees que lo mandaba a paseo porque el precio me parecía alto? Pues no. Le decía que la mercancía era muy bonita, pero que no podía darle más de cuatrocientos. Entonces, ¿crees que el tipo cogía la puerta y se iba? Pues no, me decía que sólo podía bajar a cuatrocientos setenta y cinco. Y yo le ofrecía cuatrocientos veinticinco. Entonces él bajaba un poco y yo subía otro poco y al final quedábamos en cuatrocientos cincuenta.

Así es como se negocia con la gente.

En los días que siguieron volvió a tocar el tema una y otra vez. Mientras estaba sentado a la mesa, junto a su mujer, solía decirle:

—Y dicen que es un hombre erudito. —No había necesidad de que preguntara a quién se refería—. Por eso me digo que si rechazó mi oferta, es porque piensa pasar el verano estudiando, hacer algún curso en Harvard, o tal vez ir a Boston a una biblioteca. Pues no. Resulta ser que se va de vacaciones. Y al mismo sitio al que yo lo invité. Cualquiera lo entiende.

O bien:

—En repetidas ocasiones, en la junta de directivos, y a través de los años, se nos decía que no le pagamos lo suficiente. Se nos repetía que otras sinagogas pagaban más a sus rabinos. A mí nunca me dio la impresión de que pasara hambre. Su esposa siempre va bien vestida. Y cada vez que había que votar aumento de sueldo, yo votaba a favor. ¿Por qué? Porque un rabino no sólo necesita comida y ropa. Como le dije a algunos miembros de la junta: «Muchachos, de vez en cuando tiene que comprarse algún libro o asistir a una conferencia de rabinos en Nueva York, por ejemplo, o incluso viajar a Israel para recargar las baterías». Y cuando los resultados de la votación eran reñidos, te juro que mi voto nunca lo perjudicó. Así que cuando le ofrecí financiarle un viaje a Jerusalén, lo que tenía en mente...

Y en casa de los Small, Miriam dijo:

—David, ¿no crees que deberías llamar al señor Berkowitz y agradecerle por ofrecerse a pagarnos...? —Se interrumpió al ver que el rabino negaba vigorosamente con la cabeza—. ¿Por qué no?

—En primer lugar, Miriam, porque Berkowitz no me lo ofreció a mí directamente. Sino que lo hizo Al Bergson, o mejor dicho, me dijo que Berkowitz era quien hacía la oferta. Y en lo que a mí respecta sólo es un rumor.

—De todos modos, creo que deberías telefonearle.

—Entonces me invitaría a su celebración y no quiero tomar parte en ella.

—De todos modos...

El rabino negó con la cabeza.

5

A LOS CUARENTA Y DOS AÑOS, Abraham Grenish fue nombrado profesor titular de historia en la Facultad de Northhaven y sintió que por fin lo había logrado. Para asegurarse, Northhaven no era Harvard, ni siquiera Tufts o la Universidad de Boston, pero tal como explicaba él, las becas polvorientas y el síndrome de publicar o morir de las universidades más importantes no iban con él. Él era maestro, por el amor de Dios, y prefería una vida menos ajetreada.

Al principio, cuando llegó a Northhaven como profesor adjunto, había logrado encontrar alojamiento con una familia del vecindario. Distaba mucho de ser el sitio ideal; había niños y era muy ruidoso. Pero en la zona no había alojamientos más adecuados, y finalmente se vio obligado a trasladarse a Barnard's Crossing, a unos cuarenta kilómetros de distancia. Allí logró alquilar una casita de campo y contratar a una mujer para que fuera todos los días a limpiarle y a cocinarle la cena. El desayuno, que consistía en café y un bollo, se lo preparaba solo, el almuerzo lo tomaba en la cafetería de la facultad. Entre el alquiler de la casa y pagar a la mujer se le iban todos sus recursos por lo que se vio en la necesidad de completar su sueldo enseñando en los cursos de verano y en las clases vespertinas, incluso tuvo que ir a Boston a dar conferencias para el Lowell Institute of Education.

A medida que fue aumentando de categoría, el sueldo subió también, y logró dejar primero las clases vespertinas, luego, los cursos de verano y, finalmente, cuando lo nombraron profesor titular, las conferencias del Lowell Institute. Y ahora, por fin,

contaba con el tiempo y los medios para viajar.

Entonces fue cuando empezaron los problemas. Se sometió a la revisión física anual y el médico le descubrió un aneurisma de la aorta abdominal. El médico le solicitó una ecografía del abdomen y después le informó:

—Tiene aproximadamente cuatro centímetros y medio. Normalmente, cuando no supera los cinco centímetros no hacemos más que vigilarla.

—¿Y si llegara a los cinco centímetros?

—Entonces tendríamos que operar.

—No hay medicación o...

—¿Algo que la haga encoger? —El médico negó con la cabeza—. Aunque se trata de una operación de cirugía mayor, la tasa de éxitos es del noventa y cinco al noventa y ocho por ciento. Por el momento no hace falta preocuparse.

—Pero no he tenido ningún síntoma, ni dolores, nada.

—Ya lo sé —asintió el médico—. Normalmente este tipo de problemas se descubre en las revisiones médicas de rutina. Si sintiera dolor de estómago o de espalda, sería signo de que se ha producido una ruptura o una filtración. Entonces suele ser demasiado tarde, a menos que se esté cerca de un hospital y de un cirujano competente. Volveremos a revisarla dentro de cuatro o cinco meses...

—¿Y no tengo que hacer nada? ¿Seguir alguna dieta especial?

El médico negó con la cabeza y riéndose entre dientes le comentó:

—Supongo que no se dedicara usted al boxeo, ¿verdad?

—No, ¿por qué?

—Porque un puñetazo en el estómago no le haría ningún bien.

—De acuerdo. Evitaré el pugilato —repuso Grenish con una leve sonrisa.

La sensación de incertidumbre y temor disminuyó unos meses más tarde cuando le hicieron otra ecografía y descubrieron que no se había producido un aumento apreciable en el tamaño del aneurisma. Y con las posteriores revisiones, realizadas cada tres meses, en el curso de un año, no se produjo cambio alguno, y sus temores prácticamente se disiparon. Pero ahora se preguntaba si sería conveniente viajar a Oriente Medio, tal como había planeado.

Le planteó la cuestión a su médico.

—¿Cuánto tiempo piensa estar fuera?

—Alrededor de un mes.

—Pues entonces no creo que haya problemas. ¿Adónde piensa ir?

—A Oriente Medio. Grecia e Israel.

—Puedo darle un informe sobre su estado para que se lo presente a un médico de allí. No creo que tenga dificultades en encontrar asistencia médica competente en Grecia, al menos no en Atenas, y tampoco en Israel. ¿Irá a Jerusalén? Puedo sugerirle el nombre de un médico.

Grenish confirmó las fechas con su agente de viajes, quien le dio más seguridades sobre la posibilidad de encontrar asistencia médica en cualquier momento.

Un par de días antes de la partida, recibió una llamada de El Dhamouri.

—¿Abe? El Dhamouri. ¿Has hecho las maletas? ¿Dispuesto ya a partir?

—Las maletas todavía las tengo que hacer, me queda todo el día de mañana, pero del resto ya me he encargado de todo.

—¿Y el problema de estómago del que me habías hablado?

—¿Te refieres a mi triple A?

—¿Triple A?

—Así llamo yo a mi aneurisma de la aorta abdominal. Está bien. Hace unos días me sometí a una revisión. No hay cambios.

—¿Y puedes comer de todo? ¿No tienes que estar a régimen?

—No, ninguna restricción de ningún tipo.

—Bien, ¿conoces el Château de la carretera 93? Es un restaurante muy bonito. Pasaré a recogerle.

—Pero voy a estar en Northhaven y no te va de camino. Podríamos encontrarnos allí.

—No, Abe, pasaré a recogerle. Tal vez tomemos unas cuantas copas de más y nos dejemos llevar por el entusiasmo, será mejor entonces que ninguno de los dos conduzca. Pasaré a recogerle.

Sin duda, Grenish se sintió halagado y contento por aquella muestra de aprecio de El Dhamouri. Su orgullo estaba a punto de estallar cuando la limusina de El Dhamouri, conducida por su chófer, se detuvo ante el club de la facultad de Northhaven y varios

de sus colegas lo vieron subir mientras el chófer uniformado le abría la puerta.

Comieron despacio, bebieron poco a poco el vino pedido por El Dhamouri, de modo que en ningún momento Grenish se sintió incómodamente lleno. Hablaron de temas académicos y de los problemas con sus respectivas administraciones y colegas. En algún rincón de su mente, Grenish tenía la sensación de que El Dhamouri no lo había invitado a cenar en aquel restaurante visiblemente caro por pura amistad, sino tal vez para entregar la carta que le mencionara en su anterior encuentro. Pero El Dhamouri no dijo nada, y fue el mismo Grenish quien finalmente sacó el tema mientras tomaban el café.

—¿No querías que entregara una carta a una persona en Jerusalén? Me lo comentaste hace un par de semanas.

—Ah, sí, a mi primo. Pero todavía no he recibido la información que necesito. Tal vez me llegue dentro de una o dos semanas.

—¿Se la enviarás por correo entonces?

—No, me es imposible. Mi primo cree que le interceptan la correspondencia —le dijo ahogándose de la risa—. Sospecha de la hermana de su mujer, que vive con ellos y que, según él, le echa el mal de ojo, y también de algunos de sus empleados, sobornados por la mujer; sospecha incluso de su propia esposa. Se trata de un asunto de tierras del clan y... —Se interrumpió al ocurrírsele una idea—. De acuerdo con el itinerario que me enseñaste, piensas pasar una semana en el hotel Excelsior de Jerusalén. ¿Qué te parece si te la envío allí?

—De acuerdo.

—Probablemente la carta te esté esperando a tu llegada, si no, te llegará al cabo de uno o dos días. A propósito, ¿por qué tanto tiempo en Jerusalén? ¿Tienes familia allí?

Grenish se sonrojó y repuso:

—No, familia no. Es que una chica que conocí vivía allí. Se casó con un tipo religioso, y emigraron a Israel. Tenía ganas de ir a verla y quizá invitarlos a cenar.

—Un viejo amor, ¿eh? —inquirió El Dhamouri sacudiendo un dedo ante él—. Y si el marido está ocupado, o de viaje, cuando hagas la visita... —Sonrió con indulgencia—. Ah, bueno, estarás de vacaciones. En fin, volvamos a lo mío, cuando recibas mi carta, irás

a la ciudad antigua. Si entras por la Puerta de Jaffa, la que suele utilizar la mayoría de los turistas, te encontrarás justo ante la calle de David. Bajas por la calle de David mirando escaparates como cualquier turista hasta que llegues a la calle Muristan y cerca de allí está el Shuk El Lohamin. Allí encontrarás la Mideast Trading Corporation. En los escaparates verás las típicas chucherías para turistas, tallas en madera de olivo y madreperla, bolsos de cuero, chalecos de piel de cordero. Demuestras un cierto interés, preguntas precios y luego entras para echar un vistazo a la mercancía de mejor calidad de la trastienda.

—¿Tu primo estará solo en la tienda?

—No, tiene varios empleados, pero seguro que estará presente. La carta has de entregársela a él, personalmente, a ser posible cuando estéis a solas.

—¿Pregunto por él?

—No, mejor no. Si eres un turista común y corriente no es lógico que sepas cómo se llama, ¿verdad?

—¿Y cómo...?

—¿Cómo lo reconocerás? —inquirió El Dhamouri con una sonrisa—. No hay problema. Tiene más o menos mi edad pero parece más viejo. Y un ojo tremendamente bizco.

Grenish se preguntó si su amigo no se mostraba infantilmente romántico en esta cuestión tan simple de entregar una carta.

—Está bien, recibo tu carta en el Excelsior y...

—No, yo no figuraré en el remitente. Mi nombre llamaría la atención de varias personas. ¿Conoces a Elmer Levy?

—¿De Harvard? ¿El físico? Sí lo conozco, pero nunca nos presentaron.

—Bien. Entonces la carta irá remitida por el profesor Levy. O sea que cuando recibas una carta de Levy, probablemente en papel del club de la Facultad de Harvard, la llevas a la ciudad antigua y se la entregas a mi primo Mahmoud.

—¿Y eso es todo? ¿No habrá respuesta? ¿No querrá que te traiga un mensaje?

—Nada —sonrió—. Y si ves en su tienda algo que te interese, quizá unas perlas o un broche para tu amiga, estoy seguro de que te hará un buen precio. Ah, y si tienes ocasión, escíbeme. ¿Es la primera vez que vas a Grecia? ¿Y estarás allí unos quince días? Será

interesante saber qué impresión te causa el país.

6

EN UN APARTAMENTO ESTUDIO, de un condominio de varios pisos que ya comenzaba a mostrar síntomas de desgaste, aunque lo habían construido seis años antes, dos hombres jugaban al ajedrez. El apartamento estaba vacío a excepción de un par de catres, dos sillones, dos sillas de respaldo recto y una mesita ratona. En la pequeña cocina había un microondas, una cafetera con filtro y unos cuantos platos de cristal.

Avram, de unos sesenta años, estaba sentado en uno de los sillones, con la mesita apretada contra las rodillas, mientras estudiaba el tablero. Gavriel, aproximadamente veinticinco años más joven, estaba sentado frente a él, en una silla de respaldo recto. Tendió la mano, la retiró y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza, volvió a tender la mano e hizo la jugada.

—Jaque —anunció—. Y si pones por delante al rey, nuevo mi reina y...

—Está bien. Has ganado. Veamos, hoy vamos siete a tres. Has mejorado tu juego. ¿Quieres un café?

Sonó el teléfono. Gavriel levantó el auricular; el aparato estaba en el suelo.

—¿Diga? —Escuchó durante un momento y luego dijo—: De acuerdo. —Y colgó. Dirigiéndose al hombre mayor le comunicó—: Era Yossi. El Dhamouri recogió al profesor Grenish en el club de la facultad de Northhaven. Nada menos que en su limusina. Y lo llevó a cenar al Chateau de la carretera 93. El Chateau es muy lujoso y muy caro.

—¿Cómo se enteró Yossi de que irían al Château? ¿No los habrá seguido?

—No tuvo necesidad. Grenish no ocultó precisamente la cita.

—Está bien, lo informaremos.

—Supongo que hemos de hacerlo, pero Avram, ¿nunca se te ha ocurrido pensar que lo que pasamos es un montón de basura que no tiene ningún significado?

—Claro, pero la meten en una computadora y te sorprenderías de ver lo que suelen descubrir de vez en cuando. En este caso, tenemos a dos, y los dos están en nuestras listas, y para colmo, se reúnen. Eso es una intersección, de modo que automáticamente se convierte en interesante.

—¿Por qué? Son amigos. Y no es la primera vez que informamos de reuniones que hayan tenido. Fíjate, hace un par de semanas se reunieron en el club de la facultad de Harvard.

—Lo que lo convierte en una continuación y no en un encuentro casual, por lo que es doblemente interesante. ¿Has visto alguna vez al profesor Grenish?

—Claro. Asistí a dos conferencias públicas de las que daba en la Biblioteca de Boston.

—¿Qué impresión te causó?

—Ninguna. Me pareció bastante aburrido e insípido. No me dormí, pero si lo hubiera hecho, no me habría perdido nada.

—Efectivamente. Así es. Un tipo aburrido, insípido, mediocre. El único motivo por el que está en nuestra lista es su afiliación a la Liga de Amigos Proárabes. Creo que su nombre aparece en el papel de carta; es uno de los miembros de la junta directiva.

—¿Y qué? Hay muchos intelectuales judíos radicales que simpatizan con la causa árabe porque la nueva izquierda es proárabe y no quieren que los tomen por pasados de moda.

—Ya, y al Mossad le gusta vigilarlos. No de un modo intensivo, sino una miradita de vez en cuando en su dirección. Pero tenemos aquí a un tipo insípido y aburrido cuya amistad cultiva un personaje rico y ostentoso como El Dhamouri. ¿Por qué? ¿Qué podría ver El Dhamouri en un tipo como Grenish? Es natural que nos interese en El Dhamouri porque es rico y tiene una posición importante, por lo que es muy probable que los grupos árabes se pongan en contacto con él, aunque sólo sea para pedirle dinero.

—Ya, pero siempre se reúnen en lugares públicos. No tenemos noticias de las reuniones secretas.

—Efectivamente. Nunca es en su casa, donde se podría enterar cualquiera que lo viese entrar o salir. Siempre es en un lugar público como el club de la facultad o un restaurante, por ejemplo, el Château. ¿Por qué? ¿Por qué quiere que le vean con él? ¿Qué ganaría con eso?

—Grenish sí que ganaría —adujo Gavriel—; a lo mejor fue él quien lo organizó todo.

—¿Quieres decir que Grenish le telefoneó y le dijo: «Invítame a almorzar en el club de la facultad de Harvard o a cenar en el Château?». No es probable. Prácticamente imposible, diría, a menos que Grenish se traiga algo entre manos. No. Creo que El Dhamouri es consciente de lo que Grenish siente cuando lo ven en su compañía. Nuestro amigo Grenish es un tipo al que le encanta dar nombres...

—No me lo digas. Eso hacía en las conferencias.

—¿Ves? De modo que El Dhamouri no sólo lo lleva a diversos sitios donde mucha gente les ve juntos, sino que la gente que le ve es la élite, como la de Harvard. Y pasa a recogerlo en su limusina al club de la facultad de Northhaven, donde los colegas de Grenish los verán, y le avisa con anticipación que irán al Château, para que Grenish pueda comentarlo. Me parece que El Dhamouri no sólo está cultivando su amistad, sino que le está adulando. Y eso podría resultar muy interesante.

En la zona Watertown de Boston, en el cuarto trasero de una tienda familiar, el anciano propietario almorzaba mientras su esposa atendía el negocio. Miraba fijamente y con expresión ausente la cortina que separaba el cuarto de la tienda —la cortina se hinchó al abrirse y cerrarse la puerta principal— al tiempo que masticaba mecánicamente un trozo de carne y toda su cara se contraía y relajaba cada vez que lo hacía.

Su esposa separó la cortina lo suficiente como para asomar la cabeza.

—Ali.

—Hazlo pasar.

Un joven corpulento, de cara redonda, entró furtivamente en la habitación. Se quitó la gorra de lino que llevaba y la sostuvo con ambas manos contra el pecho, al tiempo que miraba con incertidumbre al anciano que le devolvía la mirada. Al cabo de un momento, el anciano le señaló uno de los cajones plásticos de botellas de soda que constituían el único mobiliario de la habitación, y servían tanto de sillas, como de mesa en la que el anciano almorzaba. Ali asintió, agradecido, y se sentó. Ansioso, se inclinó hacia adelante y dijo:

—El Dhamouri estuvo anoche en el Château. Iba con otro hombre. No era de los nuestros.

—¿Oíste de qué hablaban?

—Trabajo en la cocina —comentó con modestia—. Pero Giuseppe atendió su mesa.

—¿Se enteró de algo el italiano?

—Sólo de que el otro tipo se iba de viaje a Oriente Medio y que estaría en Jerusalén.

—¿Cómo se llama?

—Giuseppe dijo que El Dhamouri le llamaba «mi querido Grenish».

—¿Comentaron algo sobre cuándo partiría?

—A Giuseppe le dio la impresión de que sería al día siguiente, o sea, hoy.

—¿De veras? ¿Algo más?

La boca pequeña de Ali sonrió ampliamente y sus mejillas regordetas casi ocultaron los ojos.

—Sí, que en Jerusalén iba a parar en el Excelsior.

—¡En el Excelsior! Vaya, vaya, vaya. Muy considerado de su parte. Muy bien, Ali. Estoy muy contento. Coméntaselo al italiano. Si puedes, hazle algún favor. Un regalo, quizá. O tal vez un poco de *hashish*, o una chica.

7

ENTRE EL RABINO judío de Barnard's Crossing y Hugh Lanigan, el jefe de policía católico, había una amistad que se remontaba al primer año en que el rabino llegara a la ciudad. Al principio, la relación había sido estrictamente oficial, y con el tiempo, se habían presentado una serie de situaciones en las que el policía había visitado al rabino por asuntos oficiales. Pero también hubo otras ocasiones en las que el jefe de policía pasaba por el barrio y llamaba a la casa de Small; entonces, el rabino o Miriam, quien fuera que abriese la puerta, lo hacían pasar rápidamente a la sala y le preparaban un té o un café. Del mismo modo, cuando en las tardes veraniegas el rabino iba al centro, a pasear por la calle principal, solía recibir el saludo de Hugh Lanigan, que descansaba en el porche de su casa; y cuando el rabino abría el portal de la casa de Lanigan, éste le gritaba a su mujer:

—Amy, ha venido David Small. Prepáranos algo de beber, ¿quieres?

De cara rozagante y cuadrada, enmarcada por el cabello prematuramente encanecido, cortado asimétricamente, de modo que en la parte superior se veía el cuero cabelludo rosado, Hugh Lanigan no era mucho mayor que el rabino Small. Aunque después de la escuela secundaria sólo había hecho unos cuantos cursos universitarios de formación, era un hombre de tendencias intelectuales, incluso filosóficas, y disfrutaba hablando con el rabino de sus respectivas religiones. El hecho de que las opiniones del rabino hubieran tenido, ocasionalmente, un interés profesional y

hubieran ayudado al jefe de policía, hizo que la amistad entre ambos se fortaleciera aún más.

De modo que no era de extrañar que los Lanigan fueran a casa de los Small a cenar la noche antes de que estos partieran para Israel. Hablaron de temas generales y durante el café se refirieron al inminente viaje.

—Hugh, sería bonito si algún día pudiéramos viajar nosotros también —dijo Amy—. Así veríamos todos esos sitios tan antiguos. Imagínate, podríamos ir al lugar de la Última Cena...

—La iglesia de la Dormición —señaló Miriam—. Se encuentra en la ciudad antigua, cerca del Muro.

—¿Qué me dices, Hugh? —insistió Amy. Era una mujer guapa, alta y delgada, de cabello castaño oscuro, salpicado de alguna que otra cana. Tenía pocas arrugas alrededor de los ojos oscuros y saltones, que le daban un aire sorprendido.

—Podrías haber ido a la excursión que organizó el padre Callahan hace un par de años —le dijo el marido.

—Ya, con un montón de viejas y viejos. Yo quiero ir contigo. —A sus anfitriones les comentó—: Hugh nunca se toma las vacaciones completas.

—Es que nunca he tenido ocasión —explicó el jefe de policía a la defensiva—. Siempre surge algo que debo vigilar personalmente. Además, prefiero dejar que se me acumulen las vacaciones, así, cuando me jubile podré tomarme el último año entero.

—Pero para eso todavía falta mucho —protestó su esposa.

—Pero tengo que planificarlo de antemano. Entonces sí que podremos viajar.

—Grace Bryant fue a esa excursión —comentó la señora Lanigan—. Y se trajo un montón de cosas.

—Un montón de trastos —acotó Lanigan—. Jim Bryant me explicó que cuando se detenía el autocar, era la primera en bajarse y en comprar las chucherías que hacen para los turistas. Se trajo botellas con arena de colores, objetos de madreperla y tallas de camellos y crucifijos en madera de olivo. Apuesto a que la mayor parte era fabricada en Hong Kong o Taiwan.

—No —negó el rabino—. En Belén y en Jerusalén hay fábricas donde hacen esas piezas.

—Vale, las fabrican allí. De todos modos no dejan de ser un

montón de basura —insistió Lanigan humorísticamente.

—La cruz que se trajo era muy bonita. Estaba formada por cuatro cruces pequeñas en cada punta...

—Ah, una cruz de Jerusalén —comentó el rabino. Tengo entendido que las cuatro cruces pequeñas representan las cuatro órdenes caballerescas que gobernaban Jerusalén durante el período de las Cruzadas. Me imagino que el sitio más adecuado para encontrarlas es Jerusalén.

—David, ¿podrías comprarme una? —preguntó Amy Lanigan.

—Tal vez no sea adecuado ni conveniente que un rabino compre una cruz —le reprochó su marido.

—No tendría que hacerlo él personalmente. Podría enviar a alguien —dijo Amy.

—Yo te la compraré, Amy —le dijo Miriam—. Dime simplemente lo que quieres. ¿Prefieres un colgante o un broche?

—¿Me la traerías, Miriam? Grace Bryant se compró una grande de plata, pero si pudieras conseguirme una pequeñita con la cadena...

—Te la traeré.

El rabino buscó en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un lápiz y una libreta, y anotó: «Amy Lanigan: cruz de Jerusalén».

—David, no te tomes demasiadas molestias —le dijo Lanigan—. Cómprasela sólo si te acuerdas. Sé que Amy no quiere meterte en compromisos.

—Claro que no...

—No os preocupéis —dijo Miriam—. David se lo apunta porque si no se le olvidará. Pero lo que ocurre es que luego se olvida de mirarse la libreta. Yo me acordaré, Amy, y como seré yo quien te la compre...

—Me imagino que los de tu congregación te habrán hecho un montón de pedidos —comentó Lanigan.

El rabino sonrió al tiempo que pasaba las hojas de la libreta.

—Píldoras para su hermana, señora Gross; libro de psicología para Oscar Lamed; saludos a la familia Mandelman; informar a Ben Levy sobre lo de su hermano Aaron, operación de vesícula biliar salió bien; hablar con Ish-Tov y ver cómo le va, antes se llamaba Jordan Goodman...

—¿Jordan Goodman? El hijo de Louis Goodman. Ya me acuerdo

de él —dijo Lanigan—. ¿Está en Israel? ¿Se ha cambiado el nombre?

—En realidad no se lo cambió, sino que lo tradujo. *Ish* significa hombre y *tov* significa bueno, de modo que Ish-Tov es una traducción de Goodman, que en inglés es hombre bueno. Se ha vuelto religioso. Lo que nosotros llamamos un *baal tshuvah*, y está en una *yeshiva*^[*].

—¿Quieres decir que es como si hubiera renacido?

—Algo por el estilo. ¿Lo conoces? Quiero decir si lo has conocido por motivos oficiales.

—Fue hace años. En Northhaven hay un profesor que vive aquí, en la ciudad. Son varios los profesores que viven aquí; trabajan en Harvard, Boston o Northeastern, que están a media hora hacia el sur. Y Northhaven, que se encuentra más o menos a la misma distancia, pero en dirección norte. Pues bien, a éste le rompieron una ventana panorámica de la casa. Y nos llamó. Dijo que estaba seguro de que había sido el hijo de Goodman. No lo había visto, ni tampoco había testigos que hubieran presenciado el hecho, pero el profesor adujo que el chico le había amenazado. Al parecer, le había quitado la beca porque el profesor formaba parte del Comité de Becas, supongo. Naturalmente, le dijimos que lo investigaríamos. No era un tema prioritario, claro está, porque no había pruebas ni nada. Pero al cabo de unos días, envié a uno de mis hombres a visitar a Louis y me informó que el muchacho se había marchado de la ciudad. De modo que posiblemente fuera él quien lo hiciera. Y ahí terminó la cosa. Como te imaginarás, no iba a radiar una orden de busca y captura por una ventana rota.

—¿Y eso es todo?

—Sí. Bueno, al cabo de un tiempo, Louis vino a verme por un asunto relacionado con su hijo. Había recibido una foto unido a un grupo de locos de Arizona. Louis creyó que sería una secta como los Moonies o los Hari Krishna y que a lo mejor le habían lavado el cerebro al chico y lo tenían medio prisionero. Si lo retenían contra su voluntad, podía alertar a las autoridades de Arizona, claro está. Por eso hice una serie de averiguaciones. De acuerdo con el informe que recibí se trataba de un grupo inofensivo. Fumaban hierba, incluso es posible que la cultivaran. Y sin duda, sexo fácil, pero nada que interesara a mis colegas de Arizona. De modo que ahora

ha vuelto a su religión, ¿eh? Pues bien, me alegro. Louis y Rose han de estar contentos.

—No estoy muy seguro. Las cosas varían mucho de nuestra religión a la tuya. Tu religión se fundamenta en la fe y el regreso; algunas sectas utilizan la expresión «nacer de nuevo» para indicar que se ha recuperado la fe, que se vuelve a creer. Pero nuestra religión consiste en obedecer una serie de mandamientos. Quien se aparte de la religión no deja de observar todos los mandamientos; no matarás, no cometerás adulterio, no prestarás falso testimonio, por nombrarte unos pocos. Posiblemente deje de observar el *sabbath* o de obedecer las leyes sobre la alimentación, o incluso es posible que las siga observando porque ya se han convertido en una costumbre. —El rabino sonrió—. Si me convirtiera mañana mismo al cristianismo, seguiría siendo incapaz de comerme una langosta.

—Ya entiendo —dijo Lanigan—. Lo que quieres decir es que cuando se apartan de la religión y se vuelven ateos, siguen obedeciendo los mandamientos principales, pero no se molestan en respetar los secundarios.

—Bueno, en teoría no diferenciamos entre mandamientos principales y secundarios. Un mandamiento es un mandamiento. Tal vez podríamos llamarlos los litúrgicos más que los éticos y los morales. En fin, en una palabra, ésta es la cuestión.

—Entonces, cuando se convierten en... ¿cómo los has llamado? ¿*Ballchu*?

—*Baal tshuvah* —rectificó el rabino.

—Eso, cuando se convierten en *baal tshuvah*, ¿empiezan a respetar todos los mandamientos? ¿Y qué hacen?

—Bueno, tal vez llevar todo el tiempo un *kipah*^[*], una especie de gorrita, y normalmente dejan de afeitarse. «No te afeitarás las barbas». Y rezan sus plegarias meticulosamente tres veces al día. Se lavan las manos y bendicen los alimentos antes de tomarlos. Principalmente, lo que hacen es pasarse buena parte del día estudiando.

—¿Y no rezando? —preguntó Amy.

—No, sólo rezamos las oraciones que nos son impuestas. No hay mérito alguno en repetirlas. En realidad, podría considerarse como que se toma el nombre de Dios en vano.

—¿Qué hay de las mujeres? ¿Tienen que mantenerse alejados de

ellas? —inquirió Amy Lanigan.

—Bastante, en el sentido de alternar con ellas. Pero se espera que se casen y que tengan muchos hijos.

—Pero si no alternan con chicas —comentó Amy—, ¿cómo lo hacen para llegar a conocer a sus esposas?

Miriam se echó a reír y le explicó:

—Para eso está el casamentero, el *shadchen*^[*].

—Me imagino que al mantenerlos apartados de las mujeres, al casamentero le resulta más fácil hacer su trabajo —sugirió Lanigan—. Dime una cosa, ¿cómo se ganan la vida? ¿En esa escuela los preparan para alguna profesión? ¿Se convierten en rabinos?

—Algunos sí, supongo —repuso el rabino—. Aunque allí las cosas varían mucho con respecto a lo que se hace aquí. Pueden ejercer de empleados en uno de los tribunales rabínicos, o *mashgiach*^[*], o de supervisores de las leyes dietéticas de los hoteles o restaurantes, o bien como maestros. Algunos se marchan y se dedican a actividades puramente seculares. Otros simplemente se quedan.

—¿Y qué vas a buscar cuando veas al joven Goodman?

El rabino sacudió la cabeza y repuso:

—Su madre querría saber si está bien alimentado y tiene buen aspecto. Su padre... no lo sé. Quizá si hay posibilidades de que vuelva a casa. Al menos es lo que a mí me interesaría saber si se tratara de mi Jonathon.

—¿No querrías que fuera uno de esos *baal*...?

El rabino Small negó vigorosamente con la cabeza.

—¿Por qué no? —inquirió Amy Lanigan—. Es una vida religiosa, ¿no? Imaginaba que tú, sobre todo tú, estarías contento de que llevara una vida religiosa si se le presentara la ocasión.

—En realidad no —repuso el rabino ahogándose de la risa—. Al menos no con el significado que vosotros le dais al término. No soy un hombre de Dios o un guía espiritual de la congregación, en el sentido en que lo es un sacerdote o ministro protestante, por ejemplo. Mis deberes son esencialmente seculares. Estoy autorizado a intervenir como juez o árbitro en las disputas, pero nadie acude a mí para que yo dé mi juicio. Desde que estoy aquí, sólo me ha ocurrido una vez. Incluso para aconsejar sobre cuestiones relativas a la forma adecuada de observar los mandamientos me consultan

muy poco. La congregación de aquí no es tan meticulosa en su observación, de modo que me limito principalmente a mantener y enseñar nuestras tradiciones. Mis sermones van encaminados en esa dirección, pero me temo que cada vez son menos los feligreses que se preocupan. La mayoría consideran los sermones como un respiro en el tedio general de las ceremonias. Sentimos un gran respeto por el estudio y el aprendizaje. Al fin y al cabo, es lo que nos diferencia de los animales inferiores. Pero eso de pasarse la vida estudiando en una *yeshiva*, como en un monasterio o un convento, es escurrirle el bulto a las responsabilidades que nos corresponden en el mundo. Respetamos a los doctos, pero esperamos que participen en la sociedad y en el trabajo del mundo. Incluso nuestros más grandes sabios de la era talmúdica ejercían trabajos seculares de todo tipo, algunos incluso bastante humildes. La práctica del judaísmo es esencialmente una ocupación de aficionados.

—Pero si tuviera vocación y recibiera una llamada... —sugirió Amy.

—¿Quieres decir como le pasó a Jonás: «Ve y predica a la gente de Nínive»? No. Y si lo recuerdas bien, no fue de buena gana. Finalmente, cuando obedeció, le resultó de lo más insatisfactorio. Dios no destruyó la ciudad, y eso le dejó incómodo y descontento.

—Pero a ti sí te pasó, ¿no? —insistió Amy.

—¿Lo de recibir la llamada de la vocación? —preguntó el rabino sonriendo ampliamente—. La única llamada que recibí por aquella época fue del anciano Jacob Wasserman, el presidente del Comité de Rituales.

8

MIRIAM pasó entre los dos asientos para ocupar el de la ventanilla. El rabino dobló sus abrigos y los colocó cuidadosamente en el compartimento para equipajes que había arriba.

—¿Quieres que ponga aquí tu bolso? —inquirió.

—No, lo dejaré en el suelo —le dijo Miriam.

El rabino ocupó el asiento del medio, se abrochó el cinturón y buscó material de lectura en el bolsillo de la parte trasera del respaldo que tenía delante suyo. Sólo halló la tarjeta plastificada con el diagrama del avión y las instrucciones para casos de emergencia.

—La azafata pasará enseguida con periódicos y revistas —le dijo Miriam. Buscó en su bolso—. ¿O quieres leer mi *Ladies' Home Journal*?

—No, está bien, me esperaré.

Observaron cómo iban pasando los pasajeros por el pasillo; algunos se detenían para comprobar los números de los asientos, otros para colocar el equipaje de mano y los abrigos en los compartimentos especiales para luego ocupar los asientos que había debajo. Se preguntaron si el avión iría lleno, y si alguien ocuparía el asiento del lado del pasillo, junto al suyo, o si quedaría vacío para poder estirarse.

Pronto salieron de la duda. Un hombre bien vestido, de estatura media, se detuvo en su fila, comprobó las letras de los asientos con las indicadas en su tarjeta de embarque, y sonriéndole al rabino, dijo:

—Supongo que es éste.

Colocó el abrigo que llevaba en el brazo y la maleta de mano en el compartimento de equipajes, y después se sentó y se abrochó el cinturón. De inmediato sacó un libro y se puso a leer. Pero al cabo de un momento se desabrochó el cinturón y se quitó la americana. Cuando la dobló cuidadosamente antes de colocarla en el portaequipajes, el rabino notó que en el bolsillo inferior de la pechera llevaba bordado el nombre: James Skinner. Luego volvió a tomar asiento, se abrochó el cinturón y abrió el libro.

El rabino, al no tener ningún libro para distraerse, acabó por mirar de reojo y sin ningún pudor a su compañero de asiento, preguntándose por qué motivos viajaría a Israel. Resultaba obvio que era un gentil, tanto por su aspecto como por su nombre. ¿Estaría en viaje de negocios, o pensaba visitar el país? ¿Sería tal vez un misionero o un erudito? Quizá fuera arqueólogo y planeaba tomar parte en una de las diversas excavaciones que se realizaban en distintas partes del país.

Miriam se volvió para mirar hacia las azafatas y preguntó:

—¿David, crees que nos servirán pronto de comer?

—En estos vuelos nocturnos, en cuanto hayamos despegado, supongo —respondió el rabino.

Un asistente de vuelo avanzó lentamente por el pasillo, volviendo la cabeza a un lado y otro, comprobando si todos se habían abrochado los cinturones de seguridad y tenían los respaldos de los asientos en posición vertical.

El compañero de asiento del rabino levantó la vista del libro y, dirigiéndose al asistente en hebreo, le comentó:

—Servirán enseguida, ¿verdad? Estoy muerto de hambre.

—En cuanto hayamos despegado serviremos unas bebidas —repuso el asistente—, e inmediatamente después, la cena.

Cuando el rabino le tradujo el comentario a Miriam, el extraño inquirió:

—¿Habla hebreo?

—Sí, soy rabino. Me llamo David Small. Y ésta es mi esposa, Miriam.

—Encantado. Soy James Skinner.

—Ya lo sé —dijo el rabino Small—. Vi su nombre en la chaqueta. —Y lanzó una risita—. Supuse que no sería judío.

—No lo soy.

—Pero habla hebreo.

—Nací en Jerusalén. —Sonrió—. Mi padre también. Procedemos de Minnesota y todavía tengo allí una *mishpacha*^[*].

—¿Sus abuelos fueron los primeros en ir a Israel? —preguntó Miriam.

—Entonces era Palestina —la corrigió él—. Pero en todo caso, era Tierra Santa. Sí, efectivamente. Fueron porque era Tierra Santa. Algo así como una peregrinación de fe. En realidad, estaban de luna de miel. Fue en 1906 o 1907.

—¿Y se quedaron sin más?

—Bueno, no. Mi abuelo vio la posibilidad de hacer negocios. Su familia era mayorista de productos ultramarinos, y tuvo la genial idea de vender higos secos bajo el nombre de «Frutos de la Tierra Santa». Es que los negocios de su familia cubrían buena parte del norte de Minnesota. En esa zona del país eran muy religiosos, y supongo que lo siguen siendo, y mi abuelo supuso que todo lo que viniera de Tierra Santa se vendería.

—¿Y se vendió? —preguntó el rabino.

—Y tanto. No sólo vendieron bien a los clientes de la empresa, sino que les permitió introducirse en un nuevo territorio. Más tarde, mi abuelo hizo embarques de otras mercancías, aceitunas y aceite de oliva, dátiles, almendras, azafrán, y un montón de cosas más, incluso nueces y frutos secos. Cualquier cosa que pudiera embarcarse.

—¿Y su abuelo se quedó allí? —inquirió Miriam.

—Volvía a los Estados Unidos de vez en cuando, pero su hogar estaba en Jerusalén. Le agradaba el clima y le gustaba la zona. Creo que casi cualquier cosa es preferible a los inviernos de Minnesota. Cuando estoy en los Estados Unidos, vivo en Boston, cuyo clima es bastante malo, pero no tanto como el del norte de Minnesota. El abuelo se quedó en Palestina hasta que murió su padre y luego se radicó definitivamente en Minnesota, para encargarse del negocio familiar. Y para esa época, mi padre ya tenía edad suficiente como para hacerse cargo del negocio de Jerusalén. Se había comprado una casa en Abu Tor, y dirigíamos la empresa desde allí. Después, las cosas comenzaron a complicarse, estábamos demasiado cerca de la zona árabe, y tuvimos que dejar la casa y alquilar un

apartamento en Rehavia, por razones de seguridad, como comprenderán ustedes.

—¿Entonces su padre optó por el lado judío?

Skinner se echó a reír y contestó:

—En realidad no. Está claro que los judíos eran el pueblo elegido, pero por otra parte, repudiaron a Cristo. Además, casi todos sus socios eran árabes. Supongo que se inclinaba por la neutralidad, pero odiaba a los británicos, y como por aquel entonces los británicos parecían ser antijudíos, mi padre tendió a ponerse de parte de estos últimos. Ya sabe usted eso de «el enemigo de mi enemigo es amigo mío». En ocasiones, ayudó al Haganah^[2]. Mi hermana mayor y yo fuimos enviados a los Estados Unidos, donde nos quedamos. Yo fui a la escuela en Estados Unidos, que era lo que mi padre quería. Mi hermana jamás regresó, conoció a alguien y se casó. Yo me volví después de la Guerra de los Seis Días.

»Después, con la Ciudad Antigua en manos del Estado de Israel, mi padre solicitó que le devolvieran la casa de Abu Tor. Tenía las escrituras, y en el gobierno había ciertas personas influyentes que se acordaban de la ayuda que prestara mi padre al Haganah, de modo que nos la dejaron. Tal vez lo hubieran hecho de todos modos, porque teníamos los papeles, pero sin duda, no estuvo de más haber ayudado al Haganah.

—¿Y durante todo ese tiempo su padre continuó con sus negocios? —inquirió Miriam.

Skinner lanzó una risotada y repuso:

—El negocio de las exportaciones se deterioró rápidamente, y cuando se declaró el Estado de Israel, prácticamente se fue al garete.

—¿Y por qué? —preguntó Miriam, asombrada.

—Dedúzcalo usted misma. Habíamos ofrecido los productos de la Tierra Santa. Era algo poco frecuente, algo exótico. Y algo así como religioso. Pero entonces, los mismos israelíes comenzaron a exportar, y ya no eran productos exóticos ni raros y como intentaban ustedes establecer unos mercados y sus granjeros trabajaban en cooperativas, vendían los productos más baratos.

—¿Entonces qué hizo su padre?

—Bueno, muchas cosas —repuso Skinner vagamente—. Verá usted, entre los árabes tenía contactos y logró utilizarlos en su

provecho. Durante un tiempo fue una especie de intermediario extraoficial entre Israel e Irán. Se sorprendería de saber la cantidad de maquinaria que logró entrar a Israel procedente de los países árabes. Mi padre tuvo que ver en ello. Y... bueno, muchas cosas.

—Habla usted en pasado...

—Sí. Mi padre murió hace tiempo. Ya llevaba trabajando unos cuantos años con él, de modo que logré continuar con el negocio, porque conocía a sus contactos y ellos me conocían a mí. Por supuesto seguimos exportando un poco, especialmente, miel y aceite de oliva.

—¿Y vive usted en Jerusalén? —preguntó Miriam—. Quiero decir, ¿tiene allí su hogar, su casa?

—No, mi hogar, mi residencia oficial está en Boston. Pero viajo mucho, de modo que en realidad no paso en Boston más que unos meses al año. Este año es el tercer viaje que hago a Israel. Cuando estoy en Oriente Medio resido en Jerusalén. Tengo allí mis oficinas y otras en Haifa, pero Jerusalén es mi base y mi hogar. Desde allí suelo viajar a Egipto, Jordania, Irán o a cualquier punto de la zona. Al principio tenía que ir a Creta, pero desde que se firmó el tratado de paz entre Egipto e Israel, es mucho más fácil. ¿De dónde son ustedes?

—Somos de la zona de Boston —respondió el rabino Small.

—De Barnard's Crossing —agregó Miriam.

—Ah, ya he estado allí. Bonita ciudad.

—Eso creemos —dijo Miriam.

—Un amigo mío tenía una barca anclada allí. Ah, aquí llega la cena. Aunque es *kosher*^[*], en El Al suelen tratar bien a los pasajeros.

—¿Preferiría usted comida no *kosher*? —inquirió el rabino.

—No. Cuando paro en un hotel israelí, me pongo morado con el desayuno, pero ocurre que me gusta ponerle mantequilla al pan y crema de leche al café y no pueden servírtelo si dan carne.

—Ya veo. —El rabino cortó un trozo de bollo, le puso sal e impartió la bendición—. Bendito seas, oh, Señor... por habernos dado el pan de la tierra.

—Eso que acaba de recitar es el *motze*^[*], ¿verdad? —comentó Skinner tanto para conversar como para demostrar su conocimiento de las prácticas judías—. Mi padre habría dado gracias...

—Pero usted no.

—No, hace demasiado tiempo que estoy apartado de la Iglesia como para preocuparme por estas cosas.

—Se pierde usted algo —le dijo el rabino.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, la bendición que ofrecemos nosotros o las gracias que dan en su religión, hacen que el tomar alimentos sea algo más que una operación de reposición de energías. Es una de las cosas que nos diferencian de los animales inferiores. El hombre puede disfrutar de la comida. Ellos sólo pueden saciar el hambre.

—Razón por la cual engordamos y ellos no —dijo Skinner con una sonrisa sarcástica—. Y por eso nos morimos de enfermedades producidas por el exceso de peso y ellos no.

—Claro, es verdad —admitió el rabino—. Siempre existe un castigo por utilizar mal un don, o por exagerar una virtud.

—Supongo. —Con un movimiento de cabeza señaló en dirección de un joven *hasid* barbado, y con patillas, sentado al otro lado del pasillo, y que acababa de recibir una bandeja del asistente de vuelo, una que se diferenciaba notablemente de las suyas—. Es una comida *kosher* especial la que le dan a ése, ¿no? Tengo entendido que es *superkosher*.

El rabino se echó a reír y dijo:

—Supongo, y se llama *glatt*. Es una palabra yidish^[3] que significa estrictamente, por lo tanto, su comida es estrictamente *kosher*.

—Creía que usted pediría lo mismo, siendo rabino...

—Precisamente porque soy rabino no la pedí.

—¿Y cómo es eso?

—Se lo explicaré —le dijo el rabino al tiempo que se servía en un vaso de plástico un poco de vino de la botellita que acompañaba la cena—. Lo de *kosher* no sólo se refiere a la especie de animal permitido, el animal que pasta y que rumia en contraposición con los predadores que se alimentan de carne, sino también a la condición del animal y al método que se utiliza para matarlo. El matarife, o *shohet*^[*], es un hombre docto y observador de las leyes y realiza su trabajo sin que el animal sufra. Utiliza un cuchillo afilado como una hoja de afeitar. Si el filo estuviera mellado y ello impidiera mínimamente el movimiento del cuchillo causando dolor,

el animal se convertiría inmediatamente en no *kosher*, o sea en *traife*^[*].

—Sí, ya lo sabía.

—Pero también es importante la condición del animal. Después de sacrificado, el *shohet* tiene que analizar las vísceras para buscar signos de enfermedades. Está cualificado para juzgar los casos obvios y considerar *kosher* y por tanto, aceptable, al animal, o bien condenarlo como *traife*. Pero si está en la duda, lo somete al juicio del rabino, para que él juzgue y realice las indagaciones. Pues bien, la carne *glatt kosher* es la que proviene de un animal que jamás ha sido sometido a un rabino para que determine su *kashvut*^[*], o sea, si es o no *kosher*.

—Pero eso es muy difícil de llevar a cabo. Al menos en los Estados Unidos, y en cualquier país civilizado donde exista una inspección del gobierno.

—Es cierto, pero como rabino, no me gusta que se asuma que un animal que el rabino ha declarado *kosher* pueda ser menos *kosher* que otro que nunca ha sido sometido a su examen.

—Ya entiendo lo que quiere decir, pero estoy seguro de que no todos los rabinos están de acuerdo con usted.

—Tal vez no. ¿Conoce usted a muchos?

—Unos cuantos. Al vivir en Jerusalén, imposible evitarlo, ¿no le parece?

Poco después de retiradas las bandejas de la cena, pasó una azafata con un manojo de auriculares en el brazo para quienes quisieran ver la película que estaban a punto de proyectar.

Miriam negó con la cabeza y el rabino dijo:

—No gracias. Intentaré dormir.

—Sí, por favor, deme un par —dijo Skinner. Y dirigiéndose al rabino, agregó—: Creo que me iré a la parte de atrás a buscar un lugar en la zona de fumadores. Me muero por un cigarrillo.

Se apagaron las luces para la película y el rabino se revolvió en su asiento, esperando encontrar la posición que le permitiera dormir.

—Me pregunto si después de haberse fumado el cigarrillo piensa volver, o si se quedará ahí atrás en la zona de fumadores y verá la película desde allí.

—¿Por qué? —preguntó Miriam.

—Porque si tarda en volver, subiré el brazo del asiento y me estiraré. Tal vez logre dormir.

—Estoy segura de que se quedará en el fondo durante un buen rato. Se llevó los auriculares. Quizá encuentre a alguien con quien charlar y se quede allí. Parece un tipo muy afable.

—Bueno, si vuelve, no tendré más remedio que sentarme en mi sitio y ya está.

Skinner no regresó hasta poco antes de aterrizar, después de que la azafata hubo repartido las tarjetas que debían rellenar para las autoridades policiales y cuando se realizaban los preparativos para el descenso.

Cuando el avión tocó tierra, los pasajeros se pusieron a aplaudir. ¿La habilidad del piloto, quizá? ¿El fin de un largo viaje? ¿O para expresar la alegría de haber llegado? El rabino nunca supo a ciencia cierta el motivo, pero se sintió curiosamente conmovido. Por lo que él sabía, sólo se había dado esa circunstancia en el vuelo de El Al a Israel. Simultáneamente, el sistema de megafonía del avión comenzó a difundir una canción de bienvenida. El avión se detuvo, y los pasajeros comenzaron a recoger su equipaje de mano de los compartimentos superiores. Skinner se puso en pie, sacó su chaqueta y su bolso, y luego bajó los abrigos del rabino y de Miriam.

—Bueno, me despido —dijo Skinner—. He tenido mucho gusto en haberlos conocido. Tal vez volvamos a vernos en Jerusalén. — Salió al pasillo y se vio obligado a avanzar, empujado por el gentío, hacia la salida y las escaleras que llevaban hasta los autobuses que esperaban en la pista para conducir a los pasajeros hasta la terminal.

En el aeropuerto, les sellaron los pasaportes y luego pasaron la barrera para conseguir un carrito y dirigirse a la cinta transportadora para recoger el equipaje, que ya comenzaba a salir. No tuvieron que esperar demasiado, y para el rabino fue un buen augurio que las dos maletas salieran juntas. Miriam, preocupada por el dolor de espalda del rabino, intentó ayudarlo a levantarlas de la cinta transportadora y llevarlas hasta el carrito, pero él insistió en que se arreglaría, y aunque sintió dolor, se cuidó muy bien de no dar un respingo.

Había dos puertas de salida, una roja para quienes tenían algo

que declarar y en la que tendrían que pagar algún derecho aduanero, y la otra verde, para quienes no tenían nada que declarar. Escogieron la salida verde y poco después, se encontraron en la acera, ante la multitud que esperaba la llegada de los pasajeros. Buscaron a Gittel en aquel mar de caras, pero fue ella quien los divisó primero.

9

—¡MIRIAM! ¡David! Aquí estoy. —Abrazó a Miriam, la soltó y se volvió hacia el rabino. Le cogió la cabeza con ambas manos y lo besó. Había envejecido un poco desde la última vez que la vieran, y estaba un poco más arrugada; el pelo, recogido de forma descuidada, en lo alto de la cabeza, estaba un poco más gris. Pero su porte conservaba todavía esa nota de completo dominio ante cualquier situación inesperada.

Quiso saber por qué Jonathon y Hepsibah no habían viajado también, y cuando Miriam le comentó que estaban de vacaciones en un campamento de verano, le preguntó:

—¿Y no habrían pasado mejores vacaciones aquí que en un campamento?

—Sí, pero entonces para nosotros no habrían sido vacaciones —le indicó el rabino.

Cuando le preguntaron cómo estaban su hijo y su familia, Gittel les contestó:

—Uri se ha metido a banquero. Viste un terno y lleva *kipah*^[*]. Ahora se ha vuelto religioso. El *kipah* que lleva es de esos pequeños, hecho al ganchillo. Gracias a Dios, todavía no lleva sombrero negro. En estos momentos está en la reserva del ejército, en *miluim*^[*]. Tiene el grado de mayor —añadió orgullosamente—. En cuanto a su mujer, viene a visitarme de vez en cuando. Supongo que porque Uri se lo pide. Cuando viene, trae al niño. Ese chico es encantador. Desgraciadamente, también lleva *kipah*. Espero que con el tiempo lo supere.

De repente, los condujo hasta el bordillo y les dijo:

—Quedaros aquí, y si alguien intenta aparcar, hacedle señas de que no lo haga. Esperadme aquí que voy a buscar el coche. —Miró desconfiadamente las dos pesadas maletas y agregó—: Mi coche es pequeño, pero creo que nos arreglaremos. Podemos colocarlas en el techo, llevo baca.

Recordando el coche destartado sujeto con alambres que funcionaba a base de plegarias e imprecaciones, se sorprendieron gratamente minutos después, cuando Gittel se acercó conduciendo un pequeño Renault sedán de aspecto casi nuevo.

Aparcó, se bajó del coche y el rabino le dijo:

—Gittel, veo que tienes coche nuevo.

—No tan nuevo —repuso con tono de disculpa, pero resultaba obvio que estaba satisfecha—. Cuando lo compré ya tenía un par de años. —Se encogió de hombros—. La administración actual tiene unas ideas colosales para nuestra economía. Antes no podíamos comprarnos ni coches, ni televisores en color, ni cocinas, ni neveras nuevas hasta que no podíamos pagarlas. Pero la administración actual tiene una idea mejor. Nos estimula a comprar lo que se nos antoja con la esperanza de que con el tiempo podamos pagar. Y para estimularnos más, siguen bajando el valor de la moneda y no nos queda más remedio que seguir comprando cosas para que el dinero no se nos devalúe antes de gastarlo. Todo un sistema. Fijaos —señaló la fila de coches aparcados junto al bordillo—, ni un solo coche viejo. Bueno, veamos, tendremos que subir las maletas al techo.

Cuando el rabino se disponía a bajar del carrito la primera maleta, Miriam le advirtió:

—No, David, sabes que no te dejaré. —Y dirigiéndose a Gittel, agregó—: Es que tiene dolor de espalda.

—Conseguiré a alguien que nos las suba —dijo Gittel. Miró a su alrededor, a un grupo de taxistas que estaban por allí a la espera de pasaje, y se disponía a abordar a uno de ellos, cuando Skinner, el compañero de viaje, se acercó a ellos y los saludó.

—Veo que habéis pasado rápidamente por los controles. Mi ayudante tenía que venir a buscarme, pero debe de haberse demorado por algún motivo. —Observó que el maletero estaba atestado y echó un vistazo a las dos enormes maletas—. ¿Puedo

echarles una mano?

—Pensábamos colocar las maletas en la baca —le dijo Miriam.

—Venga, que les ayudaré. —Levantó una de las maletas y la depositó sobre la baca.

—Un Sansón con todas las de la ley —comentó Gittel admirativamente—. Tengo una cuerda...

—Bien. —Skinner subió la otra maleta a la baca, cogió la cuerda que Gittel le tendía y la pasó por las manijas de las maletas y a través de los soportes de la baca.

—¿Adónde va usted? ¿A Tel Aviv? —preguntó Gittel.

—No, voy a Jerusalén. Tal vez logre coger un *sherut* o un taxi.

—¿Ha dicho a Jerusalén? Pero si nosotros vamos hacia allí. Lo llevaremos.

—Irían incómodos.

—De ninguna manera. El coche es grande. Miriam irá conmigo, adelante, y los dos hombres se sentarán atrás. La liberación femenina.

El sol ya se había puesto, y la penumbra no tardó en dar paso a la oscuridad de la noche. Aunque apenas veía más allá del camino, Gittel se empeñó en indicarles los sitios de más interés.

—Ahora no se puede ver, pero ahí, a la derecha, hay un *kibbutz*. Si hubiera luz, podríais ver los vehículos blindados destrozados por los árabes durante la Guerra de Independencia.

Miriam hizo comentarios de interés, y Skinner llegó incluso a espiar por la ventana, cosa que el rabino consideró muy amable de su parte, puesto que sin duda habría pasado por ese camino decenas de veces.

Al acercarse a la ciudad, Gittel le preguntó:

—¿Adónde va, señor Skinner?

—No se preocupe, por favor. Déjeme donde vaya usted y de allí tomaré un taxi. Además, así podré ayudarles a ustedes con las maletas.

—Puedo arreglármelas para bajarlas, no requiere tanto esfuerzo —dijo el rabino—. No es lo mismo que subirlas.

—Bueno, si está seguro de que puede arreglárselas... vivo en Abu Tor, en la calle Rabenu Tam.

—¿Cerca de la *Yeshiva*^[*] norteamericana?

—Eso es, justo en la casa de al lado.

—Ahora recuerdo dónde oí su nombre. Usted fue quien tuvo problemas con ellos —explicó Gittel.

—No personalmente, porque no estaba aquí, pero Ismael, mi gerente me informó algo. Querían comprarnos la casa para ampliar sus locales. Ahora se ha calmado la cosa.

—No obstante —insistió Gittel—, fue una matonería. Le pido disculpas, señor Skinner, por el comportamiento de esos jóvenes de la *yeshiva* si es que eran israelíes. Pero como la mayoría son norteamericanos, creo que será mejor que te disculpes tú por ellos, David.

—Y como yo también soy norteamericano —comentó Skinner riéndose—, creo que tengo tanta culpa como el rabino. Ah, ya hemos llegado.

Gittel detuvo el coche y casi de inmediato, encima de la puerta se encendió una luz. Mientras Skinner se apeaba, una mujer árabe de cierta edad, salió de la casa cojeando.

—¡Señorito James! —exclamó y, con una especie de reverencia, le tomó la mano y se la llevó a los labios.

Skinner se mostró incómodo y explicó:

—Martha ha trabajado para la familia durante años. —Luego, cuando la mujer hizo ademán de cogerle la maleta, añadió—: Para ella sigo siendo el jovencito del que cuidaba cuando llegó a nuestra casa.

Para disimular su evidente incomodidad Miriam exclamó:

—¡Qué bonita casa antigua!

—Es una antigua casa árabe —les explicó—. ¿Les gustaría pasar y echarle un vistazo? He remodelado algunas habitaciones, pero conservo los mosaicos del suelo del vestíbulo y el techo decorado. —Martha seguía a su lado intentando quitarle la maleta de la mano, al tiempo que le hablaba en árabe, a lo que él contestaba de vez en cuando con uno que otro movimiento de cabeza.

—Nunca falla —les comentó a sus nuevos amigos—. Siempre que regreso, me espera una letanía de los desastres ocurridos en mi ausencia. Al parecer se produjo una emergencia en nuestras oficinas de Haifa, y mi gerente, Ismael, tuvo que viajar hasta allí. Luego telefoneó para avisar que el coche se había averiado y por eso no pasó a recogerme al aeropuerto. Y hubo que reparar la cocina y todavía no funciona correctamente. Y también hay problemas con el

agua y ha tenido que comprar agua embotellada, y Dios sabe qué más, pero pasen, por favor. Estoy seguro de que...

—No se moleste —dijo Gittel—. Tenemos que seguir viaje.

Skinner no insistió.

—Está bien, pero vendrán a visitarme, ¿verdad? Ahora ya saben dónde vivo.

Mientras se alejaban, Gittel comentó:

—Parece un hombre resuelto. Esos gamberros de la *yeshiva* harán bien en no meterse con él. Salió en todos los periódicos. Querían comprarle la finca. En una de las notas que leí, dicen que le ofrecieron la cantidad simbólica de un shekel. Al menos ha de valer medio millón. Pero aunque le ofrecieran un precio legítimo, y me consta que esas asociaciones religiosas tienen mucho dinero, ¿es que estaba obligado a vender? Además con quien tenían tratos era con un gerente o encargado, un árabe, que ni siquiera tenía autorización. Entonces se dedicaron a hostigarlo. Le echaban basura delante de la puerta. Incluso le provocaron pequeños incendios. Evidentemente, eso hizo intervenir a la policía. Y entonces entraron en juego los grupos religiosos más extremistas, lo que provocó a los locos del banco contrarió. Finalmente tuvo que intervenir el alcalde, y me imagino que logró hacerles recuperar el buen tino. El director de la *yeshiva* fue destituido y las cosas se calmaron.

—¿Pero qué clase de *yeshiva* es esa que tolera esas cosas? —preguntó Miriam.

—Eso pregúntaselo a tu marido —respondió Gittel mordazmente—. Es un tema de su especialidad. Lo único que sé es que la mayoría de los estudiantes son norteamericanos. Parecen un atajo de vagos con esas botas que llevan y esos monos de tela tejana todos gastados. Incluso los hay que visten cazadoras de cuero con flecos en las mangas. Se supone que son *Baalei Tshuvah*^[*], y que han de dedicarse solamente a las cosas sagradas, y lo prueban arrojando piedras a cualquiera que pase en coche durante el *sabbath*, incluso si es médico y ha tenido que salir a ver un paciente.

—¿Es la *yeshiva* donde está el hijo de Goodman? —preguntó Miriam.

—Seguro que sí —repuso su marido—. Goodman dijo que era la *Yeshiva* norteamericana de Abu Tor. No creo que haya más de una.

—Cielos, no suena muy alentador, ¿verdad?

—No lo sé —dijo el rabino—. En todas las organizaciones existen unas cuantas manzanas podridas, extremistas que pierden todo sentido de las proporciones en su devoción por un ideal. Me cuesta creer que la *yeshiva*, como institución, fomente ese tipo de actos.

—Pero han sustituido al director.

—Eso no significa necesariamente que el anterior director fomentara la matonería, sino que no logró controlarla.

Minutos después de la partida de Gittel y los Small, en la casa de Abu Tor, apareció Ismael con el coche. Se deshizo en disculpas y abundó en explicaciones. Con un enorme pañuelo de seda se secaba los labios y la frente mientras refería a su jefe la avería que había tenido y la dificultad en conseguir un taller y un mecánico. Finalmente, cuando logró localizar uno, se le presentó el problema de llevar el coche hasta el taller.

—Y el mecánico me decía que lo arreglaría mañana, señorito James. Que iría a recoger el coche mañana.

Mientras le contaba a Skinner cómo había acompañado el coche hasta el taller y del desorden que allí había encontrado, se mantuvo cerca de su jefe, con el cuerpo ligeramente inclinado.

—Cinco minutos, señorito James, cinco minutos se pasó buscando un destornillador. Y en plena reparación hizo un descanso para irse a comer. Y yo desesperado, mirando todo el tiempo el reloj —estiró la mano para mostrar el reloj que llevaba en la muñeca—, y diciéndole que se trataba de una emergencia y el tipo va y me dijo, el muy ignorante, que tenía que hacerle la factura... —Ismael había terminado la escuela secundaria e incluso había hecho varios cursos universitarios; vestía una camisa de seda y un traje negro lustroso, y llevaba los zapatos bien limpios. A pesar de la educación recibida, tenía serias dificultades en expresar la indignación que había experimentado por lealtad a su jefe, al tener que tratar con un canalla como el mecánico.

—Está bien, está bien —dijo Skinner—. ¿Lograste que te lo arreglaran por fin? Pues ya está, todo ha pasado. A mí me trajeron unas personas con las que hice amistad en el avión. Y ahora dime qué diablos es todo este asunto del agua y qué has hecho para

solucionarlo.

10

AL DÍA SIGUIENTE, Miriam y el rabino se despertaron tarde y se encontraron con que Gittel ya se había ido. En la mesa de la cocina había dos llaves y una nota que decía:

«Aquí os dejo una llave para cada uno. No olvidéis que la cerradura tiene dos vueltas y que tenéis que girar la llave dos veces... las comidas a base de leche van en platos azules; las hechas con carne en platos rojos. Los recipientes plateados contienen productos lácteos, los otros, carne. Estaré de regreso alrededor de las tres... Si necesitarais hablar conmigo, aquí os dejo mi número de teléfono... Si no os atienden enseguida, no perdáis la paciencia. ¡Que os divirtáis!».

Mientras el rabino rezaba las plegarias de la mañana, Miriam se ocupó de preparar el desayuno en la cocina y, cuando él terminó, había zumo de naranja, tostadas, huevos y café sobre la mesa. Por su larga experiencia, Miriam podía calcular al minuto cuánto tardaría el marido.

—¿Tanta comida? —murmuró el rabino.

—Hay que empezar el día comiendo bien, David. Todos los médicos lo dicen.

—Sabes que podrían equivocarse.

—Come lo que puedas. Aquí tienes el periódico de la mañana —le dijo; sabía que con letra impresa ante los ojos, continuaría comiendo distraídamente hasta dejar el plato limpio.

—¿Y tú no comes nada? ¿Es que no te hace falta una buena comida para empezar bien el día?

—He desayunado antes de que te levantas. Y antes de que te pongas a leer el periódico, decidamos qué vamos a hacer hoy —sugirió.

—¿Tenías pensado algo? —preguntó él, suspicaz.

—Hace buen tiempo, de modo que he pensado que podíamos dar un paseo. Tal vez a la Ciudad Antigua.

Fueron en autobús hasta la Puerta de Jaffa y, al entrar, comenzaron a pasearse por las callejuelas estrechas, plagadas de turistas, deteniéndose a mirar la mercancía expuesta o a observar cómo regateaban los turistas con los comerciantes que estaban de pie, o sentados en unos taburetitos, delante de sus tiendas.

—Son los típicos artículos para turistas —dijo el rabino—. Vayamos al Muro Occidental y veamos qué hay allí. Tengo entendido que han realizado una serie de cambios desde la última vez que estuvimos.

—¿Quieres rezar allí? —le preguntó.

—No, ya he dicho el *shachris*^[*]. Sólo quiero echarle un vistazo.

—De acuerdo. Después podemos dar una vuelta por el barrio armenio y volver a casa para almorzar.

Se pasearon tranquilamente, resistiéndose a las zalamerías de los comerciantes que, en cuanto Miriam se detenía un momento a mirar alguno de los artículos expuestos, se lo ofrecían a un precio enormemente reducido porque era «su primera venta del día» y estaban ansiosos por comenzar.

—Tienes que cuidarte de mostrar interés —le advirtió el rabino —, o te enredarán.

—Es como un juego. No esperan que les compres nada por el simple hecho de que te pares a mirar.

—Todos venden el mismo tipo de artículos, de modo que me imagino que interpretan toda señal de interés como una buena ocasión para efectuar una venta. Además, nuestras leyes lo prohíben, porque es alimentar las esperanzas del comerciante vanamente, para dejarlo luego con la miel en la boca cuando uno se va sin comprar nada.

—Pero eso será si lo haces sin intención de comprar, ¿no es así, David? Y a lo mejor compraré algo, aunque sólo sea por el gusto de regatear. Tengo entendido que se sienten defraudados si no les regateas. Mira, he visto algo en ese escaparate.

—¿Qué?

—Esa cruz. ¿No es una cruz de Jerusalén? ¿No era eso lo que Amy Lanigan me pidió que le comprara? Entraré a preguntar.

El rabino miró a través del escaparate las cruces y las estrellas de David.

—La de la esquina —le indicó Miriam.

—Sí, es una cruz de Jerusalén. Te esperaré aquí fuera —agregó, después de mirar el interior y comprobar que la tienda era pequeña y que estaba ya atestada porque habían dos o tres clientes y un dependiente.

Justo enfrente de la tienda, había dos jóvenes vestidos con tejanos, que llevaban unos *kipahs*^[*] de punto, y regateaban a un comerciante el precio de un bolso de cuero. Los observó y escuchó con interés —se encontraban a pocos metros de distancia— mientras el comerciante daba palmaditas al bolso para indicar la fineza del cuero e insistía en que si aceptaba el precio ofrecido, perdería dinero, que lo que pedía sólo cubría el costo, y no sacaba nada para él, que le mostraría el conocimiento de embarque si dudaban de su palabra, que lo que les pedía era la mitad del precio normal y les enseñaba la etiqueta con el precio para que la inspeccionaran, que hacía aquel sacrificio sólo porque era la primera venta del día.

Miriam apareció en la puerta de la joyería, con la cruz en la palma abierta de la mano y lo llamó para preguntarle:

—David, ¿qué te parece? Me pide ocho dólares.

—No soy ningún experto en el tema. ¿Es plata de ley?

—Tiene el sello.

—Si pagas de más, no será por mucho. ¿Llevas dinero? Ten, diez dólares.

Minutos después, Miriam volvía a reunirse con el rabino en la calle.

Me ha garantizado que es plata de ley, y tiene broche y una pequeña argolla, así podrá llevarla con cadena si lo desea.

—¿Regateaste con el dependiente? —inquirió.

—Intenté hacerlo, pero me explicó que no podía hacerme descuento en piezas que llevaban el precio marcado. Que hay una ordenanza que lo prohíbe. Que si me hacía un descuento le pondrían una multa. ¿Crees que decía la verdad, David? Noté que

ninguno de los otros clientes regateaban.

—No lo sé. Esta noche pregúntaselo a Gittel. Aunque no me sorprendería. Hace tiempo que el gobierno intenta poner en vigor una reglamentación por el estilo.

En el Muro Occidental sólo había unas pocas personas orando, porque era media mañana y, por lo tanto, un poco tarde para las plegarias matutinas y demasiado temprano para las vespertinas. La mayoría de los presentes eran a todas luces turistas, y gran parte de ellos, gentiles.

—¿Vas a rezar, David?

—Creo que no.

—¿No te inspira nada el Muro?

—La verdad es que no. Me temo que estoy muy sensibilizado para esto de los templos. Probablemente sea un defecto de mi carácter. —Pues yo sí voy a rezar.

—Adelante. Te esperaré aquí.

11

PARA LA MEDIA ISRAELÍ, el apartamento de Gittel era grande, pues tenía tres dormitorios y un pequeño comedor además de la sala normal y la cocina. Durante los dos o tres primeros días de su estancia en Israel, Gittel cocinó e hizo las compras necesarias, pero como además tenía que trabajar, Miriam insistió en encargarse de todo. El arreglo resultó eminentemente satisfactorio para todos, porque de ese modo, Miriam no sólo tenía algo en qué entretenerse sino que le quitaba a Gittel el peso de tener que llevar la casa. Gittel llegó a reconocer que las comidas eran mejores, porque al vivir sola se había acostumbrado a comidas rápidas y fáciles de cocinar.

Por las mañanas, Miriam hacía una salida después de lavar los platos del desayuno, e iba al mercado. Normalmente tomaba un autobús hasta el supermercado, pero si hacía buen tiempo, solía caminar. Ocasionalmente iba al *shuk*, el mercado al aire libre, donde compraba fruta y verduras y a veces pescado y carne, no sólo porque los precios eran más baratos, sino porque le daba la impresión de que todo era más fresco. Le encantaba ir de puesto en puesto, comprando la mercancía ofrecida a la venta, mirando, seleccionando y regateando con los dependientes. Concluida la compra, y cargada de paquetes, se gastaba gran parte de lo ahorrado para volver a casa en taxi. Preparaba el almuerzo para ella y el rabino —normalmente Gittel almorzaba en un economato relacionado con su oficina. Luego, Miriam preparaba las cosas para la cena, después de lo cual se acostaba a dormir la siesta, una costumbre común en Israel, igual que en la mayoría de los países

mediterráneos. Avanzada la tarde hacía la cena, y en ocasiones salía rápidamente a algún *macolet* cercano a comprar algo que se le había olvidado.

Por la mañana, tres veces a la semana, asistía a las clases para principiantes del *ulpan*^[*]. No mejoraron mucho sus escasos conocimientos de hebreo, pero al menos logró familiarizarse con la lengua, y manejar mejor unas cuantas frases nuevas que necesitaba para hacer las compras y entenderse con los vecinos y la *ozzeret*^[*], que iba una vez a la semana a hacer la limpieza más pesada. También le permitió entablar amistad con otros alumnos, norteamericanos en su mayoría, con quienes solía compartir de vez en cuando una hora de charla bebiendo café.

Era una vida agradable, que le ocupaba el tiempo y, sin embargo, no la sobrecargaba. Se sentía libre de tomar un bocadillo en un restaurante con alguna compañera del *ulpan* en vez de volver a casa para el almuerzo, segura de que el rabino se las arreglaría con un poco de pescado ahumado, pan y mantequilla, o incluso un tazón de cereales, porque comían al estilo norteamericano, es decir, la comida principal la tomaban por las noches.

Por las noches miraban la televisión o hacían alguna visita, o recibían a los amigos de Gittel. Tomaban café o té con pastel, y hablaban mucho —aunque por deferencia hacia su sobrina y debido a su desconocimiento de la lengua, Gittel solía anunciar: «Esta noche, sólo hablaremos inglés», y aunque el resto de los presentes intentaba obedecer valientemente, tarde o temprano pasaban a hablar en hebreo. Entonces, siempre había alguien que notaba la expresión ausente de Miriam y se apresuraba a traducirle lo dicho. Lo normal era que se produjesen largos lapsos en los que no comprendía nada. No le molestaba. La charla de las mujeres giraría, con toda probabilidad, en torno a las recetas y los sitios donde se podían comprar ciertas cosas. Y aunque no entendía, disfrutaba de la conversación, su animación, su sociabilidad, porque en Israel, y más especialmente en Jerusalén, la principal forma de entretenimiento era reunirse y conocer gente.

Los hombres tendían a hablar de política, y si el rabino se encontraba en desventaja, era porque desconocía los temas cotidianos y las personalidades implicadas, no porque tuviera dificultades con el idioma. Con frecuencia lo interpelaban para que

explicara la política de los Estados Unidos y defendiera las acciones de su país. Y acababa siempre defendiendo a su país, incluso cuando le pedían que explicara ciertas actitudes que él mismo desaprobaba. Luego, cuando pensaba en lo conversado, su propio jingoísmo le dio que pensar. Tal como le explicaba luego a Miriam:

—No es que mi país deba tener o no la razón, es que no se tiene ni idea de cómo funcionan las cosas en los Estados Unidos. Esta gente vino de Rusia, Polonia, Alemania, e incluso los que vinieron de Inglaterra y Sudáfrica no tienen idea de cómo funcionamos. Para la mayoría, un partido político representa una serie de ideas, pero en nuestro caso es un poco de eso y además tiene mucho que ver la personalidad que entra en juego. Anoche, cuando aquel tipo me preguntó: «¿Por qué no apoyó el presidente el proyecto de ley?», no logró entender cuando quise explicarle que no lo hizo porque no pudo. No podía creerme.

—Sí, ya me di cuenta —dijo Miriam—, pero también discuten mucho sobre temas religiosos. Quiero decir que para ser personas que no son religiosas, al menos no son practicantes, saben mucho. Acuérdate de aquellos doctores de la otra noche. Discutían contigo sobre algo del Talmud. La verdad es que me resulta inusual.

—Lo es. Se trataba de un punto más bien complicado sobre lo que constituía dinero a los fines de la compra de una propiedad. Me maravilló que estos seculares, dos de ellos médicos y el otro contable, supieran tanto sobre temas talmúdicos. Creo que es porque todos vienen de familias religiosas y por eso estudiaron el Talmud cuando eran pequeños. Por eso vinieron aquí en vez de irse a Canadá, a Sudamérica o los Estados Unidos, los que pudieron entrar. Sin duda no fue porque aquí la vida les sería más fácil, por lo tanto, tiene que haber sido porque pensaron que ésta era su tierra natal, y eso sólo pudo ser posible si los criaron en hogares tradicionales. Es lo que hace interesante a esta sociedad. Si hasta el taxista que nos llevó a Bayit V'gan la semana pasada era tan instruido como los estudiantes corrientes de la *yeshiva*^[*] en nuestro país.

—¿Te refieres al que se negó a recibir propina?

—Sí, fue refrescante, ¿no te parece? Hace años, cuando vinimos, era bastante frecuente, pero supongo que hoy en día ya no lo es.

Era precisamente este conocimiento difundido de su propia

especialidad lo que hacía tan agradable la vida en Jerusalén. El rabino se levantaba temprano y acudía a una de las muchas casas de oración del vecindario. Al cabo de unos días, se decidió por una —no la más cercana, sino la más conveniente— y de ahí en adelante, sólo iba a esa.

El *minyán*^[*] al que asistía se encontraba a unos quince minutos a pie; una caminata agradable si la atmósfera era fresca. La ceremonia duraba sólo unos quince o veinte minutos, un poco más los días en que se leía un pasaje de la Tora, después, con el sol más alto y el calor del día ya perceptible, regresaba andando y a veces llegaba antes de que Miriam y Gittel hubieran salido, en cuyo caso tomaba un desayuno completo, con huevos, tostadas y café, porque Miriam creía que un «buen» desayuno era importante para empezar el día. Los días que llegaba cuando ellas ya se habían marchado y lo dejaban abandonado a sus propios recursos, se calentaba el café de la mañana y se lo bebía a pequeños sorbos mientras comía una rosquilla.

La mayoría de los asistentes al *minyán* trabajaban y después de la ceremonia se iban corriendo, pero había uno o dos que, igual que el rabino, no tenían prisa, y se quedaban un poco más para charlar y antes de separarse iban a un bar cercano a tomar café y una rosquilla o alguna pasta. Había uno, Aharon, con quien siempre podía contar. Era alto, distinguido, de una cierta edad; siempre iba muy bien vestido. Era algo así como un dandi, un dandi anticuado, de hacía varias décadas, que sin duda cada mañana dedicaba un tiempo considerable en decidir qué iba a ponerse, qué camisa entonaba con este traje, y qué corbata, y si los zapatos debían ser marrones o negros. Sus modales eran formales; cuando le preguntaba si quería ir al bar, solía hacer sonar los tacones con una ligera reverencia para mostrar su aceptación. Podía haber resultado ridículo, pero tenía unos modales y un modo de hacer que daban la impresión que había trabajado en algún oficio en el que el comportamiento era la norma, por ejemplo en un banco o una embajada. Su inglés era tan correcto que resultaba pedante, aunque su ligero acento parecía alemán, o tal vez sólo la evidencia de que se había criado hablando yiddish.

Al rabino le caía bien. Era un hombre tranquilo, y a diferencia de los demás, nunca daba pie a las preguntas del dueño y del

camarero del bar, por más humorísticas que fueran. Hablaba poco, y asentía seriamente cuando alguien decía algo acertado. Y cuando hablaba, sus palabras tenían un cierto tono de autoridad. Entre sus compañeros se tenía la sensación de que nunca adivinaba ni teorizaba, y cuando hablaba era porque sabía lo que decía. Rara vez lo desafiaban.

Era jueves, de modo que el *minyán* acabó tarde porque leyeron la Tora. Un joven había celebrado su *bar mitzvah*, y le habían hecho subir al púlpito para leer. Después, el padre del muchacho había invitado a una especie de celebración, con vino, *whisky*, *kichel*^[*] y pasteles. El padre recibió las típicas enhorabuenas, y brindaron por él y por el hijo. Entonces, alguien dijo:

—Vaya, si ya son las nueve.

Y todos se dispersaron como si se hubiera declarado un incendio. En la calle, el rabino y Aharon esperaron a ver si alguno de los otros quería ir al bar a tomar el desayuno. Cuando resultó evidente que nadie más los acompañaría, Aharon dijo:

—Si tiene tiempo, rabino, y no le importa caminar un poco, me gustaría invitarle a desayunar.

De haber venido de cualquier otra persona, la invitación le habría sonado un tanto ridícula, porque Aharon sabía que normalmente el rabino sólo tomaba café y una rosquilla, con lo que el bar resultaba más que suficiente. Pero como Aharon era distinto, el rabino respondió con toda seriedad:

—Muchísimas gracias, aceptaré su invitación con todo gusto. — Mientras iban caminando, le preguntó—: ¿Está usted jubilado, Aharon? —Y riendo, agregó—: Nunca le he preguntado su apellido.

—Perlmutter. Y no, no estoy jubilado. De momento, trabajo tardes y noches, y tengo las mañanas libres. Pero eso se me acaba mañana.

—¿Va a dejar su trabajo?

—No. Pero la semana que viene vuelvo al turno de la mañana. Soy una especie de sustituto. Me ponen donde hago falta. Ah, ya hemos llegado.

Se encontraban ante la entrada del hotel Excelsior.

—¿Vive usted aquí? —preguntó el rabino.

—No, aquí es donde trabajo —respondió, mientras conducía a su invitado al comedor—. Me paso parte del tiempo en la recepción, y

el resto de las horas, trabajo en contabilidad. Soy contable de profesión. Casi siempre como aquí. Es una de las ventajas del trabajo. Y no me dicen nada si de vez en cuando traigo un invitado.

—¿No está usted casado?

—No, mi mujer... soy viudo.

Sólo había una mesa ocupada, y por la forma en que las seis personas estaban sentadas ante ella y de la manera que saludaron a Aharon, el rabino dedujo que eran empleados del hotel, y cuando se lo preguntó, Aharon se lo confirmó.

—Sí, tenemos abierto para el desayuno de las siete a las nueve, y ahora son más de las nueve. Como verá, ya se han llevado las cosas del buffet. —Lo condujo hasta una mesa—. Pero el camarero nos traerá lo que le pidamos de la cocina.

—Sólo quiero café y una rosquilla.

—¿No quiere huevos, una tortilla, tostadas, tal vez un poco de pescado ahumado, o un arenque?

—Sólo una rosquilla.

Aharon se dirigió a un camarero y le pasó la comanda. El rabino consideró significativo que el camarero le llamase *señor* Aharon. Mientras bebían el café, el rabino dijo:

—En las conversaciones que mantenemos después del *minyán* he notado que conoce usted bastante bien el Talmud.

—Bueno, he estudiado...

—¿En una *yeshiva*? ¿Le interesaba tal vez el rabinato?

Aharon se echó a reír y repuso:

—No, pero mi familia tenía una buena posición. Quería que recibiese una buena educación, por eso asistí a una *yeshiva*, pero sin intención de convertirme en rabino. —Sonrió—. Pero allí conseguí una esposa muy bonita.

—¿De veras?

—Yo era alto, y me consideraban apuesto, incluso guapo. Venía de buena familia y los míos, si bien no eran ricos, tampoco eran pobres. Además, se me tenía por docto, lo que aumentó mis posibilidades. Jacob Grenitz, el potentado del pueblo, tenía una hija en edad de casarse. Un *shadchen*^[*] fue a ver a mi familia, por su propia cuenta, o quizá enviado por Grenitz. De cualquier modo, arreglaron la boda. Fue un buen matrimonio. Nos queríamos mucho.

—Es una suerte —observó el rabino.

Aharon lo miró con ironía y le preguntó:

—¿A usted le parece? Usted es joven, rabino, y se crió con la idea romántica de que el matrimonio debe ser el resultado de una libre elección de los interesados. Pero me atrevo a decir que sus abuelos, incluso sus padres, se casaron a través de los oficios de un *shadchen*. Y todos sus antepasados también. ¿Cree usted que ninguno de esos matrimonios conocieron la felicidad conyugal? Créame, rabino, con tal de que las edades y la formación de dos personas no difieran demasiado, si se casan es probable que el matrimonio sea feliz. El *shadchen* lo asegura. Es su función básica, unir a los iguales.

—Supongo que es así —dijo el rabino, pensativo—. Sé que el matrimonio de mis padres fue feliz, como usted dice, aunque fuera una boda arreglada.

—Incluso en mi época —admitió Aharon—, eran frecuentes las ideas románticas en este sentido. Pero mis suegros eran muy conservadores, y guiaron a su hija.

Lanzó un suspiro y prosiguió:

—Durante casi diez años fuimos muy felices. Mi suegro tenía una fábrica de vidrio. Fabricaba envases para la industria farmacéutica. Entré a trabajar en la oficina, y al cabo de un tiempo me convertí en contable de la empresa. Pero no teníamos hijos.

»Hoy en día esas cosas se pueden solucionar. Se puede determinar si el problema lo tiene el marido o la mujer, y en cualquiera de los casos, se pueden tomar medidas. Pero en aquella época, los padres del marido suponían automáticamente que la culpa la tenía la mujer, y los padres de la mujer, que la culpa radicaba en el marido. Mis padres no veían la hora de tener nietos, llegaron incluso a sugerirme que me divorciara. Dios los perdone. Y si mi suegro pensaba lo mismo de mí, nunca me lo dio a entender. Me tenía mucho aprecio, y nos llevábamos muy bien. Al cabo de diez años, mi mujer quedó embarazada.

—¿Y entonces?

—Mi mujer murió al dar a luz.

—¿Y la criatura?

—Nació muerta.

—Qué terrible.

Aharon asintió.

—Sí. Dejé mi casa y durante el año de luto me fui a vivir a la de mi suegro. Nos consolamos mutuamente por la pérdida y, de todos modos, habría sido incapaz de continuar viviendo en la casa que había compartido con mi esposa, pues todo eran recuerdos. Fue por entonces que mi suegro me envió en una misión.

—¿Qué clase de misión?

—Había hecho una serie de negociaciones para comprar maquinaria suiza, y en el último momento, decidió que debía viajar en su lugar. Vino a despedirse a la estación de tren, y esa fue la última vez que nos vimos.

—¿Qué ocurrió?

—Alemania invadió Polonia y...

—Pero eso fue alrededor de 1940.

—El primero de septiembre de 1939.

El rabino hizo un rápido cálculo mental y luego exclamó:

—¡Entonces tiene usted alrededor de setenta años!

—Setenta y cinco —precisó Aharon.

—Pues le calculaba yo unos diez años menos.

—Los problemas envejecen a ciertas personas, pero a otras parece frenarles el proceso. Obviamente no podía regresar cruzando las líneas alemanas. Entonces, Rusia se lanzó sobre Polonia por el lado este. Poco después, hicieron un tratado por el que se repartieron el país. Irónicamente; la línea de demarcación pasaba por nuestro pueblo; el apellido de mi suegro es Grenitz, y significa límite, frontera. Años después, una vez acabada la guerra, cuando pude regresar, no encontré rastros de la familia. Los habían matado a todos.

Las personas que ocupaban las otras mesas se habían marchado y eran los únicos comensales en la sala. Los camareros iban y venían preparando las mesas para el almuerzo, cambiando los manteles, colocando las servilletas y los cubiertos. El rabino echó una mirada a su alrededor y dijo:

—Me parece que será mejor que me vaya.

—Sí, creo que los camareros quieren recoger esta mesa. —Se puso de pie y con una ligera reverencia, dijo—: No nos veremos en el *shachris*^[*] durante un tiempo. Tal vez en el *mincha*^[*], *maariv*. Ayer me informaron que durante un tiempo tendré el turno de la

mañana. Como comprenderá, a los setenta y cinco años, no se puede elegir mucho. Tengo que llegar un poco antes de las siete para controlar a los que bajan a desayunar con una lista que me dan. Me ocupo de eso hasta las nueve, luego me voy a la recepción. Como es lógico no podré asistir al *minyan*. Tendré que decir las plegarias matutinas en mi casa.

—¿A qué hora termina de trabajar?

—Probablemente a las tres —repuso encogiéndose de hombros—. Pero en un hotel nunca se sabe. Tal vez pueda disponerlo todo para que usted y su esposa, claro está, cenén conmigo una de estas noches. Tenemos un excelente chef.

—Me gustaría mucho, Aharon —dijo el rabino y le estrechó la mano.

12

COMO EL SOBRE indicaba «personal», la señora Mills se lo llevó al profesor El Dhamouri sin abrir. El profesor le echó un vistazo, vio que llevaba el membrete del Hotel Olympia, de Atenas, y comprobó que el sello era norteamericano y que la carta había sido despachada desde Nueva York. Sin duda, sería de Grenish. La primera oración le confirmó sus suposiciones.

«Apreciado Hassan: Una persona que conocí aquí, en el hotel, me comentó que mañana volvía a los Estados Unidos. Por eso he aprovechado para escribirte, y así este conocido, despachará la carta en cuanto aterrice en Nueva York. Tengo entendido que si hago uso del correo griego, lo más probable es que yo llegase antes que la carta.

»El viaje de ida no fue nada aburrido, salvo por un pesado que se me sentó al lado —el avión no estaba lleno y por consiguiente, la gente se pasó todo el rato cambiando de asiento. Me dijo que volvía al «antiguo país», del que había salido de pequeño.

»Y me preguntó para qué iba a Grecia. Si conocía gente allí. Si pensaba quedarme un tiempo o si viajaría a otros países. Si en Atenas tenía ya hotel. Cuando le mencioné el Olympia, se quedó muy sorprendido por la coincidencia, porque él también iba al mismo hotel. Y que eso sería una gran ocasión para mí, puesto que sus primos pasarían a buscarlo, y nos enseñarían —fíjate bien en el pronombre en plural— la ciudad.

»Finalmente, me lo saqué de encima. Cerré los ojos y murmuré con aire somnoliento que había cenado tanto que me había entrado

modorra. Por cierto, la cena no estuvo nada mal. En fin, al cabo de un rato me dormí en serio. Al despertar, el hombre ya no estaba, y no hace falta que te diga que no me preocupé en buscarlo.

»En el aeropuerto de Atenas me sorprendí, y al mismo tiempo me sentí satisfecho, al ver que no subía al autobús conmigo. Evidentemente había ido a buscarlo uno de sus primos, porque lo vi en un coche particular que adelantó al autobús en el que yo viajaba. Supuse que llegaría antes que yo, y esperaba casi volver a encontrármelo en el vestíbulo del hotel, pero cuando llegué no había moros en la costa.

»En cuanto me hube registrado en el hotel, salí a dar un paseo para ver los alrededores y, al mismo tiempo, evitar a mi ex compañero de viaje. Mi primera impresión fue de sorpresa al ver una ciudad tan animada. No me la había imaginado tan moderna y ajetreada».

Continuó explicando lo amables que eran los dependientes griegos y se preguntaba si aquella no sería simplemente la cara que le mostraban a los clientes —«*Timeo Danaos et dona ferentes*», aunque supongo que tendré que pagar por todo lo que compre—, le habló también de lo diáfano que era el aire y del calor. Concluía su carta informándole que al día siguiente pensaba ir al Olimpo, y que más adelante, avanzada la semana, a una de las islas.

El profesor plegó la carta y la volvió a guardar cuidadosamente dentro del sobre. Luego levantó el auricular y llamó a Albert Houseman al Holiday Inn.

Houseman, vestido con tejanos y zapatillas, fue a verle en cuanto estuvo seguro de que la señora Mills se había marchado. Leyó la carta que El Dhamouri le tendió.

—¿Qué significa eso del *timeo*?

—Es una cita en latín. Significa: «Temo a los griegos aunque vengan con obsequios». Abe Grenish es un poco pedante. Suele citar frases en latín siempre que puede.

—No menciona el nombre del tipo.

—¿Te refieres a su amigo griego? No, no lo menciona. Tal vez no logró entenderlo bien, o tal vez el otro no se lo dijera. ¿Qué te parece?

—Probablemente se trate sólo de un tipo que quería hablar y necesitaba a alguien que lo escuchase. Los vuelos transatlánticos

suelen ser muy aburridos. Pero... —Con los dedos tamborileó sobre el escritorio mientras pensaba.

—Crees que podría...

—Creo que no debemos arriesgarnos. Avisaré a uno de los nuestros en Atenas. Este otro tipo, el que despachó la carta, tampoco ha mencionado su nombre, ¿verdad? Ahora él sabe que Grenish está en contacto contigo porque en el sobre puso tu nombre.

—Pero ese tipo está ahora en los Estados Unidos...

—Ya, pero pudo haber pasado la información antes de salir de Atenas. Déjame ver el sobre. —Concentró su atención en el anverso del mismo.

—¿Qué buscas? —preguntó El Dhamouri.

—Quería ver si lo pasaron por vapor para abrirlo. —Le devolvió el sobre—. Si lo han hecho, no se nota. Está bien, me pondré en contacto con Atenas en cuanto regrese al hotel.

En el apartamento-estudio, Avram miraba a Gavriel mientras éste lanzaba dardos a una diana de corcho colocada en la pared. Gavriel entrecerró los ojos y lanzó el último dardo.

—¡Diana! —exclamó.

—Ha sido pura suerte —comentó Avram—. Sacudes el dardo. Así nunca tendrás puntería. Has de acompañar el lanzamiento.

Sonó el teléfono, Gavriel levantó el auricular del aparato que estaba en el suelo. Escuchó y repuso:

—Ajá. Está bien, ya te llamaré luego. —Y dirigiéndose a Avram, agregó—: El Dhamouri recibió la visita de un tal Albert Houseman, y ya va la segunda o tercera vez que se ven, siempre por las tardes, cuando su secretaria se ha marchado.

—¿No me digas?

—¿Lo conoces? ¿Quién es?

—Es que tú nunca trabajaste en la costa oeste. Antes se llamaba Ibn Hosni, Abdul Ibn Hosni. Oficialmente se cambió el nombre, lo que no deja de ser interesante. Hace años lo era; todo aquel que venía a los Estados Unidos, lo primero que hacía era americanizarse el nombre. A veces lo hacían los funcionarios de inmigración. Hans se convertía en Henry y Jorge en George, y Yutzchak en Isaac, e

Isadore o Irving en Irwin.

—En Israel pasa tres cuartos de lo mismo —comentó Gavriel—. Allí Irwin o Irving se convierte en Yitzchak y Greenberg, en Ben Gurion, y Scholnick en Eshkol.

—Claro —asintió Avram—, pero aquí ya no es así. Al menos, no tanto. Habrás notado que El Dhamouri sigue siendo El Dhamouri. Hoy en día, la gente tiende a mantener sus nombres originales. Heinrich sigue siendo Heinrich, e Ian e Ivan no se traducen por John. En cuanto a los nuestros, ahora tenemos Moshe en lugar de Moses o Morris, y Yaacov en vez de Jacob. Fíjate tú que entre la gente mayor encuentras nombres como Isaac Stern, pero entre los más jóvenes, hay otros como Yitzchak Perlman.

—¿Y con eso qué?

—Con eso quiero decir que es extraño que Abdul Ibn Hosni se convierta en Albert Houseman.

—¿Crees que es para ocultar sus orígenes árabes?

—No, no creo que lo hiciera para negar sus orígenes. Quizá lo encuentra más fácil. Lo más probable es que si fuera a un hotel y se apuntara como Abdul Ibn Hosni, el recepcionista pediría automáticamente la presencia de un detective, pero como Albert Houseman, aunque tenga aspecto árabe, probablemente no levantaría ningún tipo de sospecha.

—¿Lo conoces bien?

—Lo suficiente. Es uno de los matones de Ibrahim.

—¿Peligroso?

Avram se encogió de hombros y repuso:

—Está demasiado lejos de casa.

—Para en el Holiday Inn, en Cambridge.

—¿De veras? Es druso, igual que Ibrahim.

—Y que El Dhamouri.

—Podría ser una visita de cortesía, pero también otra cosa. Sería interesante saber qué más hace, aparte de visitar a El Dhamouri. No pretendo seguirlo a todas partes, sino más bien mantener los ojos abiertos.

—De acuerdo. ¿Vas a pasar la información?

—Naturalmente. Por suerte, sólo tenemos que reunir información y no evaluarla.

13

COMO RABINO conservador, David Small no tenía influencia alguna entre los factores de poder ortodoxos que controlaban la religión en Israel, y menos como rabino a secas. A lo sumo, su título era allí un título de cortesía, como un coronel de Kentucky, carente de autoridad, razón por la cual no le hacía gracia ir a visitar al hijo de Louis Goodman a la *Yeshiva*^[*] norteamericana, dado que, según el decir general, su orientación era ultraortodoxa.

Aunque tenía una gran tendencia a olvidarse de hacer las cosas desagradables, o las que no deseaba hacer, sabía que no podría evitar cumplir con este deber, puesto que había empeñado su palabra. De modo que una mañana brillante y soleada, después del *minyan*^[*], y de desayunar tranquilamente, tomó un autobús hasta Abu Tor.

La *yeshiva* se encontraba en lo que había sido el hogar de un rico árabe. Estaba construida en bloques de piedra color rosado y beige de Jerusalén. Había un portal de arco, bordeado de mosaicos azules, a cuyos flancos montaban guardia dos leones de cemento; a uno de ellos le faltaba una pata y al otro le habían arrancado parte de los morros. Frente a la casa, el trozo de terreno que en otra época habría estado primorosamente arreglado y cuidado era ahora una maraña de arbustos muy crecidos. El cerco de hierro que rodeaba la finca estaba muy herrumbrado y, cada tanto presentaba diversos agujeros en los que habían arrancado las barras de hierro.

El rabino miró a su alrededor con curiosidad y luego avanzó por el sendero de piedras hasta las enormes puertas de madera con

picaportes pesados de bronce ornamentado. Había un llamador de bronce en forma de cabeza de león, pero buscó el timbre, que le resultaba más discreto. En el lugar de la jamba de la puerta donde había estado originariamente el pulsador, habían cortado una ranura e insertado una *mezuzá*^[*]. Automáticamente, el rabino la tocó con la punta de los dedos, luego se besó la mano y se preguntó futilmente si habrían quitado el timbre aposta, por si algún distraído lo tocaba en *sabbath*, infringiendo así el día santo de descanso. Mientras esperaba, por el sendero avanzó un hombre alto y rubio. Llevaba barba y, posada sobre la larga cabellera tenía una pequeña *kipah*^[*] de ganchillo. Vestía unos tejanos desteñidos, metidos dentro de las botas de cuero, y una camiseta cuyas mangas habían sido cortadas. Miró inquisitivamente al rabino y luego abrió la puerta invitándole a entrar.

El rabino entró en un recibidor amplio y vacío, con mosaico de mármol blanco y negro y quedó frente a una enorme escalinata con balaustrada de caoba. El joven lo dejó allí y subió las escaleras de dos en dos. Incómodo, el rabino miró a su alrededor; notó que a la derecha había un pasillo al que daban diversas puertas que, presumiblemente, eran habitaciones u oficinas. Cerca de la entrada había lo que, al parecer, era una ventanilla de recepción —al menos el cristal tenía un agujero redondo. El rabino se acercó hasta allí y vio un pequeño despacho con un escritorio y varios archivadores. Sentado ante el escritorio, trabajando en el libro mayor, había un hombre de barba negra y rala. Vestía una chaqueta de ante negra y una camisa blanca con el cuello desabrochado. Llevaba un sombrero de fieltro negro y ala angosta.

El rabino carraspeó y tosió, pero el otro no levantó la vista del libro. El rabino esperó un momento y luego dio unos golpecitos en el cristal. Esta vez, el otro levantó la vista, visiblemente molesto. Sus ojos, muy hundidos en las órbitas huesudas, brillaban como si tuviera fiebre. El rabino calculó que tendría unos cuarenta años.

—Busco a Jordan Goodman —dijo el rabino Small.

—¿Goodman? Aquí no hay ningún Goodman.

—Tengo entendido que se hace llamar Ish-Tov.

—Ah, sí. Ish-Tov. ¿Y para qué lo busca?

—Me gustaría hablar con él.

—¿Y usted quién es?

—David Small. Soy el rabino de su pueblo, de Estados Unidos.

El otro lanzó un suspiro y se puso de pie; abrió la puerta que había junto a la ventana y le hizo señas para que entrara. No se presentó, pero el rabino Small leyó en la placa de bronce que había en el escritorio el nombre de Joseph Kahn.

La única silla que había en la habitación estaba cargada de libros de contabilidad, de modo que el rabino Small permaneció de pie. Durante unos instantes, Kahn lo observó: estudió sus pantalones grises y la chaqueta de lino rayada, la gorra, también de lino y la falta de barba y luego, con aire paternal, casi insolente, le dijo:

—Ah, un rabino reformista.

—No, conservador.

—Es lo mismo. —Kahn se sentó y atrajo hacia sí el libro mayor en el que había estado trabajando, como si aquello significara que la conversación se había terminado. Luego volvió la cabeza hacia el rabino Small y dijo—: No creo que Ish-Tov esté particularmente interesado en hablar con usted.

—¿Ni siquiera si le traigo saludos de sus padres?

—¿Se encuentran bien?

—Sí, pero...

—Ya le transmitiré el mensaje.

El rabino Small frenó la respuesta colérica que le pasó por la mente e incluso logró sonreír.

—Me parece curioso —dijo—, que en esta *yeshiva* quieran impedir que uno de sus estudiantes realice una *mitzvah*.

—¿Y de qué *mitzvah* se trata? —inquirió Kahn mirándolo con ira.

—Honrar a tu madre y a tu padre.

Kahn tamborileó nerviosamente con los dedos sobre el escritorio mientras pensaba. Luego se puso de pie rápidamente y dijo:

—Tal vez sea mejor que hable con el rabino Karpis, nuestro director.

Rodeó el escritorio y salió de la habitación. Regresó al cabo de un minuto y le hizo una señal al rabino Small para que lo siguiera. Lo condujo por un corredor hasta una puerta con el letrero de «Director». Llamó, abrió la puerta y se apartó para dejar pasar al rabino Small. Luego se retiró y cerró la puerta tras él.

El director era un hombre corpulento y grueso, de barba gris.

Estaba sentado tras un ornado escritorio de teca, vacío a excepción del tablero de ajedrez con unas cuantas piezas en su sitio, que había estado estudiando hasta ese momento, y que apartó en cuanto entró su visitante.

El rabino Small echó un vistazo al tablero y de inmediato reconoció la posición de las piezas; se trataba de un problema publicado hacía unos días en el diario.

El rabino Karpis notó aquella mirada y preguntó:

—¿Juega usted al ajedrez? Es un problema. Han de mover las blancas y se produce jaque mate en tres movimientos. Reconozco que me tiene desconcertado. —Hablabla inglés con un ligero acento británico.

—Sí, ya lo vi en el periódico. Mueva el caballo.

—¿Y por qué el caballo?

—Para sacarlo de en medio y dejar la columna libre.

—Entonces las negras comen a la reina.

—Que la coman. Mueva el otro caballo hasta alfil ocho, y eso impide al rey de las negras que...

—Ah, sí, ya lo veo. Claro. ¡Qué estúpido he sido! ¿Cuánto tardó en darse cuenta?

—Un par de días —mintió el rabino Small—. Y le aseguro que fue por pura casualidad.

—Mmm. —El rabino Karpis se reclinó en el asiento, entornó los ojos y estudió a su visitante con aire suspicaz. Luego dijo—: Mi colega me informa que es usted un rabino conservador.

—Sí, y al parecer no le gustó nada.

El rabino Karpis sonrió y después de buscar la respuesta adecuada, dijo:

—El señor Kahn es joven. Los jóvenes tienen fuertes convicciones. Yo también me opongo a estos experimentos con los mandamientos de Dios: el conservadurismo, la reforma, el reconstruccionismo. No obstante, de tanto en tanto hemos recibido apoyo financiero para nuestro trabajo de judíos conservadores.

—¿No me diga? —replicó el rabino Small, amablemente.

—¿Le sorprende, rabino? Pero piense. ¿Por qué vienen aquí nuestros estudiantes? Porque desean volver a las creencias y prácticas de sus mayores. ¿Y por qué? Porque mientras algunos de ellos han llevado vidas perfectamente normales y corrientes y las

han encontrado poco satisfactorias, otros han experimentado con religiones extrañas, con las drogas, y con estilos de vida exóticos. Algunos han llegado incluso a meterse en líos con las autoridades seculares. ¿Y cómo se sienten sus padres cuando saben que acuden a nosotros, que han vuelto al redil? Agradecidos, rabino. Se sienten agradecidos.

—Y en señal de agradecimiento, le envían un cheque.

El director asintió con una amplia sonrisa.

—Me parece justo informarle —le dijo el rabino Small—, que existen muy pocas esperanzas de que reciba nada de Goodman... digo Ish-Tov. Sus padres tienen un pasar más que modesto, motivo por el cual no han venido a verlo. No podían permitirse ese lujo.

Cuando se enteraron de que viajaba a Jerusalén, me pidieron que visitara a su hijo y comprobara si se encontraba bien.

—No vaya usted a pensar que sólo nos interesan aquellos padres que puedan hacer una contribución —señaló el director con tono de reproche—. Necesitamos dinero, igual que todas las organizaciones, pero no hemos olvidado nuestro propósito original.

—¿Y cuál sería ese propósito?

El rabino Karpis lo miró sorprendido y contestó:

—Hacer que los judíos vuelvan a su fe, a sus costumbres. Cuando llegaron a nosotros todos eran mundanos, y en su mayoría, infelices. Les enseñamos lo que, como judíos, deberían saber. Los volvemos a orientar, y ellos...

—¿Renacen? —inquirió el rabino Small con aire inocente.

El rabino Karpis sacudió ante su cara el dedo índice como para amonestarle.

—Ah, me está usted tomando el pelo. —Y con más seriedad, agregó—: Cada mañana, cuando nos despertamos, renacemos. —Se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos en el escritorio—. ¿Sugiere usted que seducimos a estos jóvenes? ¿Qué les lavamos el cerebro? ¿Que somos un culto como los que con tanta profusión han surgido recientemente en su país?

—Eso supuse cuando su colega de la recepción, me dijo que Goodman no querría verme sin haberse molestado en preguntarle al interesado. Y luego, cuando insistí, me trajo ante usted, en vez de notificarle a Goodman que había venido a verle una persona con un mensaje de sus padres.

—Está bien, el señor Kahn es un tanto terminante, y tiene mal genio. No sólo es nuestro secretario, sino que además, está encargado de mantener la disciplina del estudio y la observancia del ritual. Para nuestros fines es bueno que un hombre así se encargue dé la disciplina. Muchos de ellos vinieron a nosotros porque se dieron cuenta de que llevaban vidas poco satisfactorias, contraproducentes, ineficaces. Eran esclavos de sus emociones y hacían las cosas impulsivamente. ¿Sabe cómo llegó a nosotros, a Israel, su amigo Goodman, mejor dicho, Ish-Tov? Estaba en California y quería ir a Sudamérica cuando se encontró con una persona llamada Good qué tenía billete de vuelta a Israel. Iba a caducar, por lo que no le resultó difícil comprarlo por unos cuantos dólares, y también le resultó fácil cambiar el nombre del billete de Good a Goodman. Así vino a Israel. —El rabino chasqueó los dedos—. Bien, si uno de estos jóvenes quiere ir a Eilat a pasar el fin de semana, o incluso al cine alguna noche, está el señor Kahn que les dice que no pueden. Y si insisten, ¿cree usted que los retendría por la fuerza? Ni pensarlo. Saldría de aquí, pero no se le permitiría regresar. ¡Disciplina, rabino Small, disciplina! Una vez que el estudio y el respeto del ritual se han convertido en un hábito, en otras palabras, una vez que los estudiantes logran la autodisciplina, la nuestra ya no es necesaria, y entonces, son libres de entrar y salir cuanto deseen.

»Ahora bien, el señor Kahn tiene un sentido muy agudo de las necesidades y de las debilidades especiales de cada uno de nuestros jóvenes estudiantes. ¿Por qué no quería que usted viera a Ish-Tov? Tal vez porque pensó que en este momento no había que interrumpir sus estudios. O que en este momento particular no sería conveniente que Ish-Tov distrajera su atención de los estudios para tomar otra vez contacto con su vida anterior en los Estados Unidos. O... —Sonrió ampliamente y luego añadió—: Tal vez el señor Kahn tenía jaqueca.

—¿Jaqueca?

—Sí —respondió el rabino Karpis enlazando las manos y asintiendo con la cabeza para sacudirla luego con aire de conmiseración—. El pobre hombre tiene unas terribles migrañas y, a veces, son causa de su mal genio.

—Ya entiendo. ¿Y cuando sus jóvenes arrojan piedras a los

coches durante el *sabbath*, o amontonan basura ante la puerta del vecino, es por culpa de las jaquecas del señor Kahn o forma parte de la disciplina?

El anciano se inclinó hacia adelante y repuso seriamente:

—Créame, rabino Small, jamás estuve de acuerdo con eso. Y desde que me he hecho cargo de la *yeshiva*, no se ha vuelto a repetir. —Levantó los hombros y luego los bajó aparatosamente—. En nuestra organización, en cualquier organización, existen diferencias de opinión con respecto a cuál es la mejor manera de alcanzar ciertos objetivos. Estas diferencias se cristalizan en facciones. Incluso entre los *tannaim* existían la Escuela de Hillel y la Escuela de Shammai. Mi predecesor es un hombre de amplia cultura y gran rectitud. Forma parte de lo que podría llamarse la facción activista. Entonces, el... —Intentó buscar la palabra adecuada—, digamos que el clima, sí, el clima cambió y nuestra... nuestra estrategia cambió en unas cuantas cosas.

—Ya entiendo. Bien, a la vista de este cambio de clima, ¿puedo hablar con el señor Ish-Tov? No tengo intenciones de interferir con su disciplina ni...

—Mi querido rabino Small, por supuesto. —Tendió la mano hacia el teléfono que había sobre su mesa, pulsó un botón y dijo—: ¿Yossi? ¿Quieres decirle a Ish-Tov que venga a mi despacho ahora mismo?

Escuchó, asintió con la cabeza y luego colgó. Dirigiéndose al rabino, le informó:

—Lo siento mucho. Pero se me había olvidado que Ish-Tov ha ido a Haifa con nuestro camión. Es que nos enviarán escritorios nuevos. No regresará hasta tarde. Pero puede usted verlo mañana, o cuando le parezca conveniente. Si me deja su teléfono, lo llamaré y arreglaré una cita, pero estoy seguro de que podrá verlo mañana. —Sonrió—. Y si tiene tiempo, tal vez podamos jugar luego una partida de ajedrez.

14

AL DIRIGIRSE a la parada del autobús, el rabino Small oyó que lo llamaban. Se detuvo, miró a su alrededor con aire dubitativo y luego vio a James Skinner que le hacía señas desde la ventana del primer piso. Lo saludó con la mano y se disponía a continuar su camino, cuando vio que el otro le hacía señas denodadas, por lo que decidió esperar, suponiendo que Skinner querría hablarle. Al cabo de un momento, Skinner salió a la carrera por la puerta principal y le gritó:

—¡Rabino, entre a tomar un café!

El rabino miró a su alrededor, lleno de curiosidad, mientras Skinner lo conducía sendero arriba, hacia la puerta principal. A ambos lados del sendero había unos pequeños círculos de piedras en cuyo interior crecían diversas flores. Irradiando de los círculos partían unas parcelas oblongas, demarcadas por filas de piedras, en las que había dispuestos diversos tipos de cactus. Del lado que daba a la *yeshiva*^[*], había una fila de altos cipreses que ocultaban totalmente el edificio.

—No podemos mantener el césped —le explicó Skinner—. El tiempo es demasiado seco. Tengo un jardinero que viene una vez por semana o algo así. Lo intentó porque yo le insistí, pero cuando me di cuenta de que no había manera, le di carta blanca para que hiciese lo que quería. Con tal de que mantenga el jardín cuidado, no me importa. De todos modos, no me hizo mucha gracia cuando nuestros amigos de ahí —indicó la *yeshiva* con un movimiento de cabeza— decidieron modificar el decorado.

—Hablé con el director, y pude deducir que no van a molestarle más.

—Eso tengo entendido.

Al trasponer la puerta, el rabino no se sorprendió, del todo al encontrar que la distribución de la casa era similar a la de la *yeshiva*. Una escalera parecida, igual de ancha, conducía al primer piso, y en el suelo del vestíbulo, se veía la misma disposición de mosaicos blancos y negros. Sin embargo, a la derecha, había un enorme cuarto con dobles puertas, una de las cuales estaba entreabierta. El rabino echó un vistazo al interior.

—Es el salón —le explicó Skinner—. No lo uso demasiado. Me da repeluzno. —No obstante, abrió la puerta del todo, quizá para probar lo que decía.

Era un cuarto amplio, con abundantes alfombras orientales, y unos muebles macizos, taraceados de madreperla. Había todo tipo de lámparas de bronce sobre las mesas de teca. Las paredes estaban prácticamente recubiertas de tapizados o pequeños tapetes orientales finamente tejidos.

—Es como la sala de un museo —prosiguió Skinner—. Mi abuelo fue quien coleccionó gran parte de esos objetos, aunque mi padre contribuyó lo suyo. Supongo que algunas piezas han de tener su valor. A mí me gustaría deshacerme de todo esto y modernizar este cuarto, pero a Martha le horrorizaría, y probablemente no me lo perdonaría jamás. Entra a quitar el polvo y a lustrarlo todo como si se tratara de un altar. A veces he recibido aquí a algunos de mis clientes árabes porque sé que les impresiona la decoración. Subamos a mi despacho. Allí estaremos más cómodos.

La habitación era despacho y sala a la vez. Gran parte del espacio lo ocupaban un enorme sofá, unas sillas tapizadas y una mesa de café. Sin embargo, para asegurarse, en un extremo había un escritorio antiguo, con tapa corrediza, donde se veía una masa de papeles, cartas retrasadas, facturas y recibos; los extremos de aquellos papeles que asomaban al final de la pila estaban amarillentos por el tiempo. Todos los compartimentos aparecían atestados de tarjetas de visita y papeles plegados. Frente al escritorio había una antigua silla giratoria tapizada de cuero negro, muy gastado en algunos sitios. A un lado había un archivador metálico, de los modernos, y al otro un escritorio con encimera

metálica, en el que estaba trabajando un joven árabe. Se puso inmediatamente de pie cuando entraron en el despacho.

—Ismael, tráenos un poco de café. Y unos bizcochos de los que hace Martha —le ordenó Skinner.

—Sí, señorito James. ¿Café normal o turco?

Skinner miró inquisitivamente al rabino, que le contestó:

—Para mí normal, y solo.

—Para mí lo mismo, Ismael. Lo tomaremos aquí.

—Sí, señorito James.

—Martha se ofende mucho cuando sirvo café a los invitados en mi despacho —explicó Skinner—. Lo considera completamente fuera de lugar. Pero como hoy es domingo, no está. Es su día libre. Es cristiana.

—¿E Ismael?

—Él es musulmán.

—O sea que su día libre es el viernes.

Skinner se ahogó de la risa.

—No tiene días libres. No exactamente. Verá, vive aquí y...

Se interrumpió al entrar Ismael con el café. En una bandeja traía una cafetera con dos tazas, platitos y un plato de bizcochos. Colocó una taza para Skinner en un pequeño semicírculo de espacio libre que había en el escritorio de tapa corrediza, y la otra, más el plato con bizcochos, en la mesa del café, frente al sofá, donde estaba sentado el rabino.

—¿Desea algo más, señorito James? —preguntó.

—No, Ismael. Con esto tengo bastante. Ah, contesta las llamadas, ¿quieres?

—Sí, señorito James. —Ismael hizo una reverencia y abandonó la habitación, Cerrando la puerta tras de sí con mucha suavidad.

—Verá usted —prosiguió Skinner—, Ismael es mi administrador. En mi ausencia se encarga de todo. De modo que puede tomarse el día libre cuando quiere... es decir, cuando no estoy aquí. ¿Quién se entera? Por eso cuando yo estoy, me acompaña todo el tiempo.

—Parece ser que tiene otros deberes, además de cuidarse de sus negocios —observó el rabino.

—Sí —admitió Skinner, y volvió a reírse entre dientes—. Hace de todo. Es mi chófer. Yo no conduzco. Y cocina los domingos, cuando Martha tiene el día libre. Creo que puedo contar con él

prácticamente para todo.

—Es usted afortunado de poder contar con una persona así.

—Y él tiene suerte de tenerme a mí. Hace cuestión de ocho o nueve años, se encariñó con mi padre, y ha estado con nosotros desde entonces. No tenía familia, ni dinero, y ahora vive bien. Tiene una casa bonita, come bien, se viste bien, y ocupa una posición dentro de la comunidad árabe.

Durante un rato hablaron de temas generales, y cuando el rabino dijo que tenía que marcharse, Skinner se ofreció a que lo llevase Ismael.

—Por favor, no quiero molestarle, puedo tomar el autobús.

—Tonterías, rabino. Tendrá que esperar más de un cuarto de hora en la parada y a pleno sol. Y cuando por fin llegue uno, seguramente irá lleno a rebosar. Para Ismael no será ningún problema llevarlo. Le diré que saque el coche.

Acompañó al rabino hasta la puerta cuando Ismael apareció con el coche.

—Rabino, quizá tenga que indicarle el camino —le dijo. Y como el rabino lo miró con cara de sorprendido, le explicó—: Nunca va a Rehavia. Yo tampoco. Es que no tenemos ocasión. Todos los negocios los tenemos en la parte este de Jerusalén o en la Ciudad Antigua... Ismael, ¿me ha llamado alguien?

—Sí, el fontanero, para decirle que vendrá el jueves.

—¿El jueves? ¿Has discutido con él?

—Le pregunté por qué no venía antes, pero me dijo que antes del jueves, imposible.

—De acuerdo. Supongo que habrá que tener paciencia.

15

AL DÍA SIGUIENTE el rabino Small esperó en la sala de visitas de la *yeshiva*^[*], un cuarto pequeño, desnudo, donde había un sofá, una mesa redonda de caoba, y unas cuantas butacas. Aunque las raídas butacas y el sofá estaban cubiertos con fundas de ganchillo, aquel cuarto daba la sensación de ser poco utilizado. Sobre la mesa había un florero con flores artificiales. Cuando entró, Jordan Goodman, ahora llamado Yehoshua Ish-Tov, miró a su alrededor con curiosidad, sugiriendo en cierto modo, que él también veía aquella habitación por primera vez.

Tenía un aspecto vagamente familiar, y el rabino supuso que lo recordaba de Barnard's Crossing, bien afeitado, por supuesto, o tal vez por haberlo visto en la tienda de su padre.

Después, decidió que era simplemente el hecho de que se parecía a su padre.

Ish-Tov le saludó brevemente con un movimiento de cabeza y se sentó en una de las butacas.

—Usted es el rabino Small, y me trae un mensaje de mis padres.

Era un joven corpulento, un tanto torpe. Sus gestos, completamente desprovistos de interés, estaban cargados de un aburrimiento estudiado. Se repantigó en la butaca como si para él aquella fuese una postura normal, que adoptaba automáticamente. Llevaba unos tejanos y una camisa blanca, con el cuello desabrochado. Calzaba sandalias y tenía los pies desnudos.

—No te traigo ningún mensaje especial de tus padres, sólo saludos. Me pidieron que viniese a verte...

—¿Que viniera a verme para poder contarles qué aspecto tengo? Supongo que mi madre querría saber si he perdido peso. Y mi padre... déjeme pensar... querría saber si voy correctamente vestido, si llevo corbata y los zapatos limpios.

El rabino sonrió con tolerancia.

Ish-Tov se puso de pie, y con los brazos desplegados, se dio una vuelta como si estuviera exhibiendo sus ropas, hecho lo cual volvió a repantigarse en la butaca.

—De acuerdo, puede decirle a mi madre que gozo de buena salud. He engordado unos kilos. Quizá tendría que hacer más gimnasia.

—Si eso era lo que les preocupaba, no me lo indicaron —comentó el rabino con una sonrisa—. Supongo que lo que querían era que hablase contigo y viese si... ¿cómo decirlo?... si eres feliz con tu nueva vida y que te preguntara cuáles son tus planes para el futuro.

—Y siendo usted rabino, podrá informarles si mi regreso a la religión es sincero o no, o si me he metido en otra de esas sectas y me han lavado el cerebro.

—Supongo que ésa es la mayor preocupación de tus padres —admitió el rabino de buen humor.

—Ya me lo imagino —dijo el joven con desdén—. Pues bien, no acostumbro desnudar mi alma ante rabinos de su clase.

—¿Y qué clase de rabino soy?

—De los que compran cruces —repuso Ish-Tov con maligno sarcasmo.

En ese momento, al rabino Small se le ocurrió pensar que este muchacho debía de ser uno de los jóvenes que habían estado regateando en la Ciudad Antigua por el bolso de cuero, y que por eso su cara le resultaba familiar. Se encogió de hombros.

—Un amigo mío, que es cristiano, me pidió que se la comprara.

—Pues la clase de rabinos que yo conozco nunca osarían hacer una cosa así.

—¿No? Y tú tampoco lo harías porque eres un *baal tshuvah*, el que ha regresado, el arrepentido.

—Exactamente.

—Dime una cosa, ¿de qué te arrepientes? ¿Qué es lo que no hiciste antes y que haces ahora?

Ish-Tov lo miró con cara de sorpresa y repuso:

—Observo los mandamientos, los *mitzvoth*. Antes no los obedecía, y ahora sí.

—¿Qué *mitzvoth*? Hay unos seiscientos trece...

—Oh, vamos. Ya sabe usted. Las oraciones diarias, llevar la filacteria, el *tfillin*^[*], los *tsitsis*, observar las normas del *kashrut*^[*], el *sabbath*...

—¿Y los mandamientos principales?

—¿A qué se refiere cuando habla de los mandamientos principales?

—Verás, las normas del *tfillin*, *tsitsis*, o el *kashrut* forman parte del ritual. El *tfillin* y el *tsitsis* son recordatorios. Las disposiciones del *kashrut* que te obligan a no mezclar la carne con los productos lácteos y a tener platos separados para ambas cosas son un medio rabínico complejo para cumplir con las leyes bíblicas, que nos obligan a no cocer la carne del hijo en la leche de su madre porque la idea es básicamente repugnante y demuestra una falta completa de consideración por la vida, tal como ocurre en los animales inferiores.

»¿Pero qué me dices de los diez mandamientos? ¿No matarás, no robarás, no levantarás falso testimonio? ¿Observabas antes esos mandamientos? No codiciarás la mujer...

—Bueno, tal vez he codiciado un poco —admitió el joven con una sonrisa.

—¿Y ahora ya no? ¿Qué me dices del precepto que establece que has de honrar a tus padres? Se supone que la importancia de los *mitzvoth* no goza de una escala de valores comparativos, y que cada uno de ellos es tan importante como los demás, pero a mi juicio, la mayoría de las personas están de acuerdo en que honrar a los padres sea, quizá, un poco más importante que llevar *tsitsis* o respetar el *kashrut*. También está el mandamiento que exige que no se deben crear ni adorar falsos ídolos. Si a alguien se le ocurre llevar una cruz de metal, podrías considerar esa cruz como un ídolo. Pero los cristianos bien informados lo niegan, y sostienen que incluso cuando la cruz contenga la figura de Jesús y dé la impresión de que la están adorando, o le están rezando, no es el trozo de madera o metal lo que adoran, sino que ese medio les sirve solamente para centrar sus pensamientos en el ser que representa,

del mismo modo que nosotros usamos el *tfillin* con un propósito similar. Pero... —Y en este punto, el rabino levantó el dedo en señal de amonestación—, pero cuando temes a ese trozo de metal por su forma, y crees que esa forma le confiere un poder especial, ya sea benigno o maligno, entonces has convertido esa cruz en un ídolo, y la estarás adorando por el simple hecho de desdeñarla.

El joven permaneció en silencio; tamborileó con los dedos en el brazo de la butaca y sus ojos concentrados en un punto ubicado más allá del hombro del rabino. El rabino notó que si Ish-Tov daba la impresión de estar escuchándole, en realidad no le prestaba atención. Le recordó a Jonathon cuando, de pequeño, después de alguna travesura, había intentado «razonar» con él. En apariencia, le demostraba la misma concentración, pero en realidad el niño pensaba en si le iba a castigar o no, y en qué consistiría el castigo. Para asegurarse, había hecho callar a aquel muchacho, pero ¿qué mérito tendría aquella postura? Además, los Goodman le habían pedido que fuera a visitar a su hijo no para darle una reprimenda, sino para que procurara entenderlo.

Intentó con otra táctica.

—¿Qué estás estudiando? —inquirió de repente.

—Hebreo. En estos momentos, me limito a practicar lectura. De pequeño, cuando iba a la escuela hebrea, había aprendido, pero tenía que deletrear las palabras. Usamos el *siddur*, o libro de las plegarias, y como tenemos que rezar con tanta frecuencia, prácticamente memorizamos los rezos. Evidentemente, también aprendemos lo que significan, quiero decir que los traducimos. Practicamos también conversación y estudiamos gramática y vocabulario. Cosas por el estilo. Y los Libros de Moisés. Además —agregó con orgullo—, desde hace algún tiempo ya hemos empezado con el Talmud.

—¡El Talmud! ¡Vaya! ¿Y qué estás estudiando del Talmud?

—Lo relativo a los daños. Cómo se calculan los daños si uno fuera juez, según las diferentes circunstancias. No avanzamos demasiado. Hacemos un par de líneas por clase porque discutimos mucho. Esto lo hacemos en inglés.

—¿Y te lo pasas bien?

—Claro, las discusiones son interesantes...

Al hablar de sus estudios había perdido el desinterés. Se inclinó

hacia adelante, y dando unos golpecitos sobre la mesa con el dedo índice, agregó:

—Vea, rabino, que le quede claro una cosa, para que pueda comunicársela a mis padres, ahora me siento más seguro. Sé quién soy, de dónde vengo, y qué tengo que hacer. Es todo lo que tengo que decirle.

Y tras pronunciar estas palabras con tono de sentencia, Ish-Tov se puso de pie abruptamente para indicar que, por lo que a él respectaba, la entrevista había concluido.

—Un momento —le dijo el rabino. Arrancó una página de su libreta y escribió algo en ella—. Por si quisieras ponerte en contacto conmigo, aquí tienes mi número de teléfono.

Ish-Tov se metió el papel en el bolsillo y con una inclinación de cabeza, abandonó la habitación.

16

SKINNER vio la camioneta de reparto desde la ventana de su despacho, ubicado en el primer piso. Al costado del vehículo había un cartel en el que se leía: Shimon, fontanero. Bajó las escaleras corriendo y salió por la puerta principal para recibir al hombre que en ese momento se apeaba de la camioneta.

—Usted debe de ser Gerber.

—Exactamente. Shimon Gerber, maestro fontanero. ¿Tiene algún problema? —Era un hombre bajito, fortachón, de cabello y barba grises y facciones duras.

—Casi no tenemos presión, apenas sale un chorrito, y el agua está sucia. Telefoneé al Departamento de Aguas y han revisado la tubería principal. Dicen que el problema está del contador hacia la casa y se negaron a tocar nada. —Condujo al fontanero hasta la casa y pasaron a la cocina.

Shimon abrió el grifo y observó el chorrito.

—Tiene que haber algún tubo taponado o roto, tal vez roto.

—¿Y cómo iba a romperse?

Shimon se encogió de hombros, y tendió las manos en un complicado gesto para indicar que no deseaba arriesgarse a emitir ningún comentario sobre semejante misterio.

—Verá usted, las tuberías se rompen. Si no se rompieran y no hubiera que cambiarlas, ¿cómo me ganaría la vida? Una tubería puede romperse porque hace años que está instalada o porque se ha oxidado. O porque se produjo un ligero temblor de tierra. Tuvimos uno hace una semana. Nada serio; en casa, se movieron los cuadros

de la pared.

—¿Entonces qué debo hacer?

—Pues nada. Le enviaré a un par de operarios para que busquen la tubería y la dejen al descubierto. Después yo se la cambio por otra nueva, galvanizada. Si la que hay ahora se la colocaron hace años, seguro que no es galvanizada. Y después, volvemos a llenar la zanja y todo quedara perfectamente.

—¿Cuándo piensa usted...?

—Esta misma mañana le traeré un par de operarios con palas y picos. Si tenemos suerte, en un par de horas encontraremos la tubería...

—¿Cómo que si tenemos suerte?

—Verá usted, la tubería está bajo tierra. Cualquiera sabe si desde el contador entra derechita en la casa. El depósito lo tiene usted en el fondo de la casa, o sea que la tubería podría hacer una curva... —Y con la mano describió una amplia curva—. ¿Por casualidad tendrá usted los planos originales de la casa?

Skinner negó con la cabeza.

—¿Pero por qué no iba a ir la tubería directamente al depósito?

—Porque a veces, al colocar una tubería, se encuentra uno con una enorme roca en el medio. ¿Qué hacer? ¿Dinamitarla? A veces sí, pero a veces se decide rodearla. O pasar por encima. Si encontramos la tubería a la primera, emplearemos un par de horas. El suelo es duro, y los operarios son árabes... no es que sean haraganes, pero les gusta trabajar despacio. Tal vez sólo sea un trozo de tubería. En cualquier caso, vendré a echarle un vistazo para traer el recambio. Los operarios vuelven a llenar la zanja y le quedará todo como nuevo.

—¿Y hasta dónde tendrán que cavar?

El fontanero volvió a encogerse de hombros. Echó una rápida mirada al terreno y repuso:

—Quizá un metro veinte, o un metro cincuenta, o un metro ochenta. Lo que pasa es que no sólo hay que llegar a la tubería, sino que hay que cavar un poco por debajo de ella, para tener espacio suficiente para trabajar.

—Está bien —dijo Skinner—. Estoy en sus manos.

El fontanero sonrió ampliamente y reconoció:

—Y yo estoy en las manos de Dios. No se preocupe, por esta

época del año, tengo muchísimo trabajo. En estos momentos tengo empezados seis trabajos diferentes. Y en cuanto comienzo una faena, he de terminarla lo antes posible.

Shimon se presentó más tarde con un par de operarios árabes. Desde su despacho, Skinner oyó cómo les impartía órdenes en árabe, salpicadas de cuando en cuando por alguna que otra frase en hebreo. Aunque se encontraban a escasa distancia, hablaban a gritos como si se estuvieran comunicando desde un extremo al otro de un campo.

Skinner abandonó de inmediato su despacho y se dirigió a la puerta trasera para cerciorarse de lo que hacían. Con amplios movimientos de los brazos, Shimon les señalaba la dirección en que deseaba que cavasen, y los dos árabes, que estaban descansando, asentían de vez en cuando para indicar que habían comprendido. Shimon vio a Skinner en el portal y le saludó con la mano, pero no dio señas de querer acercársele. Los operarios comenzaron a trabajar mientras el contratista los observaba y les daba instrucciones a gritos. Acto seguido, Shimon regresó a la camioneta aparcada al costado del camino, subió y se marchó.

En presencia de su jefe, los dos árabes cavaron con aplicación, pero cuando se marchó, aminoraron el ritmo. Luego, uno de ellos, el mayor, se detuvo, se sentó en el suelo y encendió un cigarrillo mientras su compañero continuaba cavando. Entonces, éste dejó de cavar y encendió también un cigarrillo, mientras el mayor continuaba apilando con una pala la tierra que había sacado. Y ése era su método de trabajo, el de la pala descansaba mientras que el del pico trabajaba, y cuando el de la pala trabajaba, el del pico descansaba.

Skinner los observó desde su ventana. En un momento dado, salió y se les acercó para ver cuánto habían avanzado. Los operarios le sonrieron y le saludaron con una inclinación de cabeza. Skinner comentó que hacía calor, y el más joven dijo que el suelo era muy duro. Skinner no se quedó allí mucho rato, porque la experiencia le había enseñado que la amabilidad innata del trabajador árabe le impedía hablar y trabajar al mismo tiempo.

Skinner volvió a entrar en la casa y se ocupó de sus asuntos. Poco después, se asomó a la ventana y vio que los obreros estaban sentados en el suelo, almorzando. Después, en vez de reemprender

la tarea, se echaron al sol y disfrutaron de la siesta. Aquello le pareció el colmo y salió a reprenderlos. Los árabes se levantaron de un salto cuando lo vieron aparecer, le sonrieron y fueron hacia la zanja.

Le señalaron el tubo oxidado que habían desenterrado. Para ello habían tenido que cavar una zanja de casi metro y medio de profundidad, por metro ochenta de largo y un metro de ancho.

Skinner asintió con aire apreciativo y les preguntó en árabe:

—¿Y ahora qué?

—Esperamos que regrese Shimon.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando el barbado Shimon llegó con la camioneta. Skinner salió a saludarlo. El fontanero le devolvió el saludo con la mano y le explicó:

—Es que me entretuve con otro trabajo.

Acto seguido saltó dentro de la zanja y examinó la tubería que había al descubierto. Llamó a Skinner y le informó:

—Hay una griega en la parte de abajo, la siento con los dedos. Al parecer los empalmes de ambos extremos están bien. Tiene usted suerte. La avería está en este trozo y no habrá que seguir cavando hasta el contador. Creo que podré desenroscar este trozo de tubo y colocar otro usando los mismos empalmes. —Levantó ambos brazos en dirección a sus trabajadores y éstos lo aferraron de las muñecas y lo ayudaron a subir.

—¿Cuándo cree que podrá terminar? —inquirió Skinner.

—Tengo que ir a la tienda a buscar el trozo de tubo para cambiar el que está averiado. Después tendré que hacerle la rosca en los extremos y cortarlo para poderlo quitar. Después he de colocar el tubo nuevo.

—¿Cuánto tardará?

—La jornada ya ha terminado —repuso Shimon mirándolo con gesto de reproche.

—Todavía falta mucho para que el sol se ponga.

—Debo llevar a mis operarios a otro trabajo, una emergencia, ¿sabe? Ve a, señor Skinner, mañana sin falta volveré y le terminaré el arreglo.

—Pero... ¿quiere decir que dejará la zanja abierta...?

—¿Y qué? Está en la parte de atrás de la casa. ¿Quién va a pasar por aquí? Dejaré los picos y las palas porque quizá tenga que cavar

un poco más para tener espacio para trabajar. Es sólo una noche. Créame, no pasará nada.

—Pero no tengo agua para lavarme. Mi ama de llaves no tiene agua para guisar...

—Si sólo es un día —le dijo con una amplia sonrisa—. Dele fiesta y usted tómese unas vacaciones, vaya a pasar la noche a un hotel.

17

AL DÍA SIGUIENTE, Skinner vio aparecer a Shimon en su camioneta y aparcarse frente a la casa. Iba a bajar para decirle que podía ir hasta la calle paralela de la parte de atrás, donde le abriría el portón, pero Shimon y sus dos operarios árabes ya estaban descargando el equipo, y poco después comenzaron a llevarlo sendero arriba hasta la parte posterior de la casa, por lo cual no se molestó. Eran más de las diez y habría preferido que llegasen a primera hora de la mañana, y quizá así, a esas alturas habrían acabado el arreglo, pero sabía que no tenía sentido enfadarse, porque Shimon tendría alguna excusa y, en la discusión, llevaría las de perder. En Oriente Medio era preciso cultivar la paciencia.

Mientras trabajaba ante su escritorio, oyó a lo lejos las órdenes que ocasionalmente daba Shimon a sus trabajadores desde la parte trasera de la casa. Finalmente, a eso del mediodía, llamaron a la puerta trasera y cuando Martha fue a abrir, Skinner oyó voces y gritos provenientes de la cocina, dirigidos, probablemente, a Shimon que estaba en la zanja. Skinner bajó a ver qué ocurría y cuando apareció en la cocina, se encontró con los dos árabes que le sonreían y señalaban hacia la fregadera, de cuyo grifo salía agua.

Salió y vio que Shimon estaba en la zanja, tocando primero un empalme y después el otro para comprobar si había alguna pérdida. Al ver a Skinner le preguntó:

—¿Qué, sale agua o no? ¿Le parece bien la presión?

—Me parece bien. Ahora si pudiera tapar la zanja...

—Ah... tapar la zanja, pues verá, será un problema. ¿Ve eso que

está ahí? Les hice cavar un poco más para tener más espacio para trabajar con el empalme. Y descubrieron eso.

—¿Esa roca? ¿Y qué? ¿Qué tiene que ver la roca con la tubería?

—No es una roca cualquiera. Puede ver usted que se extiende en ambas direcciones, tal vez durante un buen trecho.

—Es una losa pero la tubería no la toca.

—No es una losa. Quizá desde ahí arriba no lo vea, pero si bajara aquí a la zanja, vería que es una piedra labrada. No hay vuelta de hoja.

—¿Y qué?

—Eso significa que es un artefacto arqueológico. ¿No lo entiende?

—Vale, de acuerdo, es un artefacto arqueológico. Quiere usted decir que allá abajo habrá unos cuantos cacharros antiguos medio rotos. Francamente, no me interesa.

—Cualquiera sabe lo que puede haber aquí abajo. En una de esas hay estatuas, o monedas, o Dios sabe qué.

—Sigo sin estar interesado. Paso del asunto. Dígale a sus hombres que tapen la zanja y...

—Habrá que dar parte. Para usted quizá no sea importante, pero puede ser de gran importancia para el estado. Tiene usted el deber de informarlo.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces podrían ponerle una buena multa.

—Oh, vamos...

—Hablo en serio.

—¿Pero quién va a enterarse? Quiero decir si no damos parte...

—Yo lo sé. Y mis dos operarios árabes también. Y cuando hablen de ello, no tardará en enterarse todo el mundo.

—Está bien. ¿Qué pasa si doy parte?

—Tendrá que informar al Departamento de Arqueología, del Ministerio de Educación y Ciencia. Enviarán a un funcionario para que evalúe arqueológicamente el descubrimiento. Si no lo consideran importante, se lo notificarán y le permitirán tapar la zanja; si, por el contrario, lo consideran importante, digno de ser investigado, entonces enviarán a un equipo que empezará las excavaciones.

—¡Pero eso llevaría meses!

Shimon se encogió de hombros expresivamente.

—Vea, estoy seguro de que si le doy a los dos árabes unos cinco dólares a cada uno...

—¿Y cuánto me daría a mí? —inquirió Shimon fríamente—. No, no, señor Skinner, su deber es dar parte de esto al estado. De aquí se podría sacar datos importantes sobre el pasado. Lo más probable es que no les interese, porque se conocen bien esta parte de Jerusalén. Pero usted habrá cumplido con su deber. Y cabe la posibilidad de que se trate de algo importante, entonces su nombre saldrá en los libros de texto.

Skinner lo escrutó con la mirada y al cabo de un momento dijo:

—Está bien, ya telefonearé. —Le hizo a Shimon una seña con la cabeza y el fontanero lo siguió hasta la casa.

No fue fácil comunicarse con el Departamento de Arqueología. En realidad no era fácil lograr que contestasen al teléfono en el Ministerio de Educación y Cultura, del cual formaba parte. Skinner dejó que el teléfono sonara y sonara... quince, veinte veces. Al fin y al cabo, tenía que haber alguien. Finalmente, cuando logró comunicarse y pidió que le pusieran con el Departamento de Arqueología, le dijeron:

—Ahuva no está en el despacho.

—¿Quién es Ahuva?

—La secretaria, hombre —le respondieron sarcásticamente, como queriendo decirle: «¡Mire que no saber eso!».

—Póngame con alguna otra persona.

—Un momento. —Se imaginó a la funcionaria estirándose para mirar por una puerta cercana—. Lo lamento. Gedaliah no está en su despacho. No volverá hasta última hora de la tarde.

—¿Podría tomar nota de mi número y pedirle que me telefonee cuando regrese?

—Por supuesto.

—Vea, no se puede fiar uno de las secretarias, sobre todo si trabajan en oficinas gubernamentales —le aconsejó Shimon—. Si es que apuntó el recado, guardará el papel y se olvidará del asunto. Será mejor que llame al tal Gedaliah más tarde.

Más tarde, a eso de las tres, volvió a intentarlo. Cuando preguntó por Ahuva, le dijeron:

—Se ha marchado a su casa. Tiene al pequeño enfermo.

—Muy bien, póngame con Gedaliah.

Para su sorpresa, le pasaron inmediatamente. Dio su nombre, su dirección, comentó lo que habían desenterrado y le explicó las circunstancias del hallazgo. Obviamente, Gedaliah se mostró interesado. De hecho, no cesó de repetirlo. Mientras Skinner hablaba, Gedaliah repetía una y otra vez «qué interesante», del mismo modo que cualquier otro diría «ajá».

—¿La zanja que han abierto, se ve desde la calle?

—La verdad es que no —repuso Skinner—. Está en la parte posterior de la casa, y desde el camino no se ve porque hay muchos árboles y arbustos.

—Bien. Por favor, señor Skinner, procure no hablar de esto con nadie. No se lo comenté a sus amistades.

—¿Por qué no?

—Porque en este país abundan los arqueólogos aficionados. En cada casa, hay una colección de ánforas, monedas antiguas y trozos de cristales hallados en alguna obra o en la playa de Cesárea, o donde sea. Si se llega a saber que en su casa hay un artefacto, la multitud acudirá a fisgonear, a cavar y a arruinárselo todo. Y a partir de ese momento no tendrá usted un minuto de paz. Por eso le pido por favor que no lo divulgue. Haré que Asher, el inspector de zona, vaya a evaluar la situación; desde el momento en que establezcamos si el descubrimiento nos interesa, nos haremos cargo de la seguridad.

—¿Cuándo vendrá?

—Bueno, dentro de unos días.

—¿Unos días? Ve a, señor... Gedaliah, no puedo quedarme con una zanja abierta de un metro y medio de profundidad justo en la parte trasera de mi casa. Es un peligro. Alguien podría caerse y...

—Ha dicho que está en la parte trasera de la casa, ¿quién iba a caerse en ella? Mire, señor Skinner, ya estamos a viernes por la tarde. Pronto empezará el *sabbath*. Y mañana es sábado, el *sabbath*, ¿me comprende? Además, Asher, que cubre esa zona, está en la *miluim*^[*] y no regresa hasta el domingo...

—Ya, y entonces me telefoneará, si se acuerda —dijo Skinner con amargura—. Y tendré que conseguir que venga mi fontanero, que seguramente estará ocupado en arreglar un montón de emergencias y...

—¿Está ahí el fontanero? Déjeme hablar con él.

Skinner le pasó el auricular a Shimon, que habló en hebreo durante unos minutos y luego le devolvió el aparato a Skinner.

—Vea, señor Skinner —dijo Gedaliah con tono conciliador— no podremos ir a su casa hasta el lunes. Pero ya he quedado con Shimon que le telefonearé antes de ir, para que él y sus operarios puedan reunirse con nosotros. Asher llevará a cabo su evaluación, y si no hay nada que nos interese, lo dirá y Shimon y sus hombres podrán tapar la zanja inmediatamente. Si por cualquier motivo Shimon no pudiera acudir, una vez que Asher acabe con la inspección, él mismo con ayuda de su asistente, llenará la zanja. Dice Shimon que en media hora dos hombres pueden acabar con el trabajo. Dejará las herramientas. Es lo máximo que puedo hacer.

—¿Ha dicho usted el lunes?

—Procuraremos que sea el lunes.

—¿Y mientras tanto? ¿Qué me dice del peligro que representa una zanja abierta de aquí hasta el lunes?

—Vea, señor Skinner —dijo Shimon en tono conciliador—, pondré unos cuantos andamios sobre la zanja y los cubriré con tela asfáltica y después le colocaré una barrera al final. Le garantizo que todo estará en orden.

—Bueno...

18

EL GUÍA DE TURISMO se apoyó contra la barandilla de cromo que había en la parte delantera del autobús. Le dio unos golpecitos al micrófono para asegurarse de que funcionaba y dijo:

—Bienvenidos a Jerusalén, la ciudad santa. El Hotel Excelsior, donde nos hospedaremos, y al que llegaremos dentro de breves instantes, es un hotel de cuatro estrellas, famoso por la comodidad y el servicio que ofrece. Como todos ustedes sabrán, el *sabbath* judío comienza hoy mismo al ponerse el sol, y en Jerusalén se respeta al pie de la letra. Todas las tiendas y restaurantes de la parte moderna cerrarán hasta la puesta de sol de mañana. —Eché un vistazo a su reloj y al ver que eran más de las dos, agregé—: A propósito, en este momento ya está todo cerrado. Tampoco funcionan los autobuses. Sin embargo, se pueden conseguir taxis, aunque no abundan durante el *sabbath*, y si piden uno, quizá tengan que esperar un rato. En la Ciudad Antigua, detrás del Muro, y en Jerusalén Este, las tiendas y los restaurantes permanecen abiertos. Eso es porque se trata de las zonas árabes de la ciudad. Por suerte, desde el Excelsior se puede llegar andando hasta la Ciudad Antigua. Pero les sugiero que esperen hasta mañana por la mañana para explorarla. A las once tenemos programada una visita con guía, y podrán ir en autobús hasta la Puerta de Jaffa, donde empezará la excursión. La cena en el lujoso comedor del hotel constará de los platos típicos del *sabbath*. Ya hemos llegado...

El autobús giró hacia la entrada del hotel y se detuvo un poco más allá de la puerta. El conductor y el guía descendieron y se

colocaron junto a la puerta del vehículo para ayudar a bajar a los pasajeros más ancianos. Una media docena de botones salió del hotel a toda prisa. Dos de ellos empujaban una especie de plataforma, alta como el autobús, mientras otros dos se subían al techo del vehículo para retirar la lona impermeable y dar el equipaje cargado en el techo a los dos hombres que esperaban en la plataforma, quienes, a su vez, pasaban las maletas a otros que las llevaban al vestíbulo del hotel.

Los pasajeros descendían bostezando y estirando las piernas, y cargados de bolsos de mano y cámaras se dirigían al vestíbulo para admirar, boquiabiertos, el decorado y observar cómo el suelo, delante de los ascensores, se llenaba gradualmente con sus maletas y bolsos. Mientras algunos formaban grupitos, hacían proyectos y criticaban a otros miembros del grupo, o recordaban incidentes pasados y los lugares visitados, otros se dirigieron hacia el mostrador de la recepción, donde el guía turístico comprobaba sus nombres con los de una lista y les entregaba las llaves de sus habitaciones. Ya no existía la ansiedad por el equipaje y las habitaciones que había caracterizado el comienzo de la gira. Ya tenían experiencia, y sabían que cuando subieran a sus habitaciones, sus equipajes estarían sobre unos banquitos plegables, contra la pared, o bien al pie de la cama.

Poco después, un taxi paró delante de la entrada del hotel y de él se apeó el profesor Abraham Grenish. El taxista abrió el maletero, sacó el equipaje de su pasajero y lo depositó en la acera. Grenish miró a su alrededor en busca de un botones, al tiempo que sacaba la billetera del bolsillo, pero vio que todos estaban ocupados con las maletas del autobús.

Mientras miraba a su alrededor con incertidumbre, el taxista le dijo:

—Yo lo llevaré. —Y levantó las dos maletas y marchó con ellas hacia el hotel para depositarlas delante del mostrador. En ese momento, Grenish pensó que un taxista de Boston o Nueva York jamás habría hecho algo así, por lo que decidió agregar al valor del viaje una generosa propina, que le fue recompensada con una expresión de evidente gratitud.

Al recepcionista que le ofreció un formulario de registro en el que escribió su nombre, su dirección y el número de su pasaporte,

le dijo:

—La reservada hizo mi agente de viajes. ¿Me ha llegado alguna carta?

El recepcionista lo comprobó en una lista y repuso:

—Sí, aquí tenemos su reserva. Seis noches, ¿no es así? —Echó un vistazo al buzón de correspondencia y agregó—: No hay ninguna carta.

—Tal vez me quede un poco más.

—No habrá problema. Pero indíquenoslo lo antes posible. Habitación setecientos trece. Da al Muro. Que disfrute usted de su estancia. —Le hizo unas señas a un botones y le entregó la llave de la habitación. Esperó hasta que Grenish y el botones entrasen en el ascensor y que éste subiera. Entonces, con una rápida mirada se cercioró de que los demás recepcionistas estuviesen ocupados, cogió el teléfono y marcó un número. Cuando al otro lado de la línea le contestaron, dijo—: Ya se ha registrado. Habitación setecientos trece.

Al llegar a su habitación, Grenish abrió las maletas, colgó sus trajes y chaquetas para que no se arrugasen tanto, sacó el pijama, las zapatillas y los enseres para afeitarse, y volvió a cerrar las maletas. Prefería sacar las camisas y la ropa interior directamente de los bolsos, en vez de dejarlo todo en los cajones. Después, descorrió las cortinas y se asomó a la ventana para ver el Muro y el valle que se extendía ante él, en el que pacían unas cuantas cabras.

Venía de Tel Aviv. Había sido un largo viaje, y quería estirar las piernas. Normalmente, se habría dirigido a la zona comercial de la parte nueva de la ciudad a ver escaparates, para captar el aire del lugar y pararse en alguna librería, quizá. Pero se dio cuenta de que a esas horas todas las tiendas estarían cerradas y las calles desiertas. Sin embargo, se le ocurrió que podría ir a la Ciudad Antigua. Allí, como eran árabes, todas las tiendas estarían abiertas. Sería buena idea que intentara localizar la Mideast Trading. Cuando llegara la carta de El Dhamouri, podría ir allí directamente. Tal vez tendría ocasión de conocer al primo de El Dhamouri. Desde su ventana, la Ciudad Antigua no parecía encontrarse muy lejos. Iría dando un paseo, localizaría la Mideast, hablaría quizá con el propietario y

luego buscaría un restaurante. Después, regresaría andando, o bien, si a esas horas se sentía cansado, seguramente conseguiría un taxi para regresar. La alternativa era quedarse en el hotel hasta la hora de la cena, cenar en el comedor del mismo hotel, dado que los demás restaurantes estarían cerrados, y después de haberse pasado varias semanas en el campo, no le apetecía demasiado tomar las comidas del *sabbath* en un hotel israelí, con aquella sopa de pollo grasienta, el hígado picado, y el pollo rustido con salsa.

Bajó a la recepción y le preguntó a uno de los recepcionistas:

—¿Cómo hago para llegar a la Ciudad Antigua?

—Puede tomar un taxi...

—Preferiría caminar, si es posible. ¿Está más o menos cerca?

—Claro que sí. Es cosa de un cuarto de hora o veinte minutos. Es cuesta abajo. Al salir del hotel, tome por la primera calle a su derecha. Así llegara hasta la calle Mamilla. Siga por ahí hasta llegar al Muro. Si va por la acera derecha, llegara a la Puerta de Jaffa.

Las calles estaban prácticamente desiertas. Los escasos viandantes con los que se topó iban con prisa, y llevaban a menudo un ramo de flores, evidentemente para prepararse para el *sabbath*. Pero cuando Grenish llegó a la Puerta de Jaffa del Muro, vio más gente, evidentemente turistas, con cámaras colgando del hombro. Se acercó a un policía y le preguntó:

—¿Puede decirme dónde está la Mideast Trading Corporation?

—Aah, Mideast Trading. *Français?* —Cuando Grenish negó con la cabeza, el policía le indicó con la mano que tenía que seguir bajando. Después, levantó dos dedos y con la mano le indicó que debía ir a la derecha.

—O sea que bajo por esta calle y en la segunda giro a la derecha...

Para asegurarse de que lo había entendido, el policía levantó un dedo, y después con la mano le indicó que girara a la derecha al tiempo que negaba violentamente con la cabeza. Acto seguido, levantó dos dedos y nuevamente, le indicó con la mano que debía girar a la derecha, asintió con la cabeza y sonrió.

Grenish interpretó que le quería decir que no debía bajar por la primera calle, sino por la segunda. Le sonrió para demostrarle que lo había entendido y le dijo:

—Gracias, gracias. —Se alejó pensando que para viajar no era

tan necesario conocer otras lenguas.

La calle estrecha, con tiendas a ambos lados, la mayoría de las cuales exhibía la mercancía al frente del negocio, describía un pronunciado descenso, que justificó ampliamente el movimiento inicial del policía indicándole que debía bajar. Aquí y allá se veía interrumpida por tramos de dos o tres escalones bajitos, probablemente para facilitar el avance en dirección contraria. Caminó lentamente, mirando las alfombras de lana, los cacharros de bronce, las tallas en madera de olivo, los chalecos de piel de cordero, los bolsos de cuero, las joyas de madreperla y... En un momento dado, tuvo que apartarse para dejar paso a un joven que empujaba cuesta abajo un enorme carro cargado de pitas; el muchacho tuvo que hacer contrapeso sobre las barras para que no se le escapase el carro. En cuanto el muchacho hubo pasado, tuvo que volver a apartarse para dejar paso a un botones que subía la cuesta con un voluminoso baúl en la espalda, sujeto con una correa a los hombros y otra en la frente.

En la primera intersección, otro joven con un palo conducía un par de burros, cargados con un arco de cajas de madera, mientras los animales avanzaban cuesta abajo paso a paso. Al llegar a la segunda intersección, divisó su objetivo. En la esquina había un cartel que anunciaba, en inglés y árabe: «Mideast Trading Corporation. Mayoristas y minoristas». La tienda se encontraba justo después de la esquina. Pero estaba a oscuras, y en las ventanas había unas persianas de acero cerradas con candado. En la puerta y en las ventanas no había ningún cartel que indicase que la tienda se encontraba cerrada temporalmente, o que el propietario regresaría en un día u hora determinados. ¿Acaso significaba que su misión quedaba cancelada y que debía escribir a El Dhamouri para que pudiera disponer otra cosa?

Al ver a un policía, se dirigió a él. Señaló hacia la tienda y le preguntó:

—¿Puede decirme por qué está cerrada la tienda de la esquina?

El policía asintió con la cabeza y sonrió.

Estaba claro que era árabe, y que igual que el otro, probablemente hablaría francés. Intentó recordar sus conocimientos universitarios de este idioma. ¿Cómo se decía tienda? Finalmente, señaló hacia la tienda e inquirió:

—*Fermé pourquoi?*

El policía asintió y le soltó una rápida parrafada en francés. Grenish no entendió una sola palabra, pero el hombre se mostraba tan dispuesto y colaborador que le pareció poco adecuado indicarle que no había entendido. Se limitó a sonreírle y se alejó de allí.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Era Skinner—. Parece que tiene usted problemas.

—Ninguno. Sólo me preguntaba por qué está cerrada esa tienda. Le pregunté al policía, pero me temo que mi francés no me basta para entender lo que me dijo.

—Lo que pide usted tiene fácil solución. La tienda está cerrada porque el propietario es musulmán y hoy es viernes. Por ley, las tiendas han de cerrar un día a la semana. Las tiendas judías cierran los sábados, los cristianos los domingos, y las musulmanas los viernes.

—¿Y las demás que...?

—Pues esas son cristianas. En este barrio, la mayoría de los propietarios son cristianos.

Mientras Skinner le daba estas explicaciones había continuado andando.

—Parece usted muy enterado —comentó Grenish.

—Es que conozco bien la Ciudad Antigua.

—Entonces podrá recomendarme un restaurante decente.

—Hay muchos. Al final de esta calle, hay uno donde suelo comer.

19

EL DOMINGO por la mañana, a las siete menos cuarto, después de recibir la lista de huéspedes de la recepción, Aharon Perlmutter ocupó su lugar ante una mesita ubicada en la entrada del comedor.

—¿Una taza de café, señor Aharon? —le preguntó un camarero.

—Pues sí, muchas gracias.

—¿Le traigo tostadas?

—Sí, por favor.

Mientras comía las tostadas y bebía el café, como buen profesional que era, echó un vistazo a la lista de huéspedes. Notó que había un grupo de franceses en las plantas tercera y cuarta, y un grupo de norteamericanos en la quinta. Los grupos turísticos siempre ocupaban habitaciones consecutivas para que el tráfico constante entre habitaciones (con los consiguientes portazos) y sus frecuentes y ruidosas manifestaciones de hilaridad en los corredores no molestasen a los demás clientes.

El resto de huéspedes, los que no iban en grupo, ocupaban las habitaciones de las plantas sexta y séptima, desde las que se tenía una mejor vista de la ciudad. Había allí muchas nacionalidades: alemanes, franceses, ingleses, españoles y una pareja de japoneses. Estudió sus nombres, pronunciándolos para sí, de modo que pudiese reconocerlos cuando se lo dijeran. En la habitación setecientos trece notó que se alojaba un tal Grenish, y al repetir el nombre para sus adentros, se preguntó si no sería una adaptación inglesa de Grenitz, apellido de su esposa. Como era natural, aunque lo fuese, no necesariamente significaba que existía una relación con su familia

política. La palabra significaba «frontera», y cuando se obligó a los judíos a ponerse apellidos, seguramente, muchos de los que vivían a lo largo de la frontera, quizá entre Rusia y Polonia, adoptaron o les fue asignado ese nombre. Recordó que su suegro le había comentado en cierta ocasión que un pariente, un primo o un tío, había emigrado a los Estados Unidos. Se preguntó cómo podría abordar el asunto. Si inquiría directamente: «Oiga, ¿antes su apellido era Grenitz?», el hombre podía ofenderse y considerarlo un impertinente. Se lo pensó un rato y finalmente decidió que cuando el hombre pronunciara su nombre, él lo repetiría, y fingiendo buscarlo en la lista, le comentaría que conocía a alguien con un apellido parecido, «Granish o quizá Grenitz». Entonces, si el hombre se había cambiado el apellido, tal vez se lo comentara. Entonces, Aharon podría darse a conocer y quizá el americano le diera alguna información sobre su familia política de Polonia. A lo mejor alguno de ellos había logrado huir y se había puesto en contacto con él. No veía la hora de que Grenish bajase a desayunar.

Los primeros en llegar fueron los grupos turísticos. Eran inconfundibles. Iban equipados con sus cámaras, sus prismáticos, sus mapas y sus guías turísticas. Llevaban distintivos para que el guía pudiese identificarlos fácilmente. Muchos llevaban *timbales*, los sombreritos de dril blanco que las agencias de viajes distribuían entre sus clientes para que se protegieran del sol. Siempre desayunaban temprano, porque debían abordar los enormes autobuses para hacer la visita de Jerusalén y sus alrededores.

A las ocho, los grupos se habían marchado, y comenzaron a aparecer los huéspedes de los pisos superiores. Grenish no se presentó hasta las nueve menos cuarto. En cuanto le dio su nombre y el número de su habitación, el gerente del hotel se acercó a toda prisa y le dijo:

—Oye, Aharon, ¿hablas polaco, verdad?

—Sí, claro.

—¿Podrías ir a la recepción? Es que hay una persona que sólo habla polaco, o quizá sea ruso.

—Sé los dos idiomas.

—Perfecto. Vete a hacerle de intérprete al recepcionista, ¿quieres? Ya ocuparé yo tu puesto.

Aharon le echó una prolongada mirada a Grenish, que se estaba

sirviendo en la mesa del buffet, y salió del comedor. Estuvo ocupado en la recepción hasta después de las nueve. Finalmente, quedó libre, regresó al comedor con la esperanza de encontrar a Grenish, pero no quedaban ya huéspedes y los camareros estaban atareados cambiando los manteles.

Volvió a la recepción y le preguntó a un empleado:

—¿Cuánto tiempo se quedara Grenish, de la setecientos trece?

—Pasará aquí toda la semana, Aharon —repuso el recepcionista después de echar un vistazo a su lista. A Aharon se le ocurrió que tendría tiempo de sobra para hablar con él en los próximos días.

En el *minyan*^[*] entre la conclusión del *mincha*^[*], o servicio de la tarde, y el comienzo del *maariv*, o servicio de la noche, siempre se producía un hiato de unos minutos. De vez en cuando alguien aprovechaba esta oportunidad para exponer algún tema interesante con el que se había encontrado, aunque la mayoría de las veces, se empleaba el receso simplemente para descansar y charlar. Perlmutter había llegado justo cuando el servicio estaba a punto de comenzar, pero ahora que el *mincha* había concluido, el rabino Small se le acercó para preguntarle cómo le iba en el nuevo trabajo.

—En realidad no es nuevo. Ya lo había hecho otras veces. Es un poco agitado para mí. Claro que así puedo salir antes, pero...

—Pero preferiría dormir más por las mañanas —sugirió el rabino.

—Es verdad —admitió Perlmutter sonriendo apesadado—. Pero a mi edad no puedo ir con exigencias. Ahora bien, debo reconocer que todo esto es un poco estúpido. Son muy pocos los huéspedes que no tienen derecho a desayuno, y los pocos que no lo tienen normalmente no bajan al comedor a desayunar. La última vez que me encargaron esta tarea, hace unos meses, en las dos semanas que estuve haciendo el trabajo sólo hubo una persona a la que tuvimos que cobrarle el desayuno. Mi sueldo por esas dos horas y media supera con creces el valor del desayuno ocasional que podríamos dejar de facturar, pero formamos parte de una cadena, y las reglas las establece la casa matriz.

—¿Y sólo será por un par de semanas?

—Esta vez quizá sea sólo una semana. —Al decirlo se animó un

poco—. Y lo cierto es que aunque sea por unos instantes, se conoce mucha gente. Un mundo. Esta mañana, por ejemplo, al repasar la lista, veo el apellido Grenish.

—¿Lo conocía usted?

—No, pero creo que le comenté que el apellido de mi mujer era Grenitz. Se me ocurrió que quizá nuestro huésped tenía el mismo apellido pero que se lo había cambiado, ya sabe, para adaptarlo al inglés. Me propuse preguntárselo. No hay nada de malo en preguntar, ¿verdad?

—¿Y?

—El huésped se presentó, y me dio su nombre, pero justo en ese momento, me llamó el gerente para que fuese a la recepción. Cuando volví al comedor, Grenish se había marchado. Se lo preguntaré mañana. En la recepción me comentaron que se queda toda la semana. Espero verlo.

20

EL AMIGO más allegado que tenía Ish-Tov en la *yeshiva*^[*] era Yitzchak (llamado anteriormente Irving) Cohen, de Amarillo, Tejas. Cohen tenía uno o dos años más que Ish-Tov y, cuando éste llegó, llevaba ya más de un año en la *yeshiva*. Flaco, vehemente y descarado, Cohen era meticuloso en la observancia de los mandamientos, hasta tal punto que Ish-Tov lo consideraba un supersticioso.

En cierta ocasión hizo un comentario jocosos al cual Cohen replicó:

—Cuando se ha llevado el tipo de vida que yo llevaba y se ha estado en un par de ocasiones al borde de... en fin, no tiene importancia, y después se encuentra algo que parece funcionar, no haces tonterías y vas experimentando con la fórmula. ¿Me comprendes?

Ish-Tov asintió, pero en realidad no entendía, puesto que sabía poco o casi nada de la vida anterior de Cohen. Cohen era un tipo curioso y cotilla. Había logrado sonsacarle a sus compañeros y maestros todo tipo de secretos, que no le importaba transmitir, pero se cuidaba muy bien de divulgar sus propios asuntos.

No sólo sabía muchas cosas de los miembros de la *yeshiva*, de profesores y estudiantes, sino que, además, poseía un profundo conocimiento del edificio mismo. Sabía dónde se guardaba todo, cómo salir del edificio y entrar en él sin pasar por la puerta principal, en qué lugar del dormitorio colocarse para oír lo que se decía en el despacho de Kahn, ubicado en el piso de abajo. Fue él

quien le habló a Ish-Tov del santuario del tejado.

Un domingo por la tarde, cuando se encontraron momentáneamente a solas en el dormitorio que compartían con otros cuatro estudiantes, Cohen sacó un paquete de tabaco medio vacío del que extrajo un par de cigarrillos retorcidos y, obviamente, liados a mano. Ish-Tov abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Son de hierba? ¿De dónde los has sacado? —le preguntó.

—De la Ciudad Antigua. Cuando terminamos de regatear con aquel árabe por el bolso, tú seguiste andando. ¿Te acuerdas? Yo me rezagué y compré unos cuantos.

—¿Al mismo tío? ¿Cómo sabías que...?

—Lo sabía. Por eso te llevé allí para que le regatearas por el bolso. ¿Qué, te apetece?

—Sí. Ve tú primero, te seguiré enseguida.

Yitzchak asintió y salió del dormitorio. Después de echar un rápido vistazo a su alrededor, se dirigió al final del pasillo, donde había una puerta; la abrió, se encontró ante un tramo de escalones polvorientos, y allí abrió otra puerta que daba al tejado.

Se sentó en el tejado de cemento y apoyó la espalda contra el cobertizo, que servía de cobijo contra el sol ardiente. Al cabo de unos minutos, llegó Ish-Tov, que se sentó a su lado.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó.

Ish-Tov sacó del bolsillo unos prismáticos pequeños.

—Quería traer esto.

—¿Para qué? ¿Para buscar pájaros?

Ish-Tov le lanzó una aviesa sonrisa.

—Sí, para buscar pájaros. Una vez enfoqué hacia un dormitorio y vi cómo se desvestía un pajarito.

—Oye, chico, ¿sabes qué te puede pasar si te oyen hablando de ese modo? Un *shadchen*^[*]. El tío llega y a la semana estás casado. Y después, un hijo al año durante un período de diez o doce años. ¿Cuántos tienes ahora? ¿Veinticinco, veintiséis? De todos modos, te arreglarán una boda muy pronto. No hay por qué apresurarse.

—¿Cómo es que a ti no te han casado ya?

—No pueden —repuso Yitzchak sonriendo con satisfacción—. Ya estoy casado.

—¿De verdad? Oye, ¿dónde...?

—En los Estados Unidos. Con una gentil. Nos vamos a divorciar.

—Rió roncamente—. Es decir, si el tipo con el que vive ahora decide casarse con ella.

—¿Y entonces dejarías que te arreglaran un matrimonio?

—Claro. ¿Por qué no? No podrá hacerlo peor de lo que yo lo hice. En la universidad, el decano suele escoger a tu compañero de habitación y generalmente la cosa funciona. Lo mismo puede decirse del *shadchen* cuando te elige una mujer. Es como un contrato mercantil, y, normalmente, ambas partes están satisfechas. Aunque cuando te casas por amor, la cosa cambia por completo. Crees que es la única en el mundo, y ella piensa lo mismo de ti. Y al cabo de un tiempo la chispa ya no existe y empiezas a preguntarte si no será porque ella se está mirando a otros. Fíjate en Kahn.

—¿Te refieres a Kahn, el secretario? ¿Qué pasa con él?

—Lleva casado cinco años o más y no tienen niños. Los viejos le aconsejan que se divorcie, pero él no quiere saber nada. Está enamorado de la chica. ¿Sabes dónde se encuentra en este momento?

—No estaba en la oficina del frente. Yossi ocupaba su puesto. Supuse que estaría enfermo, o arreglando lo del viaje a Safed de mañana.

—No está enfermo, y es posible que ni siquiera vaya al *teeyul* de Safed. Está en casa, vigilando a su mujer. Ahí es donde está y eso es lo que hace.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque oí al rabino Brodny bromear con el rabino Ellsberg al respecto. Sus esposas, al menos la de Brodny, tratan a la señora Kahn. Recibió carta de un tipo de los Estados Unidos, un ex novio, en la que le decía que visitaría Jerusalén y que iría a verla el domingo, o sea hoy. Siendo norteamericano, supongo que se imaginó que se refería al fin de semana. Por eso Kahn tomó el día libre para estar en casa y asegurarse de que no haya actividades dudosas. Eso es lo que te pasa si te casas por amor.

—Oye, Yitzchak, ¿cómo lo haces para enterarte de todo?

—Porque me gusta saber lo que pasa. Los profesores de aquí, cuando no quieren que nos enteremos de lo que dicen, hablan hebreo. Suponen que ninguno de nosotros conoce la lengua, aparte de lo que ellos nos enseñan. Pero de niño, fui a un colegio hebreo. Y cuando llegué aquí, me pasé seis meses en una *ulpan*^[*] donde vives

y no se te permite hablar otra cosa que no sea hebreo, y cuando no hablábamos nos pasábamos el día viendo la televisión o escuchando la radio. Por lo tanto, tengo bastante fluidez.

—Eres muy agudo, Yitzchak. ¿No te preocupa cortarte? —Ish-Tov le dio una última calada al porro, lo lanzó sobre el cemento y se puso de pie.

—Haz pedazos la colilla —le ordenó Yitzchak—. Si alguien subiera hasta aquí, no quiero que sepa que utilizamos este lugar para fumar marihuana.

Obediente, Ish-Tov pisoteó la colilla y la redujo a polvo. Acto seguido, se dirigió hacia el parapeto que rodeaba el tejado.

—¡Tío, qué vista! —exclamó.

—Será mejor que no te asomes tanto —le dijo Yitzchak—. Podrían verte.

—¿Y qué?

—Que me parece que no está permitido subir aquí. Además, si se llegara a saber, estaría siempre lleno de gente, ¿y dónde nos meteríamos entonces para fumarnos un porro?

—Tienes razón —admitió Ish-Tov dando un paso atrás, sin dejar de recorrer el cobertizo, levantando de vez en cuando los prismáticos que llevaba colgados del cuello.

—¿Has visto algún pajarito? —inquirió Yitzchak.

—Sólo de los que viven en los árboles. —Siguió recorriendo el cobertizo y cuando quedó frente a la casa de Skinner, gritó—: Oye, Yitzchak, ven a ver esto.

Yitzchak se acercó a su amigo y miró hacia donde éste le indicaba.

—¿El agujero que hay en el suelo?

—Sí, parece una tumba.

—No es una tumba. Apuesto a que por eso Kahn estaba tan preocupado anoche. Corrió pasillo abajo, como si llevara el pantalón en llamas. Naturalmente, cuando entró en el despacho y cerró la puerta, me detuve para escuchar...

—Naturalmente.

—Oye, tío, en cualquier organización o institución duras más si te cubres las espaldas. Eso significa que es una buena idea saber lo que pasa. Supongo que cuando Kahn entra hecho una tromba en el despacho del director, e incluso sin llamar, es porque ha ocurrido

algo.

—¿O sea que te quedaste afuera escuchando? ¿Miraste por el ojo de la cerradura?

—¿Para que me viera alguien? No —repuso con una sonrisa—. Me coloqué delante de la puerta que está justo antes de entrar en el despacho del director y me escondí allí. Es una especie de cuarto trastero donde guardan cubos y mochos, y donde hay una fregadera, y sólo una pared de madera aglomerada lo separa de la oficina del director. Lo oí todo tan claramente... como te estoy oyendo ahora a ti.

—¿Qué oíste?

—Kahn recibió una llamada de un ex estudiante que trabaja en el Ministerio de Educación y Cultura. Skinner, el vecino de al lado, había telefonado al Departamento de Arqueología... ya sabes, forma parte del Ministerio... para informar que había descubierto un vestigio arqueológico, y le dijeron que vendrían a verlo dentro de un par de días.

—¿Y a qué viene tanto jaleo? Descubrieron un resto arqueológico y...

—¿Es que no lo entiendes? Quizá empiecen a hacer excavaciones que podrían extenderse hasta los terrenos de la *yeshiva*. Hay una teoría que sostiene que debajo de las murallas de la Ciudad Antigua existe un túnel que...

—¿Qué tontería.

—¿Por qué es una tontería? Si estás en una ciudad amurallada, rodeado por el enemigo, y quieres enviar un mensajero a tus aliados que están ocultos en Ramallah, dime, ¿tú cómo lo harías? O si quisieras salir y atacar a las fuerzas sitiadoras por la retaguardia, ¿no necesitarías un túnel? Pero eso no es todo. Kahn le dijo al director que hace unos años ocurrió algo parecido. Hallaron un artefacto y alguien dio parte al Departamento de Arqueología, y el rabino Moshe Stern, que fue director antes que Karpis, y que era activista, ordenó que llenaran la zanja.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Absolutamente nada. El investigador del departamento se presentó e informó a sus superiores que aquí no había nada importante. No quería meterse en líos con los poderes religiosos constituidos. Pero Karpis sería incapaz de hacer algo semejante. Es

de los que cooperan con las autoridades.

—Al fin y al cabo, es él quien está al frente de esto, ¿no?

—Tal vez —admitió Yitzchak críticamente—. Anda, pásame los prismáticos.

Observó la zanja y después de devolverle los prismáticos a Ish-Tov le dijo:

—Dejaron unas cuantas palas. Fíjate. Eso nos indica que piensan seguir cavando. Oye, ¿qué te parece si al anochecer nos vamos hasta ahí y tapamos la zanja?

—¿Y para qué? ¿Qué sacaríamos con eso?

—Pues sería una buena broma para el amigo Skinner...

—Pero podría meterse en líos.

—Mejor así. Después de un tiempo, cuando se calmen los ánimos, diremos que hemos sido nosotros y nos convertiremos en héroes, sobre todo ante Kahn, lo cual podría resultarnos muy ventajoso.

—Mira que a ambos lados de la zanja hay un montón de tierra apilada...

—Será media hora de trabajo.

—¿Qué me dices de Skinner? Podría oírnos, o vernos.

—No está en casa. Los domingos se van siempre. El ama de llaves tiene el día libre. Es cristiana. Y Skinner y el árabe suelen salir. No suelen regresar hasta pasadas las once, y cuando lo hacen, montan un follón de cuidado. En cuanto oscurezca, te enseñaré cómo salir por la parte de atrás, te irás hasta la zanja y empezarás a taparla. Un poco más tarde, me reuniré contigo.

—¿Y por qué tengo que ir yo primero? La idea ha sido tuya.

—Porque después de todo podría ser una tumba, quizá un cementerio antiguo.

—¿Y eso qué?

—Pues que soy kohane, descendiente de Aarón. Se supone que no debo estar en presencia de un cadáver, ni siquiera de los huesos, aunque tengan siglos. Tal vez eso es lo que encontraron, huesos. Quizá por eso estaba Kahn tan nervioso. Él es kohane, igual que yo. Un solo contacto y la contaminación nos dura un año entero. Durante todo un año no nos está permitido ejercer funciones sacerdotales.

Para Ish-Tov siempre fue una fuente de sorpresa el hecho de que

la religiosidad de Yitzchak concordara tan poco con su actitud general.

—¿Y tanto significa para ti? —inquirió Ish-Tov.

—Un privilegio especial —repuso Yitzchak seriamente—, implica una serie de responsabilidades especiales. Una vez que cubras el fondo con una capa de tierra y tapes cualquier hueso, si es que los hay, entonces me acercaré y te ayudaré a llenar el resto de la zanja.

21

EL LUNES por la mañana temprano, tal como hacía todos los días de la semana por la mañana, Joseph Kahn bajó del autobús y se dirigió a la *yeshiva*^[*], donde llegó a tiempo para unirse al grupo que celebraría el *shachris*^[*], después de lo cual desayunó en el comedor, sentado en la cabecera de la mesa con el resto del cuerpo docente. Sin embargo, esa mañana, hubo de desayunar deprisa, porque el enorme autobús con aire acondicionado, que iba a llevarlos de *teeyul*, o excursión a Safed, había aparcado ya delante de la puerta, mientras estaban ocupados con las oraciones de la mañana. A las ocho y media todos estaban a bordo, y reían, cantaban, bromeaban y saludaban a los coches que pasaban por la carretera. Aquello no solía ocurrir con frecuencia, quizá un par de veces al año, pero por ese mismo motivo, la excursión resultaba más agradable. El viaje se debía a la generosidad de uno de los patrocinadores de la organización, y se realizaba para celebrar el hecho de que el curso avanzado hubiese completado el capítulo del Talmud que se había comenzado a estudiar a principios del año.

El viaje era largo, pero pasarían todo el día en Safed, donde los miembros de la organización de esa ciudad los recibirían y les darían de comer, y regresarían exhaustos a última hora de la noche. Era una pausa en la rutina, el estudio y la disciplina, que disfrutarían mucho y se pasarían semanas hablando de ello.

El lunes por la mañana, a las diez, la camarera de la séptima planta

del Hotel Excelsior llamó a la puerta de la habitación setecientos trece, esperó un momento, volvió a llamar, y después aguzó el oído a través de la puerta para saber si del interior provenía algún sonido. Al no oír nada, introdujo la llave maestra en la cerradura y abrió. Al ver que la cama estaba hecha y el cobertor se encontraba bien colocado como lo había dejado ella el día anterior, entró en el lavabo. Allí también estaba todo en orden, las toallas perfectamente dobladas, el jabón que había dejado estaba seco y nadie lo había tocado. Reflexionó durante un momento y después se dirigió al teléfono que había sobre la mesa de noche y llamó a la encargada.

—¿Qué la habitación no fue ocupada? —inquirió la encargada—. ¿Nadie durmió en la cama? ¿Estás segura? De acuerdo, cierra con llave y sigue con tu trabajo. Ah, Yael, no se lo comentes a nadie.

La encargada informó al gerente, que salió de su oficina y con una seña llamó al corpulento guardia de seguridad.

—Suba a la setecientos trece, Avi, y eche un vistazo. Anoche no ocuparon la habitación.

Avi regresó al cabo de diez minutos e informó al gerente:

—He arreglado la cerradura para que no le funcione la llave. Tendrá que pasar por la recepción, y yo mismo subiré a abrirle. Ha dejado todas sus pertenencias, por lo tanto no se marchó para no pagar. ¿Llamo al Shin Bet?

El gerente, al que hacía poco habían trasladado de otro hotel que la cadena poseía en Tel Aviv, inquirió a su vez:

—¿Al Shin Bet? ¿Por qué no la policía? En Tel Aviv siempre llamamos a la policía.

—En Jerusalén las cuestiones de seguridad son un poco más estrictas. Si llamásemos a la policía, ellos se pondrían en contacto con el Shin Bet.

—De acuerdo. Llámelos.

En el despacho de la Shin Bet, el departamento de seguridad nacional de Israel, Uri Adoumi, jefe de la oficina de Jerusalén, estaba ante su escritorio, repasando un montón de papeles que tenía ante sí. Sacaba una carpeta, bebía un sorbo de café, que su secretaria le había servido en cuanto entró en el despacho, se reclinaba en la silla giratoria, con el pie apoyado en un cajón abierto, y hacía fuerza para mantenerse en posición. De vez en

cuando se sentaba bien recto para anotar algo, en cuyo caso tomaba otro sorbo de café antes de volver a adoptar su posición reclinada. Era un hombre macizo y corpulento, y el poco pelo que le quedaba, rojizo y entrecano, se estaba volviendo rápidamente de un tono blanco amarillento.

Un ayudante, Un tipo joven, vestido con tejanos y camiseta, abrió la puerta.

Adoumi se sentó bien erguido y con tono irascible inquirió:

—¿Es que no puedes llamar?

—Formulismos burgueses. Si llamara, me pediría que entrase. Si no me contestara, me imaginaría que algo había pasado, de modo que entraría para echar un vistazo. De cualquier modo, estaría aquí dentro. ¿Para qué molestarme en llamar?

—¿Es que en el kibbutz nunca llamabas?

—Si la puerta estaba cerrada con llave, llamaba para que me abriesen, pero si no estaba cerrada...

—¿Y si hubiera estado aquí dentro tonteando con Shoshana?

—Vamos, usted no tontearía con Shoshana. Además, ella está en su sitio.

—Está bien, ¿qué quieres? —inquirió Adoumi, abrumado.

—Recibimos una llamada del guardia de seguridad del Hotel Excelsior. Uno de sus huéspedes ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Y desde cuándo?

—Desde ayer, supongo. No bajó a desayunar, y no ha dormido en su habitación.

—¿La llamada vino de la policía o directamente del guardia de seguridad?

—Del guardia de seguridad. Subió a revisar su habitación. Su ropa sigue allí, por eso nos han llamado. ¿Quiere que vaya a echar un vistazo?

Adoumi examinó a su asistente; observó la camiseta manchada de sudor, los tejanos gastados, las botas pesadas y raídas. El Hotel Excelsior no era el de mayor lujo, pero tenía cuatro estrellas. Sus huéspedes, probablemente de grupos turísticos, serían personaste clase media de cualquier país. Y el personal llevaría uniformes limpios, bien planchados. Contemporizador, preguntó:

—¿Te dieron un nombre?

—Sí. Es norteamericano. El profesor Grenish.

—¿Profesor Grenish? Me parece haber oído ese apellido. Grenish. Oye, búscalo en la computadora. Quizá lo haya visto en una de nuestras listas.

Mientras su asistente se encontraba en otra oficina, consultando la computadora, Adoumi se sentó derecho y con la mano tamborileó sobre el escritorio para concentrarse, e intentó recordar dónde había oído el nombre de Grenish.

Un par de minutos más tarde, el asistente regresó y, un tanto avergonzado por no haberlo comprobado él mismo, le informó:

—Está en una de las listas del Mossad. Nada especial, salvo que es judío y muy amigo de un árabe adinerado. Llegó al país en barco desde Grecia, estuvo en Haifa. Pasó una semana allí y después visitó Tel Aviv. Se hospedó unos días en el Oceanview y llegó a Jerusalén el viernes.

—Ajá. Será mejor que vaya yo mismo al Excelsior.

22

EL GERENTE del Excelsior, con el libro de registro abierto sobre el escritorio, dijo:

—Verá, para algunos de nuestros huéspedes, estar en un hotel es una experiencia relativamente nueva. Se registran, se quedan unos cuantos días, y después quizá se van a visitar a un pariente a Tel Aviv, Haifa o Netanya. Los convencen para que se queden a pasar la noche, o pierden el último autobús, o lo que sea. A veces salen de excursión y no vuelven en varios días. Hay algunos incluso que suponen que como no pasaron aquí la noche, no han de pagar la habitación. Hay quienes se enfadan mucho cuando les cobramos los días que no han estado. —Sonrió tristemente.

—¿Y siempre les cobra?

—Por supuesto. La habitación está ocupada. No podemos dársela a otra persona, ¿verdad? ¿Qué ganamos si el huésped se ausenta por una noche? ¿Unos cuantos minutos del tiempo de la camarera? Ese día no tiene que arreglar la habitación, de modo que nos ahorramos el cambiar sábanas y toallas. Y nos ahorramos el desayuno.

—Entonces, si el huésped viene por una o dos semanas —sugirió Adoumi—, y de repente se le ocurre que quiere irse de viaje un par de días, por ejemplo, a Eilat, ¿tendría que pagar este hotel y el de Eilat?

—No si antes salda la cuenta aquí. Puede irse, pagar la cuenta y nosotros nos ofrecemos incluso a guardarle el equipaje gratuitamente. Y cuando regresa, vuelve a registrarse en el hotel. Si no estamos en temporada alta, es probable hasta que le demos la

misma habitación.

—¿Y si es en temporada alta?

—Ah, entonces tiene que arriesgarse. Le decimos que no le garantizamos que pueda tocarle la misma habitación cuando regrese. Es más, es posible incluso que no podamos darle ninguna habitación.

—Ya entiendo. ¿Y en el caso de Grenish?

—Veamos. —Examinó las carpetas que había sobre su escritorio y tomó una tarjeta de registro—. Aquí está. Profesor Abraham Grenish. Llegó el viernes por la tarde a las dos y cinco. —Recogió una pila de papeles y los repasó rápidamente—. Ese día no cenó aquí. De hecho, no ha almorzado ni cenado en nuestro comedor. No es nada anormal. Diría que la gran mayoría de nuestros huéspedes no lo hacen, a menos que vengan en autobús y las comidas estén incluidas en el precio del viaje.

—¿Y el desayuno?

—Bueno, normalmente se incluye en el precio de la habitación, de modo que casi todos nuestros huéspedes desayunan aquí, aunque algunos no toman más que una taza de café y un bollo. Pero no todos. Algunos sólo piden habitación. Y así ahorran un poco. —Recogió otra pila de papeles y se los tendió al oficial del Shin Bet—. Ve, estas son listas de los huéspedes y de las habitaciones que ocupan. Hay una columna distinta para cada día. Cuando el huésped baja al comedor, ponemos a un empleado en la entrada con esta lista de control. El huésped da su nombre y el número de su habitación, y se le pone una marca. El señor Grenish, o mejor dicho, el profesor Grenish, desayunó aquí el sábado y el domingo.

—Está bien, de modo que estuvo aquí desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la mañana, al menos. ¿Habría alguien que pueda darnos una descripción?

—El personal árabe que empleamos durante el *sabbath* entra el viernes a la una y media. Podrá preguntar a los recepcionistas árabes. El que tomó nota de sus datos quizá lo recuerde, pero lo dudo. A esa misma hora llegó un grupo de turistas y estaban todos muy ocupados. Quizá el botones que le subió el equipaje se acuerde de él si le dio una propina sustanciosa. Pero lo dudo. Lo mismo se puede decir del *maître* que cubrió el turno del desayuno. A la hora del desayuno siempre hay mucho trajín, y en la mayoría de casos el

personal ni siquiera se fija en los huéspedes.

—¿Y la camarera?

—No —repuso el gerente, negando con la cabeza—. No suelen ver a los huéspedes. Hacen su trabajo cuando la habitación está desocupada. Pero puede usted intentarlo. Si lo desea, ahora mismo puede hablar con los botones y las camareras. Hacen jornada completa. Los recepcionistas árabes sólo vienen dos días, durante el *sabbath*. Empiezan el turno los viernes a la una y media hasta el atardecer del sábado. Por lo tanto, no vendrán hasta el viernes. Puedo darle las direcciones. La foto del pasaporte...

—Ah, ¿lo tiene usted?

—No, pero quizá esté en su habitación.

—¿El guardia de seguridad no registró el cuadro?

—Claro que sí, pero estoy seguro de que fue un registro somero, sólo para comprobar si lo que se dejó merecía la pena abandonarlo en el hotel para no pagar la cuenta. Pero si efectuara usted un registro a fondo...

—No vaya usted a creer, seguro que lleva el pasaporte encima. Si no se llevó el pasaporte, no lo escondería. Estaría en la cómoda o en un cajón, de lo contrario, el guardia de seguridad lo habría encontrado. Y si temía perderlo o que se lo robaran, no lo habría escondido en la habitación, sino que lo habría guardado en una de las cajas fuertes del hotel. ¿No lo hizo así, verdad?

El gerente abrió un cajón, sacó de él una hoja de papel, la estudió durante un momento, y luego meneó la cabeza.

—Subiré ahora a echar un vistazo a la habitación.

—Le pediré a Avi, nuestro guardia de seguridad, que le acompañe y le abra la puerta.

Una vez en la habitación. Adoumi fue directamente al lavabo. Avi fue tras él y esperó en la puerta.

—Va bien afeitado. No lleva ni barba ni bigote —dijo Adoumi.

—¿Cómo puede estar seguro? Mucha gente se afeita pero tiene barba o bigote.

—No hay tijeras. Si llevase barba o incluso bigote, tendría un par de tijeras para cortárselos.

Levantó el peine y el cepillo.

—Cabello corto —observó—. Si hubiera tenido pelo largo, no habría usado un peine de púas finas como éste. Se le habría caído

muchísimo, sobre todo después de ducharse. Ah, sí, aquí tenemos algunos de muestra. Castaños, ¿no le parece? Y se le están volviendo grises. Tráigame uno de esos sobres del hotel que hay en el escritorio. Le calculo entre cuarenta y cincuenta y cinco años. No lleva dientes postizos. ¿Ve ese hilo dental? Y fíjese en el cepillo y en la pasta dentífrica. Las personas con dentadura postiza utilizan una pasta y un cepillo de dientes especiales, si es que no emplean una de esas pastillas que se disuelven en un vaso de agua. Bien, veamos qué lleva en el bolso y qué dejó en el armario.

Del suelo del armario extrajo un par de zapatos negros.

—Ocho y medio C. Tendré que comprobar la medida con una tabla de equivalencias. Pero me imagino que será más o menos un cuarenta y uno. —Hizo una anotación en el sobre en el que había guardado los cabellos. Después levantó una pierna y colocó uno de los zapatos sobre la suela del suyo para compararlos—. Es más bajo que yo. —Metió la mano en el armario y sacó un traje. Se lo colocó delante y se miró en el enorme espejo—. Sí, quizá un metro sesenta y siete. —Después, descolgó la chaqueta de una percha y una vez se hubo quitado rápidamente la que llevaba puesta, intentó probársela—. Es mucho más delgado que yo. Quizá pese sesenta y cuatro o sesenta y cinco kilos. —Hizo otra anotación en el sobre—. ¿Le revisó todos los bolsillos?

—Ajá. No encontré nada.

No obstante, Adoumi volvió a registrar todos los bolsillos de los trajes.

—Nunca se sabe —dijo como pidiendo disculpas—. Muy bien, echemos un vistazo a las maletas.

—En los cajones no metió ni la ropa interior ni las camisas —observó Avi y empezó a abrir todos los cajones de la cómoda para probar lo que decía.

—Es un poco extraño, ¿no le parece?

—No lo sé. Muchos huéspedes hacen lo mismo. Sólo sacan los pantalones y los trajes... ya sabe, para que no se les arruguen... y tal vez los zapatos y un pijama. Y el resto suelen dejarlo en las maletas para no tener que empacarlo de nuevo.

—Eso ocurre solamente cuando se quedan un par de días. Pero nuestro amigo pensaba pasar aquí toda la semana.

Adoumi abrió una maleta y de ella sacó una larga tira de tela, de

unos veinte centímetros de ancho por un metro de largo, forrada de espuma de goma.

—Al parecer nuestro amigo lleva una faja. Eso significa que probablemente esté echando barriga. Tendré que cambiar el cálculo del peso. Lo dejaré en setenta kilos. —Volvió a anotar algo en el sobre.

—Hay quien lleva faja porque padece de dolor de espalda —comentó Avi.

—Sí, pero fíjese en estas camisas. Talla dieciséis. Yo diría que es una cuarenta y uno. ¿Se ha fijado qué abierto está el ojal del primer botón? Las camisas empezaban a quedarle apretadas. Ah, aquí tenemos una que parece más nueva que las restantes y es talla dieciséis y medio... digamos que una cuarenta y tres.

Se rascó la cabeza, levantó la maleta y volcó su contenido sobre la cama. Palpó el forro y los bolsillos interiores. Después, fue metiendo dentro todos los artículos que había sacado, luego de haberlos palpado, doblado y apretado. Repitió la operación con la otra maleta.

—El pasaporte no está —anunció mientras se incorporaba.

—Probablemente lo lleve encima —dijo Avi—. La mayoría de los turistas llevan el pasaporte para identificarse si quieren usar las tarjetas de crédito.

—Supongo, pero siempre es bueno asegurarse. Quiero que empaque todas estas cosas, las camisas, los zapatos, lo que hay en el baño, todo, como si nuestro amigo fuera a abandonar el hotel. Después, quiero que guarde las maletas en un lugar donde nadie pueda tocarlas. ¿O he de enviar a alguien para que se las selle?

—No, puedo guardárselas. ¿Pero qué pasa si regresa?

—En ese caso, llamará usted a mi despacho y mandaré a alguien o bien vendré yo mismo. A propósito, ¿devolvió las llaves de la habitación?

—No.

23

ADOUMI se encontraba en compañía de Yaacov Luria, jefe de policía del distrito de Jerusalén, un hombre delgado, frío y meticulado que estaba sentado con la espalda bien erguida, y las manos cruzadas sobre el escritorio de caoba, en el que no se veía un solo papel. Los ojos del jefe de policía miraban fijamente, sin parpadear, desde detrás de unos quevedos pequeños y ovalados.

—Desayunó en el hotel, y esa fue la última vez que lo vieron — le informó Adoumi.

Luria separó las manos y abrió un cajón del escritorio para sacar un bloc de papel, y del bolsillo superior de la americana extrajo un bolígrafo.

—¿Tiene su descripción?

—Ya se la he dado a su teniente. No es gran cosa. Alrededor de cincuenta años, cabello castaño que comienza a volverse canoso, pesa unos setenta kilos, y mide quizá un metro sesenta y siete. Probablemente empieza a echar barriga, calza el ocho y medio C, que sería algo así como un cuarenta y uno, y gasta camisas de la talla dieciséis o dieciséis y medio, o sea una cuarenta y tres.

Luria levantó las cejas y en la frente se le dibujaron una serie de surcos, y abrió desmesuradamente los ojos.

—¿A eso llama usted descripción? ¿De qué color tiene los ojos? ¿Cómo tiene la nariz? ¿Y la boca? ¿Acaso la persona que le dio la descripción sabía qué número calzaba y la talla de su cuello?

Adoumi desplegó las manos con aire resignado.

—Eso fue lo que pude deducir cuando revisé sus pertenencias.

Nadie lo vio; al menos nadie lo recuerda. Es un hotel. Y nuestro hombre llegó justo con un grupo de cien turistas...

—Entonces la gente del grupo...

—No, no, él no iba en el grupo. Simplemente llegó a la misma hora. Interrogué al botones, a la camarera, a los recepcionistas. Aví, el guardia de seguridad, recuerda que recibió una carta y que el hombre se la pidió, pero no se fijó en él. Alguien le dijo: «Habitación setecientos trece, Grenish», y él se limitó a sacar la carta de su buzón y se la entregó. El domingo por la mañana, los recepcionistas estaban muy ocupados registrando a un nuevo grupo.

—¿Se da cuenta de que hay cientos, quizá miles de personas que podrían responder a esa descripción?

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Muy bien, no podemos buscarlo. Si aparece, quizá esto ayude a identificarlo. Me ha dicho usted que le entregó la descripción a mi teniente, ¿entonces qué pretende que haga? —Volvió a guardar el bloc en el cajón, se metió el bolígrafo en el bolsillo y observó a Adoumi con aire expectante, después de haber cruzado otra vez las manos pulcramente sobre el escritorio.

—Es que no se trata de un asunto exclusivamente policial. Su nombre figura en una lista que nos envió el Mossad.

—¿Es peligroso?

—No lo creo. No lo sé. Por lo que pude sonsacarles, puede que sea completamente inocente. Es judío, pero es muy amigo de un árabe importante que vive en los Estados Unidos y al que tienen vigilado.

—Ya entiendo. ¿Y?

—Bueno que si lo encuentran, quiero que no lo interroguen, sólo que lo retengan hasta que pueda hacerlo yo.

—Está bien —dijo Luria y asintió con la cabeza para indicar que estaba de acuerdo y que se despedía.

El lunes, después de las cuatro, el doctor Asher Gur, experto del Departamento de Reliquias para la zona del Viejo Jerusalén, logró quitarse de encima todo el trabajo que se le había acumulado mientras prestaba servicio en la reserva del ejército. Le dijo a Moshe, su gigantesco asistente rubio:

—Creo que basta por hoy. Ya que estás, tú también podrías salir.

—¿Qué me dices del hallazgo? —Echó un vistazo a una nota que había en el tablón de anuncios y añadió—: Me refiero al de James Skinner.

—Mañana —repuso Gur, abrumado.

—Skinner... Skinner... Oye, ¿no es el mismo tipo que tuvo problemas con unos gamberros de la *yeshiva*^[*]?

—Si no recuerdo mal, no estaba en su casa cuando ocurrió aquello. Había un gerente o un encargado árabe. ¿Por qué?

—¿No te parece que estamos en deuda con él? Al fin y al cabo recibió muy mal trato...

—Pero no de nosotros, ni del departamento.

—Ya lo sé, pero es que tiene una zanja abierta en el patio y...

—Está en la parte de atrás de la casa...

—Sí, pero teme que alguien tropiece y caiga dentro. Y Gedaliah le ha dicho que nosotros nos pondríamos en contacto con el fontanero para taparla cuando decidamos al respecto, y que nosotros la taparíamos si el fontanero no podía hacerlo...

—Está bien, está bien, vamos a echar un vistazo a la zanja. Estoy seguro de que no encontraremos nada. Conozco bien el barrio. Verás que es una piedra, que sacó de entre los escombros de otro edificio y que forma parte de una vieja cisterna o un pozo negro contruidos hace cincuenta o sesenta años. Anda, vámonos.

Veinte minutos más tarde, Gur detuvo su pequeño Peugeot cubierto de polvo delante de la casa de Skinner. Moshe se apeó, fue hasta la puerta principal y llamó. Esperó un momento y volvió a llamar. Entonces vio el timbre y lo pulsó. Lo oyó resonar en el interior, pero nadie acudió a abrir.

—No hay nadie en casa —le gritó a Gur.

El otro se bajó del coche y se reunió con su asistente.

—No nos hace falta público. Vamos a la parte de atrás y echemos un vistazo.

Rodearon la casa y se detuvieron al ver el montículo de tierra blanda donde, evidentemente, había estado la zanja.

—Nuestro señor Skinner parece haber tomado el asunto en sus propias manos —comentó Gur.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pues notificar al departamento que el señor Skinner, actuando

contra instrucciones implícitas y en contra de la ley, tapó el hallazgo, y después de discutir un poco, el señor Skinner se encontrará con que ha de pagar una multa bastante importante. Es una lástima, porque estoy seguro de que aquí no hay nada que valga la pena.

—¿No podrías...?

—¿No podría qué?

—Bueno, que si estás seguro de que aquí no hay nada... — Moshe se veía realmente preocupado.

—Puedo informar que llevamos a cabo la inspección —admitió Gur—, y que no encontramos nada, por lo que tapamos nosotros mismos la zanja, dado que el fontanero no había llegado, suponiendo, claro está, que Ahuva logre ponerse en contacto con él. ¿Eso es lo que te gustaría que hiciese?

—Siempre que estés absolutamente seguro de que no hay nada. Gedaliah cree...

—Gedaliah cree que podría tratarse de una pista de ese túnel que hace diez años que espera encontrar.

—Mira, Asher, ¿qué te parece si abro otra vez la zanja? No quiero decir toda la zanja, sino la parte que está más cerca de la puerta trasera, donde nos informaron que habían encontrado la piedra. La tierra está blanda, recién movida. No tardaré más de diez o quince minutos.

—Si te apetece sudar... —dijo Gur encogiéndose de hombros.

—Me vendrá bien hacer ejercicio. He estado todo el día en el despacho.

—Está bien. Iré al maletero del coche a buscar una pala.

—No hace falta. Usaré una de estas. —Y cogiendo una de las que había allí, se puso a trabajar. Asher lo observó durante unos minutos y después regresó al coche, echando un vistazo de vez en cuando para comprobar cómo la silueta de su asistente iba hundiéndose en la tierra. Luego sacó unos papeles de la guantera y no tardó en concentrarse en ellos.

De pronto, un grito de su asistente lo sacó de su concentración.

—¡Asher, ven aquí, date prisa! ¡He encontrado un zapato!

Gur salió del coche de un salto y llegó corriendo.

—¿Un zapato? Una sandalia, querrás decir. ¿Es romana?

Moshe miró desde el fondo de la zanja en la que estaba de pie y

repuso en voz baja:

—No, es un zapato moderno. Y lleva un pie dentro.

Adoumi ya se había marchado del despacho y se encontraba en su casa cuando recibió la llamada.

—¿Uri? Yaacov. Hemos encontrado a alguien que podría ser su hombre. Cuarenta años, cabello castaño encanecido...

—¿Sus hombres lo han interrogado?

—No, mis hombres no lo han interrogado.

—¡Estupendo! Ya voy para allá. ¿Dónde está?

—En la morgue.

Adoumi se imaginó los finos labios de Yaacov Luria extenderse hasta dejar al descubierto unos dientes uniformes, en una mala imitación de una sonrisa.

—Yaacov, su sentido del humor aflora en momentos muy extraños. ¿Está usted en su despacho? Voy para allá enseguida.

Adoumi se hundió en la silla de los visitantes mientras Luria, sentado con la espalda bien erguida y las manos entrelazadas sobre el escritorio, le refería los hechos que habían conducido al descubrimiento del cadáver.

—Curiosamente, fue uno de los zapatos lo que permitió encontrar el cadáver —estiró los labios y dejó ver los dientes—, ocho y medio C, fue la primera prueba. El joven que cavó la zanja se lo pasó a su jefe, quien le ordenó que subiera y montara guardia mientras iba a llamar a la policía. Afortunadamente, yo estaba en el despacho y pude evitar que trascendiera. De momento, la prensa no sabe nada, pero ignoro cuánto tiempo podré mantener a los periodistas fuera del asunto.

—¿El cadáver no llevaba ninguna identificación? ¿Alguna carta, o una billetera o...?

—Nada, salvo las etiquetas de las ropas, que eran todas de establecimientos norteamericanos.

—¿Qué dice la autopsia?

—El doctor Shatz está de permiso y hemos puesto a un médico joven, no muy experto, a trabajar en el caso. No estaba muy seguro sobre la hora en que se produjo la muerte. Verá usted, el cadáver no sólo fue enterrado, sino que se encontraba junto a una tubería de

agua fría, lo que ha afectado los procesos normales. Cree que podrá decirnos algo cuando analice el contenido del estómago.

—¿En qué condiciones tenía la cara? ¿Podría reconocerlo alguien que lo conociera?

—Supongo que sí —repuso con tono de duda.

—¿Qué me dice de ese dibujante, el que nos hace los retratos robots con las descripciones de los testigos, cree que podría hacernos un retrato?

—Podemos hacer algo mejor aún, Uri. Le maquillaremos un poco la cara, le haremos una foto, y después le daremos unos retoques a la foto.

—Estupendo. ¿Cuándo podría tener unas cuantas copias?

—Pues supongo que mañana. Quizá logre ponerme en contacto con mi dibujante y en una de éstas, puede venir esta misma noche. En ese caso, le enviaré las copias a primera hora de la mañana... a su casa, si lo prefiere.

—Lo prefiero. Así, antes de ir a la oficina, podría pasarme por el hotel y enseñarlas.

—¿Y si nadie del hotel logra identificarlo?

—Ah, entonces las cosas se pondrán difíciles. Uno de nosotros, yo diría que usted, amigo mío, tendrá que notificar al cónsul de los Estados Unidos, quien a su vez informará al Departamento de Estado, que se encargará de revisar sus archivos para buscar el duplicado de la foto del pasaporte. Podría llevar semanas.

—Pero podría usted avisar al Mossad —sugirió Luria—, y ellos, a través de sus contactos en el Departamento de Estado podrían lograr que el asunto estuviera solucionado en unos cuantos días.

—Es verdad, pero preferiría no pedirle favores al Mossad.

Luria sonrió, pues conocía la rivalidad existente entre ambas ramas, y dijo:

—Lo comprendo.

24

AUNQUE YAACOV LURIA estaba dispuesto a aceptar la autoridad del Shin Bet en cuestiones de seguridad nacional, no aceptaba que Uri Adoumi le dijese cuál era un asunto de seguridad del estado y cuál un asunto estrictamente policial. Tal como le explicó a Yishayah Gross, su teniente:

—¿Cómo sabemos que el cadáver que desenterramos pertenece al profesor Grenish? ¿Porque calza el mismo número? ¡Qué ridiculez! —Le echó una mirada a su asistente haciendo un rápido cálculo mental de su talla y peso—. Lo más probable es que tú calces el mismo número.

—¿Qué piensa hacer?

—Pues estamos ante un hombre que ha sido asesinado...

—Todavía no lo sabemos —apuntó Yishayah tosiendo discretamente.

—De fijo que no se enterró él solo. Y es algo que se supone debemos investigar. Veamos, la zanja no se veía desde la calle. ¿Quién podía saber que estaba allí?

—Pues quienes la cavaron. Shimon, el fontanero; por una parte. Y los dos árabes que hicieron el trabajo.

—¿Quién más?

—Supongo que los del Departamento de Arqueología; conocían su existencia, aunque no la hubieran visto. El tal Shimon habló con ellos... ah, sí, el dueño de la casa y sus sirvientes.

—Creo que podemos descartar a los del departamento de Arqueología. No vieron el lugar hasta el lunes por la tarde. Y si el

propietario de la casa... ¿cómo se llama?... ah, sí, Skinner, si él se cargara a alguien no lo enterraría en su propia casa. Si lo matara por algún motivo, alguna venganza personal, ¿sabes lo que haría? Lo metería en su coche y bien entrada la noche lo llevaría a alguna parte para abandonar el cadáver al lado del camino. No, creo que podemos descartar a Skinner. Es impensable, sobre todo cuando sabía que los del Departamento de Arqueología irían a examinar el contenido de la zanja. Lo cual nos remite nuevamente a Shimon, el fontanero, y a sus dos operarios árabes.

—¿Y?

—Pues pensemos. El hombre llegó el viernes por la tarde. No comió en el hotel, lo que significa que debió de comer en la Ciudad Antigua, o en Jerusalén Este, porque no hay otro sitio donde comer durante el *sabbath*. Y tenemos datos de que estuvo en la Ciudad Antigua. El oficial Kassim reconoció al de la foto...

—*Creyó* reconocer al de la foto —le corrigió Yishayah.

—De acuerdo, *creyó* reconocer que el de la foto era él mismo hombre que se detuvo a preguntarle algo sobre una de las tiendas musulmanas que estaba cerrada.

—*Creyó* que era eso lo que le preguntaba, no estaba seguro porque no hablaba su idioma.

Luria comenzó a sentirse un poco molesto con su subordinado.

—Está bien, eso es lo que *creyó* que le preguntaba. Sólo estoy considerando las posibilidades. Bien, sabemos que nuestro hombre no cenó ni almorzó en su hotel al día siguiente, pero que sí desayunó allí. Es probable que almorzara y cenara en la Ciudad Antigua. Eso significa que pasó allí todo el día. ¿Y qué hacía allí? Posiblemente pasear, admirar los sitios de interés. O tal vez tenía algún asunto que atender.

—¿Qué clase de asunto?

Luria se encogió de hombros y repuso:

—No lo sé. Quizá intentaba comprar alguna pieza arqueológica, algún viejo manuscrito, como los que se descubrieron en las cuevas de Qumran. Al fin y al cabo, era profesor.

—O quizá intentara conseguir un poco de *hashish* —sugirió el teniente.

—Podría ser —convino Luria—. Veamos, ¿dónde se encontraba apostado Kassim?

—En la esquina de Lohamin y David.

—Justo enfrente de... ¿cómo se llama la tienda de la esquina?

—Mideast Trading Corporation.

—Mideast, eh... Si mal no recuerdo, la tuvimos vigilada.

—A ésa y dos decenas más. Pero nunca descubrimos nada.

—De todos modos, podría ser un buen punto de partida. Si lográramos establecer una relación entre alguien de una de las tiendas de esa zona y uno de los dos operarios árabes del fontanero...

—¿Y cuál podría ser la relación con los dos árabes?

—Ellos sabían lo de la zanja. Es más, podrían ser sospechosos sin necesidad de guardar relación con nadie. Al hombre lo encontraron sin cartera, ni pasaporte... ¿cuánto vale un pasaporte norteamericano en los círculos delictivos?

—He oído decir que entre cinco y diez mil dólares.

—Exacto. Una suma por la que merece la pena matar. Ahora bien, si se produce una muerte como resultado de un atraco, el cadáver es conducido en coche para ser abandonado en alguna parte, al borde del camino. Y a los ladrones les da igual si se descubre el cuerpo al día siguiente. Pero si lo robado es un pasaporte, especialmente si podría ser utilizado en los días sucesivos, entonces es importante que el cuerpo no aparezca, y si hay una zanja donde se puede arrojar ese cadáver y cubrirlo de tierra...

—En ese caso, supongo que tenemos motivos más que suficientes para pasar el asunto al Mossad o al Shin Bet —observó el teniente.

—Pero no lo sabemos, ¿verdad? Mantendremos informados a los del Shin Bet, por supuesto. Pero no haremos daño a nadie si investigamos un poco por nuestra cuenta.

En ese momento, llamaron a la puerta, un subordinado asomó la cabeza y anunció:

—Jefe, ha venido un tal Skinner e insiste en hablar con usted.

—¿Skinner? Hágalo pasar.

Skinner entró a grandes zancadas.

—¿Jefe Luria?

—Efectivamente, señor Skinner. Siéntese.

De mala gana y visiblemente irritado, Skinner ocupó la silla que

le indicaban y la acercó al escritorio.

—Verá, me han dicho que el asunto está en sus manos.

—¿De qué asunto se trata, señor Skinner?

—De la zanja que hay en la parte trasera de mi casa. El fontanero que cavó la zanja para cambiar una tubería rota vio algo que le pareció un hallazgo arqueológico, por lo que quiso que lo notificase al Departamento de Arqueología.

—Muy acertado de su parte —murmuró el teniente.

—¿Le parece? Tal vez desde el punto de vista de ustedes lo sea, pero a mí me dejaron con esa zanja abierta en el patio de mi casa. Y como era viernes por la tarde, no pudieron enviarme a nadie para analizar el descubrimiento. Y al día siguiente tampoco, porque era el *sabbath*. Y al otro tampoco, porque el encargado de esto servía en la reserva. ¿Qué debía hacer para que tapasen la zanja? ¿Llamar al fontanero? Cualquiera sabe cuándo aparecería. Finalmente, me dijeron que se pondrían en contacto con el fontanero y que si no lo localizaban, o si no podía presentarse, ellos mismos taparían la zanja.

—¿Y cuál era su preocupación, señor Skinner? —inquirió Luria.

—¿Qué cuál era mi preocupación? ¿Con una zanja de metro y medio de profundidad justo delante de la puerta trasera de mi casa? El ama de llaves podía caerse dentro. O yo mismo podía olvidarme de que estaba allí y caerme. O algún proveedor al entrar por la parte trasera.

—Ya, comprendo.

—El domingo tuve que viajar a Haifa, estuve ausente durante todo el día y no regresé hasta muy tarde. De hecho tuve que proseguir hasta Hebron, donde iba a pasar la noche, pero antes se me ocurrió pasar por casa. Pues bien. Llego a mi casa y me encuentro con que han tapado la zanja. Estupendo. Pero entonces, me doy cuenta de que las herramientas del fontanero siguen allí, un pico y un par de palas. De modo que supuse que habían sido los del Departamento de Arqueología los que la habían tapado, porque si hubiera sido el fontanero, se habría llevado sus herramientas. Entonces, proseguimos el viaje hasta Hebron...

—¿Usted y quién más?

—Ah, sí, Ismael Hakem, mi encargado. Ayer pasamos todo el día en Hebron y dormimos allí por la noche. Esta mañana, al regresar,

me he encontrado otra vez con la zanja abierta. El pico y las palas habían desaparecido, de modo que he telefonado al fontanero. Me he pasado media mañana intentando localizarlo. Finalmente, he llamado al Departamento de Arqueología. Y ellos me han dicho que viniese a verle.

—¿Y el hallazgo arqueológico? —inquirió el teniente.

—Ah, resultó que no era nada. Parte de una vieja cisterna construida hace cincuenta o sesenta años, junto con la casa, que después rellenaron cuando instalaron el agua corriente.

—De modo que a usted le gustaría saber a qué viene nuestro interés en el asunto —comentó Luria—. Pero antes... —Abrió el cajón superior de su escritorio y después de sacar una fotografía, se la entregó a Skinner y le preguntó—: ¿Conoce usted a este hombre? ¿Lo ha visto alguna vez?

—Su cara me suena —repuso Skinner—. Sí, es el hombre con el que hablé en la Ciudad Antigua hace unos días. Es turista, ¿no? ¿Qué ha hecho? ¿Y qué tiene que ver con este asunto?

—¿Recuerda dónde habló con él y qué le dijo?

—Fue en la calle David. Hablaba con un policía que no le entendía ni palabra. Quería saber por qué algunas de las tiendas estaban cerradas. Por eso le expliqué que todas las tiendas debían cerrar un día a la semana, y que los viernes cerraban las tiendas musulmanas, y que la que a él le interesaba no se encontraba abierta porque probablemente sería musulmana.

—¿De qué tienda se trataba?

—De la Mideast Trading Corporation, la que está en la esquina.

—Muy bien. ¿Entonces qué hizo usted?

—Nada. Anduvimos juntos un trecho y después nos separamos. Él siguió su camino, supongo que hasta el Muro Occidental. Eso imagino, porque me preguntó cómo llegar hasta allí.

—¿Le dijo su nombre, o en qué hotel se alojaba?

Perplejo, Skinner negó con la cabeza.

—Está bien. Puede usted marcharse y tapar la zanja.

—Pero... ¿no van a decirme lo que ocurrió? Yo...

—Es un asunto de seguridad del estado, señor Skinner.

—Ah, bueno...

Se puso de pie, dispuesto a marcharse.

—Un momento, señor Skinner. Esto que acaba de decirme nos

podría resultar muy útil como testimonio en caso de juicio. También necesitaríamos el del señor Hakem.

—Entiendo. Colaboraré, naturalmente. No tiene más que avisarme y me presentaré. Y ya me encargaré de que Hakem también se presente.

25

MIENTRAS SU SECRETARIA esperaba expectante, el gerente le preguntó a Adoumi:

—¿Le apetece tomar café?

—No, no. Bueno, está bien. Solo.

—¿No le gustaría comer algo? ¿Un bollo? ¿Un trozo de pastel?

—No, gracias, café, nada más.

—Yo también tomaré uno —dijo el gerente, y con un movimiento de cabeza, ordenó a la muchacha que se marchara—. Bien, ¿qué puedo hacer por usted?

Adoumi le entregó una foto en blanco y negro y le preguntó:

—¿Ha visto alguna vez a este hombre? Me refiero aquí, en el hotel.

El gerente sonrió y repuso:

—En estos momentos tenemos setecientos dieciocho huéspedes. Al mediodía se habrán marchado trescientos cuarenta y dos. Para ser más exacto, lo harán a las diez. Esta tarde, está programada la llegada de otros trescientos ochenta y seis.

—Y supongo —dijo Adoumi sombríamente—, que usted está en la oficina casi todo el día.

—Exactamente.

La secretaria entró con una bandeja en la que llevaba una cafetera y dos tazas con sus respectivos platitos. Colocó la bandeja en un costado del escritorio para no tapar la foto, le echó una mirada curiosa y luego se marchó. El gerente sirvió el café y le ofreció una taza a Adoumi. Mientras su huésped encendía un

cigarrillo, le acercó un cenicero. Adoumi bebió el café a sorbitos, y reflexionó mientras fumaba. Luego dijo:

—Pero su guardia de seguridad está siempre en el vestíbulo y se pasea por el comedor, el bar...

—Efectivamente.

—Uno de los recepcionistas le hizo la ficha. Un botones le subió el equipaje a la habitación. Quizá la camarera de ese piso...

—Veamos. Llegó a eso de las dos, de modo que hacía varias horas que la camarera le había arreglado la habitación. Probablemente, a esa hora estaría al final del corredor, en el primer grupo de cuartos... no, en el segundo. Pero es posible. —Se puso de pie y se dirigió a un archivador del que sacó una ficha de registro—. Ah, Hassan fue quien le tomó los datos. Era al principio del *sabbath*, y el personal árabe se hace cargo de la recepción. Pero en estos momentos está trabajando en el departamento de contabilidad.

—¿Cómo sabe que fue Hassan quien le tomó los datos?

—Porque obligamos a los recepcionistas a firmar las fichas. Le diré que venga.

—Ya entiendo. Pero no le diga quién creemos que es. Límitese a enseñarle la foto.

—Como usted prefiera.

—Dígale que es una foto del profesor Grenish a quien le tomó los datos el viernes pasado y entonces, seguramente, le dirá que lo reconoce —le explicó Adoumi—. Si no le importa, lo interrogaré.

—Como usted diga.

Como estaba trabajando en contabilidad, Hassan vestía tejanos y un jersey en lugar del serio pantalón negro con chaqueta gris de botones dorados que solía llevar cuando ocupaba el puesto de recepcionista. Estaba nervioso; tenía la frente perlada de sudor. El gerente procuró que se sintiera cómodo.

—No es nada serio, Hassan. Este caballero quiere hacerle unas cuantas preguntas. Es todo.

Adoumi le enseñó la foto y le preguntó:

—¿Ha visto a este hombre? Me refiero aquí, en el hotel.

Hassan tomó la foto que Adoumi le daba, la sostuvo delante de él con ambas manos y luego tendió el brazo para verla de lejos. Entonces, preguntó:

—¿Se trata de uno de los huéspedes?

—Díganos si lo ha visto —le pidió Adoumi.

—Es que veo tanta gente —repuso con una sonrisa de disculpa.

—Esto sería el viernes pasado —sugirió Adoumi.

—Cuando empezó su turno —añadió el gerente—. Usted mismo le tomó los datos.

—Puede que lo haya visto, pero no me acuerdo. Veo a tanta gente. El viernes llegó un grupo turístico. Quizá Youssef, el botones...

—¿Por qué Youssef? —inquirió Adoumi—. Tienen aquí una cuadrilla de botones, ¿no?

—Está bien, Hassan. Puedes marcharte. —Dirigiéndose a Adoumi, le explicó—: A esa hora llegó un autobús con turistas, mejor dicho, llegaron dos autobuses. Cuando llega un grupo, los botones trabajan en equipo. Además de llenar el maletero del autobús con el equipaje, lo que no cabe allí lo colocan en el techo, cubierto con una lona impermeable. Descargan las maletas y las pasan de mano en mano hasta llegar al vestíbulo. Youssef es un hombre... cómo le diría... un poco nervioso, y suele confundirse. Por eso no suele hacer este trabajo. Lo utilizamos para otras tareas. Si alguien llegó solo, como lo hizo Grenish, lo más probable es que Youssef le hubiera subido el equipaje.

Llamó a la recepción y al cabo de un rato apareció Youssef. Sonreía de modo congradador. Al interrogarlo Adoumi, asintió ansiosamente y repuso:

—Por supuesto, es mi protector. Mi benefactor.

—¿Qué quiere decir con eso de benefactor? —inquirió el gerente.

—Me dio una propina de cien siclos.

—¿Que le dio una propina de cien siclos? ¿Cuándo fue eso?

—Eeh... hace dos semanas. No, no, tres. Estuve enfermo. Vuelvo y el primer día me encontraba todavía mal. Este hombre llevaba un bolso pequeño. Así de grande. —Colocó ambas manos a treinta centímetros de distancia para indicar el tamaño—. Se lo subo a su habitación y el hombre me da cien siclos. Y yo le digo: «Oiga, que me da cien siclos». Y él me dice que yo me los merezco. Así que yo...

—¿Y dice usted que fue hace dos o tres semanas?

—Bueno, quizá un mes.

—De acuerdo, Youssef. Puedes volver a tu puesto. —El gerente le sonrió a Adoumi y añadió—: Me temo que no tiene usted suerte.

—No me sorprende. Intentemos con la camarera.

El gerente cogió el teléfono y marcó el número de la encargada.

—¿Qué camarera descubrió que uno de los huéspedes no había dormido aquí la semana pasada, señora Burns?... Yael... ¿Quiere decirle que venga a verme a mi oficina?

Cuando llegó la muchacha, Adoumi le colocó la foto delante y le preguntó:

—¿Conoce a este hombre?

Asustada, miró primero al gerente y después a Adoumi, hundió el rostro en las manos y comenzó a gemir moviéndose hacia adelante y hacia atrás.

—Cree que la está acusando de algo indecoroso —comentó el gerente. Y dirigiéndose a la muchacha, le dijo—: No, Yael. No se trata de nada malo. Sólo queremos saber si alguna vez has visto a este hombre... en los pasillos, quizá.

Espió entre los dedos, y después, al parecer más calmada, bajó las manos y volvió a mirar la foto. Y entonces meneó la cabeza.

—Todavía nos queda Avi, el guardia de seguridad —comentó el gerente.

—Sí, pero él sabe quién es la persona a la que tratamos de identificar.

—¿Y eso qué tiene que ver? No es como los demás. Está preparado para estas cosas; no creo que admitiera reconocerlo si no lo hubiese visto.

—De acuerdo. Hágalo subir.

Cuando Adami le enseñó la foto, Avi preguntó:

—¿Es Grenish?

—Eso es lo que queremos averiguar —repuso Adoumi—. ¿Lo ha visto alguna vez?

Avi meneó la cabeza y ahogándose de la risa, comentó:

—Su cara no me suena de nada, pero lo he visto...

—¿Qué quiere decir? ¿Que lo vio pero que no recuerda qué aspecto tenía?

—El domingo, justo después del desayuno, quizá a eso de las diez. Shoshana me pidió que le cambiara de sitio la máquina de escribir. Yo estaba detrás del escritorio, desenchufando el cable

cuando alguien me dijo: «Creo que ha llegado algo para mí, habitación setecientos trece». Entonces levanté la cabeza y vi que efectivamente había una carta para la setecientos trece. Eché un vistazo a la carta y pregunto: «¿Grenish?», y el tipo me dice: «Eso es». Entonces le di la carta. Pero no me fijé en él... quizá le vi la espalda al marcharse.

El gerente se dirigió a Adoumi y le comentó:

—El recepcionista, la camarera, el botones, y Avi. Están todos. Son los únicos que pudieron haber visto a Grenish...

—¿Qué me dice de Perlmutter? —inquirió el guardia de seguridad.

—¿Qué pasa con él?

—El domingo por la mañana se ocupó del comedor. Él señaló el nombre del Grenish en la lista. Quizá se acuerde.

—A esta hora empieza su turno —dijo el guardia de seguridad echándole un vistazo a su reloj—. Iré a buscarlo.

Pero Perlmutter meneó la cabeza cuando le enseñaron la foto.

—Usted lo registró para el desayuno —sugirió el gerente.

—A él y a otros trescientos o trescientos cincuenta —repuso Perlmutter encogiéndose de hombros—. Es una cara muy corriente. No tiene nada que llame la atención. ¿Por qué iba a acordarme? Si se presentó al mismo tiempo que otros, lo más probable es que ni siquiera levantase la vista para fijarme en él. Me dan sus nombres y los números de sus habitaciones y yo los tacho de la lista.

Más tarde, de nuevo a solas con Adoumi, el gerente volvió a servir café, encendió un cigarrillo y se reclinó en el respaldo de la silla.

—¿No podría pedir a las autoridades norteamericanas que le dieran una copia de la foto de su pasaporte?

—Claro, pero llevaría tiempo. Esperaba que... a ver, déjeme su ficha.

El gerente se la lanzó.

—¿Cree que a lo mejor están ahí sus huellas?

—Bueno...

El gerente miró al techo mientras se imaginaba el comportamiento de alguien que se registra en un hotel. Y sacudió la cabeza.

—Las fichas de registro van en una especie de marco de cuero,

de modo que la persona que la rellene la tocará sólo con la mano que escribe. Y además, la ficha pasa después por las manos de al menos seis empleados.

Adoumi se había puesto a leer en voz alta.

—Abraham Grenish, número catorce de la calle Newhall, Barnard's Crossing, Massachusetts, Estados Unidos de América. Barnard's Crossing —repitió el nombre de la ciudad, como catándolo con la lengua, mientras la frente se le llenaba de arrugas pensativas—. ¿Barnard's Crossing? ¿Barnard's Crossing? ¿Dónde he oído ese nombre? —Entonces lo recordó. Claro, la sobrina de Gittel y su esposo, el joven rabino. Y el día anterior, su esposa le había mencionado que estaban en Jerusalén. ¿Sería una coincidencia o quizá el rabino estaba al frente de un grupo turístico? Sonrió y le dijo al gerente—: Pásame el teléfono, por favor. ¿Qué número hay que marcar para hacer una llamada exterior?

—El nueve.

Marcó el nueve y dijo:

—¿Sarah? Soy Uri. Me comentaste que tu amiga Gittel tenía aquí de visita a su sobrina con su marido. ¿Es el joven rabino que conocimos hace unos años?... Me comentaste también que nos había invitado a tomar el té una de estas noches, ¿verdad? Pues iremos esta misma noche. —Después de sonreírle al gerente, le comentó—: Me ha sido usted muy útil.

26

GITTEL conocía a los Adoumi desde hacía muchos años, y era muy amiga de Sarah Adoumi, con quien había trabajado en la oficina del Servicio Social cuando ambas vivían en Tel Aviv. Ahora que residían en Jerusalén, Gittel solía almorzar con ella. Al llegar su sobrina con el marido, invitó a Sarah y a su esposo a pasar una velada para que renovasen la relación con sus parientes. Pero hasta ese momento no les había sido posible.

—Ya sabes cómo son las cosas, Gittel. Uri no tiene un horario fijo, y esta última semana ha estado ocupado casi todas las noches. A veces no llega a casa hasta medianoche. Pero en cuanto su trabajo lo permita...

Evidentemente, el martes, su trabajo lo permitió, y Sarah telefoneó a Gittel.

—Si esta noche estáis libres, vendremos a tomar café. A Uri le gustaría ver al marido de tu sobrina... y a tu sobrina también, claro está, y...

—Estupendo, Sarah. Miriam ha preparado una tarta. Y yo me compré un vestido que quisiera ponerme para que lo vieras. Miriam cree que no me siento bien.

—De acuerdo, te lo probarás y veré qué puedo hacer.

Llegaron a las ocho y media, y después de intercambiar los saludos acostumbrados, se sentaron alrededor de la mesa del comedor, donde Gittel y Miriam habían dispuesto queso y galletas, trufa y la tarta que Miriam había horneado; mientras comían y bebían café, bromearon y recordaron cosas del pasado. La

conversación se desarrolló en inglés, para bien de Miriam, y de vez en cuando hablaban hebreo, porque el inglés de Sarah tenía ciertas limitaciones.

Más tarde, cuando las dos mujeres mayores se metieron en el dormitorio para que Gittel pudiera probarse el vestido que se había comprado, Adoumi se quedó a solas con los Small. A esas alturas, ya había averiguado que el rabino no estaba al frente de un grupo procedente de Barnard's Crossing. Sacó del bolsillo la foto que le había dado Luria y la colocó sobre la mesa, frente a ellos.

—¿Lo conocen? —preguntó como quien no quiere la cosa.

El rabino miró a Miriam, y al ver que ella sacudía la cabeza, preguntó:

—¿Le ha dicho el de la foto que nos conoce?

En lugar de contestar la pregunta, Adoumi les comentó:

—Quizá su cara no tenga una expresión característica, y posiblemente no lo conozcan, pero es norteamericano y vive en el mismo pueblo que ustedes. Tal vez lo hayan visto en la calle, o en la parada del autobús, o en una tienda.

El rabino volvió a sacudir la cabeza, igual que Miriam.

—Es extraño —dijo Adoumi—. El de ustedes es un pueblo pequeño, ¿no? Hubiera jurado que conocían a casi todos los que viven allí.

—Barnard's Crossing tiene alrededor de veinte mil habitantes —le comentó Miriam.

—¿Veinte mil habitantes y lo llaman pueblo?

—En nuestro país es cuestión de cómo está establecido el gobierno local —le explicó el rabino—. Si tiene alcalde, entonces es una ciudad. Pero si tiene una Junta de Administradores Municipales, entonces es un pueblo.

—Ah, ya entiendo. —Era evidente que Adoumi estaba francamente decepcionado.

—¿Quiere decir usted que ese hombre dice que es de Barnard's Crossing y que usted no le cree? —inquirió Miriam—. ¿Dijo que nos conocía?

El rabino sonrió.

—No, Miriam, si este hombre estuviera disponible, estoy seguro de que el señor Adoumi no nos habría enseñado su foto, y ya le habría preguntado si nos conoce. De haberlo interrogado, no se

habría decepcionado tanto cuando no hemos podido reconocerlo.

—¿Y qué hubiera hecho yo entonces, rabino? —preguntó Adoumi con una sonrisa.

—Si fuera alguien que dijera ser de nuestro pueblo, y usted lo hubiese dudado, creo que nos habría reunido para verle y hablar con él, para preguntarle sobre las personas, las costumbres y los lugares importantes del pueblo, y comprobar así si realmente había vivido allí. ¿Pero quién es?

Adoumi asintió despacio. Lanzó un suspiro. Finalmente, habló sopesando las palabras:

—Un hombre que ha desaparecido. Se hospedaba en el Excelsior. El domingo por la mañana desayunó en el hotel y el lunes la camarera informó que no había dormido en su habitación. El guardia de seguridad registró el cuarto. A veces, quienes quieren marcharse sin pagar la cuenta, desaparecen de ese modo. Se encuentra uno con una vieja maleta llena de trapos y cargada de piedras. Entonces llaman a la policía. Pero cuando se deja todos sus efectos personales, nos llaman a nosotros. Lo único que sabemos de este hombre es que se registró como el profesor Grenish de Barnard's Crossing.

—¿Quiere usted decir que sólo ha estado ausente una noche? —preguntó Miriam—. A lo mejor se habrá ido a visitar a algún pariente y le insistieron para que se quedara o...

—Sí, es muy posible —la interrumpió Adoumi—. Pero Grenish no da señales de vida desde el domingo.

—Pero usted tiene una foto de él, y no parece ser la del pasaporte. En las fotos del pasaporte salen la cabeza y los hombros... y además, llevan el sello del Departamento de Estado.

—Efectivamente —dijo Adoumi asintiendo con aire de aprobación—. Esta es la foto de un cuerpo que encontramos sin identificación alguna. Pensamos que quizá se tratara de la misma persona. Evidentemente, podríamos enviarla a los Estados Unidos, al departamento de policía de su pueblo. O podríamos pedirles que fueran a casa de Grenish y nos enviaran su foto. Pero eso llevaría mucho tiempo. Creí que si ustedes lo conocían, o si al menos recordaban haber visto su cara, en fin, que no sería una identificación con todas las de la ley, pero para nosotros hubiera bastado. Si en el país hubiera otras personas de Barnard's

Crossing...

—Claro que las hay —le informó Miriam—. Los Levinson. Nos han telefonado. Alquilaron un coche y están haciendo turismo, pero nos comentaron que quizá vendrían a vernos mañana por la noche. Además, la semana que viene llegará un autobús con todo un grupo del pueblo.

—¿Ha dicho usted Levinson? —inquirió Adoumi sacando su libreta—. ¿Dónde se hospedan?

—No nos lo dijeron. Se lo pregunté, pero Sheila... porque hablé con la señora... fue un tanto vaga, por lo que deduje que quizá estuviesen en casa de unos amigos. No tenemos con ellos una gran amistad, supongo que no querría que fuésemos a verlos si mañana no logran venir. Nos llamó más que nada por puro formulismo, ¿me comprende?

—Considerando que han alquilado un coche, supongo que podrá usted localizarlos —sugirió el rabino.

—Claro —repuso Adoumi—, pero quizá me lleve unos días. Le diré lo que voy a hacer. Suponga que le deje la foto y, si vienen, se la enseña usted a los Levinson. Si reconocen a este hombre, dígamelo. Es pura curiosidad. El hombre es profesor. Yo diría que en un pueblo como el de ustedes, un profesor tendría que ser conocido.

El rabino sonrió y le explicó a Adoumi:

—Nuestro pueblo se encuentra a media hora de coche de Boston y de Cambridge. En Cambridge están Harvard y el MIT (Massachusetts Institute of Technology). En Boston hay varias universidades. Boston University, Boston College, Northeastern, Suffolk. Ambas ciudades están plagadas de estudiantes, lo que hace que sus profesores vivan en un sitio tranquilo como Barnard's Crossing.

—Ya, supongo —dijo Adoumi; su cara reflejó una obvia decepción—. No sé dónde enseña Grenish...

—¿Grenish? ¿Ha dicho que se llama Grenish? —El rabino sonrió ampliamente—. Entonces le diré cómo puede identificarlo. Un amigo mío, al que veo en el *minyán*^[*] del que formo parte, trabaja en el Hotel Excelsior. ¿No es de ahí de donde desapareció?

—¿Y su amigo habló con él? —Adoumi no se esforzó por disimular su interés y su nerviosismo.

—No sabría decirle si habló con él. Creo recordar que me comentó que se disponía a hablarle cuando el gerente le pidió que fuese a la recepción. Verá usted, el apellido de la esposa de mi amigo era Grenitz, y mi amigo creyó que Grenish podría ser una adaptación al inglés de ese apellido, por eso...

—¿Y cómo se llama su amigo?

—Perlmutter, Aharon Perlmutter.

Adoumi había estado repasando su libreta.

—Sí, aquí lo tengo apuntado. Controló desayunos en el comedor.

—Negó con la cabeza y agregó—: Vio la foto pero no logró identificarlo.

—Entonces no es el mismo hombre —dijo el rabino.

Adoumi sonrió débilmente y comentó:

—Lo más probable es que no se haya fijado bien en él. —Cerró la libreta y se la guardó en el bolsillo.

Se le veía tan decepcionado que Miriam se sintió obligada a sugerir:

—¿Qué me dices del muchacho de los Goodman, David?

—No, se fue de Barnard's Crossing hace unos años, y llevaba poco tiempo en el pueblo. No olvides que sus padres son de Salem.

—¿Y ese Goodman quién es? —preguntó Adoumi.

—Un estudiante de la *Yeshiva*^[*] norteamericana de Abu Tor —repuso Miriam—. Sus padres le pidieron a David que fuese a visitarlo.

—¿La *Yeshiva* norteamericana de Abu Tor? Muy interesante. Iré a verlo.

27

NO CABÍA DUDA de que se trataba de una visita de cortesía. Lo cierto era que a Sheila Levinson no le había hecho gracia.

—¿Tenemos que ir? Sólo vamos a estar en la ciudad unos cuantos días...

—Ya lo sé, ¿pero cómo voy a visitar un país que se encuentra a nueve mil kilómetros de casa, donde hay un tipo de mi pueblo que vive prácticamente al lado del hotel, sin ir a verlo para compartir con él una taza de té, sobre todo cuando el país en cuestión es Israel y el tipo es el rabino de mi templo? Quiero decir —prosiguió Ira Levinson—, ¿qué pensarán cuando volvamos a casa y les contemos a la gente que estuvimos tantos días en Tel Aviv y tantos días en Jerusalén, y nos pregunten si vimos al rabino y les contestemos que no tuvimos tiempo?

—Está bien, llámalo, pero no veo por qué tenemos que dedicar una noche para visitarlo.

—Te diré una cosa. Le telefonearé y si dice que nos veamos, le diré que sí y después le volveré a llamar para decirle que nos ha surgido otro compromiso y no podremos ir.

Había telefoneado desde Tel Aviv, y cuando Miriam les había invitado a pasar el miércoles por la noche, al día siguiente de llegar a Jerusalén, había aceptado de inmediato. Después, según lo planeado, Sheila volvió a llamar para disculparse.

—Hola, Miriam. Soy Sheila Levinson. Sobre lo de esta noche...

—Sí, les esperamos.

—Es que nos ha surgido un inconveniente y no podremos ir.

—¿Está segura? ¿Ni siquiera para que nos veamos unos minutos? Quisiéramos enseñarles algo.

—¿De qué se trata?

—Es que no creo que pueda decírselo por teléfono, pero es muy importante.

Picada por la curiosidad, Sheila Levinson aceptó ir, pero le advirtió que sólo podrían quedarse unos minutos, y se sintió extrañamente decepcionada cuando Miriam le dijo:

—Muy bien, de acuerdo, no se preocupe. Les esperamos a eso de las ocho.

—¿De qué se tratará? —le preguntó a su marido, que había permanecido a su lado mientras ella telefoneaba.

—No tengo ni idea. A lo mejor compraron algo para el templo. Tal vez una corona, o algo donde guardar las escrituras. Y en una de esas están preocupados de que la Junta se niegue a darles el dinero. Posiblemente busquen nuestro apoyo. A lo mejor se trata de una compra de envergadura, y esperan que la Hermandad se la adquiera si la Junta no lo hace.

—Ira, creo que tienes razón. Mostrémonos fríos cuando nos lo enseñen. Podemos decir que es bonito sin entusiasmarlos demasiado. No sé si me explico.

Y como estaban decididos a mostrarse fríos y no querían mostrar gran interés, no preguntaron qué era lo que el rabino quería enseñarles, sino que hablaron de su viaje, de los sitios visitados, y de las impresiones que se habían formado.

Mientras bebían té y comían galletas, le preguntaron a los Small sobre la vida que llevaban en Jerusalén.

—Supongo que todos los días irá al Muro para, las plegarias matutinas —le sugirió Ira Levinson al rabino.

—No, está un poco lejos.

—Probablemente vaya a ese templo tan grande, ya sabes, la Gran Sinagoga, ¿cómo se llama? —dijo Sheila.

—El Hechel Shlomo —repuso el rabino—. No, tampoco voy allí. Está lejos de aquí. Pero en el vecindario hay decenas de templos donde hay un *minyán*^[*]. Voy a uno de éstos.

A nadie se le escapaba que hablaban por cumplir con el expediente, y que las dos parejas no compartían intereses mutuos. Finalmente, Ira Levinson preguntó:

—¿Quería enseñarnos algo, verdad rabino?

—Ah, sí. —El rabino sacó del bolsillo la foto que Adoumi le había dejado y la puso sobre la mesa.

Perplejos, los Levinson se fijaron primero en la foto, después intercambiaron una mirada y por último dirigiéndose al rabino, le preguntaron:

—¿Eso era?

—Ajá.

—No lo entiendo.

—¿Lo conocen? ¿Lo han visto alguna vez?

Los dos menearon la cabeza lentamente.

—No llevamos mucho tiempo en este país. Y casi siempre nos hospedamos en hoteles...

—No, se trata de alguien de Barnard's Crossing —dijo el rabino. Ambos volvieron a estudiar la foto.

—Se parece un poco a Fred Stromber —sugirió Sheila.

—No, Fred es mucho más delgado, y tiene la nariz muy larga. —Ira miró al rabino con aire inquisitivo.

El rabino se vio en la necesidad de darles ciertas explicaciones.

—Un amigo de Gittel —dijo, señalando en dirección de su tía política—, es oficial de seguridad...

—¡David! Estos son asuntos de los que no se habla —protestó Gittel, quien hasta ese momento, salvo para intercambiar los saludos iniciales, había permanecido callada. Los Levinson habían supuesto que no hablaba inglés.

—De acuerdo —asintió el rabino—. Digamos que ha desaparecido un hombre que decía venir de Barnard's Crossing. Se supone que puede ser el de la foto. El amigo de Gittel nos trajo la foto creyendo que Barnard's Crossing era un pueblo pequeño y que todos se conocían.

—¿Pueblo pequeño? Somos más de veinte mil habitantes —dijo Ira.

—Justamente. Es por el nombre. La gente tiende a confundirlo con un cruce de caminos y por ello supone que se trata de un pueblecito.

—Ya, en los Estados Unidos hay mucha gente que comete el mismo error.

—No tienen por qué conocerlo —sugirió el rabino—,

simplemente recordar su cara por haberla visto en Barnard's Crossing.

—Podría ser... —comenzó a decir Sheila.

—No, no es —le atajó su marido con decisión—. Lo lamento pero no podemos ayudarle ni a usted ni a su amigo. Tenemos que marcharnos. —Cuando estuvo en la puerta, dijo—: Se me ocurre ahora que el hijo de Louis Goodman está aquí en una *yeshiva*^[*]. Íbamos a visitarlo. Louis y Rose nos pidieron que fuésemos. Quizá él podría reconocerlo.

—Sí, ya lo había pensado —admitió el rabino—; se lo comenté al amigo de Gittel.

Una vez afuera, Sheila le dijo a su esposo:

—¿Por qué me cortaste cuando iba a sugerir que...?

—Porque no quería líos. Por eso. El rabino empezó a hablar de un oficial de seguridad, amigo de la anciana. Y ella lo paró en seco; le dijo que esas cosas no se mencionaban. Quiere decir que se trataba de un asunto policial, a lo mejor podría tratarse incluso del servicio secreto israelí. Por lo que sabemos, el de la foto podría ser espía. Cualquiera sabe, podrían retenernos aquí una o dos semanas para interrogarnos. O incluso podrían llevarnos a recorrer el país para espiar al tipo de la foto y a sus compañeros a través de alguna mirilla o una de esas ventanas que por un lado son un cristal y por el otro un espejo. Y si es espía, y resulta que lo identificamos, ¿qué pasaría con sus amigos rusos o árabes, o de la nacionalidad que fueran? Si quieres evitarte problemas, no te metas en lo que no te importa.

Y en el apartamento, mientras Miriam recogía de la mesa las cosas del té, Gittel comentó:

—David, a esta gente no le caes bien. Me di cuenta en cuanto entraron.

—Sí, creo que no les caigo demasiado bien —admitió el rabino.

28

A LA PETICIÓN de Adoumi para ver a Jordan Goodman, Joseph Kahn no opuso impedimento. Más aún, después de ver sus credenciales, lo acompañó a la sala de visitas y le informó que enseguida le enviaría al muchacho.

Cuando le informaron que un policía esperaba verlo, Ish-Tov se puso comprensiblemente nervioso. Sin duda, alguien lo habría visto tapando la zanja. ¿De qué otra cosa podía tratarse? Incluso antes de entrar en la sala, ya había comenzado a planear su defensa. Su amigo, que era kohane, tenía un miedo tremendo de que estuvieran desenterrando un antiguo cementerio, y por consideración a él...

Aunque notó que el muchacho estaba nervioso por la forma en que cruzaba y descruzaba las piernas, y cómo manoseaba un paquete arrugado de cigarrillos, Adoumi no lo tomó como señal de culpabilidad. Todo el mundo se pone nervioso al ser interrogado por la policía. Intentó sosegarle. Le ofreció fuego, encendió su propio cigarrillo y le preguntó:

—¿Es usted de Barnard's Crossing, Massachusetts?

—Sí, más o menos. Quiero decir que hace mucho que no voy por allí. —Quizá se tratara de su billete de avión—. Mis padres viven allí, pero en los últimos años yo he vivido en el oeste. ¿Cómo sabe que vengo de Barnard's Crossing?

—Me lo dijo el rabino David Small.

—Ah, sí. Vino a verme el otro día.

Adoumi sacó la foto del bolsillo y la colocó sobre la mesa.

—¿Conoce usted a este hombre? ¿Lo ha visto alguna vez en

Barnard's Crossing?

El rostro del joven se relajó cuando empezó a sonreír despacio.

—Se parece a un antiguo profe mío llamado Grenish.

—¿Profe? Ah, profesor. ¿O sea que era maestro? ¿Y dónde enseñaba?

—En Northhaven. Es una universidad pequeña que se encuentra cerca de Barnard's Crossing, unos treinta kilómetros al norte.

—¿Lo conocía usted, habló alguna vez con él?

—Sí, lo conocía bien. Oiga, ¿a qué viene todo esto?

—Necesitamos identificarle...

—¿Acaso se hace pasar por otra persona?

—No. Está muerto.

—¿Muerto? ¿Quiere decir que ha muerto aquí, en Jerusalén?
¿Qué hacía aquí?

—¿Le sorprende que estuviese aquí?

—Pues sí, en cierto modo. Verá, era judío, pero medio proárame.

A menos que viniera a ver...

—¿A algunos amigos árabes? —sugirió Adoumi.

—Bueno...

—Algo me dice que no le caía bien —comentó Adoumi con una sonrisa.

Ish-Tov, relajado del todo, admitió:

—La verdad es que no diría que era uno de mis preferidos. Lo cierto es que tuve un buen follón con él. Yo estudiaba con una beca y él presidía el Comité de Becas de Estudio. Me quitó la beca y tuve que dejar la Facultad. Creo que lo hizo porque soy judío.

—Ya, entiendo. Bien, sería conveniente que se presentara mañana en la comisaría del Recinto Ruso...

—¿Y para qué?

—Lo llevaremos a la morgue para que identifique al profesor Grenish.

—Ni hablar. No pienso ir a ver cadáveres.

—Señor Goodman —dijo Adoumi con firmeza—, el estado se lo exige. —Y suavizando el tono, agregó—: No hay nada que temer. El cuerpo está cubierto con una sábana. Le levantarán la parte superior. Usted lo mirará y entonces nos dirá si es o no el profesor Grenish. Eso es todo.

—Bueno, si dice usted que es importante...

—Le aseguro que muy importante. Mañana preséntese en la comisaría a las nueve. Si no estuviera yo, pregunte por el capitán Luria. Ah, y lleve el pasaporte.

—¿Por qué tengo que llevar el pasaporte?

—Para probar que es usted, claro está.

—¿Qué quería? —susurró Yitzchak—. ¿Fue por lo de la zanja?

Estaban de pie, frente a una mesita con aspecto de púlpito donde descansaba el enorme volumen del Talmud que compartían. Había más de una docena de parejas ante mesas similares repartidas por toda la sala, que iban y venían, y giraban mientras leían el texto en voz alta.

—No, sólo quería que identificase a un tipo de mi pueblo. Me enseñó una foto... ya sabes, una foto del tipo. Mañana tengo que ir a la comisaría a declarar. ¡Ojo!, que Yossi nos está mirando.

—¿Y qué? Con todos estos tipos de aquí parlotando, no oye lo que decimos.

—Te equivocas. Es como un director de orquesta que sabe decirte qué violín desafina.

—Vale, hablaremos luego.

Más tarde, respondiendo a la pregunta de su amigo, le dijo:

—Me hicieron ver el cadáver. Supongo que con fines administrativos, porque no les bastaba con que viera la foto.

—Ostras, ¿y no te dio miedo? ¿Qué aspecto tenía?

—Como... como si estuviera dormido. Estaba tapado. Le levantaron un poco la sábana para descubrirle la cara y me preguntaron si lo reconocía. Les dije que sí, que se trataba del profesor Grenish, y entonces lo volvieron a tapar.

—Ostras, yo no lo hubiera hecho. Ni siquiera habría entrado en la habitación donde lo tenían guardado, porque soy kohane y se supone que no debo estar en presencia de un cadáver.

—Podrían obligarte.

—¿Ah sí? Si lo intentaran, hasta el último rabino del país, incluidos los religiosos, se levantarían en armas. Ese tipo de cosas podrían hacer caer al gobierno.

—Ya, y a ti te harían primer ministro. En fin, que me hicieron un montón de preguntas, pasaron a máquina mi declaración y tuve que firmarla.

—¿Fue el mismo Adoumi?

—No, un policía de uniforme. Y me quitaron el pasaporte...

—¿Que te han quitado el pasaporte? ¿Y por qué? ¿Qué tiene que ver tu pasaporte con que identificaras a una persona?

—Bueno, me dijo que me lo enviarían dentro de un par de días. Y medio en broma, agregó que quizá tendrían que hacerme más preguntas y querían asegurarse de que no me marchara a Estados Unidos.

—Yehoshua, no me gusta nada. Sin pasaporte no eres nadie. Si quisieras abandonar el país, por ejemplo para irte a casa...

—No tengo intenciones de abandonar el país.

—Vale, pero incluso si quisieras viajar a Tel Aviv o a Haifa y quedarte a pasar la noche, tendrías problemas para conseguir habitación en los hoteles. Oye, ¿cómo llegó el tal Adoumi hasta ti? ¿Cómo sabía que eras de Barnard's Crossing y que podías identificar a ese tío?

—Me comentó que el rabino Small, ya sabes, el que vino a verme, se lo había dicho.

—¿Y cómo se puso en contacto con el rabino? ¿Cómo sabía que era de Barnard's Crossing?

—No lo sé. Por lo que pude deducir, me parece que lo conocía.

—¿Sabes lo que haría yo en tu lugar, Yehoshua? Llamaría al rabino Small y le preguntaría a qué viene todo esto.

—Quizá lo haga.

—... Entonces me dijo que tenía que ver el cadáver, porque no le bastaba con que lo identificara por la foto.

—Es razonable —dijo el rabino—. ¿Y se trataba del profesor Grenish?

—Y tanto que era él. Verá usted, tuve una discusión con él...

—Sí, me enteré por tu padre.

—¿Ah sí? Bueno, en fin, de modo que firmé un papel en el que declaraba que era el profesor Grenish y que lo había reconocido. Pero entonces se quedaron con mi pasaporte.

—¿Tu pasaporte? ¿Y por qué llevaste el pasaporte?

—Porque su amigo Adoumi me lo pidió. Según él para probar que era yo.

—Ya veo. Supongo que se tratará de una especie de formulismo burocrático. En los tribunales hay que probar absolutamente todo lo que se alega.

—Ya, pero la cuestión es que no me lo devolvieron.

—¿Pediste que te lo diesen cuando te fuiste? Quizá se tratara de un descuido...

—No, no, yo se lo pedí, y ellos me dijeron que me lo enviarían al cabo de un par de días.

—Mmm. Supongo que querrán comprobarlo.

—Sí, ¿pero cuánto se tarda para comprobar un pasaporte? Quiero decir, ¿qué tienen que hacer?

—Quizá haya ocurrido que la persona que analiza las comprobaciones no estaba en su despacho en ese momento.

—Ya, pero mi amigo Yitzchak, que sabe cómo manejarse en este país, me dijo que sin pasaporte no soy nadie. Al fin y al cabo soy extranjero...

—Razón no le falta...

—Suponga usted que quisiera marcharme mañana mismo.

—Ya, te comprendo. ¿Pensabas irte?

—No, pero incluso si decidiera viajar a Galilea y quedarme en un hotel un par de días...

—Entiendo lo que quieres decir.

—Por eso se me ocurrió que usted podría preguntárselo a su amigo Adoumi. Es amigo suyo, ¿no?

—Lo conozco —repuso el rabino con cautela.

—Por eso pensé que podría preguntarle a qué viene todo esto.

—Está bien, intentaré verlo y te comunicaré lo que me ha dicho.

29

CUANDO LOS LEVINSON llegaron a la *yeshiva*^[*] y pidieron ver a Goodman, Joseph Kahn, un tanto alicaído, les preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Venimos de su pueblo, somos amigos de sus padres. Nos apellidamos Levinson.

Kahn no hizo más preguntas, no formuló objeción alguna, simplemente se limitó a susurrar un amable «Un momento» y se marchó para regresar al cabo de unos minutos e informarles:

—Si quieren seguirme, nuestro director, el rabino Karpis, los atenderá.

El rabino Karpis no se puso de pie, sino que les hizo una graciosa seña para que se sentaran. Los Levinson quedaron encantados con él, les gustó mucho su majestuosa presencia, su barba patriarcal, su sonrisa benevolente, su acento británico.

—¿Son ustedes amigos de Ish-Tov, quiero decir, del señor Goodman?

—Conocemos a sus padres —repuso el señor Levinson.

Y su esposa agregó:

—En realidad no conocemos al muchacho, simplemente ocurre que compro en la tienda de sus padres. —La señora Levinson se esforzó para que quedara claro que entre ellos no había una amistad profunda—. Suelo pasar por el supermercado varias veces a la semana a comprar pan o una lata de algo para alguna receta. Y mientras espero que me atiendan, ya sabe, hablo y así se saben ciertas cosas.

—Ya, comprendo. Y ellos les han pedido que vinieran a visitar a su hijo ¿verdad?

—Así es —respondió Ira Levinson—. Y que hablásemos con él para comprobar si está bien.

—Para inspeccionar su dormitorio, quizá, y ver alguno de los menús.

—No, no —se apresuró a decir Levinson—. No teníamos intención de... de fisgonear. Sólo queríamos verlo para poder contar a sus padres que... que vinimos, no sé si me explico.

—Se explica muy bien, señor Levinson. Por desgracia, en estos momentos, el muchacho no está con nosotros.

—¿Quiere decir que se ha marchado? ¿Que se ha ido a otra parte?

—En cierto modo, sí. Está bajo la custodia de la policía.

—¡Santo cielo! ¿Cuándo ha ocurrido? ¿Por qué?

—Esta mañana temprano. Y me temo que es en relación con un homicidio.

—¿Quiere usted decir que ha matado a alguien? ¿A alguien de aquí? ¿A un compañero? ¡Pobrecita su madre!

El rabino Karpis sacudió la cabeza despacio y respondió:

—No se trata de alguien de aquí, señora Levinson. Desconozco los detalles, pero parece ser que se trataba de un turista, alguien de su propio pueblo en los Estados Unidos, de Barnard's Crossing. El rabino Small, ¿lo conocen ustedes?, vino aquí a ver al muchacho y notificó a la policía...

—¿Quiere usted decir que Small lo denunció? —inquirió Ira Levinson.

—No, no. Tengo entendido que le dijo a la policía que era de Barnard's Crossing.

—¿Va usted a avisar a sus padres?

—No lo haré sin permiso expreso de Ish-Tov y sólo si él me lo pide. Ya es mayor de edad. Por supuesto que ustedes pueden hacer lo que prefieran, o consideren más conveniente. Por cierto, ¿cuándo piensan regresar?

—Mañana.

—Ah, qué pena.

—¿Por qué?

—Porque he notificado a nuestro abogado, que verá al

muchacho dentro de un par de días. Entonces tendremos más información sobre lo ocurrido y su grado de implicación. Es posible que lo hayan detenido sólo como testigo esencial.

—Bonita visita la nuestra —dijo Ira cuando estuvieron en la calle—. ¿Se lo decimos a Rose y a Louis?

—Es preciso. Si nuestro Jay estuviera metido en el mismo lío, ¿no te gustaría saberlo?

—Sí. No quedara más remedio que decírselo. Quizá llame a Small. Que se lo diga él. Es el rabino. Para eso está.

—Pero los Small no volverán hasta dentro de un tiempo.

—Pero puede telefonarles. Al fin y al cabo, fue él quien lo denunció.

—Probablemente se limitó a comentarle a ese amigo que Goodman era de Barnard's Crossing y que estaba en la *yeshiva*. Tú también se lo mencionaste cuando nos enseñó la foto —señaló la mujer.

—Claro, pero no estaba hablando con la policía. Y él sí. Ya me parecía a mí que esa foto me olía a chamusquina. Si no te hubiera parado, y hubieras dicho que la cara te resultaba familiar, en estos momentos estaríamos en chirona, esperando que el máximo encargado de la morgue hiciera los arreglos necesarios para que viéramos el cadáver. Llamaré al rabino. Seguro que el teléfono va a nombre de la anciana con la que están viviendo. ¿Te acuerdas de cómo se llamaba?

—Schlossberg. Gittel Schlossberg.

—Le pediré a la telefonista del hotel que me busque el número.

—Ah, pero si yo lo tengo.

—Rabino, debo decir que se lo toma con mucha frialdad —comentó Levinson.

—Bueno, es que no me viene de sorpresa —repuso el rabino.

—¿Quiere decir que había gato encerrado cuando lo denunció?

—¿Que lo denuncié? Es una forma extraña de expresarlo, señor Levinson. Le di a las autoridades el nombre de Goodman y les dije que vivía en Barnard's Crossing. También mencioné su nombre y mi esposa comentó que al cabo de unos días llegaría a Jerusalén un autobús lleno de turistas de nuestro pueblo.

—Ah, también les dio mi nombre. ¿Y supongo que no se habrá molestado en mencionar cuántos Bonos Israelíes he comprado, o que Sheila es secretaria de la Asociación de Amigos de Israel de la Costa Norte?

—No creí que eso les interesara, señor Levinson.

—¿Y no se sorprende de que arrestaran a Goodman?

—No, porque me llamó ayer para decirme que le habían retenido el pasaporte. Su arresto no tiene el mismo significado que tendría en los Estados Unidos. Aquí forma parte del proceso normal de investigación. Pero preguntaré y veré lo que puedo averiguar.

—Nos marchamos mañana temprano.

—Bueno, en ese caso...

—Y tendré que decírselo a los Goodman. Les prometí que iría a ver a su hijo. De modo que me preguntarán y tendré que decírselo.

—Me imaginaba que lo haría. Espero que no los alarme usted más de lo necesario.

—Sólo puedo decirles lo que sé, rabino.

Más tarde, cuando Miriam le preguntó, el rabino le comentó:

—Me parece que los Levinson nos van a fastidiar de lo lindo.

30

AL RABINO SMALL no le resultó fácil ponerse en contacto con Uri Adoumi y, finalmente, cuando lo logró, Adoumi manifestó una cierta reticencia en recibirlo. Al parecer iba a estar todo el día ocupado, y cuando el rabino le sugirió ir a verlo a su casa esa noche, le contestó:

—Rabino, tengo una regla inquebrantable. En mi casa no recibo a nadie por cuestiones de trabajo. Sarah es muy nerviosa y podría sentirse afectada.

—¿Qué le parece si nos vemos en casa de Gittel?

—Verá, no me parece buena idea. Gittel estaría presente y... le diré una cosa. He de ver a una persona en el Hotel Rey David. Eso me llevará una hora. ¿Qué le parece si nos encontramos en el Liberty Bell Park, cerca de la entrada, a la una? No queda lejos de donde está usted. O algo mejor aún, caminaré por la calle Rey David hacia abajo, partiendo desde el hotel y me mantendré en ese lado de la calle. Entonces podemos entrar en el parque, sentarnos en un banco y hablar.

—Allí estaré.

El rabino Small llegó con un cuarto de hora de anticipación, y lo devoró la impaciencia y la preocupación hasta que vio acercarse a Adoumi, que llegó puntual. Se encontraron como por casualidad y dieron un paseo por el parque hasta que Adoumi vio un banco de su gusto.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Uri Adoumi de repente.

—Ha visto al joven Ish-Tov y él identificó la foto que usted le enseñó. Después lo hizo usted ir a la comisaría para prestar una declaración formal en ese sentido. Además, le hizo identificar el cadáver. —Inclinó la cabeza de lado mientras se lo pensaba—. De acuerdo, entiendo que aquí puede tratarse de un procedimiento normal. Pero además, le pidieron ustedes el pasaporte y se lo han quedado.

Adoumi sacudió la cabeza con impaciencia y repuso:

—Rabino, yo no tengo nada que ver en eso. Es un asunto policial.

—No lo entiendo. Usted fue a verlo.

—Claro, porque en ese momento era asunto mío. Por el nombre aquel, el de Grenish, que figuraba en una de mis listas.

—¿Una de sus listas?

—Claro, tenemos todo tipo de listas: listas de personas a las que vigilamos de cerca, de personas a las que vigilamos de vez en cuando, de personas a las que vigilamos si van a según qué sitio. La policía de seguridad de todos los países hace exactamente lo mismo. No se trata de listas de criminales, o de sospechosos, compréndame, sino de posibles criminales, de personas que están relacionadas con alguien que podría hacer algo. ¿Me comprende? En su país, el FBI no es muy diferente. De modo que cuando la persona figura en una de nuestras listas y desaparece de su hotel sin dar explicaciones, tengo motivos más que suficientes para encargarme del asunto.

—¿Y por qué figuraba en una lista?

—El Mossad nos dio su nombre. Trabajamos muy de cerca con el Mossad, igual que el FBI en su país trabaja con la CIA. El Mossad estaba interesado en ese hombre porque, aunque era judío, pertenecía a una Liga de Amigos Proárabes. Además era amigo de un árabe importante, un profesor de Harvard, allá en los Estados Unidos, al que también estaban vigilando.

—Ya, entiendo. ¿Qué fue lo que ha hecho que el asunto pasara de su departamento a la policía?

—Su intervención, rabino —repuso Uri Adoumi con una risotada.

El rabino lo miró asombrado.

—Sí, rabino. Usted me dio el nombre de Goodman, y yo fui a verlo. No sólo reconoció la foto, sino que admitió conocerlo bien, y

que por culpa de Grenish tuvo que dejar sus estudios. Se ve que el tal Grenish era presidente del Comité de Becas y...

—Sí, ya oí algo de eso en mi país.

—¿Lo sabía? Bueno, al lado de la *yeshiva* hay una casa ocupada por...

—James Skinner —dijo el rabino rápidamente y se sintió gratificado al notar el asombro reflejado en el rostro de Adoumi.

—¿Lo conoce?

—Viajó a mi lado en el avión que nos trajo a Jerusalén. Y lo llevamos a su casa en coche desde el aeropuerto.

—Ya, entiendo. Bueno, allí fue donde encontraron el cadáver de Grenish, en la finca de Skinner, al lado de la *yeshiva*.

—¿Quiere usted decir que Skinner encontró el cadáver y dio parte a la policía?

—No, el cadáver había sido enterrado y fue desenterrado por unos funcionarios del Departamento de Reliquias. Y ellos dieron parte a la policía. —Sonrió al ver la perplejidad del rabino y procedió a explicarle lo de la zanja en el patio trasero de Skinner y por qué el departamento de Reliquias se había interesado en ella—. De modo que teníamos el cadáver de un hombre que resulta ser el profesor Grenish, que es enemigo mortal del joven Goodman, que vive en la finca de al lado. Al hablar con el muchacho, se me ocurrió que podía tratarse de un homicidio corriente, en otras palabras, un asunto de la policía. De modo que le pedí que se presentara en la comisaría del Recinto Ruso. Le tomaron las huellas digitales y...

—No me comentó que le hubieran tomado las huellas —dijo el rabino.

—Es que no usaron una almohadilla entintada —le explicó Adoumi con una sonrisa—. Supongo que el jefe Luria le daría un vaso de agua o le hizo recoger un trozo de papel que había sobre su mesa, o quizá le pasó la pitillera por encima del escritorio y le ofreció un cigarrillo. Algo por el estilo. —Sacó del bolsillo una pitillera de plata y le preguntó—: ¿Un cigarrillo?

—No, gracias —respondió el rabino.

Adoumi sonrió y se sirvió uno.

—Cotejaron las huellas de la pitillera o lo que fuese, con las de una de las palas y con eso bastó. Los árabes no tenían nada que ver

en el asunto, ni había ninguna intriga internacional. Simplemente dos personas que habían discutido y que, al encontrarse accidentalmente, renovaron la discusión y uno de ellos acabó muerto. Entonces, la policía puso en marcha la investigación. Le retuvieron el pasaporte, para que no se fuera del país. Y esta mañana me han informado que lo habían detenido. Lo han llevado ante un tribunal y han conseguido un auto de prisión por quince días, un auto secreto, porque todavía puede estar en peligro la seguridad nacional. Mientras, continúan con las investigaciones.

—¿Reconoce haberlo hecho?

—Hasta ahora, no. Ha declarado que ni siquiera sabía que Grenish se encontraba en Israel.

—Es horrible. Arrestan a un muchacho por asesinato basándose en... en una suposición suya. Si se hubiera encontrado con Grenish y se hubiera peleado con él, ¿habría admitido que no se llevaban bien? ¿Habría admitido que lo conocía?

—Olvida usted las huellas de la pala.

—¿Y qué? Pudo haberla cogido una sola vez.

—Yo no he dicho que él lo matara, sólo que él lo enterró, y es lógico suponer que si él lo enterró, tuvo algo que ver con su muerte. Cuando examinamos el cadáver, no encontramos heridas de bala, ni de cuchillo, ni señales de golpes en la cabeza con algún instrumento pesado. Cuando le practicamos la autopsia, descubrimos que tenía un aneurisma de la aorta abdominal. Una arteria que va del corazón a las extremidades inferiores. Podríamos llamarla la arteria principal. Se había hinchado de los dos centímetros que tiene normalmente de diámetro hasta cinco. Un golpe fuerte en el estómago pudo haberla hecho estallar, o incluso pudo haberse roto sola. En estos casos, la muerte sobreviene casi de inmediato. No sugiero que Ish-Tov necesariamente haya golpeado a Grenish, o intentado matarlo, o herirlo. Sospecho que se encontraron por casualidad, que se reconocieron y empezaron a discutir y a pelear. Entonces, empezaron a empujarse. De repente, Grenish cae al suelo. Ish-Tov, asustado, no llama a nadie ni da parte a la policía. Recuerda que en la casa de al lado hay una zanja, tira allí el cuerpo y la tapa. Ignora que el Departamento de Reliquias estaba implicado en el asunto. Simplemente supone que la zanja quedó abierta porque los obreros no se decidieron a llenarla. En Israel es

corriente; los trabajos se dejan a medio terminar. En mi casa hemos tenido problemas con la cocina de gas. Telefoneamos a la compañía, nos enviaron un técnico que desmontó la cocina y después se marchó, supuestamente a almorzar, y no regresó hasta al cabo de dos días.

—¿Reconoce Ish-Tov alguna de estas cosas?

—No, todavía no. Pero permítame que le explique algo sobre la investigación criminal, rabino. Casi nunca se tienen casos perfectos, con todos los puntos sobre las íes. E incluso cuando se tienen casos perfectos, el perpetrador negará cuanto se le imputa, a pesar de que existan pruebas fehacientes de su participación en los hechos. Pero cuando se tiene una explicación obvia, normalmente, es la correcta. Sería capaz de soñar con una escena que cubriera los hechos. Se me pueden ocurrir una decena de formas en las que Ish-Tov pudo haber dejado sus huellas en la pala. Tal vez algo parecido a lo que hizo Luria para que dejara sus huellas digitales en la pitillera. Un hombre está trabajando, tapando una zanja. Lleva guantes, naturalmente. Ve a alguien, a Ish-Tov, por ejemplo, caminando por la calle, rumbo a la *yeshiva*, lo llama, le lanza la pala y le dice: «Tenga, fíjese en esto».

»Pero es tan rebuscado que resulta ridículo. ¿Qué es lo que tenemos? Un turista que viene a Jerusalén. Aquí no conoce a nadie, y nadie lo conoce a él. Viene de Barnard's Crossing, un pueblo del que nadie ha oído hablar en la vida. Y acaba muerto y enterrado al lado de una *yeshiva*, donde vive un estudiante que también viene de Barnard's Crossing. Es una mera coincidencia. No es lo mismo que si los dos vinieran de Nueva York. Vienen de Barnard's Crossing, un pueblo de veinte mil habitantes, según usted mismo dijo. Después resulta que habían reñido; que Ish-Tov comenta que tuvo que abandonar la facultad por culpa de Grenish; que su vida ha cambiado. Y después, como broche de oro, encontramos las huellas de Ish-Tov en la pala que usaron para enterrar a Grenish. Se trata de un caso *prima facie* como la copa de un pino. Tenga en cuenta el principio básico: Lo obvio es lo más probable.

El rabino asintió con la cabeza. Permaneció en silencio por un momento y después le preguntó a Adoumi:

—¿Puedo verlo?

Adoumi frunció los labios mientras se lo pensaba.

—Lo dudo, porque se trata de un auto de prisión secreto. ¿Piensa llevar a cabo alguna investigación por su cuenta? —inquirió con una sonrisa.

El rabino meneó la cabeza tristemente.

—No sé lo que voy a hacer, pero soy rabino de la comunidad judía de Barnard's Crossing, y fui yo quien lo envió a usted a ver a Ish-Tov. Me siento...

—¿Responsable?

—No, pero siento que debería hacer algo. O al menos intentarlo.

—Será mejor que me marche —anunció Adoumi poniéndose en pie—. En la oficina se estarán preguntando qué me ha pasado. Mire, rabino, recuerdo aquel asunto de hace unos años en el que me echó una mano. De modo que si averigua algo, prometo escucharlo.

—No sé lo que podré hacer, pero tengo que hacer algo —dijo el rabino tercamente—. Aunque le tomo la palabra.

31

EL TABLERO DE AJEDREZ descansaba frente a Karpis cuando el rabino Small fue a verlo otra vez.

—¿Ha logrado resolver esta jugada, rabino Small? Venía en el periódico de ayer. Es en tres movimientos.

—No he tenido ocasión. —Estudió el tablero durante un momento y después dijo—: Podría intentar mover el peón.

—¿Por qué el peón? —inquirió el rabino Karpis mirándolo sorprendido.

—Porque es la jugada menos probable. No se trata de partidas de verdad, sino de acertijos que se inventan. Por eso supongo que el truco está en mover una pieza que a nadie se le ocurriría tocar si realmente se tratara de una partida.

—Quizá tenga usted razón. Tendré que probarlo. —Apartó el tablero con pena—. Pero no quiero robarle su tiempo con mis aficiones. Ha venido a hablar de Ish-Tov.

—Efectivamente. En cierto modo, me siento responsable.

—¿Por qué, rabino Small? ¿Porque a través suyo la policía llegó hasta él?

El rabino Small reflexionó durante unos momentos y después contestó:

—Vino a verme una persona del Shin Bet, se trata de alguien que conocía hace años en Jerusalén. Vino porque se acordó de que yo vivo en Barnard's Crossing, y creyó que se trataba de un pueblo pequeño. Me enseñó la foto de un hombre que se suponía que también venía de Barnard's Crossing, con la esperanza de que

lograra reconocerlo. Pero nuestra ciudad tiene unos veinte mil habitantes. Y esta persona del Shin Bet se mostró muy desilusionada de que no pudiera identificar al de la foto. Por eso le sugerí que Ish-Tov también era de Barnard's Crossing y le mencioné también a otras personas que irían a verme al cabo de uno o dos días...

—¿Los Levinson?

—Sí, ellos. Y me dejé la foto para que se la enseñara. No sabía nada del tema, como usted comprenderá, salvo que como mi amigo es del Shin Bet supuse que se trataba de un asunto de seguridad del Estado.

El rabino Karpis se encogió de hombros y le comentó:

—Entonces no veo cómo puede usted ser responsable de nada.

—No lo soy —admitió, sonriendo tímidamente—. Pero de todos modos me siento responsable.

El rabino Karpis asintió con aire comprensivo.

—Sus padres no son miembros de mi congregación —prosiguió el rabino Small—. Van a una sinagoga de Salem, una ciudad cercana, donde vivieron durante un tiempo antes de mudarse a Barnard's Crossing. No obstante, son miembros de la comunidad judía de nuestra ciudad, y yo soy el rabino.

—¿Pastor del rebaño? —sugirió el rabino Karpis.

—No —respondió Small, cortante—. Pero tengo un cierto sentido de la jurisdicción.

—¿No cree que yo tendría que tener más jurisdicción en el asunto Ish-Tov?

—Sí, pero el hecho de que estuviera aquí tiene algo que ver con todo esto.

El rabino Karpis frunció los labios y preguntó:

—¿Se refiere usted al hecho de que viviera aquí, justo al lado de donde ocurrió el incidente? —Estudió a su visitante—; ¿O se refiere usted a otra cosa? ¿No está usted de acuerdo con la forma en que llevamos la *yeshiva*?

—No. —Su respuesta fue un acto reflejo, y la contestación le surgió espontánea antes de que se diera cuenta. Lanzó una risita breve—. Tengo un primo al que llamamos Simcha, el *Apikoros*^[*]. No es ateo ni agnóstico. Es un hombre religioso que observa las prácticas religiosas. Pero tiene ciertas ideas muy curiosas. Una de ellas, por ejemplo, es que se pueden comer productos lácteos

después de haber comido pollo, porque según él, las gallinas no dan leche, de modo que no se aplica la prohibición de cocer la carne del hijo en la leche de la madre.

El rabino Karpis asintió.

—He oído hablar de comunidades enteras que opinan así.

—¿De veras? En fin, que por su parte, su familia consta principalmente de empresarios y comerciantes, mientras que en la mía hay varios rabinos. Suele mostrarse menospreciativo, incluso burlón con mi rama. Judíos profesionales, nos llama. Dice que nuestra profesión, sobre todo en los Estados Unidos, consiste en ser judíos. E insiste en que ser judío es una ocupación de aficionados.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que se supone que nosotros, los judíos, hemos de participar de la vida y no apartarnos de ella. «Te ganarás el pan con el sudor de tu frente», principio confirmado por el mandamiento «Trabajarás seis días». Simcha no es ignorante. Es un hombre docto, y ha estudiado, pero su trabajo es su principal preocupación. Aquí tiene usted a un grupo de muchachos cuyo único interés es el estudio. Es como un monasterio, salvo que en lugar de pasarse el día orando, se lo pasan estudiando. Unos cuantos pueden incluso llegar a rabinos, supongo, de modo que en ese sentido sus estudios son una preparación para el trabajo que piensan realizar, pero la mayoría, imagino yo, estudian por atesorar conocimientos. No llevan a cabo investigaciones que podrían beneficiar al prójimo, sino que estudian sólo para ellos mismos. La intención de nuestra religión es producir hombres íntegros, no santos.

—¿No cree usted en el arrepentimiento? ¿En el *Baal Tshuvah*?

El rabino Small negó con la cabeza y repuso:

—Es demasiado parecido al cristiano renacido. *Baal Tshuvah*, Maestro del Arrepentimiento. Es como un diploma o un título, como el peregrino musulmán. Si alguien ha llevado una vida pecaminosa y desea arrepentirse, debería presentarse ante sus ofendidos para intentar reparar el daño y rogarles su perdón. Ese es nuestro estilo en lugar de realizar una ostentosa demostración de religiosidad. Hay una cierta lógica en el cristiano renacido. Al fin y al cabo, su religión le exige que se convierta en parte de Dios, pero nosotros no tenemos esa justificación.

El rabino Karpis suspiró y luego sonrió.

—Supongo que se dará usted cuenta, rabino Small, de que he oído ya estos argumentos. No trataré de refutarlos ahora, pero en otra ocasión, quizá en una velada social, después de una o dos partidas de ajedrez, podríamos discutirlo. Pero en este momento, ¿qué pretende usted de mí?

—Quiero ver a Ish-Tov. Quiero hablar con él.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? ¿Cómo puedo ayudarle?

—La persona del Shin Bet que acabo de mencionarle, me ha dicho que no está en sus manos y que se trata de un asunto que lleva la policía. Probablemente no está implicada la seguridad del Estado, sino que está relacionado con algo que ocurrió en Barnard's Crossing. Al parecer, los dos servicios, el de policía y el del Shin Bet, son muy quisquillosos en lo referente a sus prerrogativas. Según este amigo, a la policía no le haría demasiada gracia que les pidiera permiso para que yo pudiera ver al prisionero.

—¿Y entonces?

—Tengo entendido que el abogado de su organización se encarga del asunto. Sólo el abogado tiene permiso para visitar al prisionero. Estoy seguro de que si usted se lo pidiera, me permitiría acompañarlo como colega para tomar notas, quizá.

—Ya entiendo. Creo que podré arreglarlo. Shiah. Greenberg no sólo es nuestro abogado sino amigo mío. Él también juega al ajedrez. Si me deja su número de teléfono, le diré que le llame.

—¿Pertenece a su organización? ¿Piensa como usted?

—¿Shiah? No, Shiah es un pagano, un agnóstico. Ahí tiene usted un *apikoros*.

—¿Y aun así continúan haciendo uso de sus servicios?

El rabino Karpis le sonrió ampliamente y repuso:

—Usamos fuego para luchar contra el fuego, rabino.

32

EL RABINO SMALL y Shiah Greenberg hablaban inglés, echando mano del hebreo sólo cuando ofrecía *le mot juste*. Greenberg, de cuarenta y cinco años, bajo, medio calvo y regordete, había abandonado los Estados Unidos hacía quince años, pero este tiempo no había bastado para suavizarle el acento de Brooklyn. Y todavía conservaba un cinismo vivaz, típico de la calle. Mientras iban hacia la comisaría, donde tenían detenido a Ish-Tov, le dijo:

—Rabino, lo que tiene que comprender es que los miserables son miserables tanto en Jerusalén como en Nueva York. Y tanto si son árabes como judíos. No existe ninguna diferencia si son o no piadosos. Hace años, cuando trabajaba en Nueva York para Asistencia Legal, más de una vez me tocó defender a algún miserable hasidista por hurto, robo a mano armada e incluso asesinato. Llevaban sombrero negro y ropas oscuras y se les veían las *tsitsis*. Recuerdo una vez que fui a ver a mi cliente a la cárcel, y me preguntó hacia dónde quedaba el este, para colocarse mirando hacia ese lado y poder *daven shachris*^[*] mientras yo esperaba. Y era culpable de robo a mano armada, más culpable que el diablo. No sé, quizá pensó que si lo veía *daven*^[*] me sentiría más inclinado a considerarlo inocente. O quizá aquello era una costumbre a la que no podía faltar, porque si no se pasaría el resto del día pensando que se le había olvidado hacer algo.

»Y mienten. Todos mienten. Recuerdo que me daba rabia, pero entonces decidí que a lo mejor lo que intentaban era convencerse a sí mismos. Además, ¿qué diferencia había? Yo no iba a sentarlos en

el banquillo. Fíjese en este chico Ish-Tov. ¡Ahí tiene usted a un *tsatske!*^[*] No sólo me dice que no lo hizo, sino que ni siquiera sabía que el tipo se encontraba en Jerusalén y que no lo había visto. Y sus huellas están en la pala con la que enterraron al tío, más claro échele agua. En ese aspecto, nuestro cliente ha tenido muy mala suerte.

—¿Mala suerte?

—Sí. Verá, cuando la policía me habló de las huellas, me imaginé que querían pasarse de listos, que conseguirían un perito que atestiguara que alguna mancha que habían encontrado tenía tantos puntos en común con las huellas de mi cliente y que, por lo tanto, podía asegurar que eran las suyas. Porque las palas eran las mismas con las que los árabes habían cavado la zanja y sus huellas estaban en ellas. Y después los tipos del Departamento de Arqueología usaron las mismas palas para desenterrar el cadáver. De modo que todas las huellas debían estar superpuestas. Pero nuestro amigo tuvo mala suerte. Parece ser que los árabes llevaban guantes de algodón, y por lo tanto no dejaron huellas. Y los funcionarios de Arqueología, porque eran dos, pero sólo uno de ellos se dedicó a cavar, declararon haber usado la otra pala. Eso es tener mala suerte. Cuando recoge usted una palada de tierra, sujeta el mango con una mano, pero ahí no quedan huellas porque el mango es de madera rugosa, pero con la otra mano, agarra el asa metálica de la pala. Y como los árabes usaron guantes, el asa metálica estaba limpia y reluciente. Y nuestro cliente dejó unas huellas perfectas.

—Ya veo.

—De modo que no hay manera de confundir al perito. No obstante, con el informe de la autopsia se nos abre una posibilidad. La muerte se produjo como resultado de un aneurisma que estalló, un aneurisma de la aorta abdominal. —Se pasó el dedo por el vientre—. Es la arteria principal que baja del corazón y se bifurca por las piernas. Según su médico, el aneurisma que padecía tenía menos de cinco centímetros de diámetro. ¿Sabe usted cuánto son cinco centímetros? —Se metió el maletín debajo del brazo y levantó ambas manos con los índices extendidos—. Más o menos esto. Aproximadamente unas dos pulgadas. Y cuando la arteria está normal mide aproximadamente tres cuartos de pulgada. Hablé con

un médico amigo, un interno. Y me ha dicho que el límite de lo tolerable está en los cinco centímetros. Si es menor, lo tienen bajo observación. Pero a los cinco centímetros o más, tienen que operar. El porcentaje de éxito de estas operaciones es aproximadamente del noventa y cinco por ciento. Se limitan a cortar la parte afectada y la sustituyen por un pedazo de tubo de Dacron. Es maravilloso lo que son capaces de hacer hoy en día.

»Pero si el aneurisma revienta o comienza a perder y no actúa de inmediato un cirujano, y además experto en el tema, el paciente se irá al otro barrio. Y aún así, sus posibilidades de vivir se reducen en un cincuenta por ciento. Por ello, supongo que el tío pasaba revisiones cada tres meses y se hacía medir el aneurisma mediante una ecografía. Probablemente fue al médico antes de salir de los Estados Unidos...

—¿Pero podía viajar? ¿No sentía dolores?

—Ningún síntoma, nada de nada, es decir, hasta que se rompe o empieza a perder. Entonces se produce un terrible dolor de estómago o de espalda. En ese mismo momento hay que ver de inmediato a un cirujano. ¿Qué podría provocar esa rotura? ¿Un golpe en el estómago? Según el médico, no era probable. La arteria pasa muy adentro, cerca de la espina dorsal. Lo más probable es que se produjera por un aumento repentino de la presión sanguínea. Y en eso voy a agarrarme.

—¿Qué quiere usted decir?

—Verá, el tal Ish-Tov había estudiado en la universidad de cuyo cuerpo de profesores formaba parte Grenish. Y habían discutido. Grenish formaba parte del Comité de Becas, tal vez fuera el presidente. Ish-Tov perdió la beca que le habían concedido y le echó la culpa a Grenish. En consecuencia, tuvo que abandonar la facultad.

El rabino asintió.

—¿Sabía algo?

—Había oído hablar del asunto —reconoció el rabino—. ¿Pero cómo lo supo usted... se lo dijo Ish-Tov?

—No, lo supo el Shin Bet por medio del Mossad, supongo. Trabajan en estrecha relación con la CIA, que les habrá hecho el favor de comprobarlo con la policía local.

—Supongo que por eso mi amigo Adoumi dejó de llevar el caso

—dijo el rabino—. Decidió que todo había sido por una pelea personal.

—Ah, sí, ya veo que conoce a Adoumi. Supongo que intervino en el caso porque se trataba de un hombre que había desaparecido de su hotel. En fin, de todos modos, me basaré en eso.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues está claro. Grenish viene a Jerusalén y se va de paseo por la Ciudad Antigua. Lo sabemos porque el viernes por la noche no cenó en el hotel, ni tampoco comió allí el sábado, sólo tomó el desayuno. Tenía que comer, ¿no? Y durante el *sabbath* sólo podía hacerlo en un local árabe, o sea que tuvo que ir a Jerusalén Este, o a la Ciudad Antigua. Y le dedicó un par de días. Es natural. La Ciudad Antigua es muy pintoresca. Es donde van los turistas. De modo que para variar un poco, el domingo visita la parte nueva. Ish-Tov lo ve, lo reconoce y se produce la discusión. Hasta es posible que se dieran unos cuantos empujones o incluso un golpe fuerte. O quizá Grenish se puso terriblemente nervioso. Y eso basta. El aneurisma estalla y el tío pasa a mejor vida. Supongo yo que entonces Ish-Tov se asustó. El hombre estaba muerto y lo responsabilizarían a él de su muerte. Por eso esconde el cuerpo en una zanja y la tapa.

—Pero acaba usted de decirme que Ish-Tov confiesa no haber visto a Grenish.

—Claro. Es lo normal en estos casos. Los acusados nunca admiten su culpabilidad. ¿Por qué hacerlo? ¿Qué conseguirían con ello? Trato de explicarles que si sé exactamente lo ocurrido, puedo planificar una mejor defensa. Pero no me creen. O quizá piensan que lo que busco es una excusa por si pierdo. O quizá no están tan interesados en el juicio y en lo que pensará el juez, sino en sus amigos, sus familiares, sus socios, en este caso, a Ish-Tov le interesa lo que pensarán en la *yeshiva*^[*]. Si lo niegan todo, en caso de que los declaren culpables, la gente puede pensar que no es verdad, que les tendieron una trampa o que el abogado defensor era un inepto. ¿Me comprende? —Dejó de pasearse durante un momento—. Oiga, quizá a usted se lo diga. Veré si puedo arreglar que lo dejen un momento a solas con él.

—Ah, ha venido usted también —dijo Ish-Tov al entrar en la sala donde esperaban Greenberg y el rabino. Se dejó caer en la silla, estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos, mientras iba contestando con monosílabos a las preguntas del abogado.

—Veamos, discutió usted con él, ¿no es cierto? —le preguntó Greenberg.

—Ni siquiera lo había visto. No sabía que estaba en la ciudad.

—Me refiero a los Estados Unidos.

—Ah, bueno, fui a verlo a su casa.

—Para ver si cambiaba de opinión con respecto a su beca.

—Sí.

—Perder la beca significaba que tenía usted que abandonar la facultad, ¿no es cierto?

—Sí. No podía pedirles a mis padres que me pagaran la carrera.

—Y lo amenazó usted.

—Bueno, supongo que se podría decir que lo amenacé. Pero eso fue hace muchos años.

—¿Lo amenazó usted con matarlo?

—No, sólo le dije que me las pagaría.

—De modo que cuando lo vio en Jerusalén...

—Le he dicho que no lo vi.

Greenberg le echó una ostentosa mirada al rabino, se puso de pie, se dirigió a la puerta y anunció:

—Tengo que hablar un momento con el capitán.

El rabino notó que Greenberg había conducido una y otra vez al muchacho hasta el mismo punto, y en cada ocasión había sostenido no haber visto a Grenish en Jerusalén. Sin embargo, sabía que sus huellas se habían hallado en la pala con la que lo enterraron. De modo que cuando quedaron solos, en vez de preguntarle por Grenish, inquirió:

—¿Por qué llenaste la zanja?

Ya fuera por el modo en que el rabino formuló la pregunta o por la urgencia de su voz, el muchacho cambió de actitud, incluso sonrió.

—Porque estaba allí.

—¿Te dedicas a ir por ahí rellenando las zanjas de la calle? —preguntó el rabino devolviéndole la sonrisa.

—De acuerdo. Se lo diré. Mi amigo Yitzchak y yo nos

encontrábamos en el tejado y desde allí vimos la zanja. Nos habíamos subido allí porque... en fin, eso no tiene importancia. La cuestión es que vimos la zanja. Yitzchak había oído a Kahn, el secretario, comentándole al rabino Karpis que podía tratarse de un descubrimiento arqueológico, y los dos estaban preocupados de que pudiera extenderse hasta los terrenos de la *yeshiva*. Y de que incluso pudiera tratarse de un antiguo cementerio. No hace falta que le diga lo que significaría eso. Pero Yitzchak es kohane, y se toma muy en serio eso de que un kohane no ha de encontrarse en presencia de un cadáver. Es muy fanático con todo lo que sean las normas. Llegó incluso a regalar toda la ropa que no fuera de algodón o de lana cien por cien por temor de transgredir la norma que establece que no se han de mezclar las fibras, ya sabe usted, el *shatnes*. Eso fue antes de mi llegada, pero él me lo contó. Y se siente muy orgulloso de ser kohane; por lo tanto, estaba muy preocupado.

»En fin, que vimos a Skinner y al árabe marcharse en el coche, y por experiencia sabíamos que no volverían en todo el día. Y la señora mayor nunca está los domingos. De modo que nos colamos para echar un vistazo. No vimos nada. Sólo era un agujero en el suelo, de un metro veinte de profundidad. No vimos nada que pareciera un resto arqueológico.

—¿Bajaste a la zanja?

—No, sólo la miramos desde arriba. Entonces le pregunté a Yitzchak si le parecía bien que la llenásemos. Verá, las palas estaban por ahí. Él estaba muy preocupado y quería marcharse. Después de los problemas que tuvieron hace unos meses, y después de que Karpis se hiciera cargo de la dirección, nos habían ordenado no meternos en las propiedades de los vecinos. Por eso le sugerí que lo hiciéramos después de *maariv*, cuando hubiera anochecido, pero él tenía miedo de que todavía hubiera huesos desperdigados.

»De modo que después de *maariv*, fui yo personalmente y al cabo de un rato llegó él. Supongo que sabía que lo hice más que nada por él, porque no soy meticuloso en esto de respetar todas las normas. Y terminamos el trabajo al cabo de una media hora.

—¿No te preocupó el que hubieran cavado la zanja por algún motivo y que el señor Skinner tuviera que volver a cavarla después?

—No. Que se vaya al diablo ese Skinner.

—¿Sabías que el Departamento de Reliquias estaba al tanto?

Se encogió de hombros y le respondió:

—Son un atajo de ladrones de tumbas. Nos traen sin cuidado. — Observó al rabino con aire especulativo—. ¿Piensa contárselo a mis padres?

—No lo haré si no quieres, aunque creo que lo deberían saber.

—No. Si llegaran a enterarse, se sentirían en la obligación de venir a verme. Y querrían contratar a un abogado, en lugar del bufón que me han dado los de la *yeshiva*. No están para estos gastos.

En ese momento, Greenberg entró acompañado del guardia, le hizo una seña al rabino con la cabeza y dijo:

—Tenemos que marcharnos.

—¿Y bien? —preguntó cuando estuvieron fuera—. ¿Logró sacarle algo?

El rabino le refirió su conversación con Ish-Tov.

—No está mal —admitió Greenberg— pero no nos sirve, aunque no ha estado mal. Verá, suelen inventarse una historia que cubra las pruebas que hay en contra suyo, le dan vueltas en la cabeza y la adornan un poco hasta que llegan a creérsela. De ese modo, quedan con la conciencia tranquila, ¿me comprende?

—¿Qué hará usted ahora?

—Dado que Ish-Tov se niega a participar en el juego, no lo llamaré a declarar. Creo que en el turno de preguntas lograré que el perito forense admita que la muerte pudo haber sido accidental. Y después, sostendré que Ish-Tov se asustó. El juez podría considerarlo como un entierro ilegal y omisión de informar sobre una muerte. Con suerte, nos caerá una multa que pagará nuestra organización.

—¿Cree que funcionará? ¿Cree que el juez lo secundará?

—En fin reconozco que en este oficio nunca se sabe, pero me parece que tenemos muchas probabilidades.

—Oiga, ¿por qué no habla con el fiscal? Quizá esté de acuerdo en retirar los cargos.

—Un abogado siempre procura guardarse algún detalle, rabino —le comentó Greenberg con una sonrisa—. Y lo que puede funcionar muy bien si lo suelto en la sala del tribunal, quizá no funcione tan bien si lo utilizo en la oficina del fiscal, mientras tomamos una taza de café.

33

EL MIÉRCOLES, Al Bergson telefoneó desde Tel Aviv.

—Habla el presidente —anunció.

—¿Al? ¿Al Bergson? ¿Dónde estás?

—En Tel Aviv, en el Sheraton. Llegaremos mañana y estaremos en Jerusalén el viernes por la mañana.

—¿Cuántos vais a ser?

—Unos veintiséis. Al principio había reunido a treinta, pero los Moscovitz, Ed, Emily y los dos niños, se arrepintieron en el último momento. Nos hospedaremos en el Rey David. Según los planes que nos trazamos debemos asistir al servicio de la gran sinagoga, pero algunos han dicho que prefieren ir a la sinagoga conservadora de Agron. En cualquier caso, tomaremos la comida del *sabbath* en el hotel. ¿Podrás venir con Miriam? Estáis invitados, claro está.

—Me temo que no. Esperamos visitas.

—¿Podréis asistir al *bar mitzvah* de Barney, que se celebra en el Muro, a la mañana siguiente?

—Creo que no —dijo el rabino—. Hay un buen trecho desde donde vivimos al Muro.

—Yo en tu lugar lo intentaría. Después habrá una fiesta en el hotel, pero si no has asistido al *bar mitzvah*...

—Entonces me parece que no sería correcto que fuera a la fiesta.

—Pero David, en algún momento tendrás que venir a ver al grupo. Quiero decir, que han venido unos cuantos de tu congregación, y algunos miembros de la Junta de Directores, y su rabino está aquí, en la ciudad...

—¿Qué te parece el sábado por la noche? Podría ir a veros al hotel por la noche —sugirió el rabino.

—Me temo que no será posible. Andarán todos desperdigados. Todos tienen parientes o amigos. ¿Qué te parece el domingo por la mañana? He organizado un paseo a pie por el casco antiguo, el barrio judío, el Cardo, el Muro. Seguramente tú ya lo conocerás todo, pero así tendrás ocasión de ver al grupo.

—Está bien, el domingo por la mañana. Creo que Miriam tiene un compromiso, pero yo podré ir. ¿Qué me dices de ti? ¿También tienes parientes que visitar el sábado por la noche? Si estás libre, ¿por qué no vienes a vernos?

—David, eres un hombre al que cuesta mucho ayudar —comentó Bergson cuando se sentaron en la sala del apartamento de Gittel. Gittel y Miriam habían ido al cine, y los dos hombres estaban a solas.

El rabino sonrió débilmente.

—¿Es que tratabas de ayudarme?

—Ajá. Los Levinson regresaron de Israel y comentaron que el muchacho de los Goodman había sido arrestado por asesinato y que tú lo habías delatado a la policía, y que estuviste a punto de inmiscuirlos a ellos también.

—Me limité a darle a las autoridades el nombre de Goodman y el de los Levinson, como vecinos de Barnard's Crossing. Se trataba de identificar...

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero no les caes bien a los Levinson, de modo que al contarlo, sugirieron que quizá había algo más en todo este asunto. Y cuando el comentario dio la vuelta en los círculos adecuados, se tuvo la convicción general de que actuabas como agente de la policía. Alguien recordó también que en los Estados Unidos eres muy amigo del jefe Lanigan, queriendo decir con ello que de alguna manera estás relacionado con la policía.

—Pero eso es ridículo. Yo...

—Claro que es ridículo, y a todo el mundo le resultaría obvio si cayeras bien. Pero no caes bien, y lo sabes. De modo que se agarran de cualquier cosa que pueda desacreditarte y la aceptan sin más. Y has dejado plantado a Barney Berkowitz, y eso significa que te has

echado en contra a sus amigos. Logró entender, aunque mi trabajo me ha costado, que rechazaras un viaje gratis a Israel para poder llegar aquí antes y poder pasarte más tiempo, pero que no asistieras a su *bar mitzvah* cuando ya estabas aquí, en el que también estaban presentes unos cuantos de tu congregación...

—¿Cómo fue todo?

—Bien, sin dificultades. Le pidió al solista que grabara su lectura del *haftarah*^[*], y la pasó un montón de veces. En el hotel ocupó la habitación contigua a la suya, y la noche anterior se pasó todo el rato repitiéndola oración por oración. En un momento dado, en el Muro se trabó, pero alguien le susurró la palabra siguiente y pudo continuar. Después, al regresar al hotel, le hicieron muchas bromas. ¿Qué se siente al ser hombre, eh, Barney?, ya sabes, ese tipo de cosas. Algunos de los muchachos consiguieron plumas antiguas. Y creo que le habrán regalado por lo menos una docena. Supongo que ese solía ser el regalo que hacían a un muchacho que pasaba por su *bar mitzvah*. Sería mucho antes de mi época, pero me lo contaron. Y Sophie Katz le regaló un libro de plegarias de cuero blanco, en nombre de la Hermandad, y yo le regalé una Biblia haciendo juego, igual que a todos los muchachos. Después brindamos con champán, champán israelí, pero de todos modos champán. Ojalá hubieras estado.

—¿Para decir el sermón que suelo pronunciar en los *bar mitzvah*? ¿Para decirle que a partir de ahora es responsable de sus actos?

—No, simplemente para demostrarles que formas parte de ellos, que son tu gente. No entiendo por qué no quisiste asistir. Tampoco está tan lejos de tu casa.

—Porque me parece una tontería. A mí las tonterías en sí me traen sin cuidado. Incluso se fomentan, durante el *purim*^[*] por ejemplo. Pero...

—Pero tú eres su rabino.

—Claro, y ejercía mis funciones rabínicas.

—¿No asistiendo?

—Exactamente. En los Estados Unidos, a un rabino casi nunca se le permite desempeñar su función tradicional de juez en las causas civiles que le son expuestas, ni dar su opinión en un asunto del *kalakah*. La única función que puede desempeñar, y que su

congregación espera que desempeñe, es la de maestro y guía en el mantenimiento de los principios de la tradición judía, para evitar que se aparten del camino tradicional. Ahora bien, según nuestra tradición, un niño se convierte en hombre, es decir, en adulto, a los trece años y no a los dieciocho, como ocurre en la sociedad seglar. Como hombre, se le supone responsable de sus actos; puede prestar testimonio ante un tribunal, puede firmar un contrato y puede ser uno de los diez hombres que componen el *minyan*^[*]. Y eso es todo, aunque nosotros lo adornemos con una ceremonia. Si no hay ceremonia, habrá pasado el *bar mitzvah* por el simple hecho de cumplir los trece años, la edad de la madurez.

»Como maestro y guía de la tradición, ¿no es mi función prevenir que un miembro de la congregación contravenga esta regla del *halakah*^[*] convirtiéndola en otra cosa, en una especie de confirmación, como en la Sinagoga de la Reforma? Si hubiera venido a verme se lo habría explicado, pero como no vino, no me quedó más remedio que no meterme en el asunto. Y así lo hice.

—Sí, pero al hacerlo, te has puesto en contra a ciertos miembros poderosos de la congregación. Lo han mezclado todo, el que no fueras al Muro esta mañana, que no aparecieras luego en la fiesta de B.B., y ahora este asunto del muchacho de los Goodman. Has generado hostilidad, y eso no le hace ningún bien a la congregación, como tampoco te lo hace a ti. Dentro de poco te vence el contrato. Tú mismo insististe en que se hiciera una revisión anual. Y podrían aprovechar la ocasión para expresar sus sentimientos votando en contra. Lo de Barney se olvidará, pero no me gustaría pensar lo que podría ocurrir si el muchacho de Goodman va a la cárcel.

—¿Por qué, qué tiene que ver esa situación con la mía?

—David, David, para ser inteligente tienes unas lagunas impresionantes. En realidad, no tiene nada que ver. Y sus padres ni siquiera pertenecen a tu congregación. Pero los nuestros van a comprar a su tienda, y hablan con ellos mientras esperan su turno en el mostrador de la charcutería. La gente siempre se pone contenta cuando se entera de algún punto censurable en la conducta de alguien con autoridad. Así se sienten bien. Aunque no se trate de nada específico, ¿me comprendes? Una sugerencia o algo así. Y vas tú y haces lo que cualquiera hubiera hecho. La policía te pide que

identifiques la foto de un hombre porque vivía en tu mismo pueblo. No pudiste hacerlo, por eso sugeriste a otras personas que vivían en el pueblo. Es todo. Pero si esa persona que tú mencionaste se mete en problemas a raíz de todo el asunto, la culpa te la echarán a ti, aunque no sea directamente. Nadie te acusará directamente. Pero lo pensarán o lo sentirán. Creo que es muy importante que mañana por la mañana vengas con nosotros a esa excursión.

Cuando Miriam y Gittel regresaron, el rabino les habló de la visita de Bergson. Y cuando Gittel se fue a la cama y estuvo a solas con Miriam, le refirió el negro panorama que le había vaticinado Bergson.

—¿Estás preocupado, David? —le preguntó.

—No, la verdad es que no. Creo que Al Bergson exagera un poco. —Entonces, de repente, se sintió exasperado—. Si la Junta se niega a renovarme el contrato por no asistir al *bar mitzvah* de Barney, o porque hice lo que cualquiera de ellos hubiera hecho en el caso del muchacho de Goodman, entonces, será mejor que me vaya buscando otra congregación.

—David, no es la primera vez que tienes problemas con la Junta —le recordó Miriam—, y has defendido tus puntos de vista. ¿Por qué ibas a darte por vencido ahora?

—Esto es diferente. Siempre fue una cuestión de principios, de algo a lo que yo me oponía, o de alguna decisión que había tomado y que ellos no aprobaban, y era el principio contra lo que luchaba. Esto es una cuestión de popularidad. Sé que no caigo demasiado bien. Supongo que no poseo una personalidad cálida que facilita la amistad. Y me trae sin cuidado. Lo que quiero de la congregación no es amor, sino respeto. Y si hago todas las tonterías que a la gente le gustaría que hiciese, ni siquiera yo me respetaría.

—Ya, te comprendo. Estás realmente preocupado por el joven Goodman.

Asombrado, se quedó mirándola con fijeza. Después, con una sonrisa mansa, le dijo:

—Es que no puedo creer que haya asesinado a ese hombre por una disputa de hace años. Lo he visto dos veces y francamente no me cayó demasiado simpático. No me siento responsable en ningún

sentido, pero...

—Probablemente es porque piensas en sus padres —sugirió con tono desapasionado—. Si le ocurriera algo, jamás se perdonarán por haberte pedido que fueras a visitarlo.

34

MUCHOS, QUIZÁ LA mayoría de los miembros de su congregación, no veían a su rabino salvo para el *rosh hashonah*^[*], o año nuevo, o para el *yom kippur*^[*], o día del perdón, cuando ocupaba su lugar tradicional junto al Arca; incluso los más devotos sólo lo veían cuando presidía los servicios religiosos de los viernes por la noche, que normalmente se suspendían durante los meses de verano. De modo que cuando se reunió con ellos en el Rey David, el rabino Small no interpretó la frialdad con que lo saludaron como una crítica a su comportamiento.

—Hola, rabino. ¿Se encuentra mejor? Me alegra que haya podido venir —fue la frase con que lo saludó la mayoría. Por lo que dedujo que Al Bergson les había dicho que había estado enfermo, presumiblemente para excusarlo por no presentarse al *bar mitzvah* de Barney Berkowitz. El mismo Barney se mostró más solícito.

—Estos resfriados de verano pueden llegar a ser algo serio, rabino.

Y como negar que había estado enfermo habría implicado descubrir la mentira de Al Bergson, se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza.

Pero le expresó su exasperación a Bergson, cuando estuvieron sentados uno al lado del otro en el autobús que los llevó del Rey David a la Puerta de Jaffa en la Ciudad Antigua, donde comenzaría la excursión.

Bergson no se mostró desconcertado.

—A veces, David, un hombre ha de ser protegido de sí mismo —

le dijo—. Como presidente de la congregación, no permitiré que se produzca una división por una tontería como el *bar mitzvah* de B.B. Independientemente de lo que pienses, muchos tienen la idea de que se trata de una ceremonia religiosa a la que ha de someterse todo judío, incluidas las mujeres. Mollie Berkowitz también quería hacerlo, hasta que se enteró que si lo hacían en el Muro, no habría servicio del lado de las mujeres. Se ha convertido en una tradición, y las tradiciones no tienen explicación. Fíjate en todos esos jóvenes y hombres mayores también que andan por ahí con esos *yarmulkes* de ganchillo sujetos al pelo con una horquilla. Intenta explicarles que no hay ningún mandamiento que lo exija. Por lo que a ellos respecta, es una indicación de que son observadores de las leyes. Se ha convertido en una tradición, y es muy poco probable que logres convencerlos de lo contrario. En fin, cuéntame lo del muchacho de Goodman.

Esto mismo le pidieron varios miembros del grupo mientras se rezagaban detrás del guía, utilizando normalmente el preámbulo:

—Verá, rabino, la madre del muchacho se enteró de que venía a Jerusalén y me pidió que...

A cada uno de ellos les explicó que en Israel el sistema era muy distinto al de los Estados Unidos, que un arresto no tenía el mismo significado, puesto que en Israel suele ser el inicio de las investigaciones en lugar del fin.

—La policía —les explicó—, tiene autoridad para detener durante cuarenta y ocho horas a cualquier persona sin necesidad de una orden. Transcurrido ese plazo, si quiere retener a alguien por más tiempo, han de presentarse ante un magistrado y solicitar una autorización para encarcelar al sospechoso. En el caso de un muchacho como Goodman, que está solo, que no tiene ni familia ni trabajo, que es libre de ir y venir como le plazca, lo más probable es que soliciten un auto de encarcelación. Y el magistrado lo autorizará si se encuentra algún tipo de prueba en su contra. Y mientras lo tienen custodiado, trabajan en su caso. Sólo un pequeño porcentaje de los así detenidos llegan al juicio. La gran mayoría queda en libertad.

Uno de ellos comenzó sus indagaciones diciéndole:

—Rabino, sé que está usted relacionado con la policía, porque allá, en los Estados Unidos, es usted muy amigo del jefe Lanigan, y

algunos de los muchachos piensan que no está del todo bien, pero por lo que a mí respecta, me alegro de que mi rabino esté en buenas relaciones con las autoridades, y les digo que si el rabino tiene algún enchufe en la policía de aquí, es mucho mejor para el joven Goodman, puesto que usará su influencia para ayudarlo.

Los miembros de la congregación no se enfrentaron a él como grupo, por lo que les estuvo profundamente agradecido, pero su actitud, tal como la había percibido por sus observaciones individuales, era de lo más perturbadora. Le consideraban en cierto modo responsable del arresto del joven Goodman, o al menos creían que estaba en condiciones de hacer algo al respecto. En los diarios no se habían publicado noticias sobre el caso, de modo que poco sabían al respecto, ni siquiera de qué se lo acusaba; pero la impresión generalizada era que se trataba de algo muy serio, quizá de un homicidio.

Curiosamente, ninguno había mostrado preocupación por saber si el muchacho era o no culpable. La sensación general era que no podía tratarse de nada reprochable porque «conocemos a sus padres». La impresión general que habían obtenido era que se había producido alguna riña en la que los estudiantes de la *yeshiva* —y por supuesto, Goodman— habían participado. Habían oído decir que los estudiantes de las *yeshivas* solían tornarse un tanto pendencieros a pesar de o incluso debido a su dedicación religiosa. Como resultado, había ocurrido algo serio y la policía se había ensañado con Goodman porque... porque era extranjero y norteamericano.

—Pero gran parte de los demás muchachos son norteamericanos. Se trata de la *Yeshiva* norteamericana.

—Sí, ya, pero estoy seguro de que el hecho de que fuera norteamericano tiene algo que ver, y el rabino, como compatriota del muchacho, debería hacer algo. Al menos conoce la lengua y podría hablar con las autoridades.

Fueron detrás del guía, apiñándose a su alrededor cuando se detenía en algún punto de especial interés. Asentían para indicar su aprobación o que habían comprendido, y el guía los llevó desde la Torre de David, a través de las calles del casco antiguo, hasta el

Muro Occidental y por el barrio judío hasta el Monte Zion, donde el autobús los esperaba para llevarlos de vuelta al hotel. Pasaron al lado de un par de albañiles árabes que, sentados en el suelo cortaban pacientemente unos bloques de piedra, y se levantaban de vez en cuando para ver si la piedra encajaba en la pared, la volvían a quitar para cortarle otro trozo y luego la encajaban otra vez.

—No lo entiendo —dijo uno del grupo.

—¿Qué no entiendes? —inquirió el guía.

—Pues nada. Nos has enseñado un montón de edificios y cada uno de ellos fue construido encima de otro, y ése a su vez fue construido encima de otro.

—¿Y?

—¿Qué pasa si alguien piensa construir un edificio en un lugar especial donde ya han derribado otro, o parte de otro, y se niega a usar los muros que quedan? ¿No puede echar abajo esos muros y usar el antiguo sótano del edificio? Quiero decir, ¿para qué iba a rellenar el sótano con todo tipo de escombros y construir encima de eso?

—Ah, entiendo lo que quieres decir. Te gustaría saber cómo es posible que se construya una ciudad encima de otra más antigua. Lo que pasa es que no ocurre inmediatamente después. Lo que se da en la realidad es que una ciudad, o una zona de la ciudad por ejemplo, queda destruida por un terremoto o un ejército invasor, o unas inundaciones. Entonces, los habitantes huyen o se van a otro sitio, y la zona destrozada permanece abandonada durante años, quizá siglos. La cubren el polvo y la arena del desierto y cuando alguien se presenta y decide que es un lugar adecuado para construir, queda muy poco a la vista, con la única diferencia que esa porción del terreno aparece un poco más elevada que el resto del lugar, lo cual, en general, se considera una ventaja. Entonces colocan los cimientos sobre la nueva superficie y...

—¿Es que no cavan hasta llegar al lecho de roca?

—Colocan una base y si llegan a encontrar parte de un antiguo muro, mucho mejor.

—¿Pero por qué no excavan?

—¿Para qué? Es más fácil construir del suelo para arriba. Aquí no acostumbramos hacer sótanos, y cuando estuve en los Estados Unidos noté que edificaban muchas casas sin sótano.

—Ya, pero el gobierno o quien sea que dirija estas excavaciones algo encuentra.

El guía se echó a reír.

—Ah, pero entonces te refieres a las excavaciones arqueológicas. Pero se trata de una ciencia nueva. Para un arqueólogo un pedazo de cerámica, una vieja moneda de cobre o un trozo de vidrio roto pueden tener un enorme significado, pero para el albañil que levanta una casa sólo son escombros y basura.

—Ya, supongo.

—Aquí está el autobús —gritó Bergson, y dirigiéndose al rabino le preguntó—: ¿Vienes con nosotros?

—¿El autobús? Ah, el que os llevará al hotel. —Parecía curiosamente abstraído—. No, creo que regresaré andando.

—Tienes un buen trecho desde aquí, David.

—Si me canso, cogeré el autobús.

—De acuerdo. Oye, mañana vamos a Eilat. ¿Qué te parece si mañana por la noche, Miriam y tú, y tu tía si lo desea, os venís a cenar al Rey David, o a algún otro sitio?

—No, Al, aquí soy más o menos un residente, y tú estás de visita. Preferiría que vinieras tú.

—De acuerdo.

—A eso de las siete.

—Estupendo.

El rabino partió a paso ligero, pero en cuanto el autobús lo dejó atrás aminoró la marcha y fijó la vista en la acera, profundamente sumido en sus pensamientos. Descendió la cuesta de la Ciudad Antigua y cubrió la larga subida hacia la zona de Rehavia. Cuando llegó a la cima, se dio cuenta de que estaba cansado.

A poca distancia de allí se encontraba el Hotel Excelsior. Se le ocurrió hacer un alto y, si Perlmutter estaba libre, podría tomar un refresco en su compañía. Entró en el vestíbulo, miró a su alrededor y se acercó al mostrador de la recepción.

—¿Está el señor Perlmutter? —le preguntó al empleado.

—¿Aharon? Ha ido a Haifa a pasar el *sabbath*. Yo he cubierto su turno de la mañana.

—Ah, ¿entonces no vendrá hoy?

—Sí, llegará a eso de la una. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

—No, no. Ya nos veremos más tarde. Espero.

35

EL TELÉFONO SONÓ justo cuando el rabino terminó de comer lo que Miriam le había dejado para almorzar. Era el rabino Karpis.

—¿Rabino Small? Soy el rabino Karpis. Esto... hay algo que me ha llamado la atención con respecto a... esto... el asunto en el que ambos estamos interesados. Le he pedido a nuestro abogado, al que ya conoce usted, que viniera a verme para contárselo. Y se me ha ocurrido que tal vez también le interesaría.

—¿Cuándo irá él?

—Supongo que estará al caer.

Aunque había hecho un día caluroso y estaba cansado por la larga caminata, le contestó:

—Iré para allá enseguida.

Pero tuvo que esperar el autobús y tardó media hora en llegar. Shiah Greenberg ya estaba allí, y lo saludó con un amplio ademán. El rabino Karpis hizo caso omiso de la disculpa que el rabino Small intentó darle por su tardanza.

—Siéntese, rabino. Siéntese. ¿Les apetece tomar café?

Sus dos invitados negaron con la cabeza.

—Pues bien, iré al grano. Me he enterado a través de... bueno, eso no tiene importancia. Digamos que me he enterado que el forense tiene más pruebas reveladoras. Por lo que tengo entendido, el doctor Shatz no se encontraba en la ciudad cuando hallaron el cadáver, y el examen preliminar lo realizó un asistente joven e inexperto, supongo. Atribuyó la muerte del desafortunado profesor Grenish a la rotura de un aneurisma. No encontró... esto... signos

de violencia en el cuerpo. Marcas de golpes, cosas así. Supongo que la fiscalía iba a defender la tesis de que como no se informó de la muerte y el cadáver había sido ocultado, la rotura del aneurisma había sido producto de una pelea o de algún tipo de violencia infligida al profesor. Por otra parte, nuestra postura era que, dado que no había signos de violencia, la muerte se había producido por causas naturales, y que Ish-Tov se había asustado y por eso enterró el cuerpo por temor a ser acusado de homicidio.

—Efectivamente —dijo Shiah.

—Bien, tal como yo lo entiendo, el doctor Shatz ha llevado a cabo un examen más exhaustivo y ha encontrado pruebas de que el hombre fue atado y amordazado. Le taparon la boca con un trozo de esparadrapo. Han encontrado rastros microscópicos de sustancia adhesiva. Además parece ser que lo ataron de pies y manos con el mismo material.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Shiah.

—¿Se refiere usted a Ish-Tov? —inquirió el rabino Karpis, sorprendido por la vehemencia del abogado.

—Puede que él también lo sea —repuso Shiah—, pero estaba pensando en el fiscal. —Rió amargamente y, dirigiéndose al rabino Small, le dijo—: ¿Recuerda que le dije que los abogados siempre nos guardamos algún detalle? Ahora he de reorganizar mi estrategia. Este Shatz goza de una buena reputación, pero es un tipo muy nervioso, y quizá logre enredarlo cuando suba al estrado a declarar. Veré si puedo conseguir permiso para que nuestro propio forense examine el cadáver. Si al tipo lo ataron, es probable que Ish-Tov no estuviera solo. Desde el principio he tenido la corazonada de que había alguien más en este asunto.

—¿Quiere usted decir que implicará a otros, a otros estudiantes? —inquirió Karpis—. Me parece que eso no nos beneficiaría demasiado.

—No, claro que no, pero... vea, si no lo llamo a declarar y tenía un cómplice, nadie se va a enterar. Quiero decir que la única forma de que se enteren de que Ish-Tov actuó con un cómplice es durante el turno de repreguntas. ¿No? Pues bien, yo no lo llamo a declarar. Y entonces sostengo que él no pudo atarlo solo a menos que el hombre ya estuviera muerto, o por lo menos desmayado.

—Pero eso sugeriría que hay otros implicados, y las cosas se

complicarían —dijo Karpis—. Hemos de considerar las implicaciones políticas. La Alineación Laborista nos ha sondeado para el próximo gobierno, pero si existieran indicios de que esto es obra de más de un individuo...

El rabino Small se puso de pie bruscamente y anunció:

—He de marcharme.

Asombrado, el rabino Karpis levantó la vista.

—Ya, comprendo. Sí, quizá esta parte de nuestra... esto... discusión debería limitarse a... bueno, muchísimas gracias, rabino Small, por haber venido. Lamento haber sido portador de malas noticias, pero pensé que le gustaría estar al tanto.

El abogado le regaló al rabino Small un amplio guiño.

Cuando salía del edificio y bajaba por el sendero, rumbo a la calle, el rabino Small se preguntó si era justo con el rabino Karpis. Al fin y al cabo, era un administrador, y su primer deber era para con la *yeshiva*. Desde su punto de vista, si la Alineación estaba interesada en ganarse el favor del pequeño segmento de los poderes religiosos que dirigían la *yeshiva* para la formación de un nuevo gobierno, eso debía prevalecer sobre la compasión que pudiera sentir por el joven Ish-Tov. Aquello significaría más fondos para la *yeshiva*, una expansión quizá, y en cualquier caso, una mayor influencia. Y desde su punto de vista, Ish-Tov era simplemente un descarriado al que habían intentado ayudar en vano.

Cuando el rabino Small llegó a la casa de Skinner, de camino a la parada del autobús, oyó que lo llamaban por su nombre. Se detuvo, miró hacia atrás y luego hacia arriba y vio a Skinner que le saludaba desde la ventana del primer piso. Vaciló un momento y poco después, Ismael se acercó a él corriendo.

—Rabino Small, rabino Small, Jeem quisiera saber si le apetece tomar café con nosotros.

El rabino se lo pensó un poco y contestó:

—Sí, claro que me apetece. —Y siguiendo a Ismael subió las escaleras que conducían al despacho de Skinner.

—Íbamos a tomar, café cuando lo vi, rabino —le explicó Skinner. Y dirigiéndose a Ismael, le preguntó—: ¿Tenemos alguna tarta o...?

—Sólo las galletas que Martha preparó la semana pasada.

—Eran muy buenas. ¿Por qué no miras a ver qué puedes

traernos para acompañar el café? —Y volviéndose hacia el rabino, le explicó—: Es que Martha no suele preparar nada para el domingo. Ismael y yo acostumbramos comer fuera.

Ismael no tardó en volver a aparecer con una bandeja en la que traía un termo de café, crema, azúcar y un plato de galletas y otro con tostadas con mantequilla.

—Es todo lo que he podido encontrar —dijo con tono de disculpa—. Le sirvió a Skinner y después puso dos tazas sobre la mesita de café, una para el rabino y la otra para él. Al rabino se le ocurrió pensar que las relaciones entre Skinner e Ismael habían mejorado mucho desde su última visita. No había señales del incómodo servilismo que notara anteriormente en Ismael. Ahora se dirigía a él llamándolo «Jeem», en lugar de «señorito James», y no sólo los acompañaba a tomar café sino que participaba en la conversación.

Hablaron de la situación política del país y de la guerra del Líbano. Skinner preguntó por Miriam y Gittel, y cuando comentó que le gustaría volver a verlas, el rabino le dijo que les sugeriría que invitaran a Skinner a cenar una noche.

Al cabo de una hora, más o menos, cuando el rabino se puso de pie y dijo que debía marcharse, Skinner sugirió:

—Ismael, ¿por qué no llevas al rabino a su casa? Hace un calor horrible y seguramente tendrá que esperar más de veinte minutos antes de que llegue el autobús. El rabino rehusó amablemente pero se dejó convencer.

Miriam ya estaba en casa cuando el rabino regresó. Cuando su mujer le preguntó cómo había pasado el día, el rabino le comentó su visita a la *yeshiva*. Intentó que su tono no resultara amargo cuando le refirió las preocupaciones de las autoridades de la *yeshiva*.

—Supongo que es lógico que se preocupe por su institución. Cuando se piensa en el tipo de personas a las que suelen atraer, hombres jóvenes, muchos de los cuales han llevado unas vidas poco recomendables, el hecho de que uno de ellos tenga problemas con la policía no es inusual. Pero la cuestión es que no están tan preocupados por Ish-Tov como por la reputación de la escuela. Y el abogado que contratan adoptará, como es natural, la misma actitud.

—Cariño, ¿no hay nada que se pueda hacer por él? ¿No hay

nada que puedas hacer tú?

—¿Como qué? ¿Contratarle otro abogado?

—No, pero... verás, todos los que fueron al *bar mitzvah* de Barney Berkowitz, bueno, supongo que estaban preocupados. Quizá podrían formar un grupo de presión y...

—¿Y contratar a un abogado para que lo defienda? —inquirió el rabino y se echó a reír—. En realidad, el problema de Ish-Tov no les preocupa más que en la medida en que puedan usarlo para meterse conmigo. Esta noche vendrá Al Bergson. ¿Por qué no se lo preguntas?

—Lo haré.

—¿Y si le consiguieran un abogado, qué podría hacer?

—¿No hay nada, absolutamente nada que pueda utilizarse en su defensa, David?

—Pues hay algo. Perlmutter no reconoció a Grenish en la foto. Se podría trabajar sobre ese aspecto. Si lograra ponerme en contacto con Adoumi o quien sea que lleve la investigación, quizá podría hacer algo.

—¿Qué me dices de Gittel?

—¿Qué pasa con Gittel? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Apuesto a que sería capaz de conseguir que Adoumi nos ayudara, y si él no lleva el caso, podría hacer que el que lo lleva nos ayudara.

Y el rabino, que antes ya había visto a Gittel en acción, dijo:

—Merece la pena intentarlo.

—Oh, David, ¿crees que habrá una posibilidad? ¿Tienes alguna idea...?

—Me temo que nada en concreto. Pero quizá logre demorar un poco las cosas. Por lo que puedo deducir, y tal como está ahora el asunto, están todos dispuestos a someter al muchacho a juicio y que le caigan uno, dos, o tres años. No lo harán subir al estrado a declarar. Probablemente todo se reduzca a algún tipo de acuerdo entre el fiscal y la defensa para que le caiga una sentencia más benigna, o algo por el estilo.

—¿Entonces cómo puedes demorar todo el asunto?

—Está el testimonio de Perlmutter. Tendrán que explicar eso., Si Gittel logra que Adoumi ceda, llamaré a Perlmutter y lo haré venir también. Su testimonio tendrá más peso si lo presta él mismo que si

yo comento lo que él dijo.

—¿Llamarás a Bergson y le dirás que no venga?

—Sí, quizá debiera hacerlo. Por otra parte, no veo ningún inconveniente en que esté aquí. Incluso podría ayudarnos.

36

AL TELÉFONO, Gittel era formidable. Cuando Adoumi le explicó pacientemente que ya no llevaba el caso, que se lo había pasado a Yaacov Luria, del Departamento de Policía, ella le dijo:

—Pues te lo traes también. Quizá sería mejor que los dos estuvierais aquí.

—Pero Gittel, no puedo pedirle a Luria que vaya a tu casa a hablar de un asunto policial. Existen unas jerarquías y no podemos saltárnoslas.

—Mira, Uri, es el hijo de Tzippe Luria. Estuve con ella en el Haganah. Éramos como hermanas. ¿Quieres que la llame a Tel Aviv y le pida que telefonee a su hijo aquí, a Jerusalén, para pedirle que le haga a su anciana madre el favor de ir a ver a su amiga Gittel?

—Está bien, Gittel —aceptó Adoumi abrumado—, lo llamaré.

Gittel colgó y les anunció:

—Vendrán, os lo digo yo.

Y así fue. Después de que las mujeres terminaran de recoger los platos de la cena, aparecieron los dos hombres. Adoumi comenzó a hacer las presentaciones, cuando Gittel lo interrumpió:

—A mí no tienes que presentarme. Conozco a Yaacov de cuando... cuando fui a su *bar mitzvah*.

—Hola, Gittel. Tienes muy buen aspecto. Me enteré de que estabas en Jerusalén y pensaba pasar un día de estos, pero...

—Pero estás muy ocupado. Te perdono. Esta es Miriam, mi sobrina y éste es su marido, el rabino Small, de los Estados Unidos.

—El rabino Small me ayudó mucho hace algunos años —

comentó Adoumi.

Bergson llegó poco después; al cabo de unos minutos se presentó Perlmutter. Mientras se hacían las presentaciones, Adoumi les dijo:

—Su cara me resulta familiar. Lo he visto en alguna otra parte.

—Trabajo en el Hotel Excelsior. Me entrevistó usted allí. Al menos me enseñó una fotografía y me preguntó si le conocía.

—Ah, sí, la foto de Grenish. Usted me dijo que no le reconocía.

—No era el profesor Grenish —replicó Perlmutter con firmeza.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Lo conocía usted? —inquirió Luria.

—Nunca lo había visto antes, pero cuando lo vi ese domingo a la hora del desayuno, le eché un buen vistazo, y sé que lo reconocería si volviese a verlo. Permítame que se lo explique. Soy contable de profesión, y trabajo en el departamento de contabilidad del... hotel. Pero como tengo setenta y cinco años...

—¿No me diga?

—No los aparenta usted.

—Gracias. Como les decía, por mi edad no puedo permitirme el lujo de depender de mi dignidad. Cuando hace falta, cubro el puesto de otros en la recepción, o comprobando los huéspedes que se presentan a desayunar y apuntándolos en una lista. Bien, lo primero que hice cuando ocupé mi sitio ante la mesita que hay junto a la puerta del comedor, fue repasar la lista.

—¿Por qué?

—Porque tenemos muchos visitantes extranjeros de todas partes del mundo... escandinavos, sudamericanos, franceses, italianos... En fin, cuando me dan los números de sus habitaciones y sus nombres, no tengo que pedirles que me los repitan o me los deletreen.

El huésped se me acerca y me dice: «Smith, seiscientos cuarenta y dos». Yo lo compruebo en la lista, lo marco y le digo: «*B'tayavon, o bon appétit*, señor Smith».

Luria le echó una mirada a Adoumi y le comentó:

—Todavía no ha asimilado la actitud israelita, ¿eh?

—Bueno —dijo Perlmutter a la defensiva—, hay muchas personas, sobre todo las que vienen con viajes organizados, que están tan acostumbradas a que las lleven como rebaños y a recibir órdenes de los guías turísticos y los empleados de los hoteles, que

aprecian que las traten como huéspedes y sentirse realmente bienvenidas.

—Ya, claro, pero... bueno, continúe.

—Pues bien, cuando vi el nombre de Grenish, profesor Abraham Grenish, tomé nota de él. Incluso no sólo reparé en el nombre sino en el número de habitación...

—¿Por qué?

—Yo vengo de Polonia. Nuestro pueblo fue invadido por los nazis y toda mi familia fue exterminada. Yo me salvé de la matanza porque me encontraba en suiza en viaje de negocios. La familia de mi mujer también fue exterminada. Se apellidaban Grenitz. Significa frontera. Por eso cuando en la lista vi el nombre de Grenish, se me ocurrió que originariamente podía haber sido Grenitz. La terminación *itz* procede de Rusia o Polonia, y se me ocurrió que algún emigrante a los Estados Unidos podía muy bien haber cambiado esa terminación por *ish* o *ich*. No tiene sentido buscar los orígenes del apellido Perlmutter, porque no tiene mayor importancia, simplemente es un apellido bonito; significa madreperla, igual que Goldberg significa montaña de oro, o Rosenzweig, rama de rosal. Los judíos los adoptaron cuando se les exigió ponerse apellidos para los registros oficiales o los censos. Pero un apellido que significa frontera, lo más lógico es que se lo pusieran aquellos que vivían cerca de una frontera. El apellido Perlmutter está muy difundido por toda Europa del Este, pero Grenitz es raro.

»De modo que decidí que cuando el profesor bajara a desayunar, entablaría conversación para preguntarle si su apellido había sido originariamente Grenitz y si su familia provenía de nuestro pueblo o de algún lugar cercano.

—¿Y entonces?

—Ensayé lo que iba a decirle y cómo se lo iba a decir. Se me ocurrió que podía fingir que me costaba encontrarlo para así tener ocasión de mirarle la cara y comprobar si había algún parecido con la familia de mi mujer. Entonces, lo encontraría y le comentaría que el apellido de mi mujer era Grenitz. Y así ocurrió, salvo que antes de que pudiera mencionarle lo del apellido de mi mujer, el gerente del hotel se me acercó para pedirme que fuera a la recepción, donde había un huésped polaco o ruso, y se necesitaba un intérprete. El

gerente ocupó mi sitio, y yo fui a la recepción. Pero me rezagué un poco en la puerta y observé al profesor cuando se dirigió al buffet para servirse el desayuno. Lo miré bien y no era el hombre cuya foto me enseñó usted.

Por curioso que pareciera, la primera pregunta la formuló Al Bergson.

—¿Dónde aprendió inglés?

—En Canadá, donde viví hasta venir aquí.

—Con razón su inglés es tan correcto.

—Gracias.

Luria le echó a Bergson una mirada irascible y volviéndose a Perlmutter le preguntó:

—¿Lo vio usted solamente en esa ocasión?

—Sí. Uno de los empleados árabes realiza el control durante el *sabbath*.

Luria se volvió hacia Adoumi y le preguntó:

—¿Le enseñó la foto al empleado árabe?

—Por supuesto.

—¿Volvió usted al comedor a comprobar si continuaba allí? Quiero decir cuando terminó usted con su trabajo en la recepción. —Preguntó Luria a Perlmutter.

—Sí, pero ya se había marchado. No me preocupé porque ya había preguntado cuánto tiempo iba a quedarse y me dijeron que tenía reserva para una semana. Pero esa fue la última vez que lo vi.

—Verá usted —dijo Luria—, Ish-Tov lo identificó, por la foto y por el cadáver. Y en la foto había salido bastante parecido a lo que es en realidad.

—Pero la gente suele equivocarse al realizar una identificación, sobre todo si han visto a la persona una sola vez —añadió Adoumi.

—No me equivoqué —sostuvo Perlmutter.

—Entonces, eso significa que... —comenzó a decir el rabino.

—¿Qué significa, rabino? —inquirió Adoumi.

—Significa que si el hombre que apareció en la zanja era el profesor Grenish, el hombre que durmió en su cama del hotel el sábado por la noche y dio su nombre y el número de su habitación el domingo por la mañana era otra persona, un impostor. Ahora bien, ¿cómo conseguiría la llave de la habitación? Grenish pudo habérsela dado, o lo que es más probable, quizá se la quitó.

—¿Por qué dice que es más probable que se la hayan quitado? —inquirió Luria.

—Puedo pensar que Grenish pudo haberse encontrado mal, y al necesitar algo de la habitación de su hotel, quizá le dio la llave a alguien y le pidió que se lo fuera a buscar. En ese caso, ¿habría el mensajero pasado la noche en el hotel y desayunado a la mañana siguiente? Lo más probable es que le quitaran la llave.

—Pero eso no explica por qué pasó la noche allí —adujo Luria.

—No, es verdad —admitió el rabino—, a menos que pensara que iba a recibir un mensaje o una llamada telefónica...

Gittel notó que el rabino se mostraba inseguro y vacilaba. Procuró darle un respiro para que aclarara sus ideas por lo que siguió rápidamente:

—¿Qué tal si tomamos un poco de café?

—No, Gittel —objetó Luria—. Quiero acabar con este asunto.

—Cuando hables con tu madre estoy segura de que le contarás que viniste a verme. Y si conozco bien a Tzippe Luria, te preguntará qué te ofrecí. ¿Y vas a contarle que no tomaste nada en mi casa? Miriam, trae un poco de fruta y pon el agua para el café.

Luria le lanzó una mirada a Adoumi y encogiéndose de hombros dijo:

—Quizá nos venga bien una taza de café.

Mientras bebía el café, Luria dijo:

—De acuerdo. Supongamos que el señor Perlmutter tiene razón y que fue un impostor el que durmió en la cama de Grenish el sábado por la noche y desayunó en el hotel a la mañana siguiente. Eso significa que el sábado por la mañana, después del desayuno, el verdadero Grenish fue a Abu Tor. ¿Cómo hizo para llegar allí? ¿Tomó un taxi en el hotel? Será fácil de comprobar. ¿O decidió ir andando? En cuyo caso, ¿le preguntó a algún empleado del hotel cómo llegar hasta allí? ¿O se puso a caminar sin rumbo y...?

—¿Cómo sabe usted que era sábado? —inquirió el rabino.

—Porque sabemos que no era viernes. Pasó el viernes en la Ciudad Antigua.

—¿Y cómo lo sabe?

—Bueno, como no cenó en el hotel, tuvo que hacerlo en la Ciudad Antigua, o al menos en Jerusalén Este, dado que todos los restaurantes de la zona judía están cerrados el *sabbath*. Además, uno

de nuestros hombres creyó reconocer la foto de Grenish. Alguien le preguntó por qué una de las tiendas estaba cerrada, e intentó explicárselo. Y... ah, sí, ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Skinner, el tipo en cuya propiedad encontraron el cadáver, al ver la foto de Grenish lo identificó al momento.

—¿Skinner lo conocía? —inquirió el rabino, sorprendido.

—No, pero pasaba por allí cuando el policía que no hablaba inglés intentaba explicárselo en francés, y Skinner le hizo de intérprete. Por lo tanto, no hay duda de que el viernes estuvo en la Ciudad Antigua, lo cual significa que no pudo haber estado en Abu Tor. Está bastante lejos de la Ciudad Antigua y en Abu Tor no hay ningún lugar para cenar.

—En Jerusalén los lugares no son muy distantes entre sí —observó Bergson—, excepto Gilo.

—De acuerdo —admitió Luria—. Digamos que pudo haber sido el viernes. —Se volvió hacia Adoumi y le preguntó—: ¿Hay algún indicio que nos demuestre que no estuvo en el hotel el sábado?

Adoumi sacudió la cabeza y repuso:

—Como le dije, interrogué al recepcionista árabe que controló la lista de los que desayunaron el sábado. No reconoció a la persona de la foto.

—¿Le mencionó usted su nombre? ¿Le dijo usted que se llamaba Grenish?

—Claro que no —respondió Adoumi—. ¿Cuando se lleva a cabo una rueda de identificación, da usted los nombres y las profesiones de las personas que la forman? —Pasó las páginas de su libreta y dijo—: Aquí está. El recepcionista árabe: «Puede que lo haya visto, pero no recuerdo su cara. Veo a tanta gente... Me guió por el número de habitación. Me dan el número y yo lo tacho». El único que conocía el nombre era el gerente y... ah, sí, el guardia de seguridad, pero podríamos decir que él formaba parte del equipo de investigación. A propósito, a punto estuvo de verlo. Aquí está: «Estoy detrás del mostrador... y alguien me dice: “Creo que hay algo para mí, habitación setecientos trece”. Levanto la vista y sí, había una carta para la habitación setecientos trece. Echo un vistazo a la carta y le pregunto: “¿Grenish?”, y él contesta: “Sí, soy yo”. Entonces, se la entregué. Pero no lo miré... quizá le vi la espalda cuando se marchaba».

—La carta. ¡Tiene que ser la carta! —exclamó el rabino.

—¿Qué pasa con la carta?

—Tal vez sea por eso que ocupó la habitación de Grenish, para recoger la carta. Y puede que eso explique también por qué, si fue al hotel el viernes por la noche y no encontró nada, se quedó hasta el sábado. Los sábados no se recibe el correo, por eso se quedó hasta el domingo. ¿Declaró el policía de ustedes que había preguntado por una tienda en particular? —inquirió el rabino a Luria.

Luria frunció el ceño mientras intentaba recordarlo y repuso:

—Me parece que no se enteró demasiado de lo que Grenish le decía. Pero es la única tienda de la zona que cierra los viernes. El dueño es druso. Las demás tiendas son cristianas y cierran los domingos en lugar de los viernes.

—¿Se tiene alguna sospecha de esa tienda? Me refiero a si alguna vez la tuvieron bajo vigilancia oficial. ¿El policía estaba ubicado allí por algún motivo especial?

Luria negó con la cabeza y miró a Adoumi, quien dijo:

—Bueno, cuando nuestro ejército estuvo en el valle de la Bekaa, donde viven los drusos libaneses... pues... la vigilamos de vez en cuando. Nuestros drusos, que viven mayormente en el Golan, son leales. Sirven en nuestro ejército. Aunque es evidente que algunos de ellos pueden sentir que sus lazos con los drusos libaneses son más fuertes que su lealtad a nosotros. De modo que a veces vigilamos esa tienda. ¿Por qué lo pregunta?

El rabino sonrió y contestó:

—Claro que puede ser una coincidencia el que Grenish y Skinner estuviesen allí. Pero también es posible que Grenish fuera porque esperaba entregar un mensaje, o una carta, o quizá fue por eso que Skinner creyó que Grenish se encontraba allí y se mostró tan preocupado al encontrar la tienda cerrada.

—¿Skinner, aquel hombre tan agradable que nos ayudó con tus maletas? —inquirió Gittel, sorprendida. Miriam se limitó a sonreír, porque presentía que su marido sólo estaba sugiriendo posibilidades para que la investigación que se había centrado en Ish-Tov pudiera ampliarse.

Luria se echó a reír, pero Adoumi entrecerró los ojos y le preguntó al rabino:

—¿Habla usted en serio?

—¿Por qué no? Por su misma naturaleza, la coincidencia es mucho menos probable que la no coincidencia. Suponga que Skinner siguiera a Grenish. —Miró a Adoumi cara a cara y continuó —: Admitió usted que Grenish estaba en una lista porque era amigo de un distinguido profesor árabe de Harvard. De acuerdo, suponga que el profesor le pidiera que entregase un mensaje, un mensaje escrito que le sería enviado por correo, a alguna persona de esa tienda de la Ciudad Antigua. Skinner pudo haberse enterado de algo. Quizá pudo contar con alguien en el vestíbulo del hotel para que vigilara. En cualquier caso, pudo haberlo seguido y cuando Grenish se mostró tan preocupado al ver que la tienda estaba cerrada, pudo haber deducido que el motivo de su preocupación era que no podría entregar el mensaje que le habían confiado.

»Por eso Skinner se lo explicó y después anduvieron juntos un trecho, mirando escaparates y hablando. Quizá fueran a un restaurante y cenaran juntos. Quizá Skinner lo invitó a cenar a su casa.

O bien si cenaron en un restaurante, quizá lo invitó después a su casa a tomar la última copa. Pudieron incluso ir hasta allí andando. Hacía una noche estupenda. O pudieron tomar un taxi desde la Ciudad Antigua. O quizá Skinner tenía el coche aparcado por allí cerca. Y si fue así, supongo que Ismael, su ayudante árabe, se encontraba por allí, porque tengo entendido que es él quien conduce. En todo caso, su ayudante estaba en la casa.

—¿Cómo está tan seguro de que Ismael se encontraba en la casa? —preguntó Luria.

—Porque vive allí. El ama de llaves llega temprano, les sirve el desayuno y el almuerzo y les hace la limpieza. Les deja la cena preparada y se marcha alrededor de las cinco. Pero Ismael está en casa todo el tiempo. Seguramente estaba al tanto de lo que ocurría. Además, para lo que pasó hacían falta dos personas.

—¿Qué pasó, David? —le preguntó Miriam.

—Me imagino que Skinner le pidió que le entregase la carta. Y tal vez Grenish se resistió o adujo no saber de qué hablaba. Quizá intentó marcharse y ellos se lo impidieron. O pudo haberles dicho la verdad, que no tenía la carta y que esperaba recibirla por correo. En cualquier caso, cuando lo registraron y vieron que no la llevaba encima, decidieron registrar la habitación del hotel. Incluso en el

caso de que Grenish se mostrara dispuesto a cooperar, ellos no iban a arriesgarse a que gritase o pidiese ayuda. Al fin y al cabo, están al lado de la *yeshiva*^[*]. Por eso lo amordazaron con esparadrapo.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Luria.

—Me lo ha dicho hoy el rabino Karpis, el director de la *yeshiva*. Ignoro cómo se enteró él. Además, tuvieron que atarle las manos para evitar que se quitara la mordaza, y puede que también le ataran los pies. Para eso hacen falta por lo menos dos hombres, uno que lo sujete y el otro que le coloque el esparadrapo.

—¿Entonces, el tal Skinner fue al hotel? —inquirió Bergson.

El rabino sacudió la cabeza y repuso:

—No, creo que lo que pasó después es que descubrieron que Grenish estaba muerto. Tenía un aneurisma de la aorta y la pelea, o el esfuerzo para quitarse las ataduras, o el miedo y la indignación provocaron su rotura. Estoy seguro de que lo desataron e intentaron reanimarlo, pero al comprobar que había muerto, tuvieron que deshacerse del cadáver. Finalmente, decidieron echarlo a la zanja y taparlo con bastante tierra como para que no se viera.

—¿Por qué no lo metieron en el coche para llevarlo a algún sitio y dejarlo allí abandonado? —inquirió Bergson.

El rabino sonrió y le contestó:

—En los Estados Unidos, sobre todo en nuestra zona, se pueden recorrer unos cuantos kilómetros en coche y encontrar un espeso bosque al costado del camino. Se puede abandonar el cadáver a unos cuantos metros de la carretera y pasarán días, quizá semanas, antes de que lo descubran. Pero aquí, incluso donde hay árboles, como en la carretera a Tel Aviv, son muy malos, y no hay monte bajo, y lo más probable es que tuvieran que trepar una colina. Si hubieran abandonado el cadáver al borde del camino, lo habrían hallado a la mañana siguiente, quizá incluso esa misma noche.

—Pudieron haberlo ocultado en la casa —señaló Bergson.

—No porque el ama de llaves iría al día siguiente —dijo Miriam.

—Dices que cubrieron el cuerpo con suficiente tierra como para que no se viera —dijo Bergson—. A mi juicio, si hubieran tapado la zanja inmediatamente, no lo habrían descubierto tan fácilmente.

—Ah, pero no podían hacerlo —le explicó el rabino—. El Departamento de Arqueología iba a enviar a sus funcionarios el lunes. Si se encontraban con que la zanja había sido tapada, quizá

lo hubieran dejado pasar, pero lo más probable era que se pusiesen a cavar. Y si cavaban, desenterrarían el cuerpo. Pero si sólo lo cubrían con la tierra suficiente como para que no se viera... —El rabino vaciló y luego supo cuál era la solución—. ¿No se dan cuenta? Pensaban desenterrarlo. Una vez en poder de la carta iban a deshacerse del cuerpo. Entonces no importaría si encontraban el cadáver.

—¿Qué crees que ocurrió entonces?

—La carta no estaba en la habitación, por lo que a Skinner no le quedó más remedio que esperar que llegase con el correo del domingo. Y así fue, por lo que no tuvo que volver al hotel el domingo por la noche. Yo supongo que fue a algún sitio a esconderla, o a enseñársela a alguien, o a intentar venderla.

—Haifa —dijo Luria—. Dijo que había ido a Haifa el domingo por la mañana y que no regresó en todo el día. Además dijo que había tenido que ir a Hebron, pero que antes de seguir camino había pasado por su casa esa noche.

—Claro —asintió el rabino—, no tengo manera de saber ni de adivinar por qué motivo fue a Hebron o a Haifa, pero estoy seguro de que volvió a su casa el domingo por la noche con el fin de desenterrar el cuerpo y deshacerse de él.

—¿Y?

—Y no pudo porque ya habían rellenado la zanja. Lo hizo Ish-Tov, solo o con un amigo. Vi a Ish-Tov en la comisaría. Fui con el abogado de la *yeshiva*. Cuando estuve a solas con él unos minutos, le pregunté por qué había tapado la zanja. Al principio rehusó hablar conmigo, pero después me dijo que lo había hecho por un amigo de la *yeshiva* que es kohane y temía que la excavación formara parte de un antiguo cementerio y que los huesos de los muertos lo contaminaran...

—Estás de guasa —le dijo Bergson—. O el chico te tomaba el pelo.

—Hablo en serio y no me tomó el pelo. Él no se mostró muy preocupado, pero sabía que su amigo lo estaba. Cuando le sugerí que Skinner, su vecino, podía tener problemas con las autoridades por ese asunto, no mostró ninguna preocupación. En realidad, parecía muy satisfecho ante la perspectiva, ya que Skinner es un gentil y, por lo tanto, un infiel.

Gittel manifestó su desaprobación con una serie de sonidos y murmuró indignada:

—¡Las cosas que les enseñan en la *yeshiva*!

—Estoy segura de que en la *yeshiva* no les enseñan eso —comentó Miriam severamente—. ¿Verdad, David?

—Lo dudo mucho. Pero algunos estudiantes y la atmósfera que se engendra...

Bergson se dirigió a Luria y le preguntó:

—¿Deja eso al joven Goodman, o Ish-Tov, o como se llame, libre de culpa?

Luria reflexionó un momento y repuso con una sonrisa:

—Se trata de un argumento muy interesante, pero no es más que eso. No existen pruebas. Podría comentarlo con el fiscal, para que pidiera otra investigación, pero...

El rabino tosió como para disculparse y sugirió un poco vacilante:

—Hay una forma de que usted consiga las pruebas que necesita. Si el señor Skinner viera a Aharon...

—¿Quiere decir que lo haga ir al Excelsior? —inquirió Adoumi sacudiendo la cabeza—. El hombre se olería algo raro enseguida.

—Le dije que quizá necesitaríamos su declaración —comentó Luria—. Podría citarlo y si el señor Perlmutter estuviera presente...

—¿En la comisaría? Sostendría que fue una trampa y cualquier juez estaría de acuerdo —hizo notar Adoumi—. No, tiene que ser en un lugar neutral. Les diré una cosa. Mañana por la mañana, a primera hora, antes de que se marche para encargarse de sus ocupaciones...

Discutieron el plan con mucho detalle y, finalmente, cuando se despidieron, era casi medianoche. Cuando Bergson se dirigió a la puerta, el rabino le dijo:

—Mañana irás a Eilat, de modo que no te veré hasta que regrese a los Estados Unidos.

—Diablos, no, David. Le pediré al guía que lleve al grupo a Eilat. Yo me quedaré. Quiero estar presente cuando lo cacemos.

Luria estudió el mapa que había extendido sobre su mesa. Luego cogió el teléfono y habló con Adoumi.

—Uri, ¿ve usted bien la zona?

—Sin ningún problema.

—¿Están todos en su sitio?

—Sí. He apostado a dos hombres en la parada de autobús, al otro lado de la calle, y hay dos hombres en el coche aparcado cerca de la *yeshiva*. ¿Tiene usted un coche al final de la calle?

—Un camión. Un coche sería fácil de esquivar. O podría ponerse nervioso y embestir el coche y causar daños.

—Bien pensado.

—¿Está Perlmutter en su sitio y sabe bien lo que ha de hacer?

—Claro. Lo ha entendido. Si no lo reconoce, simplemente seguirá caminando, pero si lo reconoce, entonces le sale al encuentro y lo saluda con una amplia sonrisa.

—Entonces haré mi llamada. Vea, cuelgue y llamaré por otra línea.

Luria colgó, cogió otro teléfono y llamó. Habló en un tono oficial e imperioso que no admitía contradicciones. Escuchó, volvió a hablar y luego dijo:

—Muy bien, lo esperaré —y colgó.

Volvió a telefonar a Adoumi.

—Debería salir de inmediato.

—Bien. Ah, ya veo a Ismael; está sacando el coche... espera junto al bordillo con el motor en marcha... se abre la puerta de la casa... Aquí lo tenemos, baja por el sendero de entrada y ya le he hecho señas a Perlmutter.

Perlmutter comenzó a caminar calle abajo cuando el hombre que recorría el sendero se acercó al coche que esperaba. Cuando se encontraron a un metro de distancia, la cara de Perlmutter se iluminó con una feliz sonrisa y se acercó al hombre con la mano tendida.

—¡Pero si es el profesor Grenish! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verlo!

—¿Cómo... qué...?

—¿No se acuerda de mí? ¿Del Hotel Excelsior?

Los dos hombres que esperaban en la parada de autobús comenzaron a cruzar la calle. Al verlos, Ismael puso la primera y salió calle abajo a toda velocidad, pero tuvo que frenar a fondo cuando el camión se detuvo en la intersección y le bloqueó el paso.

Los hombres que estaban apostados en los portales vecinos se aproximaron corriendo.

Skinner, rodeado por los hombres que estaban en el coche aparcado, además de los dos que habían esperado en la parada de autobús, vio que detenían su coche y que otros hombres obligaban a Ismael a bajarse.

—¡El muy imbécil! —gritó—. ¡Pero si será imbécil!

37

ADOUMI convino en encontrarse con el rabino y con Bergson en la habitación de este último en el Rey David. Adoumi aceptó la inevitable taza de café y dijo:

—Bueno, al final resultó ser que la presa era mía.

—¿Consiguió la carta? —inquirió Bergson—. ¿De qué se trataba?

Adoumi fingió no haber oído. Se volvió hacia el rabino y le preguntó:

—Oiga, rabino, ¿no deduciría todo eso anoche, verdad? Siempre ha sospechado de Skinner, ¿verdad?

—¿Ha confesado?

—No, pero hemos interrogado a él y al árabe por separado y nos hemos hecho una idea bastante clara de lo ocurrido. Los dejaremos reposar un poco, y después volveremos a interrogarlos. ¿Cuándo se le ocurrió pensar en él por primera vez?

—En realidad, no pensaba tanto en Skinner como en Ish-Tov. Lo cierto es que ese muchacho no me cayó demasiado bien, pero me costaba creer que fuese a renovar un altercado después de tantos años, hasta el punto de que la discusión acabara en la muerte de Grenish, admitiendo incluso que era sumamente vulnerable por lo de su aneurisma. Cuando me enteré de que lo habían amordazado y que posiblemente lo hubieran atado de pies y manos, supe que no podía haber sido Ish-Tov. Es el tipo de cosas que deben hacerse en el interior de una casa o cerca de ella. ¿Era probable que llevase encima un rollo de esparadrapo? Pero si no lo hizo, ¿cómo era posible que sus huellas estuvieran en la pala? Reconoció haber

cubierto la zanja. ¿Entonces por qué no vio el cuerpo? Cuando fui con el señor Bergson y otros miembros de nuestra congregación a dar un paseo por la Ciudad Antigua, alguien le preguntó al guía por qué construían un edificio sobre las ruinas de otro. Si se empiezan a poner los cimientos y se encuentran con lo que obviamente es una pared antigua, ¿por qué no excavar y hacer uso del antiguo sótano? Entonces, el guía le explicó que resultaba más sencillo construir sobre las ruinas.

—Fue entonces cuando dijiste que nos dejabas y que volverías a tu casa andando —observó Bergson.

—Así es. Se me ocurrió de repente que si alguien había cubierto el cadáver con suficiente tierra como para que no lo vieran, cualquier otra persona podía terminar de rellenar la zanja sin enterarse de que estaba allí. Quise darle vueltas a esa idea. Francamente, no llegué muy lejos. No se me ocurrió entonces pensar en Skinner. Este hombre afable que nos había ayudado con el equipaje en el aeropuerto Lod, que había venido con nosotros en coche hasta Jerusalén, y que me había invitado a tomar café, no podía estar implicado en algo así. Entonces, por la tarde, fui a la *yeshiva*^[*], donde el rabino Karpis nos comentó a mí y al abogado que existían pruebas de que habían utilizado esparadrapo para amordazarlo. Al ir hacia la parada del autobús pasé por delante de la casa de Skinner y alguien me llamó. Ismael salió corriendo a invitarme a tomar café. La primera vez que había tomado café en aquella casa, Ismael se había mostrado muy deferente con Skinner, hasta el punto de parecer obsequioso e incluso servil. Nos trajo café a Skinner y a mí, y luego se retiró dejándonos solos. Todo era «sí, señorito James», «no, señorito James».

—Es el trato normal de un árabe para con su jefe —comentó Adoumi.

—Cierto, pero la segunda vez lo llamaba «Jeem» y se quedó a tomar café con nosotros. Evidentemente podía deberse al hecho de que Skinner, siendo norteamericano, se sentía incómodo con tanto servilismo, especialmente delante de otro compatriota. Pero tuve la impresión de que ya no eran el amo y su subordinado, sino socios, iguales; que Ismael ya no temía que lo despidiesen, por más insatisfactorio que fuese su trabajo. En otras palabras, era como si lo tuviese agarrado. Entonces se me ocurrió pensar en algo que

usted dijo.

—¿Algo que yo dije? —inquirió Adoumi.

—Sí. Eso de que en el noventa por ciento de los casos, la respuesta obvia es la acertada. Pues bien, si en el patio, junto a la casa hay algo enterrado, ¿quién más iba a enterrarlo sino la persona que vive en esa casa?

—Ya veo. Sí, yo se lo dije.

—Entonces hablé con mi amigo Perlmutter cuando lo vi en el *minyán*^[*]. Se me ocurrió que en vez de contarle lo que él había visto y discutir con usted al respecto, con la esperanza de que convenciera usted al señor Luria, me convenía más buscar la manera de que Perlmutter se lo contara a los dos al mismo tiempo.

Adoumi permaneció en silencio durante un momento mientras tamborileaba con los dedos sobre los brazos de la silla. Se levantó luego bruscamente y dijo:

—He de irme. Gracias por el café, señor... Bergson. Ha sido un placer conocerle. Y gracias a usted también, rabino. Una vez más, me ha sido de gran utilidad, estoy en deuda con usted. Quizá tenga... en fin, olvídelo. Volveremos a vernos antes de que se marche. Le pediré a Sarah que se ponga de acuerdo con Gittel. — Les estrechó la mano ceremoniosamente y se marchó.

—Pues así ha acabado todo —dijo Bergson—. De la carta no nos ha dicho nada. Le he preguntado, pero no me ha contestado.

—Es lógico. Se tratará de algo relativo a la seguridad. No es de la policía, ya lo sabes. Pertenece al Shin Bet, algo así como nuestro FBI.

—Sí, ya lo sé. Oye, ¿qué supones que le pasará al joven Goodman?

—Estoy seguro de que lo dejarán en libertad.

—Ya lo sé, me refiero a después. ¿Regresará a la *yeshiva*, o volverá a los Estados Unidos? Se me ocurrió que si quiere volver a casa y anda escaso de fondos, podría conseguirle algo en El Al, un billete gratis, quizá, o por lo menos una tarifa reducida. Dios sabe qué me podrían dar, al fin y al cabo les vendo montones de billetes.

—Hablaré con el rabino Karpis mañana, y ya te diré algo.

—Te llamaré desde Eilat.

38

ADOUMI no telefoneó hasta una semana antes de la fecha fijada para el regreso. El rabino mismo contestó al teléfono.

—¿Rabino? Habla Uri.

—¿Uri?

—Uri Adoumi.

—Ah, sí, ¿cómo está usted... esto... Uri? —Era la primera vez que Adoumi se refería a sí mismo por su nombre de pila en una conversación con el rabino, y éste creyó que se trataba de un esfuerzo por demostrarle su amistad.

—Me ha dicho mi Sarah que Gittel le comentó que se marchan ustedes la semana que viene.

—Así es, nos vamos el lunes.

—Creí que iban a quedarse más tiempo.

—Verá usted, es que tengo que incorporarme al trabajo. El sábado tengo que celebrar una boda.

—¿Cómo irán ustedes a Lod? ¿Han decidido algo al respecto?

—Todavía no. Se me ocurrió ir en *sherut*. Pensaba pasar por sus oficinas dentro de un par de días.

—Pues no se moleste. Los llevaré yo.

—Es muy amable de su parte, pero nos marchamos muy temprano, a las seis de la mañana.

—¿Qué problema hay? Pasaré a recogerlos a las seis.

El rabino supuso que el ofrecimiento quería servir de disculpa, por lo que no presentó los reparos de costumbre y se limitó a decir:

—Está bien. Lo esperamos a eso de las seis.

No hubo problemas con el equipaje, puesto que Adoumi apareció con una enorme camioneta. Hizo sentar al rabino a su lado y a Miriam en el asiento posterior. En cuanto dejaron la ciudad y se encontraron en el camino a Tel Aviv, Adoumi le comentó:

—Supongo que se ha estado preguntando por qué no he telefonado antes, como le había prometido. Bien, fue porque el asunto se ha arreglado en esta última semana.

—En los periódicos no he visto nada.

—Claro que no. No ha visto nada sobre la detención de Skinner ni la del muchacho de la *yeshiva*^[*] cuando lo arrestamos. Es por razones de seguridad. Pero ha salido en los diarios en estos últimos días...

—¿De veras? Se me habrá pasado.

Adoumi se ahogó de la risa.

—Imposible. Ocupó todas las primeras planas. En el periódico de ayer, el titular rezaba así: «AVANCE DRUSO SOBRE BEIRUT». ¿Se da cuenta usted de que ha cambiado la política del gobierno?

—¿Ah, sí? ¿He hecho yo eso?

—Ajá. La carta que le enviaron a Grenish y de la que Skinner se apoderó era un mapa y una serie de indicaciones que conducían a un enorme arsenal que la OLP había enterrado en una cueva del valle de la Bekaa. Había armas como para equipar un pequeño ejército. Armas ligeras, ametralladoras, morteros. Cuando traducimos la carta, porque estaba en árabe, y nos dimos cuenta de lo que habíamos descubierto, se la entregamos al jefe del estado mayor. El tema fue debatido al más alto nivel. El arsenal estaba en el centro justo del territorio druso, y en opinión del ejército, nos costaría de treinta a cincuenta bajas recuperarlo, y no valía la pena. Por otra parte, si lo dejábamos donde estaba, tarde o temprano alguien conseguiría descubrirlo, probablemente los sirios. Skinner e Ismael, su amigo árabe, pensaban vender la información al mejor postor. Pues bien, si no ocurría nada, el remitente volvería a enviar otra carta. ¿Lo comprende? O bien alguien podía encontrarlo accidentalmente, como el muchacho que descubrió los pergaminos del Mar Muerto. De modo que se decidió enviar la carta a los drusos. Desde el principio tendríamos que habernos unido a ellos en lugar de a los cristianos de Jemayel. Los drusos se mostraron agradecidos. El arsenal les permitió protegerse de los sirios, de los

chiítas y de los cristianos. Claro que no pudieron reconocer que nosotros los ayudamos, porque eso habría unido a todas las fuerzas árabes y se les habrían puesto en contra, pero son conscientes de lo que hemos hecho por ellos.

—¿Y a eso se debe su avance sobre Beirut?

—Ajá. Imagínese. Son las primeras armas que consiguen sin condiciones adicionales.

—Ya veo.

—Verá usted, rabino, esto sigue siendo un secreto, por lo tanto no vaya usted a contarle a sus amigos norteamericanos su importancia.

—David jamás haría algo así —intervino Miriam indignada.

—¿Qué pasó con Skinner e Ismael? —inquirió el rabino.

Adoumi se encogió de hombros y respondió:

—Cualquiera sabe. Ismael dice que todo fue idea de Skinner, y éste dice que Grenish murió por culpa de Ismael. Quizá hicieron algún tipo de trato con Skinner. No me sorprendería que la venta de su casa a la *yeshiva* formara parte de ese trato. Al fin y al cabo, el ministro del interior pertenece a uno de los partidos religiosos extremistas. De una cosa estoy seguro: en su próximo viaje a Jerusalén, lo más probable es que Skinner no le invite a tomar café.

Adoumi se detuvo delante de la entrada al vestíbulo del aeropuerto, y mientras los dos hombres luchaban con el equipaje, Miriam fue a recoger un carrito de la fila que había junto a la puerta. Colocaron las maletas en el carrito y cuando el rabino se disponía a girarlo en dirección a la puerta, Adoumi le dijo:

—A propósito, rabino, ¿le importaría despacharme esta carta por correo cuando llegue al aeropuerto de Boston? —Buscó en el bolsillo interior de la americana y sacó un sobre—. Ya lleva un sello norteamericano. No tendrá más que dejarla en un buzón del aeropuerto.

El rabino echó un vistazo a la dirección.

—¿Profesor El Dhamouri? Ah, es el que usted dijo que figuraba en una lista...

—Exactamente. No es más que un recorte del *Jerusalem Post*. Se me ocurrió que podría interesarle... y quizá dejarlo un poquitín perplejo.

Aunque el rabino había decidido dormir hasta tarde el día después del regreso, y rezar las oraciones de la mañana en su casa, a las cinco ya estaba completamente despierto y no logró volver a dormirse. De modo que mientras Miriam roncaba levemente, se vistió en silencio y bajó. Un poco más tarde, porque no tenía motivos para no hacerlo, dio un tranquilo paseo en aquella mañana fresca de finales del verano y se acercó al templo para participar en el *minyan*^[*]. Fue el primero en llegar, pero más tarde se le unió Al Bergson.

Después de los saludos iniciales, Bergson le comentó:

—¿Sabes, David? Cuando me reuní con el grupo en Eilat, les conté lo ocurrido y cuando les dije que el joven Goodman iba a salir en libertad al cabo de uno o dos días, el primero en hablar fue Barney Berkowitz. Se ofreció a pagarle el billete de regreso a los Estados Unidos si quería volverse con nosotros.

—Fue muy decente de su parte.

—¿Verdad que sí? —Vaciló un instante y luego le dijo—: Me gustaría que se lo dijeras, David. Se sentiría muy feliz.

El rabino estudió su cara por un momento y luego le contestó:

—De acuerdo, se lo diré la próxima vez que lo vea.

—Esta misma mañana tendrás una buena ocasión. Vendrá al *minyan*, estoy seguro. No se ha perdido una sola sesión desde su *bar mitzvah*. Verás, en realidad no tuvo que pagarle el billete a Goodman. Porque pude arreglar con El Al que viajara gratis, pero la idea estaba ahí, y si yo no hubiera podido arreglar nada, él se habría hecho cargo del gasto.

—Está bien; como tú dices, la intención es lo que cuenta. ¿Viene el joven Goodman al *minyan*? ¿Sigue haciéndose llamar Ish-Tov?

—No ha aparecido por aquí. Probablemente se haya ido a visitar a sus viejos amigos, pero no lo he visto, y seguro como que me llamo Bergson que no ha venido a verme. —Entonces tuvo una idea —: ¿Por qué se te ocurrió pensar que no vendría al *minyan*? ¿Lo viste? ¿Está disgustado?

—No lo vi. Fui a ver al rabino Karpis, el director de la *yeshiva*. Por lo que me dijo, deduje que Ish-Tov sintió que la *yeshiva* no se había mostrado demasiado diligente en apoyar su liberación.

—¿Y crees que eso pudo haberlo disgustado? Ah, mira, aquí llega Barney. Hola, Barney.

—Hola, Al. Ah, pero si es el rabino Small. Bienvenido a casa. ¿Cuándo ha...?

—Ayer por la tarde.

—¿Vio al muchacho de los Goodman después de... después que...?

—¿Después de que lo soltaran? No. Fui a la *yeshiva*, pero ya se había marchado. Me he enterado de que se ofreció a pagarle el billete de vuelta. Fue muy amable de su parte, señor Berkowitz.

—Llámeme B.B. Verá usted, rabino, mi mujer hace la compra en la tienda de Goodman prácticamente todos los días. ¿Qué habría ocurrido si Rose se hubiese pasado todo el tiempo añorando a su hijo? Nos habría agriado la leche. —Rió alegremente con su propio chiste.

El rabino sonrió.

—Eso es tener consideración. —Miró a su alrededor y contó rápidamente—. Veo que somos diez. ¿Le gustaría dirigirnos, esto... B.B.?

—No, hágalo usted. Hoy es usted el que viene de fuera. —Y volvió a reír.

—De acuerdo. —El rabino ocupó su lugar ante el atril de lectura, de cara al Arca. Volvió la cabeza momentáneamente hacia donde estaba sentado Bergson. Bergson le hizo un aparatoso guiño y después abrió su libro de oraciones.

Concluido el servicio, el rabino se rezagó con algunos de los otros feligreses, recibió sus respectivas bienvenidas y se pusieron a cotillear y a charlar. Después, regresó a su casa. Al acercarse al mercado de Goodman, notó que estaban a punto de abrir para la jornada laboral. Louis Goodman estaba ocupado empujando una fila de carros de la compra hasta el frente de la tienda, donde los clientes podían recoger uno antes de entrar. Goodman sacudió la fila de carritos para hacerlos pasar por la puerta de la tienda. Después se secó la frente y dijo:

—Parece que hoy hará calor. Oh, hola rabino. ¿Acaba de regresar?

—Ayer por la tarde.

—Ha elegido usted un buen momento. Ayer fue el primer día

bueno que tuvimos desde hacía más de una semana. La semana pasada no paró de llover. —Hizo una pausa, incómodo—. Me he enterado de que ayudó a nuestro Jordan cuando se metió en ciertos líos allá. Quiero que sepa que Rose y yo le estamos agradecidos.

—¿Cómo está su hijo? —le preguntó el rabino.

—Bien. Nos ha telefoneado y nos ha dicho que llegaría dentro de unos días.

—¿Quiere decir que vuelve ahora a casa? Creí que había partido hacia aquí hacía tiempo.

—Sí, bueno, regresó a los Estados Unidos, pero se quedó unos días en Nueva York. Fue desde allí que nos telefoneó.

—Espero que no haya sucedido nada malo.

—No, no. Se bajó en Nueva York y cuando estaba en el aeropuerto Kennedy para coger el avión a Logan, se le acercan tres o cuatro de esos tipos, ya sabe, hasidim de Williamsburg, y empiezan a hablar con él. —En su tono se le notó un asomo de exasperación—. Y lo convencen para que los acompañe a un sitio de Williamsburg. Y ha estado allí desde entonces.

—Pero volverá dentro de unos días, ¿no?

—Eso es lo que dijo.

—Quizá venga a verme cuando llegue.

—Se lo diré, rabino. Créame que se lo diré.

La secretaria abrió unos doce sobres que habían llegado con el correo de la mañana y después le llevó la correspondencia al profesor El Dhamouri. Había estado en España durante casi un mes y había regresado a principios de la semana, y todavía no se había puesto al día con la correspondencia acumulada en su ausencia. La secretaria esperó frente a su escritorio, para que le diera instrucciones sobre las cartas que acababa de entregarle, porque ella misma se encargaba de contestar gran parte de su correspondencia. Vio cómo el rostro le cambiaba de expresión.

—¡Esto es terrible!

—¿Malas noticias? —inquirió la secretaria.

Levantó el recorte del *Jerusalem Post*.

—Murió el profesor Grenish. En Jerusalén. ¿Se acuerda del profesor Grenish? Al parecer tuvo un ataque al corazón cuando

estaba en esa ciudad. —Abrió bien el sobre—. Al parecer no había ninguna nota. Sólo el recorte. ¿No se le habrá caído en su mesa?

—Estoy segura que no, pero iré a mirarlo. —Salió, revisó el escritorio y regresó—: No, en el sobre no había nada más.

—He revisado el sobre y no ponía remitente. Me pregunto quién me lo habrá enviado. Lo despacharon desde aquí, pero allá pudieron habérselo dado a alguien que viajaba a los Estados Unidos para que lo echara en un buzón. Me pregunto...

Parecía abstraído. La secretaria salió del despacho silenciosamente.

Los Lanigan habían ido a tomar café. Hablaron de los sucesos ocurridos durante el verano, y Miriam le contó a Amy cómo se llevaba una casa en Israel, y Amy, a su vez, le habló de lo difícil que era hacer las compras con la ciudad llena de turistas.

Entonces, Lanigan preguntó al rabino:

—Oye, David, ¿te acuerdas de que antes de que te fueras hablamos del hijo de Goodman? Me comentaste que irías a verlo.

—Pues fui a verlo.

—Ocurrió algo muy extraño sobre el asunto aquel del que te hablé, ya sabes, la ventana rota y la queja que presentaron contra él. Pidieron informes sobre el asunto. Nada menos que el FBI. Un tipo de la oficina de Boston vino a verme y quiso saberlo todo al respecto. ¿Qué opinas?

Antes de que pudiera contestar, Amy exclamó:

—¡Mira, Hugh! Mira lo que me ha traído Miriam. Es una cruz de Jerusalén.

Lanigan sacó la cartera y preguntó:

—¿Cuánto te debo, David?

—Nada —repuso el rabino, sacudiendo la cabeza—. Es un regalo.

—¡Vaya, gracias!

—Gracias, Miriam. Gracias, David. Es justo lo que yo quería.

—¿No tuviste ningún problema al comprarla, verdad? —inquirió Lanigan—. Quiero decir, no fue ninguna molestia para ti, ¿verdad, David?

El rabino negó con la cabeza y repuso:

—Ninguna molestia.

GLOSARIO

Apikoros: Judío que no observa las prácticas religiosas. [31*](#).

***Baalei Tshuvah* / *baal tshuvah*:** «El que ha regresado». 04* / 09*.

Daven: Rezar. 04* / 32*.

Haftarah: Capítulo de los Profetas leído en la sinagoga tras el Pentateuco durante el *sabbath* y otras fiestas religiosas. Cada fragmento de la Tora tiene un haftarah específico que se canta con una entonación especial. 33*.

***Halakah* / *halakha*:** Leyes y jurisprudencia judía, es decir, las decisiones de los sabios, pero sin citas bíblicas, notas o referencias. El Halakah se limita a enunciar las leyes brevemente, como un código. 33*.

Kashrut: Véase *kosher*. [15*](#).

Kashvut: Acto en el que el rabino determina si una comida es o no kosher. 08*.

Kichel: Bizcocho pequeño, hecho de harina y huevos. 11*.

Kipah: Casquete, gorro usado por los judíos. 07* / 09* / 10* / 13*.

Kosher: Alimentos autorizados por los preceptos religiosos judíos.
02* / 04* / 08*.

Mashgiach: *Mashiah*, Mesías. 07*.

Mezuzah: Pequeño pergamino en el que se inscribe la *Shema* (oración en la que se proclama la fe judía, extraída del Deuteronomio, quinto libro del Pentateuco), que se enrolla y se introduce en un tubo o cajita que se cuelga de la jamba de la puerta de entrada de la casa, tal como establece la Biblia. [13*](#).

Miluim: Reserva del ejército. 09* / 17*.

Mincha: Servicio religioso celebrado diariamente a última hora de la tarde. 11* / 19*.

Minyan: Grupo correctamente establecido para celebrar los rezos judíos en público. Consta por lo menos, de diez hombres judíos mayores de trece años. 01* / 02* / 11* / 13* / 19* / 26* / 27* / 33* / 37* / 38*.

Mishpacha: Familia. El término denota todos los grados de parentesco. Significa también antepasados, linaje, estirpe, raza. 08*.

Motze: Oración que se reza antes de las comidas. 08*.

Ozzeret: Sirvienta. 11*.

Purim: Festividad en la que se conmemora el rescate de los judíos de Persia, que lograron escapar de Haman, quien pretendía exterminar hasta el último de ellos, incluidas las mujeres y los niños. Corresponde al Carnaval. 33*.

Rebbe: Rabino. 04*.

Rosh Hashonah: Año Nuevo judío. Se celebra durante el primer y segundo día de tishri, primer mes del calendario judío. 04* / 34*.

Shachris: En hebreo, mañana. Oración de la mañana. Una de las tres oraciones diarias. Las otras dos se denominan *mincha* y *mairev*.
02* / 10* / 11* / 21* / 32*.

Shadchen: Casamentera, agente matrimonial. 07* / 11* / 20*.

Shammes: (En plural, *shamosim*). Sacristán de la sinagoga, encargado de atender los asuntos diarios del templo. Este término indica además la vela con la que se encienden otras velas en un *Hanuka menorah*, que es una celebración religiosa que tiene lugar durante ocho días y comienza el día 25 de kislev, tercer mes del calendario judío. 01*.

Shivah: Ceremonia posterior al fallecimiento de una persona, en la que familiares y amigos permanecen sentados durante siete días dedicándose exclusivamente a reflexionar sobre la vida del difunto.

02*.

Shohet: Matarife. 08*.

Tfillin: Filacteria. 15*.

Traife: Comida no *kosher*. 08*.

Tsatske: Un «don nadie», fracasado. 32*.

Ulpan: Escuelas en las que se imparten cursos intensivos de hebreo. En Israel, están destinadas, principalmente, a los inmigrantes. 11* / 20*.

Yeshiva: Escuela o universidad en la que se realizan estudios talmúdicos. 04* / 07* / 09* / 11* / 13* / 14* / 15* / 20* / 21* / 23* / 27* / 29* / 32* / 36* / 37* / 38*.

Yom Kippur: Día del Perdón, fiesta religiosa judía. 04* / 34* .

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



HARRY KEMELMAN (Boston, Massachusetts, 24 de noviembre de 1908 - 15 de diciembre de 1996, Marblehead, Massachusetts), fue un escritor de novelas de misterio norteamericano y profesor de inglés. Fue el creador de uno de los más famosos detectives religiosos, el rabino David Small, un detective al que su profundo conocimiento del Talmud le ayuda a resolver los casos más difíciles.

«Asesinato en la sinagoga», la novela en la que aparecía por primera vez el rabino Small, sirvió de base para *Lanigan's Rabbi*, una serie televisiva de gran éxito, y su autor obtuvo el primer premio de los Mystery Writers.

Notas

[1] Al final de esta obra figura un glosario de los principales términos hebreos. (*N. de la T.*) < <

[2] La Haganá, fue una organización paramilitar de autodefensa judía creada en 1920 (*Nota del E. D.*). < <

[3] El *yidis*, incluso *yiddish*, es un idioma perteneciente a las comunidades judías tanto del centro como del este europeo (comunidades asquenazíes), así como aquellas de sus descendientes en el continente americano (*Nota del E. D.*). < <